This book is due at the WALTER R. DAVIS LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold, it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RETURNED	DATE DUE	RETURNED

FORM NO 513,
REV. 1/84

CUBA CONTEMPORÁNEA

Cuba Contemporánea

REVISTA MENSUAL

DIRECTOR:
MARIO GUIRAL MORENO

AÑO XIII

TOMO XXXIX
(SEPTIEMBRE A DICIEMBRE, 1925)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
CUBA, 52
LA HABANA
CUBA

REDACTORES:

Cuba Contemporánea

AÑO XIII

Tomo XXXIX. Septiembre y octubre 1925. Núms. { 153. 154.

GLORIOSA TRILOGIA: PIERRE LOTI, MAURICE BARRES Y ANATOLE FRANCE

INTRODUCCIÓN Y TRADUCCIÓN DEL DR. JULIO VILLOLDO.

*AUL Souday, el ilustrado cronista y crítico de "Le Temps" de París, que según el decir de Benjamín Peret prefiere, sobre todo, el tabaco, Víctor Hugo, Beethoven, los viajes y la mujer pelirroja de ojos verdes, tipo éste casi exótico, está conceptuado como uno de los escritores más brillantes y eruditos de la Francia contemporánea, siendo para muchos un verdadero príncipe de la crítica, de este difícil género literario que tanta cultura e imparcialidad requiere.*

Redacta, casi diariamente, una deliciosa crónica que, por lo común, nunca pasa de columna y media, en la cual trata, con su habitual maestría, los temas de actualidad, especialmente los de carácter literario, sección que firma con sus iniciales: P. S. Con el título "Les livres", publica semanalmente el llamado folletín literario, que a juicio de varios escritores franceses ha llevado una corriente de ideas nuevas, de verdadero remozamiento a "Le Temps", este antiguo y célebre periódico de París, que de tanto predicamento goza entre la gente sesuda de Francia y del extranjero, particularmente en lo relacionado con la política internacional.

Cada vez que ocurre en Francia, y aun en otros países, el fallecimiento de una de las cumbres de la literatura, Paul Souday redacta una crónica necrológica que es un portento de síntesis y de erudición, que firma siempre con su nombre completo, al igual que ocurre con la crítica de libros.

A estos admirables trabajos necrológicos pertenece la trilogía "Pierre Loti", "Maurice Barrès" y "Anatole France", escritos en fechas distintas y con motivo de la muerte de estos grandes de las letras francesas; pero que guardan entre sí estrecha relación por el juicio que, como estilistas, estos tres escritores merecieron al concienzudo crítico. Por esta razón, hemos unido estos artículos con el título—puesto por nosotros—de "Gloriosa trilogía", y se los damos traducidos a los lectores de CUBA CONTEMPORÁNEA; *animándonos, además, el deseo de seguir una vieja tradición cubana, en publicaciones de esta índole, esto es: poner a nuestro público en relación con lo mejor de la literatura francesa, tradición ésta que parece tiende a desaparecer al contacto con las nuevas tendencias deportistas que están absorbiendo, monopolizando, por así decirlo, la atención de los lectores.*

El propio Paul Souday al ser interrogado por M. Peret—en deliciosa "interview"—sobre su afición por los deportes, le dió esta espiritual respuesta:

> *...Se me pinta como un enemigo del "sport". Nada más falso. Reconozco la necesidad de los deportes que, como le he dicho antes, practicaba en mi juventud; pero de lo que sí protesto es de que la derrota de un boxeador tome las proporciones de una catástrofe nacional, de que se trate de convertir a éste en un igual de Napoleón o de Víctor Hugo. Los titulares de los periódicos deportivos: "Uruguay derrota a Francia", me hacen reír. Por el hecho de que un equipo de "foot-ball" francés haya sido derrotado, no puedo considerarme como ciudadano de una nación vencida...*

Y a estos censurables extremos vamos también los cubanos, al dedicar dos, tres y hasta cuatro páginas, de los principales diarios de información a asuntos deportivos, en tanto que las manifestaciones del pensamiento, tanto de Cuba como del extranjero, casi brillan por su ausencia en las columnas de muchos de nuestros más importantes rotativos.

Al igual que el insigne crítico francés, no somos contrarios a los deportes, y mucho menos a las "estrellas" del cinematógrafo; tan sólo damos aquí un "toque de llamada", como diría nuestro gran Varona.

JULIO VILLOLDO.

PIERRE LOTI

Se sabía que estaba enfermo desde largo tiempo atrás y sin esperanza de curación. Era también conocido que él se daba cuenta de la gravedad de su estado. Esta muerte lenta y consciente, ¡qué suplicio!, y para él mucho más que para cualquier otro, pues nadie tenía una sensibilidad más aguzada, nervios más a lo vivo, ni ningún otro al igual de él odiaba más la muerte, la vejez, la decadencia física! Y este prodigioso sensitivo, este penetrante analista conservó durante el curso de la enfermedad su lucidez. Se extremece uno de horror, de lástima, al pensar en los últimos momentos de Pierre Loti, asistido por la fiel, pero impotente abnegación de su hijo, Samuel Viaud. No obstante, se sintió mejor hace algunos días: era el último reposo que concede casi siempre la clemencia relativa de la naturaleza antes del instante supremo. De Rochefort, se hizo entonces conducir a Hendaya, a la blanca casita de verdes persianas que se levanta en el estuario del Bidasoa, en donde él había mandado, años atrás, el barco de guerra francés allí apostado. Fué en ese lugar donde murió, en el país de Ramuntcho, acaso con la última añoranza del Cuerno de Oro, del cementerio de Eyoub, de la patria de Aziyadé.

En 1879 se publicó en la casa editora de Calmann-Lévy, sin nombre de autor, un libro titulado: "*Aziyadé,* Stamboul, 1876-1877, extracto de notas y cartas de un teniente de la marina inglesa, alistado al servicio de Turquía el 10 de mayo de 1876, y muerto ante los muros de Kars, el 27 de octubre de 1877." Este tomito pasó casi inadvertido. Era el comienzo literario de un joven oficial de la marina, Julián Viaud, nacido en Rochefort en el seno de una familia de rancia estirpe protestante, y embarcado a bordo del

Gladiateur, con destino a Constantinopla. Poco después, daba a la *Nouvelle Revue* de Mme. Adam, *Rarahu,* idilio polinésico, por el autor de *Aziyadé:* esta vez, el éxito fué ruidoso. Loti, célebre de la noche a la mañana, fué acogido como joven triunfador en los cenáculos literarios: en casa de Daudet, especialmente, y en el granero de Goncourt. Desde entonces, su carrera literaria no dejó de ser fecunda y gloriosa. Es preciso citar *Le roman d'un spahi* (1881), *Mon frère Yves* (1883), *Pécheur d'Islande* (1886), *Madame Chrysanthème* (1888), *Fantôme d'Orient* (1891), y la trilogía del *Désert, Jérusalem* y *Galilée;* y *Ramuntcho, Les Désenchantées, Japoneries d'automne, Les Derniers jours de Pékin, La mort de Philœ Un Pèlerin d'Angkor, Le roman d'un enfant,* &, &, una cuarentena de volúmenes, alguno de los cuales son verdaderas obras maestras, ninguno es insignificante, libros que han tenido centena de millares de lectores, y le han asegurado a su autor uno de los mayores renombres mundiales de nuestra época, sólo comparable al obtenido por Anatole France, Kipling o d'Annunzio.

Pierre Loti fué marino por vocación: de otro modo no se puede serlo. Pero fué en él una vocación de artista. La literatura tenía necesidad de que el vasto mundo fuese cómodamente explorado por este joven tan maravillosamente dotado para pintarlo. Ella, por lo tanto, le insufló el gusto por esta profesión en la cual se distinguió honorablemente: por ejemplo, como oficial ayudante del Almirante Courbet, cuya muerte describió en sentidas páginas. Obligado a retirarse como Teniente de Navío, interpuso apelación ante el Consejo de Estado, fué repuesto, pero no pudo pasar del grado de Capitán de Fragata: ¿ambicionó ascender a Almirante? ¿Su valer como marino igualaba su talento literario? ¿Desconfiaban sus superiores de un oficial que era Académico? Después de todo, poco importa.

La obra de Loti es una de las más originales y seductoras de la lengua francesa. Creo que perdurará porque le debe bastante poco a la moda. Es uno de los escritores más sinceros, de los más "ingenuos", en el sentido del siglo diez y ocho, o si lo queréis, uno de los más *primesuatiers* (que ejecutan del primer momento) que se han conocido. Hacía alardes de no leer nada, y

sin duda exageraba: demos por cierto que leía poco, y que sacaba directamente de sus impresiones lo más esencial de sus libros. No por eso dejó de sufrir ciertas influencias. Es imposible no encontrarle alguna conexión con Bernardino de Saint-Pierre y Chateaubriand, que fueron antes que él los iniciadores y los maestros del exotismo y del estilo pintoresco. Ciertamente que en algunos aspectos se diferencia notablemente de estos dos grandes precursores: no tiene el sentimentalismo un tanto soso de Bernardino, ni la magnificencia y majestad del autor de *Atala,* de los *Natchez* y del *Itinéraire.* También se aparta de éste por su poco gusto por los paisajes clásicos. De las sabanas de América, René había regresado lleno de gozo a Italia y Grecia. El descubrimiento del Nuevo Mundo, no le impedía que sintiera una gran predilección por Roma. No existe en la obra de Loti nada equivalente al capítulo dedicado a Atenas y Esparta, en el *Itinéraire;* ni nada que iguale la sublime *Lettre a M. de Fontanes* sobre la campiña romana.

Loti prefería, a todas luces, las regiones alejadas de nosotros por la distancia y las costumbres. Le gustaba ante todo desterrarse, con lo cual era específicamente romántico; en tanto que Chateaubriand, uno de los padres de la nueva escuela, conservaba aún un poco de la antigua. El Oriente fué la gran pasión de Loti, como de tantos otros escritores y artistas del siglo diez y nueve; pero esa pasión no fué en ninguno de ellos tan ardiente ni tan exclusiva como en él. El propio Teófilo Gautier se había detenido larga y amorosamente en Italia y España: es cierto que se recreó, sobre todo, en este último país en medio de las remembranzas árabes, las mezquitas, El Generalife y El Alhambra. Ya Gautier soñó en hacerse musulmán. Pierre Loti, tuvo adoración por el Islam, y sobre todo, por Constantinopla, es decir, por Estambul, la ciudad turca, y nadie como él despreció con mayor ferocidad la población cosmopolita de Pera, la ciudad moderna. *Aziyadé,* su primera novela, la historia de sus amores con una joven circasiana de Estambul, y *Fantôme d'Orient,* la conmovedora continuación de la aventura, el relato de las pesquisas para encontrar la tumba de esta pequeña, son, tal vez, las páginas en las cuales ha vertido lo más íntimo de su ternura, de su alma.

Se sabe que se convirtió en el abogado de Turquía, con ardor y tenacidad notables, y que ha logrado en verdad rectificar ciertos prejuicios occidentales. Pero eran los viejos turcos a los que él amaba; los otros, lo de ahora, le han producido algunas decepciones.

Comparándolas con Aziyadé, la tahitiana Rarahu, Fatou Gaye, la negra, y Madame Chrysanthéme, la *musmé,* no son para él más que lindas y raras transeuntes con las cuales se divierte grata, afectuosamente, pero cuyo recuerdo perdurará más en él después de la inevitable separación, que mientras las amó durante la vida en común, siempre provisional y precaria.

Su ocupación de eterno viajero correspondía, por otra parte, a su instinto profundo. Como todos los románticos, estaba ávido de novedades, de intensa felicidad; pero incapaz de saciarse nunca, siempre atormentado de nostalgia y de deseo, perseguido por la idea de la fuga del tiempo, de la próxima muerte y de la nada posible, contra la cual todo su sér protestaba con desesperada violencia. Toda la angustia metafísica y moral; todo el hamletismo y byronismo fermentaban en lo más hondo de este delicioso y encantador impresionista, que fascinaba al público y no podía aplacar su propio mal. De estos sentimientos procedía la animosidad que experimentaba por el modernismo industrial que afea al mundo con una inútil agitación, que se limita a lo efímero; y de ahí su preferencia por el Islam, indiferente a estas vanidades, inmóvil, fatalista, vuelto hacia el Eterno.

Por tal razón, algunos de los grandes temas fundamentales del pensamiento humano se encuentran, con un acento extremadamente personal y patético, en la obra de este incomparable evocador de paisajes y figuras, a quien se hubiera creído abstraído por este festín de los ojos y las inquietudes del artista visual. El estilo de Pierre Loti es, además, algo verdaderamente milagroso: nada más simple, menos iluminado, más poco recargado de materia, ni que exprese mejor la línea, el color, la idea plástica y poética. Nada de esfuerzo: la facilidad, la transparencia, la espontaneidad misma. Un primitivo con sentidos de esteta; pero, como escritor propiamente dicho, como estilista (entiéndase bien, con toda suerte de diferencias) hace pensar, sobre todo, en Renán.

MAURICE BARRÈS

¡Qué año tan funesto [1923] Aun no hace seis meses que a cualquier hombre de letras que se le hubiera preguntado quiénes eran nuestros más grandes prosadores hubiese nombrado sin vacilar a Anatole France, Pierre Loti y Maurice Barrès. En junio, perdimos a Loti; hoy por la noche, Barrès ha muerto. ¡Noticia espantosa e imprevista, que llena de duelo a todos los amigos de las letras francesas!

¿Quién hubiera creído que su fin estuviera tan próximo? Con más de sesenta años, se conservaba notablemente joven, despierto y erguido; su bello rostro de perfil cesáreo no había cambiado, ni esta especie de dignidad, yo diría casi de simple majestad, que distinguía naturalmente sus gestos y modales. De esa suerte lo conocí hace más de treinta años; tal se encontraba hasta hace pocas semanas. La última vez que nos vimos, en casa amiga, fué muy poco antes de las vacaciones. Atento a los menores detalles del movimiento literario, me llevó aparte para hablarme de Sainte-Beuve, de quien yo le había reprochado el preferir no más que la obra poética y novelesca, designando desdeñosamente su trabajo de crítico como una "obstinada labor de baratillero de libros" *(bouquiniste)*. Esto lo expuso en *El hombre libre.* Pero Barrès había modificado su apreciación.

"¡Créame—me dijo en aquel día—que admiro mucho los *Lunes!* Veo en ellos la más rica colección que existe de seres vivos, con Plutarco y Shakespeare." La semana pasada no pudo concurrir a la sesión del jurado para discernir el premio Lasseire, y se excusó. Mas no se le creía verdaderamente enfermo. Tan sólo él tuvo fúnebres presentimientos. En el prefacio de su libro *Souvenirs d'un officier de la Grande Armée,* escribió en el invierno pasado, lo siguiente:

> Las inscripciones de sus tumbas me recuerdan que mi abuelo (el autor de estos *Souvenirs)* murió a los sesenta y dos años, y todos los míos mueren próximamente a esta edad; esto me advierte que ya es hora de que arregle mis asuntos... Ya comienzo a sentirme un poco apurado por el tiempo.

Nació en 1862 en Charmes del Mosela (Vosgos), de una fa-

milia de antigua raigambre lorenense, por parte de madre; pero originaria de Auvernia, por la línea paterna. Hizo o terminó sus estudios en el Liceo de Nancy; en filosofía, fué discípulo de Burdeau, que pintó con el nombre de Bouteiller. A los veintiún años viene a París, donde principia en las revistas de vanguardia, fundando en 1884 la llamada *Taches d'encre,* que redacta solo y de la cual no aparecieron más que cuatro números. Se cuenta que ya en 1882, Víctor Hugo había leído en la revista *Jeune France* un artículo de Barrès que le fué mostrado por Julieta Drouet. El propio Barrès narra que un día vió reunidos en la Biblioteca del Senado a Hugo, Leconte de Lisle y Anatole France: tres generaciones representadas por maestros que él admiraba, y que ya pensaba, a su vez, representar brillantemente en la siguiente. Claretie se había fijado en las *Taches d'encre* (Manchas de tinta), y salvo error, las mencionó con encomio aquí mismo [*Le Temps*], en su sección *La Vie de Paris.*

Pero el verdadero comienzo de Barrès data de la obra *Sous l'œil des barbares,* que apareció en las librerías a fines de 1887, si bien la primera edición lleva el pie de 1888 (Lemarre). Recuerdo haber hojeado el volumen un domingo por la mañana, en las galerías del Odeón, y de haberlo comprado en seguida con mis economías de estudiante. A poco, un artículo de Paul Bourget, publicado en *Les Débats,* señaló la obra al gran público. El éxito fué ruidoso entre la juventud literaria, más luego confirmado por el obtenido con *l'Homme libre* y el *Jardin de Bérénice.* Fué ésta la época en que el Rector Gréard decía desolado que los estudiantes no juraban más que invocando los nombres de Verlaine o Barrès. El simbolismo y el renanismo florecían por aquel entonces. La trilogía barresiana halagaba estas dos tendencias. Su estilo, que los partidarios del clasicismo juzgaban obscuro, pero que yo encuentro delicioso, era un poco simbolista en efecto, por el hermetismo delicado y la fina musicalidad. La fluidez y el dandysmo irónico procedían, sin duda, de Renán, sobre todo, del Renán de las últimas obras profanas. En vano fué que Barrès prodigase a Renán los más vivos ataques. Julio Lemaître no quería ver en estos tres libros más que "glosas exageradas de algunas fórmulas renanianas"; y Francisco Chevassu

le daba a Barrès el sobrenombre de "Mademoiselle Renan." Pero la analogía era superficial y el disentimiento ya profundo. Barrès se conocía mejor él mismo. En realidad, el "culto del yo" estaba en absoluta antinomia con el punto de vista objetivo del autor de los *Origines du christianisme*. Y los *Huit jours chez M. Renan,* obra que amoscó un poco al viejo Maestro, no puede considerarse más que como una travesurilla juvenil. Existen allí, más bien, dos polos del pensamiento que se enfrentan.

Esto llegó a ser evidente poco después, cuando Barrès publicó su segunda trilogía: *Le roman de l'energie nationale,* que comprende *Les Deracinés* (1897), *l'Appel au soldat* (1900) y *Leurs figures* (1903), a la cual es preciso agregar la famosa conferencia titulada la *Terre et les morts* (de la misma manera que se puede tratar de aproximar al *Culte de moi* los dos volúmenes de exquisita miscelánea que tienen por títulos: *Du sang, de la volupté et de la mort, Amori et Dolori sacrum,* y la novela rotulada *l'Ennemi des lois.* M. René Doumic felicitó a Barrès por su conversión. Parecía volver de muy lejos, de un individualismo casi anarquizante al nacionalismo más tradicionalista. Barrès le contestó con un artículo titulado: *Pas de veau gras!.* Aun tenía razón, y acaso más de la que él mismo creyera. Su evolución se parecía a la de Fichte. Del idealismo subjetivista, llegaba por un desenvolvimiento lógico, en lo profundo, a este egoísmo colectivo que es todo nacionalismo, pues es lo cierto que en la tradición nacional tiene el *yo* individual los cimientos y raíces. Toda la cuestión está en saber si es necesario aceptar esta determinación hereditaria como una regla o un criterio, o someterse a la verdad racional independiente de los tiempos y lugares. Este último partido era el de Renán: Barrès siguió el camino de siempre, al adoptar el otro.

Después, la política hizo presa de él. Había sido uno de los primeros bulangistas, y con este programa salió diputado por Nancy, en 1889; más tarde, después de una derrota, fué electo por París, en 1906. Representaba el Distrito de los Mercados; gozaba mucho en la Cámara, si bien nunca representó en ella un papel brillante. Jamás renunció a la literatura, felizmente para los que gustábamos de ella y para gloria suya. Trabajador infa-

tigable, continuó publicando innumerables artículos de periódicos y numerosos volúmenes, que pueden dividirse en dos categorías. Siempre ha existido el Barrès artista y *dilettante,* persistente en la doctrina, el Barrès de Toledo y de Venecia, el autor de los inolvidables poemas en prosa que siempre nos deleitarán: tales como el del *Greco,* el *Voyage de Sparta,* la *Colline inspirée,* el *Jardin sur l'Oronte,* nuevo mago de la raza de Chateaubriand, que no ha dejado de inquietar más de una vez a los severos ortodoxos. Habrá por otra parte, el Barrès político, hombre de acción, tradicionalista, Presidente de la Liga de Patriotas con posterioridad a Déroulède, defensor de la influencia y del pensamiento franceses: el de los *Bastions de l'Est (Au service de l'Allamagne, Colette Baudoche, Le Genie du Rhin), Amitiés Françaises, Familles spirituelles de la France,* de la *Grande pitié des Eglises de France,* de las *Chroniques de la grande guerre,* que quería ante todo servir. Y todo el mundo se inclina con respeto delante de esta noble pasión de un buen ciudadano, aunque no se participe en detalle y prácticamente de todas sus opiniones.

Pero lo que es necesario proclamar bien alto; lo que constituirá el juicio de la posteridad, es que en toda su obra, la lengua, el estilo, la música de Barrès, lo que él mismo llamaba *"ma chanson elliptique et heurtée",* es decir, su canción elíptica y cortada, le aseguran la unánime admiración de los gustadores del lenguaje castizo. Sin distinción de partido, todos lloramos hoy a un gran escritor.

ANATOLE FRANCE

El destino se encarniza con las más altas cumbres de las letras francesas. En menos de año y medio, después de Loti y Barrès, perdemos a Anatole France. Tres duelos crueles, tres pérdidas irreparables: eran sin contradicción nuestros mejores prosadores contemporáneos, acaso porque los tres eran poetas: después de Chateaubriand, o si se prefiere, después de Platón, la prosa es suficiente.

Nuestro querido maestro Anatole France, cuya lozana vejez hemos podido admirar en estos últimos tiempos, haciéndonos re-

cordar a Víctor Hugo por su resistencia a las enfermedades, nació en 1844, habiendo cumplido, por tanto, ochenta años el 16 de abril último [1924]. Se recordará que su jubileo le valió en aquella fecha, lo mismo aquí que en el extranjero, el homenaje universal de los literatos... Era un parisién de París, como lo habían sido Voltaire y Molière.

¿Quién no sabe que su padre tenía una tienda de libros en el *quai* Malaquais? Él mismo ha narrado su infancia y primera juventud en algunas de sus más encantadoras obras: el *Livre de mon ami, Pierre Nozière, Le petit Pierre, La Vie en fleur.* Aunque escritos en forma de novela, estos recuerdos son generalmente exactos en cuanto al fondo. El admirable espectáculo de los muelles y malecones *(quais)* de París, en aquel entonces apacibles y llenos de verdor, sin que hubiesen sido arrasados e infestados por las nuevas industrias de transporte y navegación, con su ruidoso progreso, tuvo una profunda influencia en el ánimo de este feliz jovenzuelo, que debió a la contemplación del Louvre y Notre Dame el gusto por las artes y el amor al pasado; al propio tiempo que el comercio del padre y las estadas ante los cajones de los vendedores de libros antiguos *(bouquinistes)* despertaron sus sueños de humanista y escritor. Cursó sus estudios en en el Colegio Stanislas, y tal vez fuese un estudiante un poco soñador; pero que no abandonó los bancos sino "marcado del signo", y su madre que creía en él, lo alentó en su vocación.

En el primer período de su carrera literaria, a fines del Segundo Imperio y al comienzo de la República, se consagró especialmente a trabajos de crítica y a estudios históricos, por cuenta del editor. Dirigió, o por lo menos pensó dirigir, con Luis Javier de Ricard, una *Enciclopedia de la Revolución* (1789-1804) de la cual, si merecen crédito las bibliografías, sólo han aparecido los prospectos y la circular. Su primera obra impresa fué un estudio sobre Alfredo de Vigny (1868). Preparó numerosas notas de carácter biográfico—muchas de las cuales fueron recogidas después en el volumen titulado *Le Génie latin*—, sobre Racine, Bernardino de Saint-Pierre, Lesage, Javier de Maistre, el abate Prévost, Sainte-Beuve, Chateaubriand y Lucila, Margarita de Navarra, Glatigny, Bernardo Palissy, Scarron, el Marqués de Sade,

Mme. de La Fayette, La Fontaine, Benjamín Constant, etc... También merece citarse un prefacio para la traducción del *Fausto*, de Gœthe, por Camilo Benoit. Como puede verse, los años de "callejeo" y de aprendizaje de nuestro buen maestro—que se consideraba a sí mismo perezoso—han estado muy bien empleados. Poco después, ingresó en la Biblioteca del Senado, en donde se juntó con Leconte de Lisle, mereciendo justamente el apodo de *bénédictin narquois*, esto es, benedictino astuto, que le puso nuestro Director Adriano Hébrard.

Por aquella época, frecuentaba, en casa del editor Lemerre, el cenáculo del *Parnasse contemporaine*. Pues también él fué poeta en verso, y excelente poeta. Leed de nuevo en los *Poèmes dorés* (1873) *l'Ode a la lumière*, y todas las *Noces corinthiennes*, pero sobre todo el prólogo:

Hellas, ô jeune fille, ô jeueuse de lyre...

Moi, j'ai mis sur ton seine de pâles violettes
Et je t'ai peinte, Hellas, alors qu'un dieu jaloux,
Arrachant de ton front les saintes bandelettes,
Sur le parvis rompu brisa tes blancs genoux.

Dans le monde assombri s'efface ton sourire,
La grace et la beauté périrent avec toi...

De haber sido parnasiano, conservó siempre el culto y la belleza formal. Además, se notaba ya en su obra la influencia, no tan solamente de los antiguos y de André Chénier, sino también de Juan Racine. Será a un tiempo el más moderno y el más clásico de nuestros grandes escritores. Y en lo referente a la perfección de su estilo, habrá completa unanimidad de pareceres. Apenas se recuerda a otro, exceptuando a Brunetière, que haya resistido a tantas gracias, a tantas bellezas de estilo, que él declaraba que habían sido "penosamente aprendidas." Pero Brunetière no es una autoridad en asuntos de arte. Como contraste, aunque entreambos mediaran varios abismos, así en política como en filosofía, Barrès le permaneció siempre fiel; y a un crítico que acusaba a Anatole France de destruirlo todo, el autor de *Les Déracinés* le replicó: "Ha conservado la lengua".

Fué con *Le crime de Sylvestre Bonard* (1881) que Anatole France se hizo célebre. Todo ha sido dicho sobre esta deliciosa novela que se ha hecho popular; de la cual se han impreso numerosas ediciones de lujo y baratas, y es corriente su uso como libro de lectura en los colegios y escuelas del extranjero en los que se enseña el idioma francés. Todos nosotros hemos recitado de memoria frases y páginas enteras, tan armoniosamente medidas:

Hamilcar, prince somnolent de la cité des livres, gardien nocturne...

La ironía más fina se unía allí a la más conmovedora sensibilidad.

Dieu vous bénise Jeanne, vous et votre mari, dans votre posterité la plus reculée...

Julio Lemaître no podía leer sin un gran deseo de llorar este trozo final del viejo sabio. Imaginaos también la emoción del escéptico Gerónimo Coignard a propósito de una pobre sirvienta a la que se lleva al suplicio por una falta ligera. Y no creáis que Anatole France fuera impasible. Se le hace este reproche. La moda influye en la ostentación del sentimiento, en todas las variedades de lo patético. Él había conservado la reserva que nuestros padres consideraban del mejor tono. Antes que nada era, un intelectual, un artista. También él vibraba, unas veces de piedad, otras, de indignación. Era humano. Acaso sufría, en su gloria soberana, de ser en este punto algo incomprendido.

Entre sus mejores obras es preciso enumerar: *Thaïs, La Rôtisserie de la reine Pédauque, Les Opinions de M. Jérome Coignard, Le Lys rouge, Le Jardin d'Epicure, l'Etui de nacre,* los cuatro volúmenes de *Histoire contemporaine: l'Orme du mail, Le Mannequin d'osier, l'Anneau d'améthyste, M. Bergeret a Paris;* después *Crainquebille, Sur la pierre blanche,* la *Vie de Jeanne d'Arc, l'Ile des pingouins, Les Dieux ont soif, La Révolte des Anges,* etc... Y no es aquí, en este periódico, donde se puede omitir *La Vie Littéraire.* Durante una decena de años, Anatole France hizo en *Le Temps* la crítica de libros con un conocimiento, ingenio y

encanto inimitables, capaz de descorazonar a sus sucesores. Muchos de estos trabajos de crítica figuran entre sus obras maestras. Sus más grandes novelas están inscriptas para siempre entre las mejores de la literatura francesa.

Thaïs es la que más lo aproxima a Flaubert. Renán es el maestro con quien se le ha comparado con más frecuencia. Tienen rasgos comunes: en cuanto al estilo, Renán es más celta; Anatole France, más griego, más latino. En lo tocante a ideas, más que a Renán, France se aproxima a Voltaire. Esto se ve claramente en el episodio de *Gallion (Sur la pierre blanche),* y en los capítulos XVIII-XXI de la *Révolte des Anges,* en donde Alaciele pronuncia un discurso sobre la Historia Universal "tan amplio y magnífico en sus tendencias como el de Bossuet es estrecho y triste en las suyas." Anatole France es puramente racionalista y pagano: para él, el curso de la civilización, interrumpido—como decía Julio Tellier—por el error cristiano, pasa de la antigüedad al Renacimiento, y el pretor romano que no le prestó atención a San Pablo tuvo razón. Sin embargo, esta teoría no le ha impedido describir con bellos colores las figuras cristianas de todas las épocas: desde Thaïs, la cortesana convertida, hasta el señor abate Lantaigne con quien el incrédulo M. Bergeret se complacía tanto en platicar libremente bajo el olmo del mallo. Muy firme y aun entero en sus ideas, a despecho de cierto floreo de escepticismo, Anatole France no era menos liberal y patriota. Se había convertido en socialista, comunista, bolcheviqui, etc... Sí, pero esto era puro relativismo: pensaba que las opiniones extremas tenían su utilidad como contrapeso del conservatismo y como fermento de progreso. Sin duda, no creía en su realización integral. Sobre todo, sentía horror por la violencia, hasta el extremo de haber condenado abiertamente el jacobinismo en su libro *Les Dieux ont soif.*

Universalmente admirado, no por eso ha dejado de ser bastante combatido. Profesores hay que no lo encuentran original porque ha sacado el argumento de sus obras de los libros antiguos. Tiene la misma originalidad de Virgilio y Racine, de Shakespeare y Gœthe. Otros, no quieren ver en él más que a un

estilista. No obstante, ha creado algunos personajes, aunque sólo fueran el abate Coignard y M. Bergeret.

Fué un gran escritor, uno de lo que más han enriquecido nuestro patrimonio literario. Saludemos su tumba con respeto y aflicción.

PAUL SOUDAY.

CON EL ESLABON

DÉCIMOCTAVO APÉNDICE

HE querido cumplir la orden imperiosa que nos viene de la antigüedad. ¡Y tánto como he querido! Con temblor, con inquietud, con anhelo, he tratado de conocerme; y cada vez el cuitado que se presentaba ante mi tribunal me parecía distinto. Llevaba dentro de mí diez Proteos. He dejado por imposible la empresa, y sólo he aprendido a ver sin vana curiosidad a los otros, a mis hermanos en la ceguera fatal.

*

Las dos alas de águila del espíritu son: la ciencia y el arte.

*

En el mundo del arte unos expresan, otros balbucean. El toque está en lograr ser expresivos.

*

Una de las manías de los sabios es la de catalogar a los pueblos. El francés, frívolo. Pero Guizot ¿no era francés? El español, Quijote. Carlos IV ¿no descendía de Sancho? El inglés, estirado. ¿No cojeaba Byron? No me refiero a su pierna. Digamos en redondo: franceses, españoles, ingleses—y *tutti quanti*—son hombres.

*

De las melancolías de la vejez, quizás la mayor consiste en la necesidad de resignarse a haber sido.

*

No nos lamentemos gimiendo: Cuba está enferma. Todos los pueblos lo están. Lo importante es diagnosticar su enfermedad y aplicarle el remedio... si lo sabemos.

*

¡Qué almohada más blanda, la de lo absurdo! ¡Cómo la mullimos y la perfumamos, para dormir en ella el vino de nuestras quimeras!

*

Es casi un tópico en los filósofos griegos que el pobre es más feliz que el rico. Pero ni el rico ha querido nunca probar la dicha del carecer, ni el menesteroso se ha conformado con la ventura del necesitar.

*

Nada más ajeno a mi modo de pensar que la doctrina socrática. Pero cuando oigo a Alcibiades describir cómo lo arrastraba la palabra cálida e imperiosa del filósofo, comprendo que Sócrates poseía el don supremo, el de moldear la conciencia para impulsar a la acción.

*

¡Cuántos siglos hace que nos está contando Herodoto las guerras pérsicas! Esa campana rajada ha tenido un eco prodigioso. Los historiógrafos han obedecido a su batuta, y siguen entonando la misma salmodia. Kyrie eleison...

*

¡Oh sabia antigüedad! ¡Oh precisión maravillosa del lenguaje! Pechero, el que paga pecho. Noble, el que no lo paga. El brazo del noble se reserva para las grandes ocasiones, y mientras más se reserva...

—Pero ¿qué vejeces nos estás ensartando? Ya no hay pecheros, ya no hay nobles. La gran conquista fiscal de los nuevos tiempos es la igualdad ante el impuesto.

—Me has confundido. Santa igualdad, que quitas uno al que tiene mil, y uno al que tiene uno. *Ora pro nobis.*

*

¿Qué te parece esta frase: "El feudo de Mr. Morgan, por otro nombre la República de Cuba"? Pues medita sobre ella; vale la pena.

*

Primo de Rivera, un Mussolini sin cultura, sin partido y sin popularidad.

*

¡Qué resonancia la de la vida en sociedad! Todos son ecos.

*

¡Santa Apariencia, cúbrenos con tu manto de púrpura!

Esta es la oración perpetua de los fieles de la vida social.

*

Ver poco sirve más que ver confuso. Miope, te puedes romper las narices; pero embrollon, te las rompes sin remedio.

*

Chateaubriand, gran mistificador. De un culto sombrío y de templos dedicados a lo monstruoso, quiso hacer brotar una flor de belleza y de humanidad.

*

Menéndez y Pelayo elevó la pedantería casi a la cima de la ciencia. Flor de trapo que a ratos se confunde con una flor natural.

*

El más famoso pescador de caña, Isaac Walton, era hombre

de entrañas muy blandas. No oculta su regocijo porque logró una vez convertir a un frenético cazador en pescador sedentario. Muy justo. En nuestro árbol genealógico los peces distan más que los cuadrúpedos.

*

La admiración del Greco y el cubismo se enlazan y entrelazan por raíces subterráneas y adventicias.

*

A la inmortalidad del alma se ha sustituído la inmortalidad del átomo. Pero el escéptico se encoge de hombros, y piensa: Vivir es tener conciencia de la vida; lo demás, pura monserga. ¿Qué me importa que *mis* átomos, después de su disgregación, bailen una zarabanda eterna por el espacio infinito?

*

¡Cómo nos abruma y nos quebranta el peso de la vida! Temblor de espanto me produce la tenacidad con que el hombre se ha empeñado en ver en la muerte, en la disolución final, irremisible e irreparable, una liberación.

*

Cuánto se ha escrito, ¡poder divino!, sobre el arte o sobre la ciencia del gobernar. Pues, con toda esa literatura, se gobierna a tientas. Y menos mal cuando no se gobierna a empellones.

*

La erudición. Descubrámosnos ante ella con gran respeto y mucho escepticismo. Usa buenos cristales; pero siempre están empañados por el vaho del tiempo.

*

Bien arraigado tenemos el fetichismo del gobierno. Nuestra providencia de andar en bata. Sólo nos olvidamos de una friolera, de que el gobernante es un hombre, en el mismo ambiente,

con los mismos intereses, afectos, ideas, necesidades, caprichos, jaquecas y limitaciones de sus gobernados.

*

El de Neanderthal es el abuelo de todos los cráneos prehistóricos. Mirémoslo con veneración, curiosidad y algunos escrúpulos de recelo. Lo mismo puede tener un millón de años que un millar.

*

Se puede escribir, quizás se haya escrito, un libro sobre los placeres de la vejez. Pero, sin quizás, nadie querrá conocerlos por experiencia.

*

Los eruditos no pasan por imaginativos. Sin embargo, ¡cuánta fantasía se gastan! ¿Origen de la tragedia? La carreta de Téspis. Allí estaban ellos, con notario y maquinita de escribir.

*

Entre una tragedia de Esquilo y una de Shakespeare o de Racine o de Alfieri ¿qué hay de común? El nombre. Este es un manto cuyos pliegues, como la noche, encubren entes bien disímiles.

*

Un soldado mató a otro. Lo cogimos y lo fusilamos. Y después hemos mirado con desprecio a los que se han tapado la cara con horror. Sensiblería ridícula. Como si en Cuba se hubiera hecho otra cosa, de Hatuey a la fecha, sino matar en nombre de la ley. Somos muy hombres y muy españoles los cubanos.

*

¿La pena no debe ser ejemplar?

—Ejemplarísima. Por eso mata, para que aprendamos a no matar.

*

Dicen que la metáfora es la abreviatura de un símil; y hay

metáforas tan sobadas y resobadas que parecen, y son, el término verbal corriente. Se han desmonetizado.

*

La suerte de la rr en la ortografía académica ha sido desastrosa. Cuando se había de dividir un vocablo al final de un renglón, no sabía la docta Academia qué hacerse con la importuna. Antes la descuartizaba, como al regicida Damiens; una pierna iba por un lado y otra por otro. Ahora la apelotona, como mazacote, y las dos rr se enredan con bien poca gracia. Propongo modestamente colocarlas una sobre otra.

*

¿Dónde estás hoy? ¿dónde estabas ayer? No, no preguntes eso; pregunta ¿siento hoy como sentía ayer? Y el lento esfumarse de la vida te helará hasta los tuétanos.

*

¿Es la vida un tío-vivo? ¡Ay no!, sino una cinta cinematográfica irreversible.

*

Falto de experiencia, creía yo antes que la habitación de razas disímiles en un mismo territorio las forzaba a malquererse. ¡Ay! lo que las fuerza no es su genealogía, ni su color, sino su propia condición humana. Caín y Abel eran hermanos de padre y madre.

*

Para hacerme idea del núcleo de la dialéctica hegeliana, me veo muchacho en mi hamaca camagüeyana. De un puntapié me elevo a la tesis, de otro contrario me lanzo a la antítesis; y me dejo ir poco a poco a la inmovilidad temblorosa de la síntesis. Claro.

*

En la literatura universal hay algunos libros, quizás algunos

capítulos, definitivos. Se leen poco. Es natural. Vamos de paso, y nos gusta lo pasajero.

*

¡La alegría de las cosas! Va con nosotros. Somos el sol que las realza y las dora. ¡La tristeza del mundo! Sale de nosotros. La noche de nuestro espíritu lo cubre y entenebrece.

*

Grandes, muy grandes espíritus afirman que la loba romana pacificó el mundo. Pequeño mundo fué el pacificado, en cuyas fronteras se guerreó siempre, y dentro de cuyos límites siempre se desgarraron las facciones.

*

Soy pacifista, sí, soy pacifista. Pobre de mí, si el tibio sol de la ilusión no calentara mis huesos.

*

Vamos a poner a Cuba hecha una tacita de oro. Lo hemos estado pensando veinte años, mas ahora lo haremos en un santiamén. Para eso tenemos en la cabeza la lámpara de Aladino.

*

—¿Y vamos a beber todos vino de Tokay en la tacita?
—A beber, no; pero a pagarlo, sí.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

La Habana, julio de 1925.

AL ABISMO (*)

DRAMA EN TRES ACTOS,

ORIGINAL DE EMILIO BACARDÍ MOREAU

PERSONAJES

DON BRAULIO (60 años), esposo de
DOÑA PETRA (50 años), madre de
PETRONILA, mojigata a su manera (22 a 23 años).
PADRE JUAN, sacerdote contemporizador, no exagerado (anciano).
PADRE BERMÚDEZ, sacerdote, sectario intransigente de buena fe, asceta (35 años).
DON AUGUSTO, beato (40 años).
ENRIQUE, joven mojigato (26 años).
ARTURO, joven de 27 años, contemporizador, irónico.
CRIADA ANTONIA, vieja de 60 años, criada de Margarita.
ATANASIA, DOLORES, CONCEPCIÓN } de 28 a 30 años, rezadoras, vividoras.
MARGARITA, 22 a 23 años, ahijada de Don Braulio y Doña Petra, huérfana recogida por ellos.
SOCORRO, encubridora de buenas formas (45 años).
DON JOSÉ, casero (50 años).
La acción pasa en la ciudad de La Habana. Época: de 1895 a 1897.

(*) El día 28 de agosto último se cumplió el tercer aniversario del fallecimiento del ilustre escritor Emilio Bacardí Moreau, cubano insigne por sus virtudes de ejemplar ciudadano. CUBA CONTEMPORÁNEA, que tuvo el gusto de contarlo entre sus colaboradores, rinde un homenaje a su memoria al publicar este drama suyo, hasta ahora inédito, cuyos originales nos había entregado algún tiempo antes de morir.

ACTO PRIMERO

Casa de personas ricas. Dos puertas en el fondo que son entrada y salida a la calle y al jardín. Dos puertas a cada lado, que sirven para comunicar a las habitaciones interiores. La acción comienza en domingo por la mañana.

Petronila de frente al público, hacia la izquierda, apoyada en una mesa lee con atención. Enrique entra por la puerta del fondo, mirando para todos lados, y al ver que no hay nadie más que ella, se acerca de puntillas, le toma la cabeza con ambas manos y le deposita rápido un par de besos; ella se hace la sorprendida al primer momento, y luego exclama sonriendo y como amenazadora.

I

PETRONILA, ENRIQUE y MARGARITA

PETRONILA. ¡Enrique!... ¡Atrevido! ¡Ten cuidado! Me vas a comprometer.
(Se abre una puerta de las laterales de la derecha, entra Margarita y llega ensimismada, sin fijarse en la escena; al volverse de espalda para cerrar la puerta por donde entró en la sala, Enrique toma el sombrero y el bastón, y va rápido a la puerta de la calle de puntillas; Petronila se abisma en su lectura.)

ENRIQUE. *(Avanzando desde la puerta como si entrara en aquel momento.)* Buenos días, Petronila; buenos días, Margarita; ¿a dónde va la primita,... siempre tan triste,... siempre tan indiferente?...

MARGARITA. *(Como volviendo en sí y con voz triste.)* Siempre lo mismo, Enrique, con mi dolor a solas; tú lo sabes... Voy al jardín a distraerme,... si en mí es posible el distraerse.

ENRIQUE. Margarita, todo pasa, bien lo sabes. Tú, como a todo el mundo le sucede, tendrás que conformarte a tu vez. ¡Bah! Una madre se con-

suela de la muerte de su hijo; y tú... por un novio...

MARGARITA. *(Interrumpiéndole.)* No,... no digo que mi dolor sea mayor que el de una madre, pero... es tan grande... Tú sabes, Enrique, cuánto le amé, cuánto le amo y... no me puedo consolar... Hace de la catástrofe dos años largos y *(con cierta vehemencia)* me parece que fué ayer,... y reconstruyo su muerte,... y le veo mal herido,... y lo miro abandonado quizás,... y cerrar los ojos para siempre... y ser para mí su último pensamiento... *(Se lleva el pañuelo a los ojos.)*

ENRIQUE. Sí, Margarita, no dudo de tu cariño para Genaro; todo está bien, pero, bastante lo has guardado en tu memoria. Todo con el tiempo tiene fin...

MARGARITA. Lo sé, Enrique; sí, el tiempo mitigará este dolor tan grande, dolor que es más intenso cuando la desaparición del sér amado ha sido como la de Genaro. ¡Y cuando el amor de Genaro era tan inmenso!

ENRIQUE. Bah!, bah! Margarita, su amor inmenso,... recuerda que te lo he discutido tantas veces... Escucha, muchos te buscan; y... tengo un amigo que sólo espera una mirada tuya para rendirse, y es de buena posición, chica, y rico... y...

MARGARITA. *(Interrumpiendo y con mayor tristeza.)* Basta, Enrique; ya otras veces te he impedido seguir con ese mismo tema y tú... Pero, ¿qué puedes entender tú de corazón?

ENRIQUE. Más que tu Genaro. ¡Te quería mucho!... ¡sí, mucho! y te deja plantada, para largarse a esa parranda escandalosa que dura tres años largos...

MARGARITA. ¡Calla! *(con energía.)* Sí, sí, me amaba, y con dolor de su alma me abandonó y... lo consentí y... *(pasando la mano por la frente cómo para auyentarse un recuerdo fijo),* se fué a donde han ido los cubanos de dignidad; a conquistar una patria! ¡A defender un ideal! A... pero... *(interrumpiéndose y continuando su camino con indiferencia a lo que se le decía.)* ¡Es verdad! ¡Tienes razón!... *(sale.)*

II

ENRIQUE y PETRONILA

ENRIQUE. Prima, ¿qué te parece Margarita? Romántica y queriendo darse la importancia de una reina ofendida. *(Haciendo un saludo a un ser imaginario como burla a Margarita.)*

PETRONILA. *(Cerrando el libro y levantándose.)* Margarita, ya la conoces; le ha dado por ser romántica como dices. No sé por qué le hablas; déjala ¿no me ves a mí?, como si ella no existiera. Desde chiquita me ha caído pesada; siempre con ese aspecto reservado y queriendo dar lecciones a todo el mundo.

ENRIQUE. ¡Como tiene esa apariencia de mater dolorosa!

PETRONILA. ¡Jesús, Enrique, no mezcles las cosas de santidad en comparaciones vulgares: respeta un poco más los recuerdos santos!

ENRIQUE. *(Acercándose a ella y cogiéndole las manos.)* Cosas santas como tú... ¡si nos vieran! *(Con sorna.)*

PETRONILA. ¡Vamos, suelta! *(apartándose.)* Ahí vienen papá y mamá.

III

Los mismos y Don Braulio y Doña Petra que entran de brazo.

Doña Petra. Sí, Braulio, estoy conforme contigo en ciertas cosas, pero, no en todas; no las aumentes. Tú sabes bien que la pobre Margarita hace unos tres años, perdió a Genaro Oramas en la guerra. ¿Qué quieres que haga? Ha sido su primer amor, y es justo que lo sienta como lo siente.

Don Braulio. No tanto, ni tan exageradamente. Hace ya tres años largos... ¿Y qué?

Doña Petra. *(Lenta y despacio en el hablar.)* Sí, Braulio, lo sé, pero cada cual siente con mayor o menor intensidad...

Don Braulio. ¿Si? Ella más que nadie ¿verdad? Tú, con tus condecendencias la has echado a perder completamente.

Doña Petra. ¡Pero si la pobre huérfana no me ha tenido más que a mí!...

Don Braulio. ¿Y a mí no?

Doña Petra. Sí, también, pero, eres hombre, tu carácter...

Don Braulio. ¿Qué tiene que ver mi carácter? Que soy recto como una línea; que soy exageradamente justo; que no admito nada mal hecho; que no acepto más que lo que mis benditos padres me enseñaron; que...

Doña Petra. ¿Pero, qué tiene que ver todo eso con Margarita?

Don Braulio. *(Con severidad)* ¡Con Margarita! Pues que ya me va cansando su eterna cara de tristeza, su aspecto de lloriqueos... su insociabilidad, en fin, su eterna protesta de una desgracia en que sólo Genaro es el responsable. ¿Qué se figura? ¿Qué piensa? Esto no puede durar: este estado de cosas tiene que acabar...

DOÑA PETRA. Escucha, Braulio. Yo la defiendo porque es buena, porque es sencilla, es trabajadora y nos quiere. ¡Sí, ha heredado todos los dolores de su pobre madre, y apenas comienza a vivir, se le rompe el corazón tan desastrosamente! ¡Tiene que sufrir! El corazón no se manda...

DON BRAULIO. Tú siempre defendiendo lo malo y en hacerme la contra. Si sufre, ¿y qué? ¿Todo el mundo no sufre? Para los sufrimientos tenemos el amparo de la religión y... ¡Dios me libre de inventar una calumnia! En el fondo la creo hasta una hereje. Desde la muerte de Genaro, ¿cuándo es que reza?, ¿cuándo va a la Iglesia? ¿Cuándo se confiesa? ¡Soy capaz de creer que es mala!

DOÑA PETRA. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Calla, Braulio; esto sí que es una herejía! Calla, por Dios, no quiero escucharte más. *(Va a tomar un asiento; Petronila, mientras hacía que leía ha estado escuchando atentamente la conversación y mirando de soslayo; Enrique de pie, en posición de saludar, aguardando la conclusión.)*

DON BRAULIO. *(Fijándose en Enrique.)* ¡Hola, Enrique! ¿qué tal hoy? Siempre tan ordenado, ¡eh!

ENRIQUE. *(Con voz respetuosa.)* Usted sabe, Don Braulio, cual ha sido y es mi conducta: tratar de ser bueno. El ejemplo que aquí recibo, en mi visita diaria, es un estímulo para perseverar. Es muy perverso el que no se adapta al medio ambiente.

DON BRAULIO. Sí, sí, ya lo sé; tú eres de los de buena cepa...

ENRIQUE. Gracias, Don Braulio. Muy buenos días, Doña Petra; permítame que la acompañe. *(Se adelanta a ella y la lleva a un sillón.)*

DOÑA PETRA. No te doy las gracias, Enrique, por tu galan-

tería, porque ésta es tu buena obra de todos los días: atender a los viejos como yo.

DON BRAULIO. *(A Petronila.)* Hijita, y tú, ¿entretenida en tus lecturas piadosas?

PETRONILA. Sí, papasito; no sé cómo todo el mundo no se deleita con la lectura de la vida de los santos. *(Dirigiendo la vista al cielo y con pasión.)* Dejar un libro bueno para leer tanto libro pernicioso...

DON BRAULIO. ¡Uf! hijita, mansa ovejita de mi casa; Dios te conserve tal cual eres y te preserve de conocer lo que encierran esos libros, y lo perjudicial de esas lecturas... *(Y agrega con acento sentencioso:)* ¡Salva tu inocencia que se marchitaría con sólo ponerse en contacto con tanta obra pecaminosa que las imprentas echan a la calle!

IV

Los mismos y DON AUGUSTO

DON AUGUSTO. *(Al entrar, estrecha la mano a Doña Petra y luego a Don Braulio.)* Muy buenos días, amigos míos, disimulen si llego algo tarde a vuestra tertulia dominical; la causa, el haber estado en conferencia con Fray Bermúdez, en San Felipe: Ustedes no ignoran que cuando nos encontramos, no nos es posible dejar de hablar de los vicios sociales y de lamentarnos de estos tiempos tan tristes que hemos alcanzado. ¡Ay! *(suspira.)*

DON BRAULIO. ¡Y cómo, Augusto! Justamente le hablaba en en este momento a Petronila de una de las llagas que corroen a nuestra sociedad: la lectura de los libros perniciosos puestos en circulación sin temor a Dios, sin temor a ninguna autoridad, sin salvaguardia para las al-

mas; la censura eclesiástica, suprimida hace tiempo por la maldad de los descreídos...

PETRONILA. *(Interviniendo.)* Don Augusto, sigo en todo las máximas de papaíto, y sería para mí un pecado horrendo leer lo que él no quiere que yo lea. Además de él, mi confesor es tan bueno, que me da hasta los nombres de los autores y los títulos de los libros que únicamente debe leer una niña religiosa y obediente. *(Posesionarse bien del tipo de mojigata.)*

DON AUGUSTO. ¡Dios les bendiga a Udes. en su hija tan discreta!

V

Los mismos y ATANASIA, CONCEPCIÓN y DOLORES que entran elegantemente vestidas. Las tres hablan simultáneamente.

CONCEPCIÓN. ¡Buenos días!

ATANASIA. ¿Qué tal por acá?

DOLORES. ¡Ustedes tan bien!

DOÑA PETRA. Muy buenos días, amigas mías, sean las bienvenidas. ¡Aquí nos tienen filosofando hoy en nuestra tertulia sobre tantas cosas! ¿Vienen de misa?

CONCEPCIÓN. *(Van tomando asiento.)* Sí, señora; yo la oí en Santa Clara. Me entusiasma Santa Clara. ¡Que bonito está el altar! Qué manos tan divinas las de esas santas monjas para hacer flores!

ATANASIA. Yo, estuve en San Felipe; por cierto que... *(interrumpiéndose.)* No, nada.

DOLORES. ¿Qué, qué fué Atanasia?

ATANASIA. No, nada. Murmurar no se debe y... menos en domingo; aunque contar lo que se ha visto, no es murmurar.

DOLORES. Pues yo oí misa en el Ángel. ¡Qué magnífico sermón! ¡Qué palabra tan divina! ¡Qué orquesta! ¡Qué concurrencia!

CONCEPCIÓN. ¿Había muchos conocidos?

DOLORES. *(Con verbosidad.)* Las Joselinas.¡Qué lujosas! Las Orozco, ¡con cuánto brillante! Las Zúñiga, ¡qué sombreros! Y no es hablar mal el decir que hasta en la Iglesia se entretienen en hacer morisquetas. Las García, ¡con cuántas cintas! En fin, hijas, sería la de nunca acabar.

ATANASIA. *(A cada frase de Dolores tendrá ésta una frase de crítica sin caridad; por ejemplo: ¡qué lujosa! agregará:* ¡Fiado! *¡Cuánto brillante!* ¡Falsos! *¡qué sombreros!* ¡Quizás de quién! *¡cuántas cintas!* ¡Pasando hambre! *todo ha de ser rápido.)*

VI

Los mismos más ARTURO, muy atildado.

ARTURO. *(Después de saludar a los de la casa y a los demás, dirigiéndose a las tres señoras.)*. Se me han adelantado Udes. ¡Bien que caminan!

DOÑA PETRA. *(Con cierto tonito.)* Arturo, ¿ha oído Ud. hoy tres misas en tres iglesias distintas?

ARTURO. ¡Oh! no, mi señora: pero, saludé a Dolorita al salir del Ángel y, bajando por la calle del Obispo, tuve el gusto de saludar también a Concepción y a Atanasia, y en verdad *(con afectada galantería)*, eran de las señoras más elegantes entre las tantas ataviadas que rerecorrían nuestra calle principal.

ATANASIA. }
CONCEPCIÓN. } *(Las dos a la vez, regocijadas.)* ¡Adulador!

ARTURO. No, nada de eso, no hago más que rendir culto a la verdad.

(Se levanta y va a Enrique que conversa aparte con Petronila.) ¡Qué retirado! ¿Qué te pasa, Enrique? En qué piensa Petronila, la santa y buena Petronila? *(con énfasis intencional.)*

PETRONILA. Vamos, Arturo, no tanto; trato sólo de ser hija buena y obediente.

ARTURO. *(Inclinando la cabeza, como saludando, y después buscando con la vista a álguien.)* ¿Y Margarita? la recluída por gusto, como la llamo.

PETRONILA. Ud. sabe, Arturo, que Margarita es... digamos sólo, original. No es hablar mal de ella. *(Con énfasis.)* ¡Ha leído tantos libros y tan malos quizás! Es un espíritu opuesto a todo: debe andar seguramente por el jardín. *(Dando indiferencia al tono y volviendo a su compungimiento como quien ha hablado demasiado.)*

ARTURO. Pasarán sus rarezas, Petronila, cuando se mitiguen sus penas; a cada tiempo su cosa. ¡Ah! Atanasia; me olvidaba hacerle una pregunta: ¿estaba Ud. en San Felipe, cuando?... *(bajando la voz, como si hablara con ella sola.)*

CONCEPCIÓN.
DOLORES.
DON AUGUSTO.
PETRONILA. } *(A la vez todos, con viva curiosidad.)* ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué fué?

ATANASIA. ¡Ay! Arturo, qué malo es Ud.! *(cubriéndose la faz con el abanico.)*

ARTURO. ¿Malo? ¿Es malo preguntar por algo que fué del dominio público? *(Dirigiéndose a don Braulio.)* Ya nada se respeta, ya no hay caridad, don Braulio, vivimos en una perdición. *(Con sorna.)*

DON BRAULIO. ¡Ay! Arturo, nuestro tema y nuestras cons-

tantes lamentaciones! Si no, que lo diga Augusto; y... ¿qué fué lo que pasó?

(Se aprestan a oír, acercándose todos menos Doña Petra.)

ARTURO. Tengo a Atanasia como testigo de mayor excepción que me corregirá si exagero; relataré punto por punto, aunque con dolor de mi corazón, lo que hemos presenciado ambos, Atanasia y yo, y es increíble como ni la casa del Señor se respeta ya! *(Con tonito burlón que no comprenden.)* Pues bien: sabrán Uds. —hace ya algún tiempo de ello—que las relaciones amorosas de la hija de Quintanilla, Belencita, con el procurador Severino García *(bajando la voz)* andan mal. Se cuenta que una mujer *(ahuecando la voz)* de esas perversas, poseídas del réprobo, lo tiene sujeto entre sus redes...

ATANASIA. *(Entrando en la conversación.)* Belencita despidió a García rotundamente y sin contemplaciones...

ARTURO. Cierto es, y hay que suponer, naturalmente, la alegría que experimentaría la corrompida harpía al verse dueña y señora absoluta de Severino.

DOLORES. Así sería.

ARTURO. Pero, parece que Severino, escuchando consejos de que Belencita es hija única, y poseedor su padre de bienes no despreciables, volvió arrepentido a recuperar el cariño de su prometida...

CONCEPCIÓN. Yo lo hubiera rechazado.

ARTURO. Esto se dice... *(con mímica incrédula.)* La otra no se da por vencida y promete vengarse. Averigua que Belencita oye misa los domingos en San Felipe, *(todo esto con cierto aspaviento burlón)* y, a la misma misa, acude

con desvergüenza sin igual; allí se arrodilla al lado de la que ha dado en llamar su rival, e imitándola en todo, la sofoca. Si abre el devocionario, abre ella el suyo. Si se sienta, se sienta. Si se arrodilla, se arrodilla ella también. Y con esa mímica llamó tanto y tanto la atención, que la pobre niña, fuera de sí, determinó abandonar la iglesia.

ATANASIA. ¡Así fué! *(suspira.)*

ARTURO. Así, así. Los feligreses vieron lo que pasaba; la devoción quedó interrumpida; y apenas concluída la ceremonia de alzar la divina majestad, levantándose Belencita dirigióse hacia la puerta...

DOLORES. ¡Jesús! ¡Jesús!

ARTURO. Tras ella, va la malvada criatura aquella, se le adelanta, y al llegar junto a la pila de agua bendita, introduce la mano en ella, la saca, y le dice descaradamente a la atolondrada criatura: "Para Ud., señorita"; y con sus manos manchadas, toca la blanca mano de la inocente paloma que palidece, sale tropelosa, y no cae porque se agarra de la hoja de la puerta.

CONCEPCIÓN. ¡Dios mío, qué horror!

ARTURO. Y en tanto que la otra, la... la... la rival, digámoslo así, con sonrisa enigmática, burlona, subiendo a un coche parte ligera exclamando a Belencita: —¡Hasta la vista compañera! *(Mímica de unos y de otros y exclamaciones de asombro.)*

DON BRAULIO. ¡Qué perversión! ¡Dios mío, qué escándalo!

PETRONILA. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡En la iglesia!

ATANASIA. *(A los demás.)* Lo he presenciado todo, como ha dicho Arturo. No ha quitado ni agregado una sola letra.

ENRIQUE. *(Haciéndose el caballeroso.)* ¿Y las gentes?

¿Y los demás? ¿Y nadie acudió, nadie corrigió el desafuero?

DON AUGUSTO. *(A don Braulio.)* ¡Habrá que pedir amparo a la autoridad hasta para el templo!

DON BRAULIO. *(Con sorna.)* ¡A la autoridad! ¡a la autoridad! ¡Bah, bah!...

DOLORES. ¡Dios mío! No sé como se permite la entrada en los templos a ciertas criaturas.

CONCEPCIÓN. No, hija, eso no, que un acto de contrición borra una vida de pecado.

DON BRAULIO. No es esto; allí no hubo acto de contrición sino de descoco, atrevimiento, procacidad: *(dándose paseos y deteniéndose a ratos)* Augusto habrá que impedir que las verdaderas señoras vayan a los templos para no codearse con... esas... esas... Hay que ver al señor Obispo y referirle el suceso. *(Llevándose las manos a la cabeza.)* ¡Qué horror! ¡Qué atrocidad!

VII

Los mismos, entran los dos clérigos, el PADRE JUAN, bondadoso anciano, y CIRILO BERMÚDEZ, sacerdote joven, asceta, aspecto de sectario intransigente.

(Todos se ponen de pie con veneración y acuden a tomarles los sombreros.)

PADRE JUAN. Dios bendiga esta casa. Buenos días, amigos míos. *(Va a doña Petra y a don Braulio.)* Doña Petra, Don Braulio: tengo el gusto de presentarles un nuevo ministro del Señor, hasta quien han llegado la bondad y la religiosidad de Udes. y que deseaba conocerles. Al aprovechar el felicitarle por su magnífica oración de hoy, al salir del templo, realizo sus deseos: el padre Cirilo Bermúdez es uno de

de los más fieles servidores del altar. *(Todos le saludan con la cabeza y Petronila le besa la mano.)*

DOÑA PETRA. Padre Bermúdez, en esta casa, que desde hoy es suya también, no encontrará Ud. sino buenos amigos.

DON BRAULIO. *(Estrechando la diestra de Bermúdez con ambas manos.)* Padre, es para nuestra casa un grande honor esta visita que agradecemos con toda el alma. El padre Juan, nuestro viejo amigo, conoce nuestra religiosidad y ha hecho bien en no tardar en traerlo por acá. Le conocíamos a Ud. hace tiempo; sus predicaciones, sus visitas domiciliarias, sus obras de redención, se han adelantado a su presencia aquí.

DOLORES. Padre, ya había yo anunciado a mis amigos, cómo me había llenado de fervor escuchando la palabra divina de la boca de Ud., hoy en el Ángel: Si no poseyéramos la fe tan acendrada que nos embarga, créalo Ud., padre, Ud. nos hubiera convertido.

PADRE BERMÚDEZ. Gracias, gracias, señora, don Braulio, señores, por sus demostraciones de cariño; no las merezco; no soy más que un humildísimo hermano de la Compañía de Jesús, que cifra todos sus anhelos en conservar los fieles, y en atraer al redil a los descarriados; mis esfuerzos serían estériles, si no contara con la divina gracias que es la que me inspira y me ayuda. *(Van sentándose y haciendo tertulia en grupos.)*

DON BRAULIO. Padre Juan, sin la alegría que nos proporciona Ud. hoy, le hubiera dirigido un reproche por su tardanza en habernos hecho conocer personalmente al reverendo padre Bermúdez.

PADRE JUAN. *(Con tono bondadoso.)* El padre Bermúdez es sumamente retraído, ocupado constantemente en sus obras de caridad domiciliaria; se le busca, y no se le encuentra. Hay que acudir para hallarlo a esas ciudadelas, focos de corrupción, tugurios malsanos. Donde haya pecadores, almas que salvar, buscadle.

DON AUGUSTO. La iglesia cumpliendo en sus ministros la obra redentora que les recomendó nuestro señor crucificado.

PADRE BERMÚDEZ. ¡Oh! señores *(con severidad)*: mi obra no tiene más importancia que la que Udes. le dan. ¿No es esa nuestra misión? Sostener, corregir, perdonar, ¿no están en nuestro camino? ¿No es esa la promesa de caridad que nos impone nuestro sagrado hábito? ¿No son esas las doctrinas que nos legó Nuestro Señor Jesucristo?

(Todos están pendientes de los labios del padre Bermúdez.)

PETRONILA. Sí, padre, siento lo que Ud. dice. ¡Cuánta unción tienen sus palabras!

DOLORES. ¿Y para nosotros?

CONCEPCIÓN. Quisiera estarle oyendo siempre.

ATANASIA. Padre, indíquenos su templo de preferencia.

PADRE BERMÚDEZ. Todas las iglesias son mis templos: en el Ángel predico más a menudo y luego en la Merced. *(Entusiasmándose.)* La labor, hijos míos, es muy dura, hay mucho que espigar. ¡Cómo va la corrupción avanzando! Como corriente fangosa que va enturbiando aguas cristalinas, no se detiene. Todo está invadido, todo está tergiversado. *(Con mímica de fervor.)*

DON AUGUSTO. ¡Qué verdad tan grande!

PADRE BERMÚDEZ. Antes, señores, el traje era signo de la sociedad a que se pertenecía; la señora era la

señora; la clase media, tenía su lugar; los de abajo vivían abajo; los de arriba, arriba; hoy es imposible distinguir una clase de la otra...

CONCEPCIÓN. ¡Ay! ¡esa igualdad! ¡Qué desconcierto!

PADRE BERMÚDEZ. *(Con creciente entusiasmo.)* Sí, así es, señora. Cuando predico, ya en la Merced ya en el Ángel, al tender la vista desde el púlpito, al vislumbrar los trajes de crujiente seda y alegres cintas, ante tanta joya cuyas piedras rutilan como las luces de los altares, ante la devoción y el silencio de la concurrencia, se me regocija el corazón, y mi palabra es la bendición que pide al Altísimo gracia para todos.

ATANASIA. ¿Oyes, Dolores?

PADRE BERMÚDEZ. Y... después, hijos míos, bajo al confesionario. ¡Cuán triste engaño! Allí encuentro entonces mezclado a la paloma sin hiel con la pecadora rapaz, y allí... ¡Dios mío, Dios mío! ¡Cuánto dolor para el alma! *(Pausa un momento; el padre Bermúdez como extasiado y los demás pendientes de él.)*

DON BRAULIO. Escucha, Petra, lo que con tanta fidelidad, con tanta energía, acaba de decirnos el padre; lo que te repito cada día, hay que escoger. No hay que fiarse de lo que vemos, hay que escudriñar. ¡Cómo estamos engañados de la sociedad en la cual vivimos! Yo no me amoldo, no puedo, soy demasiado pecador, no puedo aceptar el arrepentimiento sino tras larga penitencia para alcanzar el perdón.

PADRE JUAN. La carne es débil *(con bondad.)* Hay que perdonar siempre.

PADRE BERMÚDEZ. Perdonar, sí, perdonar es necesario. *(Con energía):* Para perdonar es preciso el arrepenti-

miento, y para el arrepentimiento es indispensable el pecado.

ARTURO. *(Tocando el hombro de Enrique.)* ¿Qué te parece?...

ENRIQUE. ¡Chut, calla!

PADRE BERMÚDEZ. Más grato es a los ojos del Señor el pecador empedernido a quien un rayo de luz ilumina, que el que nunca faltó; y es obra más meritoria arrancar del abismo de perdición a esas Magdalenas que parecen olvidarse de que otra, bañando los pies de nuestro señor Jesús con sus lágrimas, alcanzó misericordia, que no orar sencillamente con los buenos. Para la divina gracia no hay despreciadas ni réprobas: la penitencia debe ser el sacrificio.

DON AUGUSTO. ¡Oh! ¡la misericordia del Señor no tiene límites! *(Con unción, un rato de silencio, del cual se aprovechan las señoras para levantarse y marcharse.)*

ATANASIA. Padre, las obligaciones del hogar me obligan a dejarle; ¡cuánto nos duele! Si Ud. me lo permite seré de Ud. una hija de confesión.

DOLORES. *(Levantándose.)* Y yo, padre.

CONCEPCIÓN. Y yo también, padre.

(Van despidiéndose y besando la mano al padre Bermúdez y al padre Juan.)

PADRE BERMÚDEZ. Id, hijas mías, y conservaos tan santas como hasta ahora.

DON BRAULIO. Y dígalo Ud. padre, ¡si todas fueran así!

CONCEPCIÓN. *(Dirigiéndose a Arturo.)* Arturo, ¿nos acompañaría Ud.?

ARTURO. Será para mí una honra el ir con Udes., y el padre Bermúdez me perdonará si dejo su grata compañía.

PADRE BERMÚDEZ. Vaya, hijo mío, que bien acompañado está. *(Se van despidiendo y saliendo; quedan Doña Petra, Don Braulio, Enrique, Petronila, el padre Juan, el padre Bermúdez y Don Augusto.)*

VIII

Doña Petra, don Braulio, Enrique, don Augusto, el padre Juan y el padre Bermúdez se van sentando, y don Braulio se coloca entre el padre Juan y el padre Bermúdez; don Augusto, Petronila y Enrique conversan entre sí de lo que vayan oyendo.

DON BRAULIO. Ahora que quedamos los más íntimos, con permiso de nuestro buen amigo el padre Juan, voy a hacer una súplica al padre Bermúdez, por una idea nacida en mí al escuchar sus calurosas aseveraciones; y es que, dada su gran virtud y elocuencia, nos auxilie en una obra en la cual Petra y yo nos declaramos vencidos... *(El padre Bermúdez se inclina ante doña Petra y don Braulio.)* Padre, se trata de Margarita.

PADRE BERMÚDEZ. ¿De Margarita? ¿Quién es Margarita?

DON BRAULIO. Le diré, que para todo hay que hacer historia. Hace años que murió una parienta lejana nuestra; a poco pagó también su tributo el marido, dejando sin amparo a una niña de pocos años de edad. Éramos sus padrinos, y al bautizarla le dimos el nombre de Margarita. Aquí con mi hija la crié, aquí con nosotros vivió siempre, sin diferencia alguna; fué a la escuela donde fué Petronila y como hija la hemos querido y tenido: ¿verdad, Petra?

DOÑA PETRA. Verdad, Braulio.

PADRE JUAN. Y yo afirmo todo lo dicho por don Braulio.

DON BRAULIO. Bien, continúo. Ud. verá, padre, cómo a veces ni la predicación ni el ejemplo, surten los efectos necesarios. Bien quizás porque nos falten medios de persuasión... *(Se queda como pensativo.)* ¡Y vaya, que a veces he tenido hasta que corregirle con dureza! *(Hace ademán de pegar.)*

DOÑA PETRA. ¡Braulio!

DON BRAULIO. ¿Y qué? ¿No estamos en familia y casi haciendo una confesión?

PADRE BERMÚDEZ. Siga, Don Braulio.

DON BRAULIO. Ud. verá. La niña Margarita, sea por herencia de su padre que fué un cascarrabias —su madre no, que fué una santa—, ha sido desde pequeña, esto que se ha dado en llamar un espíritu rebelde. *(Van haciendo signos de asentimiento, con la cabeza.)* Obediente a veces, soberbiecilla a ratos, y al corregirla frunce el entrecejo, y nunca una corrección le arrancó ni una protesta ni una lágrima. Su madrina, Petra, tal vez la mimó y consintió demasiado...

DOÑA PETRA. Sí, ¡la pobrecita!, bastante tenía con ser huérfana.

DON BRAULIO. No era esto una razón para malcriarla como lo has hecho; pero, dejemos divagaciones; venimos a demandar consejo, y aprovechemos de la bondad del padre por si podemos lograr la salvación de un alma. ¡Sería un caso de conciencia y un remordimiento, porque para mí, se pierde!

DOÑA PETRA. ¡Braulio!

DON BRAULIO. Nada, y sigo. Haciendo su voluntad creció; en la escuela aprendió rápidamente, y la maestra, encariñada con ella también, la llamaba la soñadora, lo que quiere decir que la cabecita aquella se llenaba de pájaros, que era una fantasía; así continuó y así siguió. De joven fué siempre amiga de los periódicos; los libros santos le daban sueño ¡con ese desenfado lo decía!; a la iglesia iba a regañadientes, y a las reprensiones contestaba: "Dios está en todas partes" y sólo hemos logrado

que se confesara una sola vez e hiciera su primera comunión.

PADRE BERMÚDEZ. Mal, mal; había que buscar un medio para hacerla cumplir con sus deberes sagrados.

DON BRAULIO. Eso, eso, ¿ves, Petra?, y a esto vamos. Yendo y viniendo de la escuela, cosa imposible de evitar, con las idas y venidas por la calle, hizo amistad con un joven estudiante de leyes, huérfano también y, como ella, cabeza loca y vacía. Graduóse el abogadillo, y entonces vino a pedirnos la mano de Margarita; y al sorprendernos esos amores, no pudimos hacer oposición, ya por los derechos con que la ley lo amparaba, ya por pensar que siendo ella pobre, era lo más cuerdo aceptar la petición y acordar la realización del matrimonio en el plazo de dos años.

PADRE BERMÚDEZ. Bien: ¿y ese joven?

DON BRAULIO. Verá Ud., padre. Esas relaciones duraban sobre año y medio, y cuando estalló la maldita guerra... *(Queda como pensativo.)* Sí, ¡maldita guerra! Y verá Ud., ese loco, como tantos otros, tomó las de villadiego yendo a engrosar las filas de los insurrectos. ¡Y esas eran sus protestas de amor para esa infeliz criatura!

PADRE BERMÚDEZ. ¡El hombre es perverso!

DON BRAULIO. En fin, el resultado final fué, padre, que se marchó con las hordas vandálicas, y con tan mala suerte, que allí encontró su merecido. Una mañana, por debajo de la puerta, apareció una carta dirigida a Margarita, diciendo que Genaro Oramas, antes de morir, encargaba se hiciera saber su triste fin a la que él consideró su esposa ante Dios y los hombres: ¡Atrevido!

PADRE BERMÚDEZ. ¡Compasión para el pecador fenecido!

DON BRAULIO. Siga Ud. escuchando, padre. En nombre del insolente se agregaba que sus últimas palabras habían sido, el recordarla; que no había tenido más que dos religiones: "Margarita y su Cuba; que Margarita era su Dios y Cuba su madre". ¿Qué le parece, padre Bermúdez, esto?...

PADRE JUAN. La naturaleza humana es flaca.

DON BRAULIO. Bueno; y en vez de servir de provechosa enseñanza esta catástrofe, que tal debía ser para Margarita, diríase que se ha vuelto de entonces más misteriosa, más reservada, más reconcentrada; la cuestión es que no han logrado nada nuestras súplicas, y ni las alegrías ni el dolor influyen en su ánimo para atraerla a nuestra religión; y esta es, padre Bermúdez, mi súplica; para entretenerle con esta historia. Haga Ud. un esfuerzo, y logre, iluminado por el Señor, alcanzar de esa criatura que cumpla con sus deberes. ¡Voy ya cansándome y temo, en un arrebato, tomar severa determinación!

PADRE BERMÚDEZ. ¿Y no tiene esa niña amigas? ¿Y el ejemplo de su hija nada influye en ella?

DON BRAULIO. Nada, nada; una criada vieja que fué de su madre, y no la abandona nunca, supongo sea en quien ella deposita sus ideas y sus sentimientos.

PADRE BERMÚDEZ. *(Con fe.)* No se desanime Ud., Don Braulio; en mi vida sacerdotal mucho he tenido que luchar, pero, he vencido; ¿está en casa la criada?

DON BRAULIO. Sí, padre.

PADRE BERMÚDEZ. Permítame Ud. tomar desde este momento el asunto como un caso mío; tenga la bondad de llamar a la criada. La relación que Ud. me

acaba de hacer me interesa sobremanera, y, a mi juicio, el estado de Margarita no es más que el producto de una libertad errónea; Ud. verá, don Braulio, como esa alma atribulada tornará a la senda de la religiosidad que es vida de esta casa. *(Con ceremonia.)*

DON BRAULIO. ¡Dios lo quiera! *(Se levanta y va a la puerta del fondo.)* ¡Antonia, Antonia!

IX

Los mismos y ANTONIA.

ANTONIA. *(Asomando.)* ¿Qué me quiere el niño?

PADRE BERMÚDEZ. Ven acá. Me ha dicho el señor que cuidas mucho a la señorita Margarita, y que la quieres mucho.

ANTONIA. ¡Ah! padre, ¿cómo no querer a mi niña? Yo la sudé, yo la he dormido en mis piernas, la pobrecita, sin nadie y... tan fatal!

PADRE BERMÚDEZ. Bien, Antonia, Dios te lo pagará, cuídala y quiérela mucho; ¿está en casa la señorita Margarita?

ANTONIA. Sí, señor, padre, está paseando en el jardín, sola, solita como está siempre.

PADRE BERMÚDEZ. Anda y llámala, que niña tan buena y tan sufrida necesita que se la consuele.

ANTONIA. Sí señor, padre, voy a buscarla. *(Sale.)*

X

Los mismos y MARGARITA.

MARGARITA. *(Al entrar ésta, con tristeza en el semblante, saluda con dulzura y pregunta a su padrino con tono afligido e igual:)* ¿Me llamaba Ud.?

DON BRAULIO. Sí, Margarita, el reverendo padre Bermúdez, a quien hemos hablado de ti, desea conocerte.

PADRE BERMÚDEZ. Sí, hija mía, *(con interés.)* Sus padrinos me han hablado de Ud., de su orfandad, de sus penas; Dios pone a prueba a sus elegidos; Ud. sabe que todo dolor se calma como todo pecado se perdona...

MARGARITA. Sí, padre, y por esto me aíslo en el jardín en cuanto tengo un momento libre, y allí, con Dios y mis penas, trato de apaciguar mi corazón.

PADRE BERMÚDEZ. Bien hija mía, en las manos de Dios está el enviarnos lo que a su santa voluntad le plazca. La soledad es buena; pero, no hay consuelo eficaz si no acudimos al Señor; a su santa casa; si no frecuentamos sus sacramentos... *(Va mirando con gran fijeza a Margarita, tanto para ir llevando a su ánimo la eficacia de sus palabras como queriendo recordar algo de aquella fisonomía.)*

MARGARITA. Es verdad padre, pero, es tanta mi pena, tanto mi dolor, que a veces quisiera vivir tan aislada que hasta se olvidasen de que existo...

PADRE BERMÚDEZ. *(Aparte.)* Yo conozco esta cara. *(Dirigiéndose a Margarita.)* Hija, éste es mal camino; sin oraciones, sin implorar al Todopoderoso, nada valen nuestros deseos: vivir desesperada, es no tener fe en la providencia. *(Con energía.)* No hay más que un camino de salvación: humillarse; la casa de Dios visitada frecuentemente y un director piadoso, son los que pueden encaminarnos por la senda de la verdad. *(Aparte.)* Yo he visto a esta mujer en alguna parte.

MARGARITA. Es verdad, padre. No dudo llegue en mí ese

momento. *(Con vacilación.)* Me siento débil, fatigada, he estado... enferma hace tiempo, y... pronto me canso, padre; dispénseme, siento necesidad de descanso. *(Con una inclinación de cabeza se va con el mismo aspecto triste y con señal de cansancio.)*

DON BRAULIO. Ya ve Ud., padre Bermúdez, esta es la oveja que considero fuera del redil.

DOÑA PETRA. ¡Ay! padre, haga algo por ella.

PETRONILA. Padre: la pobre Margarita *(con ironía)* es muy humilde, y... en el fondo es muy engreída...

DOÑA PETRA. ¡Niña, calla!

PADRE JUAN. La pobre Margarita es alma buena; sus defectos son resabios del siglo. Y hay que dejar que se mitiguen sus dolores.

PADRE BERMÚDEZ. *(Pensativo y como reflexionado.)* Sí, eso es..

DOÑA PETRA. }
DON BRAULIO. } *(A la vez.)* ¿Qué? ¿qué, padre?

PADRE BERMÚDEZ. *(Levantándose para marchar.)* Nada, amigos míos, no desmayéis. *(Dándoles la mano y repitiendo consigo mismo.)* La he visto, y... *(conteniéndose de lo que iba a decir.)* Si mi fe no me engaña, esperad. *(Con energía.)* Si lo que mi corazón me dice es cierto, aguardad, os repito, que, con la fe en el Señor, que nunca desampara a sus criaturas, yo os prometo... que la oveja tornará a su redil.

ACTO SEGUNDO

I

DON BRAULIO y DOÑA PETRA.

DOÑA PETRA. No sé, Braulio, qué te pasa con Margarita.

DON BRAULIO. Pues, Petra, lo de siempre; tú eres la que estás engañada con ella, por la lástima que le tienes; esa lástima te ha producido cariño grande, está bien; pero, no debiste haberlo exagerado. *(Con acento doctoral.)* Margarita tiene la peor de las condiciones: no replica; ya se le puede reconvenir: calla siempre. Dígasele lo que se crea conveniente, no hay forma de que conteste.

DOÑA PETRA. ¿Y qué quieres? ¿Qué a tus consejos y regaños te replique? Entonces dirías que era arevida y...

DON BRAULIO. No, eso no; pero, algo debiera responder de una manera u otra. Ese su eterno amén a todo, es una contradicción adrede a nosotros y ya esto me molesta, y me va incomodando muy de veras, y me temo llegue a contagiar a Petronila.

DOÑA PETRA. Vamos, Braulio, no aumentes las cosas; Margarita calla porque es preciso convenir en que es verdaderamente muy fatal y muy desgraciada.

DON BRAULIO. Sí, ¿y porque lo sea debe ella ser como es? ¿No le hemos dicho, y con nosotros el buen padre Juan, que hay que poner su confianza en Dios? ¿Que hay que sufrirlo todo con santa paciencia? Tú, que tanto la defiendes, vamos a ver, ¿cómo juzgas de su conducta el domingo pasado con el padre Bermúdez?

DOÑA PETRA. Pero, Braulio, Udes. los hombres tienen me-

nos sensibilidad, a no dudarlo, que nosotras; y tú, como los otros, todo lo juzgas por lo que te dicta no el corazón, sino la cabeza. Si yo viera a Margarita en mal camino, ten por seguro, que ahogaría mi cariño y estaría a tu lado, pero, vuelvo a preguntarte ¿qué hace Margarita?

DON BRAULIO. Bueno, pues que lo quieres así, nada y nada. Pasear por el jardín; andar mirando a lo lejos; soñando siempre, y... no cumplir con ninguno de sus deberes religiosos. Hay que tomar una determinación; tenemos que velar por nuestra hija... ¡Ah! ahí viene Petronila.

II

Los mismos y PETRONILA.

PETRONILA. ¡Qué solitos, papá y mamá, como dos tortolitos!

DOÑA PETRA. Llegas a tiempo, hija mía, y nos vas a dar pruebas de tu discreción.

PETRONILA. Digan lo que desean saber, que en mí encontrarán siempre a la hija sumisa y obediente.

DON BRAULIO. No es de ti, hija mía, de quien se va a tratar, es de nuestra ahijada.

PETRONILA. ¡Ah! ¿de Margarita?

DOÑA PETRA. Sí, de Margarita; ábrenos francamente tu corazón: ¿qué piensas de ella?

PETRONILA. Mamá, a decirte verdad, no he de ocultarte nada: no simpatizamos. Desde que Margarita ha ido creciendo, se ha ido volviendo así, huraña, como si me tuviera por algo inferior a ella; eso será, porque en vez de tener la cabeza en cosas de provecho y santidad, las tiene sólo de simplezas. *(Don Braulio va asintiendo a las palabras de su hija.)* Nos

hablamos sólo lo preciso, pues desde que murió Genaro, verdaderamente está inaguantable. Justo es que lo haya sentido y que lo haya llorado, pero, ¿de quién es la culpa? De él mismo; si la hubiera querido como aparentaba, no se hubiera ido a la insurrección.

DON BRAULIO. ¡Eso, eso! *(dándose golpecitos en la palma de una mano.)*

DOÑA PETRA. ¡Pobre Margarita, tan desgraciada!

PETRONILA. Sí, mamá, estoy conforme, es desgraciada; pero recuerda que tenemos la religión que es bálsamo para todas las heridas. ¿No se le ha dicho y repetido? ¿Por qué rehuye ese consuelo? *(Con reticencia.)* Es ella tan superior y tan hereje... Nunca se la ve frecuentar las iglesias, ni tampoco con un libro de oraciones: todo lo que lee es profano. Casi aseguraría que ni siquiera reza al acostarse, ni tampoco al levantarse.

DON BRAULIO. Eso, eso.

DOÑA PETRA. *(Con bondad.)* Tú sabes, hija mía, que las penas agrian el carácter.

PETRONILA. *(Con cierto énfasis.)* ¡No para con Dios!

DON BRAULIO. Eso, eso *(continuando con las palmaditas en el dorso de la mano.)* ¿Ya lo ves, Petra?

DOÑA PETRA. Bueno, Braulio, déjame hacer un último esfuerzo. Tú ibas a salir; sal, anda, hijo, que cuando vuelvas, verás cómo es otra cosa; tú, Petronila, déjame sola.

DON BRAULIO. *(Tomando sombrero y bastón.)* Bueno, Petra, tú eres demasiado buena, y demasiado ciega; verás cómo al cabo y a la postre sólo sacarás de ella... nada y nada. *(Vase.)*

DOÑA PETRA. Anda, Petronila, vete también. *(Petronila sale.)*

III

DOÑA PETRA y ANTONIA

DOÑA PETRA. *(Llamando.)* ¡Antonia!

ANTONIA. *(Saliendo por una puerta lateral.)* ¿Qué quiere la niña?

DOÑA PETRA. Antonia, anda y dile a Margarita que venga acá, que su madrina quiere hablarle.

ANTONIA. Voy, mi señora. *(Sale.)*

IV

DOÑA PETRA y MARGARITA.

MARGARITA. *(Entrando.)* ¿Qué, madrina?

DOÑA PETRA. *(Dándole un beso en la frente.)* Ven acá, hija mía, siéntate; quiero hablarte largamente, préstame toda tu atención: te quiero mucho, Margarita, y sólo tu bien es lo que deseo.

MARGARITA. *(Tomándole la mano y besándosela.)* Madrina, Ud. ha sido mi madre; Ud. sabe cuál es mi cariño: mande, madrina: yo obedezco.

DOÑA PETRA. Has venido a la vida para traer grandes dolores; tu vida costó la suya a tu madre; de ella te recibí, y no podrá decir desde los cielos, donde nos ve, que no he cumplido para contigo la promesa que le hice.

MARGARITA. *(Afligida.)* Sí, así es, madrina.

DOÑA PETRA. Naciste fatal, Margarita; no llegabas a dos años cuando tu padre desaparecía arrastrado por un río crecido. *(Margarita llora callada y doña Petra se limpia los ojos.)* No llores hija mía, que al recordar el pasado no es para aumentar tus penas, sino porque es necesario para alcanzar lo que todos me piden de ti.

MARGARITA. *(Suspirando.)* ¡Ay!

DOÑA PETRA. Has vivido a nuestro abrigo, y has asistido a

la misma escuela que Petronila. Tus trajes han sido idénticos a los de mi hija; y tanto Braulio, como yo, no hemos tenido para las gentes al preguntarnos por ti, más que esta respuesta: "una hija más." ¿No es verdad?

MARGARITA. Sí, madrina, sí.

DOÑA PETRA. Creciste, y, señorita, fuiste amada por Genaro; no pusimos, ni Braulio ni yo, obstáculo a vuestro cariño, y sí sólo condiciones para cubrir tu reputación y esperar el momento de uniros: él era pobre, pero lo consideramos bueno y honrado.

MARGARITA. *(Llorando nuevamente.)* ¡Sí, madrina, gracias por el pobre Genaro!

DOÑA PETRA. Viniste fatal a la tierra, te dije al empezar, y así ha sido. La guerra estalló; no voy a hacer ninguna clase de comentarios, no es éste el momento de consideraciones; Genaro se fué a la insurrección y murió como tú sabes *(Margarita llora con amargura.)* Ya ves cuánta es tu desgracia; todo lo que debió amarte entrañablemente ha ido desapareciendo; tu buena madre, tu padre, tu novio... No te diré en este momento: cálmate; no, llora, hija mía, llora. *(Pausa.)*

MARGARITA. *(Enjugándose los ojos y con voz entrecortada.)* Sí, muy fatal he nacido, madrina.

DOÑA PETRA. Sí, Margarita. No sé por qué, pero comprendo tu dolor y lo respeto. Tu corazón sangra aún, y sólo el tiempo habrá de amortiguar sus sufrimientos; mi plan era aguardar, aguardar a que llegase ese momento en cuyo camino estás, en que todo se suaviza y el tiempo es un consuelo. Entonces te hubiera hablado, pero ahora me precipitan, y por tu bien, hija mía, es preciso que modifiques tu manera de ser.

MARGARITA. ¡Hable, madrina! *(Admirada.)*

DOÑA PETRA. Braulio, el primero, ha estado exigiendo que te hiciera cumplir con tus deberes religiosos, él mismo te lo ha dicho, y con la misma ayuda del padre Juan hemos podido llegar hasta hoy sin grandes contrariedades para ti. Pero, hoy... hay contra ti un nuevo aliado...

MARGARITA. *(Sorprendida.)* ¿Contra mí? ¿quién?

DOÑA PETRA. El padre Bermúdez. El padre Bermúdez, hija mía, es de los sacerdotes que parecen no transigir. Tú, el otro día te has mostrado demasiado indiferente a sus exhortaciones, y esto ha herido su amor propio de ministro del altar cuya palabra ha sido avasalladora hasta ahora. Hija mía, *(pasándole la mano por la cabeza)* complace a Braulio, compláceme y tendrás tu tranquilidad y la mía. *(Se queda mirándola con cariño.)*

MARGARITA. Ud., sin querer, madrina, ha traído a mi ánimo pesares sin cuento; ha renovado todas las heridas: madrina, no me abandone. Déme unos días de reflexión; déme unos días de soledad y... trataré de complacerla. *(Se levanta, le besa las manos, y se va cubriéndose la cara con ambas manos y exlamando.)* ¡Dios mío! ¡Dios mío! *(Sale.)*

V

DON BRAULIO acompañado de ENRIQUE, DOÑA PETRA y luego PETRONILA.

DOÑA PETRA. *(Al ver a don Braulio y a Enrique.)* ¿Ya de vuelta, Braulio?

DON BRAULIO. *(Dejando sobre una silla el sombrero y acercándose a doña Petra le habla de algo importante que habrá de decir.)*
Ven, escucha. Al pasar por Santa Clara entré

como de costumbre a hacer mi oración; en aquel momento salía el padre Bermúdez, fuí a saludarle y él, llevándome a la plazoleta me dijo: "¿Tardará mucho Ud. en ir a su casa?" —"Hasta la hora de almorzar."—"¿Dentro de una hora, pues?"—"Eso mismo."—Pues yo desearía que se adelantara y me aguardara allá dentro de media hora; tendré quizás necesidad de Ud. y de su señora, y, me parece, que habré de solucionarles hoy el conflicto que tanto les apena. Aguárdeme Ud." Le saludé, y me faltó tiempo para venir a decírtelo. Encontré a Enrique y no he creído sea un inconveniente el traerlo también, que de las palabras del padre Bermúdez se sacan siempre enseñanzas provechosas..

ENRIQUE. *(Con curiosidad.)* ¿Qué podrá ser?

DOÑA PETRA. *(Pensativa.)* En eso pienso.

DON BRAULIO. Y yo también, por cierto que me ha parecido ser su fisonomía más severa, tener sus ojos más hundidos. ¡Es un cerebro! De todos modos, no cavilemos que *(mirando el reloj)* dentro de poco aquí habremos de tenerlo.

PETRONILA. *(Entrando.)* ¡Qué temprano, papá! ¿y tú, Enrique?

ENRIQUE. Aquí también. El padre Bermúdez, vendrá dentro de un momento y lo esperamos.

PETRONILA. *(Palmoteando.)* ¡Qué bueno! ¡Y cómo me agrada escucharlo! ¡Qué frases tan elocuentes! ¡Qué palabra tan persuasiva!

VI

Los mismos y el PADRE BERMÚDEZ.

PADRE BERMÚDEZ. *(Entrando.)* Dios sea en esta casa.

DON BRAULIO. Por siempre amén. *(Todos, empezando por doña Petra, se inclinan ante él.)*

PADRE BERMÚDEZ. *(Enjugándose el sudor.)* Vengo, hijos míos, a una obra de miseriordia que me impuse desde que llegué aquí por primera vez y don Braulio me la insinuó; mi misión es esa: servir a Dios nuestro señor en toda labor; y las dificultades me estimulan; un obstáculo, un espíritu rebelde me sugestionan. *(Con energía ascética.)* Arrebatar al enemigo común un alma, arrancar de sus garras una criatura, he aquí las batallas que libro constantemente... y, que se libran en mí!

DON BRAULIO Estamos a su disposición, padre; por la religión, cuente Ud. con nosotros; hemos de ser sus más fieles colaboradores: mándenos Ud.

PADRE BERMÚDEZ. *(Mirando a todos lados.)* Desearía, don Braulio, que su señorita hija se retirara, aunque lo que he de comunicarles habrá de saberlo más luego. En este instante, tanto ella como ese joven, deseo que nos dejen solos.

DON BRAULIO. Petronila, Enrique, cumplid la voluntad del padre. *(Petronila y Enrique se retiran haciendo ambos una reverencia al padre.)*

VII

Los mismos.

PADRE BERMÚDEZ. *(Acercando su silla a doña Petra y a don Braulio.)* Solos he querido que estuviésemos, porque mi labor habrá de tomar giros distintos, según sean los resultados que obtenga: vengo a tratarles de Margarita. *(Sorpresa en don Braulio y en doña Petra que se acercan más.)*

DOÑA PETRA. ¡Diga!

DON BRAULIO. ¡Diga! *(Este "diga" es dicho al mismo tiempo por ambos.)*

PADRE BERMÚDEZ. Su ahijada, hijos míos, por sus reticencias dichas suavemente, por su irreligiosidad manifiesta, me interesó vivamente; hasta tal punto que, como por un espejismo, haciendo esfuerzos de memoria, quiso parecerme que la había visto otra vez, que no era la primera... *(elevando los ojos al cielo.)* ¡Quizás, quizás!... En mi vida sacerdotal no he vacilado jamás el emplear cualquier medio para llegar al fin. *(Con suave energía.)* Toda determinación, por cruel que de momento parezca, es justa si es para la mayor gloria de Dios. Margarita es oveja descarriada, y muy poco he de valer si no consigo atraerla pronto... Doña Petra, don Braulio, dormirán Udes. tranquilos en lo adelante. He de entregarles a Margarita suave seda, dócil y obediente.

DOÑA PETRA. *(Limitándose a estrechar ambas manos.)* ¡Gracias, padre!

DOÑ BRAULIO. *(Tomándole la derecha al padre Bermúdez y estrechándola.)* Que logre Ud. esto, padre, y será su mejor victoria.

PADRE BERMÚDEZ. *(Con unción.)* Victoria de Dios. Tengan la bondad de llamarla; de dejarme solo con ella, y no acudir sino cuando les llame para que la reciban en sus brazos con todo el amor del hijo pródigo.

DOÑA PETRA. Gracias, padre.

DON BRAULIO. *(Llamando.)* ¡Antonia!

VIII

Los mismos, ANTONIA y luego MARGARITA.

ANTONIA. ¿Qué manda mi señor?

DON BRAULIO. Anda, dile a Margarita que venga, tenemos que hablarle. *(Sale Antonia y entra a poco*

Margarita. Ésta, al ver al padre Bermúdez, le saluda con una inclinación de cabeza y va a sus padrinos.)

MARGARITA. *(Con dulce tristeza.)* ¿Me llamaba, padrino?

DON BRAULIO. *(Serio.)* Margarita, el reverendo padre Bermúdez, cuyas reputación y religiosidad conoces, quiere tener contigo una conferencia; es para tu bien, y es ello un gran honor, y una gran suerte, el alcanzar tal director. El otro día has estado algo descortés...

MARGARITA. ¡Padrino!

DON BRAULIO. Bueno, te suplico, y conmigo Petra, que escuches sus palabras, y quiera Dios verter por su conducto un rayo de luz sobre tu corazón indiferente. *(Salen dejándolos solos.)*

MARGARITA. *(Aparte, quedando a un lado del proscenio al marcharse sus padrinos.)* ¡Me da miedo este hombre!

IX

El PADRE BERMÚDEZ y MARGARITA, ambos de pie.

PADRE BERMÚDEZ. Señorita, hija mía, venga hacia acá, que una misión de misericordia me trae a Ud. Las palabras de su padrino, desde el primer día me revelaron que en Ud. había una criatura descarriada, y al adivinarlo, si sus deseos no hubieran sido bastantes, mi misericordia me lo hubiera impuesto: *(con acento breve y algo imperioso.)* ¡su alma está en peligro y es preciso salvarla!

MARGARITA. ¡Padre!

PADRE BERMÚDEZ. *(Con dulzura otra vez.)* No tema Ud.. Margarita; en mí hallará Ud. el confesor, el sacerdote perdonando todos los pecados *(la mira con fijeza extraordinaria)* y poniendo un bálsamo a todas las heridas.

MARGARITA. *(Como sugestionada y sin moverse del lugar en que se encuentra.)* ¡Padre!

PADRE BERMÚDEZ. *(Yendo al sillón y sentándose.)* Acérqueseme, que por Ud. quiero hacer lo imposible. *(Margarita se va acercando lentamente como atraída.)* Acérqueseme sin temor y siéntese aquí; *(le señala el sillón que está a su lado, quedando ambos casi frente al público. Margarita ha ido avanzando como una autómata y se sienta dejándose caer en el sillón.)* Ahora, hija mía, ábrame su corazón, y prepárese a recibir la divina gracia. *(El padre Bermúdez mueve los labios en una oración, apoya la cabeza en la palma de la mano, apoyando el codo en el brazo del sillón.)* ¡Hable, Margarita!

MARGARITA. *(Como balbuceando.)* ¡Padre! *(pausa.)*

PADRE BERMÚDEZ. *(Sugestionándola.)* Hable, Margarita, hable... *(enérgico en el fondo)* y sean sus palabras una verdadera confesión.

MARGARITA. *(Pausa.)* ¡Padre!... Por mi madrina, a quien todo lo debo, voy a cumplir con su voluntad. *(Pausa de vacilación en ella; el padre Bermúdez no la deja de la vista; Margarita, pasándose la mano por la frente como con cierto extravío y haciendo un esfuerzo.)* Voy a revelarle mi existencia y... será una confesión como Ud. dice *(y rápidamente, como quien se lanza a un peligro.)* Yo pecador me confieso... *(continúa en voz baja moviendo los labios.)*

PADRE BERMÚDEZ. *(Con dulzura.)* No tema, hija mía.

MARGARITA. ¡Padre! *(pequeña pausa)*... Nací costando la vida a mi madre, y al año o más, murió mi padre también, crecí entre las caricias de Antonia, mi criada vieja, y los cuidados y el cariño de mi madrina... Traje conmigo una fatalidad;... desde pequeña he sido huraña; he

huído de los juegos, y, ya mayor, de las reuniones, todo se ha ido conjurando en contra mía: mis pequeñas compañeras me tildaban de orgullosa, y las mayorcitas de romántica... y yo no he sido ni soy lo uno ni lo otro... *(Pausa.)*

PADRE BERMÚDEZ. No vacile; la escucho atentamente.

MARGARITA. En la escuela, padre, apliquéme cuanto pude, y tuve afán por estudiar; ese deseo me acercaba a mis maestros, y esto también fué en perjuicio mío, porque sirvió para que se me motejase con el epíteto de adulona... *(En cada pausa se ha de notar que le cuesta seguir adelante.)*

PADRE BERMÚDEZ. No se detenga, tenga calma, hija mía.

MARGARITA. A pesar de todo esto, fuí una niña dichosa. *(Tiene que hablar como con cortedad.)* La dicha la tenía en las aficiones que conmigo habían nacido. Amé las flores y me deleitaba con ellas, y de noche me pasaba horas enteras contemplando las estrellas, hasta el punto en que mi vista se perdía en la inmensidad, todo se me volvía negro y... el cielo y las estrellas se desvanecían a mis ojos... *(Pausa.)*

PADRE BERMÚDEZ. Prosiga, hija mía.

MARGARITA. *(Esforzándose para hablar.)* Con la edad crecióme el gusto por la lactura y no había libro que no devorase; y si en los primeros tiempos las novelas ocuparon el principal lugar, más luego, la historia, con sus hechos portentosos, con sus progresos, con el avance de las naciones y... con las predicaciones de los filósofos me arrebató... *(En cada pausa se detiene un poco más.)*

PADRE BERMÚDEZ. Siga sin temor, que la sinceridad es base de perdón.

MARGARITA. *(Siempre con esfuerzo.)* El susurro de la brisa; el mugido de las olas; el mar con su intensidad, llevaban mi pensamiento tras ellos; y de fantasía en fantasía, nació en mí sensibilidad extrema, y sentí compasión por cualquier desgracia, tolerancia por cualquier idea; y al sentirme mujer, me sentí ambiosa, ¿por qué negarlo?, pero ambiciosa de bien y de caridad... Luego... encontré en mi camino, *(se enjuga los ojos; pausa y sigue)* al elegido de mi corazón: Genaro, Ud. lo sabe, padre. Me amó y le amé: pidió mi mano a mis padrinos y ellos lo juzgaron digno y honrado, y protegieron nuestro cariño. *(Vuelve a enjugarse los ojos.)*

PADRE BERMÚDEZ. *(Con bondad.)* No te aflijas, hija mía. Continúa.

MARGARITA. En las conversaciones con Genaro, padre, aprendí lo que yo presentía, que la patria es nuestra madre también, y él, que era huérfano como yo, me decía: "No tengo más que mi patria y tú." No se pensaba entonces en la guerra, y al tratarle de loco por esa frase, me respondía sonriendo: "Mi madre al morir me dejó a Cuba a quien amar. Después viniste tú, y entre ambas se confunde mi amor; si llega a necesitarme, como buen hijo, volaré a su defensa..." *(Llora.)*

PADRE BERMÚDEZ. *(Místicamente.)* No llore, no sufra: la religión es consuelo.

MARGARITA. Mas luego, padre, todo fué un torbellino; la guerra brotó en Oriente y se extendió por toda la comarca... Una noche, me dijo Genaro con gran tristeza: "Margarita, vida mía, la hora de la patria ha sonado y debo abandonarte..." Y me citó para el jardín *(con energía)* ¿por qué callarlo? para darme el

último adiós que podía ser el último, y... lo fué... *(llora desesperadamente.)*

PADRE BERMÚDEZ. Hija mía, persevere en sus propósitos de confesión y siga.

MARGARITA. *(Como alocada ante el recuerdo.)* Y fuí... y allí... entre mis flores y los árboles, bajo nuestro cielo y nuestras estrellas, me volvió a jurar una y mil veces que yo era su esposa ante Dios, y sí... Lloramos juntos, juntos, mi cabeza sobre su pecho, sus lágrimas corrieron con las mías y... sus besos... se mezclaron con mis besos... *(pausa y llorando.)*

PADRE BERMÚDEZ. El bien y el mal, Margarita, se unen en la tierra en fatal consorcio: continúe.

MARGARITA. *(Con dolor.)* Y... *(con cansancio y dejadez)* después vino la separación... fué a la guerra... me escribía a menudo... supe que luchaba como un valiente... y llegó el momento fatal... y Genaro cayó en el campo de batalla siendo su último recuerdo para mí... *(con sentimiento vivo y llorando.)*

PADRE BERMÚDEZ. Hija mía, el dolor terrenal es gloria para el más allá.

MARGARITA. *(Enjugándose los ojos y en voz baja.)* Ya conoce Ud., padre, mi corta vida, y... y... nada más...

PADRE BERMÚDEZ. *(Mirándola con insistencia fijamente y con dulzura.)* Repasa tu memoria, hija mía, ¿ha sido sincera tu confesión?

MARGARITA. *(Lentamente y con tristeza.)* Sí, padre.

PADRE BERMÚDEZ. ¿Estás segura, hija mía, de que... involuntariamente, no te has olvidado de algo?... Busca, hija mía, escudriña.

MARGARITA. *(Con acento bajo y sordo.)* No... no...

PADRE BERMÚDEZ. *(Con suave energía.)* Margarita, voy a continuar tu confesión. Tu confesión no ha ter-

minado; voy a referirte de tu vida, lo que has querido ocultarme de ella. *(Margarita lo mira con ojos espantados y él continúa con rostro y palabra severos.)* Escucha, Margarita, que a ti te atañe muy de veras lo que vas a oír... Mi fe, es espada que va recta; mi mano no se desvía, y por dura que parezca, va al bien... aunque haya que despedazar: todo por la mayor gloria de Dios. Mi celo evangélico me hace andar por muchas calles; y visito muchos tugurios, y me encuentro en contacto con grandes pecadores. Soy cirujano del alma, nada me importa el cuerpo, sano o extirpo, no hay vacilación en mí... *(y fijando más y mejor la vista en Margarita, continúa y ella se estremece.)* Cuando te ví en esta santa casa por primera vez, creí haberte visto en otra parte, y me dije: estás errada, memoria mía; en esta santa casa no puede albergarse el mal. Luego volví a donde supuse que había encontrado *(enérgico, fuerte y rudo)* a álguien parecido a ti, y me convencí de que yo no erraba: Margarita, ¿conoces la calle de Luz?

MARGARITA. *(Estremeciéndose, espantada, y en voz muy baja y como inconsciente.)* Sí...

PADRE BERMÚDEZ. ¿Conoces la casa número 34? ¿Y en esa casa a una tal Andrea, y con Andrea a un niño de unos dos años?...

MARGARITA. *(Desolada.)* ¡Padre! ¡padre! *(cubriéndose la cara con las manos.)*

PADRE BERMÚDEZ. Margarita, te di tabla de salvación, y has sido sacrílega y has mentido! ¿Es así como quieres ser perdonada?

MARGARITA. *(Con desesperación.)* Padre, escúcheme, callé, sí, callé mi falta ahora, como oculté del mundo sus consecuencias... *(con desvarío.)* ¡He tenido miedo! Mi madrina... la socie-

	dad... todo.. Y no he sido culpable... ¡Padre, perdón! *(suplicante y cayendo de rodillas)* ¡perdón!...
PADRE BERMÚDEZ.	Para todo pecado hay misericordia...
MARGARITA.	*(Con dolor.)* Aquella noche de la despedida fué un desvarío: "esposa mía", me decía, y sus palabras eran una verdad... y me sentí su esposa... ¡perdón!... Luego... *(rápidamente y en voz baja y angustiada)*, inventé una enfermedad: pretexté la necesidad de campo... *(rápido)* y oculté, salvé la honra de la casa de mi madrina... y... pago mi culpa, si fué culpa mía, con el sacrificio de mí misma, con mi aislamiento, con mi dolor constante... *(desolada.)*
PADRE BERMÚDEZ.	*(Rudo.)* No, no basta, no es esa penitencia grata al Señor, no basta esa especie de reclusión voluntaria: hay que ofrendar algo más: hay que mortificar esa carne que pecó; hay que sacrificar ese corazón que engañó a todo el mundo miserablemente...
MARGARITA.	*(Con voz sorda.)* ¡Mande, padre!
PADRE BERMÚDEZ.	*(Como pensando un rato.)* Penitencia... penitencia... ésta es la que te impongo: visita y frecuentación de las iglesias y sus sacramentos...
MARGARITA.	*(Con voz sorda.)* Sí... padre.
PADRE BERMÚDEZ.	*(Severamente y recalcando cada palabra.)* Hay que sacrificarse verdaderamente. Y ese niño, fruto del pecado, halago de los sentidos, hay que apartarse de él; como prueba indispensable de ansia de reparación... Durante un tiempo irá a la Casa de maternidad...
MARGARITA.	*(Levantándose de un salto como una tigre.)* ¡Qué! ¿Cómo? ¡Mi hijo!... el hijo de mi Genaro.. a la inclusa!...
PADRE BERMÚDEZ.	*(De pie, severo y duro.)* Sí, a la inclusa: el

camino está trazado. El arrepentimiento de los labios no es arrepentimiento sincero; el arrepentimiento verdad es ofrendar a Dios lo que se ama, amor a Dios es inmolación. *(Pausa.)* Determine, Margarita, mi deber está indicado: o someterse... o revelárselo todo a Don Braulio. *(Margarita, agonizante, se va acercando y se va dejando caer de rodillas.)* No puedo consentir que una casa como ésta se contamine con el pecado: es escrúpulo de conciencia; no es secreto de confesión revelado.

MARGARITA. *(Arrastrándose a sus pies.)* Padre, perdón... por mi madrina... por mí... por mi hijo... *(como queriendo conmoverlo, rápida en el hablar y con cierto desvarío.)* Si ya balbucea "mamá", si lo viera Ud. sonreírse,... si viera Ud. cómo adivina mis penas y me mira... ¡Perdón! por la inocente criatura,... perdón por mi madre que nos ve desde el cielo,... haré todo lo que Ud. quiera... todo lo que ordene... menos eso... *(como consigo misma.)* ¡Mi hijo!... ¡Mi hijo al hospicio!... ¡No!

PADRE BERMÚDEZ. *(Siempre de pie, enérgico y agresivo.)* Criatura de materia deleznable, ¡cumple con la penitencia que te impongo!

MARGARITA. *(Siempre de rodillas y con voz ronca y sorda.)* No puedo, padre!...

PADRE BERMÚDEZ. *(Agarrándola por un brazo y sacudiéndola.)* ¡Miserable es quien se arrepiente del pecado y se deleita con él a la vez!

MARGARITA. No puedo... *(siempre con voz sorda y desesperada.)*

PADRE BERMÚDEZ. Maldice tu pecado y sigue el camino que te indico...

MARGARITA. Sí,... pero, no puedo, padre. ¡Por Cristo misericordioso en la cruz, perdón!

PADRE BERMÚDEZ. Cristo, mujer, perdonó en su bondad infinita a una pecadora que con sus lágrimas borró todas sus culpas!...

MARGARITA. *(Bajo, pero con energía.)* Padre, no soy una pecadora! *(levantando la cabeza con dignidad-)* Soy una mujer fatal, pero, soy una mujer honrada.

PADRE BERMÚDEZ. *(Con energía mística.)* Magdalena la santa, imploró misericordia, se postró de hinojos y fué su existencia una mortificación en un desierto!...

MARGARITA. *(Enérgica, rebelde, rápida y levantándose.)* ¡Magdalena, padre, no fué madre!

PADRE BERMÚDEZ. *(Enérgico y sacudiéndola.)* ¡Cumple!

MARGARITA. *(Sordamente y resuelta.)* ¡No!

PADRE BERMÚDEZ. ¡Cumple, mujer!

MARGARITA. *(Resuelta y rebelde.)* ¡No!

PADRE BERMÚDEZ. ¡Miserable pecadora! *(dándole un empellón.)* ¡Condénate, pues, y paga con los tuyos tu culpa infame! *(fuera de sí y a grandes voces)* ¡Don Braulio! ¡Doña Petra!

MARGARITA. *(A los gritos sale corriendo a su aposento, desesperada, cubriéndose el rostro, sollozando y exclamando con un grito del alma.)* ¡Ah!

X

El PADRE BERMÚDEZ, DON BRAULIO, DOÑA PETRA, ENRIQUE y PETRONILA.

DON BRAULIO *(Saliendo apresuradamente y ansioso.)* ¿Qué pasa?

DOÑA PETRA. *(Lo mismo.)* ¿Qué sucede?

PADRE BERMÚDEZ. *(Dominándose y con acento entrecortado como de quien quiere calmar su irritación.)* Sentaos, esperad. *(Él se sienta lo mismo que lo van efectuando los demás: lo miran con an-*

siedad y emoción. Pausa.) Escuchad, amigos míos. Todo lo humanamente posible ha sido hecho por mí *(hablando fatigosamente.)* Cuantos esfuerzos he podido acumular, han sido puestos al servicio de esa criatura...; mis oraciones al Señor han sido constantes...; mis miras han sido en demanda de auxilio al Señor para salvar a esa mujer... y todo ha sido inútil!... *(Pausa.)*

DOÑA PETRA. ¿Quién?

DON BRAULIO. ¿Qué mujer?

PADRE BERMÚDEZ. ¡Margarita!

DOÑA PETRA. ¡Padre!

DON BRAULIO. ¡Margarita!

PADRE BERMÚDEZ. *(Fuera de sí y disparado.)* Escuchad bien; mi afán, mis deseos han sido completamente infructuosos: ¡a vosotros toca ahora el imponer el castigo!

DOÑA PETRA. ¡Padre!

PADRE BERMÚDEZ. *(Con energía ascética.)* ¡Oíd y espantaos! ¿Qué clase de criatura es la que abrigáis? ¿Qué alma de cieno encierra ese cuerpo? ¿Qué farsa de virtud es la que ante vosotros ostenta? ¿Por qué creéis que ha rehuído la casa de Dios? ¡Ah! hijos míos, la que en el pecado vive y en el pecado se recrea, perecerá en él. ¡Margarita no puede seguir en esta casa!

DOÑA PETRA. ¡Margarita!

PADRE BERMÚDEZ. ¡Margarita es fruto de perdición!

DON BRAULIO. *(Con resuelta energía.)* ¡Margarita! Padre, ordenad: de vuestros labios no pueden brotar sino el bien y la verdad: ¿qué debemos hacer?

PADRE BERMÚDEZ. *(Acercándose a ellos y como con aire de misterio.)* Margarita os ha engañado hipócritamen-

te, es de una conducta abominable: Margarita es una pecadora.

DON BRAULIO. *(Gritando, en tanto doña Petra se cubre la cara con ambas manos, y los demás hacen gestos de asombro.)* ¡Pecadora, y en mi casa!

PADRE BERMÚDEZ. Es horrible, pero sabedlo: Margarita tiene escondido en una casa de vecindad el fruto de sus pecados: yo mismo lo he visto; llamadla... y no tendrá valor para negarlo.

DON BRAULIO. *(Desaforado yendo a la habitación de Margarita.)* ¡Margarita! ¡Margarita!

XI

Los mismos y MARGARITA, traída a rastras, cogida por un brazo por DON BRAULIO.

DON BRAULIO. ¡Margarita! ¡infame criatura! ¡defiéndete!

MARGARITA. *(Cayendo de rodillas y tendiendo los brazos suplicantes.)* ¡Perdón!...

DON BRAULIO. *(Con ira y desprecio.)* ¡Miserable!...

MARGARITA. *(Con un grito del alma y desesperada.)* ¡Padrino, perdón!... ¡madrina, perdón!... *(Todos callan; doña Petra con un pañuelo en los ojos solloza; los demás presentes deben arreglarse según sus diversas impresiones.)* ¡Misericordia!... ¡Perdón, padrino, he sido una desgraciada!... ¡No soy una perdida!...

DON BRAULIO. *(Con cólera reconcentrada.)* ¡Conque este es el pago que nos has dado! *(Callando a ratos por la incomodidad que experimenta y Margarita siempre en actitud suplicante.)* ¡Conque éstas son tus hipocresías; éstos tus fingimientos de tristeza; ésta tu maldad escondida, éste tu lloriqueo al muerto!... ¡Dí, Margarita, responde! *(sacudiéndola por un brazo.)*

MARGARITA. *(Sin acertar a hablar.)* ¡Perdón!

DON BRAULIO. Perdón... ¿Qué? ¿Y ha sido preciso la santidad del padre para llegar a descubrir tu conducta infame?...

MARGARITA. *(Suplicante.)* ¡Padrino!

DON BRAULIO. ¡Has manchado nuestra casa! ¡Te has burlado de nuestros cuidados, has escarnecido nuestras canas!

MARGARITA. *(Desolada.)* ¡Padrino!... ¡por piedad! ¡escúcheme!...

DON BRAULIO. *(Fuera de sí, alzándola del suelo.)* ¡Calla!... calla... ¡fuera de aquí!... *(con gesto amenazador.)* ¡Largo, al fango de donde saliste!...

MARGARITA. *(De pie, buscando con desesperación infinita auxilio en alguien y girando los ojos a todas partes.)* ¿Adonde ir, Dios mío!...

DON BRAULIO. *(Señalando la puerta de la calle.)* ¡Al abismo! *(Margarita, tambaleándose, desconcertada, se va acercando instintivamente a la puerta, casi sin darse cuenta de lo que hace. Con la desesperación pintada en todos sus ademanes, se agarra a la puerta; la criada Antonia, al ruído y a la discusión, ha asomado por la puerta del aposento de Margarita y va siguiendo paulatinamente a su niña, marchándose cuando ella se marcha; Margarita, asida a la puerta vacila todavía y se detiene, cuando don Braulio, con ademán enérgico y brusco, alzando el brazo, le arroja otra vez a la cara):*
—¡Al abismo...! ¡Maldita seas!...

MARGARITA. ¡Ay! *(grita con todo el dolor intenso de su alma, y se lanza a la calle comprimiéndose el corazón. Antonia sigue tras ella volviendo la cabeza a la escena que deja detrás.)*

ACTO TERCERO

Casa pobrísima. Una puerta da a cada lado y una al fondo. Margarita está concluyendo un trabajo con una máquina de coser de mano. Antonia, la criada vieja, conversa con ella.

MARGARITA. Mi pobre Antonia, ya ves que mal vamos: concluído este trabajo que está ya pagado, no tenemos más costuras. *(Pausa.)* ¿Qué nos haremos?

ANTONIA. *(Pasando la mano cariñosamente por la cabeza de Margarita.)* ¡Mi pobre niña! Es verdad. *(Pausa.)* Ya le dije a su merced: déjeme ver a mi señora doña Petra...

MARGARITA. *(Con viveza.)* No, Antonia, no lo hagas; madrina tiene razón de no querer saber de mí. Tú sabes que no ha contestado ninguna de mis cartas; en ellas le contaba mi desgracia... me creen una perdida... *(con dolor profundo.)* ¿Por qué no me morí al nacer? ¡Si no fuera por mi hijito! *(A la idea del hijo cambia de tono.)* ¿Has visto, Antonia, qué alegrito se está volviendo? ¡Y cómo me conoce, y a ti también!

ANTONIA. Sí, mi niña, Genarito es una gloria. *(Pausa)* Niña, permítame ir a ver a la señora Petra. Siempre ha sido mi niña muy querida de su madrina; ¿por qué no probar?

MARGARITA. Anda, ya que lo quieres así, mi pobre Antonia... *(y como reaccionando a la idea, rápida, tomándole ambas manos.)* Antonia, si te recibe, si te atiende, díle que la quiero mucho, y la querré; que a pesar de todo no soy ingrata; que la tengo siempre muy presente... Que he sido desgraciada, no culpable; que no soy mala; que le pido perdón de todo lo que le he hecho sufrir; ¡perdón por mi pobrecito

hijo... y por mí! *(Antonia sale limpiándose los ojos.)*

II

MARGARITA un rato sola y luego ENRIQUE.

MARGARITA. ¡Qué situación tan dura se me presenta! *(Llaman a la puerta.)*—¡Adelante!

ENRIQUE. *(Asomando.)*—¿Me permites, Margarita?

MARGARITA. *(Con su aire triste.)* ¡Ah! Enrique, por qué no?

ENRIQUE. ¡Como te incomodaste tanto conmigo en mi primera visita!

MARGARITA. *(Con dolorosa dulzura.)* No lo recuerdo ya. Todo lo olvido y todo lo perdono. Enrique, en aquella ocasión te propasaste y te fuiste y se terminó todo; ¡necesito que se me perdone tánto!

ENRIQUE. No tanto, Margarita; yo también te considero desgraciada y no... culpable. *(Con cierto retintín.)* Una falta. ¿Quién no la comete? por ahí hay...

MARGARITA. Deja ese tema, Enrique. *(Con interés indescriptible.)* ¿Y madrina cómo está? Díme, ¿habla alguna vez de mí?

ENRIQUE. Sí... alguna vez; naturalmente no se te puede olvidar así de golpe, después de haberte querido... Y pensando en todo, aunque te disgustes, Margarita, he de decirte que la vida... que la vida es dura *(como vacilando en lo que va diciendo)*; la vida, tiene necesidad de recursos, y hay que ser francos, y, aunque te enojes, vengo a verte... y quieras o no quieras, he de continuar diciéndote lo que... ya te dije una vez...

MARGARITA. ¡Calla, calla, Enrique, te complaces de nue-

vo en hacerme más daño del que tengo! ¿Por qué me mortificas? *(Siempre triste en la reconvención.)*

ENRIQUE. No es mortificarte, Margarita. *(Continuando a pesar de las interrupciones y más envalentonado.)* Es que en mí tienes quien no te desprecia; es que siento por ti verdadero cariño y te lo diré siempre; quiero librarte del trabajo, de la miseria; *(mirando a todos lados)* sacarte de esta pocilga...

MARGARITA. *(Con dulce energía, moviendo la cabeza negativamente.)* Y quieres sacarme de una pocilga... honrada, para hundirme en una pocilga de verdad. ¡Vamos, Enrique, no sigas, por Dios! quiero continuar perdonándote; y tus proposiciones injuriosas, te las vuelvo a perdonar otra vez *(con resignación)*. Ese agravio que te permites hacerme es mi pecado que pago. ¡Ay!, Dios mío, ¡si los descreídos somos como somos!... *(Como con desvarío, hablando consigo misma.)* En nosotros hay siquiera disculpa, pero, en los creyentes como éste!... *(calla, como si hubiese hablado demasiado.)*

ENRIQUE. Margarita, aunque te niegues a escucharme, aunque me eches, volveré... y volveré... *(Como queriendo imponerse va a cogerle una mano y ella, rápida, se aparta.)*

MARGARITA. *(Enérgica, señalándole la puerta.)* ¡Véte! ¡sal!

ENRIQUE. *(Con sonrisa y calma.)* Bueno, te juro que volveré: y seré tenaz, y te llamaré Margarita mía... *(Sale enviándole un beso con la mano.)*

MARGARITA. *(Con rebeldía.)* ¡Vete y no vuelvas jamás!

III

MARGARITA sola.

MARGARITA. *(Cruzando las manos como en oración.)* ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuán desgraciada soy! ¡Qué desgracia el que no haya una mano que se tienda para sostener, sino... una mano para empujar. *(Con volubilidad.)* He sido culpable, si culpa hay en haber faltado a sus deberes en momento aciago *(apretándose las sienes)*. Pero Genaro era mi esposo; sin su muerte no me afrentarían; la sociedad nos recibiría al santificarse los lazos que nos unirían ante los hombres, como lo estamos ante Dios. *(Con reconvención dolorosa.)* Nadie me perdona. ¡Yo que he perdonado tánto! Y se viene a mi casa, no por caridad, sino por maldad o por infamia. ¡Hijo de mi corazón, qué dolor tan grande lleva en su alma tu desamparada madre! *(Llaman a la puerta y Margarita vuelve la cabeza hacia ella.)*

IV

MARGARITA y DOÑA SOCORRO.

DOÑA SOCORRO. ¿Se puede? *(desde la puerta.)*

MARGARITA. *(Con dulce resignación.)*—Pase, señora.

DOÑA SOCORRO. Cada vez que llego cerca de su casa, niña, me es imposible pasar, y no entrar. He sido pobre y... conozco lo que son apuros. Hija, mis pequeños servicios... han sido útiles más de una vez a cuantas señoras, como Ud., han estado llorando en esta casa y han concluído por reir y ser dichosas!

MARGARITA. *(Con tristeza.)* Sí, no lo dudo. Ud. me conoce y sabe lo que en otras ocasiones le he repe-

tido. Ud. me ha servido, es verdad, pero, no me lo amargue, señora.

DOÑA SOCORRO. No, hija, no, no vengo a molestarla. Ud. me había hablado de una prendecita que pensaba empeñar...

MARGARITA. ¡Ah! sí; hágame el favor de aguardar. *(Sale por la puerta lateral.)*

V

DOÑA SOCORRO sola.

DOÑA SOCORRO. Verdaderamente, esta criatura es una criatura honrada. ¡Si lo conoceré yo! Pero más o menos, así se empieza, y como ella se resiste, se han resistido otras, y... al fin... se cae... ¿qué hacer? ¡El hambre es cosa fea! Esta mujer, a pesar de su estado, es una inocente. ¡Qué candidez! ¡Qué no entender lo que se le insinúa! Vamos, yo que soy una veterana... me siento apocada al hablarle de ciertas cosas; es un dolor, pero... no hay remedio; esta es una enfermedad de la cual muy pocas se salvan... Hay que seguir bajando hasta llegar al último peldaño. *(Debe darse expresión a lo que se va diciendo.)* ¿Qué habrá de hacer una criatura en esta situación? ¡Y con un hijo! Es un dolor,... pero... es bonita, es interesante, ha sido vista por varios señorones clientes míos. ¡No es posible escapar! ¡Y el mundo es así! De todos modos, suerte ha tenido alguna que que no pensó tenerla... Quietas están ahora en sus casas, bien puestas; unas con lujo, y otras convertidas en madres de familia. Sin embargo... me apena esta criatura no sé por qué... ¡Ahí viene!...

VI

MARGARITA y DOÑA SOCORRO.

MARGARITA. *(Entrando con un lío que entrega a Doña Socorro.)* Tome, señora; poca cosa sacará, no importa; véndalo mejor que empeñarlo: con esto comeremos mañana...

DOÑA SOCORRO. *(Con cierto mimo interesante.)* ¿Y después?

MARGARITA. Dios proveerá.

DOÑA SOCORRO. ¡Ay! hija mía, Dios las más de las veces no acude adonde se le llama. *(Suspira.)* Yo he conocido a varias que en la misma situación de Ud. han luchado cuanto han podido y... han llegado a verse muy mal... *(vuelve a suspirar)*, muy mal... *(Insinuante.)* Mire, Margarita, en esta misma casa vivió una amiga mía, que por cierto me está muy agradecida; después de pasar verdaderas privaciones, siguió mis consejos a tiempo, acudió a mi casa y... *(con importancia)* allí encontró su buen pasar. Un caballero principal...

MARGARITA. *(Interrumpiéndola.)* No siga, doña Socorro, no siga; ya varias veces se lo he dicho...

DOÑA SOCORRO. Sí, hija, sí, lo sé; así me lo dijeron también otras...

MARGARITA. *(Con cierta desesperación.)* No continúe...

DOÑA SOCORRO. Es que no puedo callarme. *(Con resolución.)* Su hijo tendrá hambre...

MARGARITA. *(Desesperada.)* ¡Calle, por Dios!...

DOÑA SOCORRO. Bueno, callaré y me iré, ya que Ud. lo quiere así, pero escuche, Margarita, a cualquier hora...

MARGARITA. ¡Calle, calle!...

DOÑA SOCORRO. *(Yéndose despacio y con intención.)* A cualquier momento, ya sabe Ud. donde está mi casa; lléguese, llame, nadie ha de verla...

MARGARITA. ¡Váyase, por Dios, me está Ud. matando! *(Se deja caer en una silla, cubriéndose el rostro con las manos y sollozando.)*

DOÑA SOCORRO. *(Marchándose se le acerca y le repite confidencialmente.)* En cualquier necesidad apremiante cuente conmigo; a la vuelta está Socorro: su verdadera amiga... *(Sale.)*

MARGARITA. *(Con angustia.)* ¡Qué desamparo el mío! ¡Virgen Santísima, ampárame!...

VII

MARGARITA y DON JOSÉ.

DON JOSÉ. *(Entra sin llamar y va a Margarita, que al oírlo hablar se descubre la cara como asombrada.)* Doña Margarita, vengo a ver qué hay de los alquileres...

MARGARITA. ¡Ah! don José, Antonia... *(vacilando)*... ha ido a casa de mis padrinos y cuando vuelva...

DON JOSÉ. *(Con pachorra de casero firme y exigente.)* Bueno, la historia de siempre; bueno, he esperado un mes, y otro mes, y ahora este otro; no puede quejarse, pero, ya no espero más: mi dinero es sagrado; he trabajado demasiado para perderlo. Yo volveré; y cuando vuelva, tiene que darme contestación categórica, si no *(se rasca la cabeza)* viene irremisiblemente el desalojo.

MARGARITA. *(Vacilando y entrecortada.)* Yo le pagaré... *(como quien desvaría)*, yo le pagaré... Ud. sabe que es una casualidad no haber podido cumplir ahora...

DON JOSÉ. Sí, pagará y pagará, y así se va pasando el tiempo, y el perjudicado soy yo *(dándose importancia)*. Hace dos meses que le guardo consideraciones, y ahora... ya vamos en tres.

¡Y luego maldicen de los caseros y dicen que son tiranos!

MARGARITA. No, Don José; sé que no me ha hostigado Ud. *(afligida.)* Los tiempos están malos, el trabajo escasea, mi voluntad es mucha...

DON JOSÉ. Doña Margarita, todo está muy bueno, pero, no se vive de palabras; lo siento infinito, todo apura, y... *(como confidencial, recalcando)* agradezca Ud. a que doña Socorro... *(Al oír Margarita el nombre de Doña Socorro se estremece.)*

MARGARITA. ¡Ah!

DON JOSÉ. *(Continuando.)* Me tiene muy recomendado que la considere, *(con cierto tonito)* y recomendaciones van y recomendaciones vienen... pero, no es posible continuar así: el dinero no aparece.

MARGARITA. *(Con ansiedad.)* Lo comprendo Don José... *(se pasa las manos por la frente y suplicante.)* ¡Aguárdeme un poco más! ¡No me precipite!

DON JOSÉ. Está bien; aguardaré, no se haga ilusiones; la orden de desalojo, no quiero engañarla, la tengo en el bolsillo. *(Al marcharse, con relativa grosería y recalcando):* Las buenas mozas, ¡eh!, encuentran dinero cuando quieren... *(Sale.)*

MARGARITA. ¡A qué abismo vamos descendiendo! *(exclamación dolorosa a la insolencia del casero.)*

VIII

MARGARITA, y ANTONIA entrando y cerrando la puerta que dejó abierta el casero.

ANTONIA. ¡Mi niña!

MARGARITA. *(Con ansiedad.)* ¿Has visto a madrina? ¿Qué te ha dicho?

ANTONIA. No la he podido ver, mi niña... La niña Petronila, al verme, llamó al niño Braulio, y éste, en cuanto empecé a hablar, me mandó callar. "No quiero saber nada, no quiero saber nada." Ud. conoce su genio; me cogió por un brazo, me puso en la calle, y cerró la puerta. *(Se enjuga los ojos.)*

MARGARITA. ¡Paciencia! *(con resignación.)* ¡Qué le vamos a hacer, Antonia, tú y yo, hemos cumplido!... *(pensativa y con pausa)* y... ¡que Dios nos tenga de su mano! *(Se cubre la cara con ambas manos y, descubriéndose de pronto con energía y rebelde desesperación.)* ¡Qué vergüenza, Dios mío!

ANTONIA. No se desespere, mi niña. *(Sale llorando.)*

IX

MARGARITA en una imprecación a la Divinidad.

MARGARITA. ¡Señor, señor! ¿Qué quieres hacer de mí? ¡Hasta dónde he de llegar! ¡Pobrecito hijo mío!... *(Se retuerce las manos como empujada por una idea fija y dolorosa.)* ¡Qué vergüenza me espera!

X

MARGARITA y DON AUGUSTO.

DON AUGUSTO. *(Llamando a la puerta y deteniéndose en el umbral.)* Buenos días, Margarita.

MARGARITA. *(Con extrañeza.)* ¡Don Augusto!.

DON AUGUSTO. Sí, Margarita, ¡yo mismo *(adelantándose y dándole la mano.)* Tiempo hace que busco su casa, y por fin hoy lo he sabido, y me lo ha indicado el padre Bermúdez...

MARGARITA. *(Con rencor.)* ¡El padre Bermúdez!

DON AUGUSTO. El mismo que... empeñado en su santa misión, no la ha abandonado a Ud. *(Con hipócrita religiosidad.)* El padre Bermúdez es un santo varón, créalo, Margarita.

MARGARITA. *(Con dolorosa ironía.)* Sí, Don Augusto, un santo... que me ha hecho todo el daño que ha podido.

DON AUGUSTO. No tanto, Margarita, Ud. lo juzga mal; es un santo varón que trata de salvar las almas...

MARGARITA. *(Como aislándose en sí misma.)*—Sí...

DON AUGUSTO. Sé que estuvo un poco duro con Ud. Don Braulio me lo refirió todo y la he compadecido muy de veras. *(Con insinuación.)* Desde aquel suceso he hecho esfuerzos por hallarla; he deseado verla, porque yo, Margarita,... siento por Ud. una afección sincera, créalo.

MARGARITA. *(Como distraída.)* Gracias, don Augusto, yo no me merezco nada *(con amargura).*

DON AUGUSTO. No tanto. No se desespere niña, La vida tiene tantos sinsabores: ¡Si Ud. supiera! Se sufre, y no todos los sufrimientos se ven. Además ¿qué pecado no es perdonable? y Ud. pecó por pasión...

MARGARITA. *(Lentamente e ida.)* Sí... sí...

DON AUGUSTO. ¿Quién no peca? *(con dulce insinuación.)* ¿Quién no tiene clavada en el corazón esa espina del pecado? Pero, allí está el Señor con su gran misericordia; a veces, Margarita, el más santo peca *(llamándole la atención)* ¿no lo cree Ud. así?

MARGARITA. *(Aunque distraídamente.)* Sí... es cierto.

DON AUGUSTO. *(Con hipocresía.)* No somos dueños absolutos de nuestros actos. Esta carne que nos envuelve, nos aprisiona, nos esclaviza *(con fervor.)* Yo, que he tratado de elevarme, soy ejemplo

vivo de lo que digo; me encuentro con que todo el edificio se derrumba; que ha bastado para ella una ráfaga terrenal, y perdóneme si le hablo así. *(Acercándose conmovido.)* Mis visitas a mi buen amigo don Braulio, tenían un objetivo constante, oculto aquí, dentro del pecho, *(dándose golpes en la región del corazón. Margarita, a todo este discurso, se ha ido ensimismando de tal modo que no escucha nada.)* Yo me hubiera callado toda la vida, si el accidente de Ud. no la hubiese dado la libertad que tiene hoy. *(Con efectado cariño.)* Cuando supe su expulsión, sentí un dolor intenso, y después, impulsos egoístas me alegraron porque vi en la situación que se le creaba, las puertas de la gloria abiertas de par en par para mí. *(Con cariño protector.)* Me dije: yo le seré útil, yo velaré por ella, yo haré que... *(enardecido y rápido tomándole una mano)* me ame como la amo yo...

MARGARITA. *(Volviendo en sí y dándose cuenta de los intentos o proposiciones de Don Augusto, rápidamente.)* ¡Ud., Ud. también Don Augusto! Miserable de mi! ¡Ay!... *(Con pausa, reaccionando y con serena energía, yendo a Don Augusto.)* Quisiera, Don Augusto, que me dijera Ud. en qué he podido autorizarle para faltarme. Quisiera que me dijera Ud. en qué ha notado que soy una mujer perdida, para permitirse hablarme de la manera que lo hace. Quisiera que me repitiera por qué la falta de una mujer desgraciada, es suficiente para llevar consigo la deshonra *(va aumentando el tono de fuerza y energía.)* Quisiera que me hablara Ud. de su bondad, de su fe...

DON AUGUSTO. *(Suplicante y con cierto desvarío por la pasión.)* Margarita, no me reproche. En sus

manos está. ¿Quiere Ud. salir de esta casa, ser feliz?

MARGARITA. ¡Calle Ud.! *(mirándole de hito en hito y apostrofándole.)*—¡Hipócrita! ¡Hipócrita y miserable! Sí, ésto es lo que es Ud. y como Ud. los demás! ¡Corazones de cieno! *(Don Augusto quiere hablar y ella, rápida y colérica, interrumpe.)* ¡No quiero que hable! *(Con irónico desprecio.)* Vivir en la iglesia, enaltecerse de ser servidores de ella; decir que creen en un Dios de misericordia, *(con mayor desprecio)* y llevar consigo un alma negra y un corazón vicioso. Sin caridad, a pretexto de que todo se perdona, ponerse al lado del mal y lanzar al abismo a la criatura débil que... pecó; hacerse los puritanos *(redoblando energía)* y con procedimientos infames, llegarse a la infeliz mujer, espiarla, apurar sus necesidades, y ... *(con voz entrecortada por los sollozos y el dolor)* pensar que el hijo de esa mujer, y ella misma, tendrán hambre; *(con intenso dolor y sollozando)* y entonces tenderle la mano,... no para ayudarla a subir, para salvarla del lodazal en que va a caer, sino para ser el primero en hundirla, y hundirla, y hundirla!...

DON AUGUSTO. *(Suplicante.)* ¡Margarita! ¡Yo la amo a Ud!...

MARGARITA. *(Enérgica y desesperada.)* ¡No hable! ¡No profane esa palabra! *(con gran volubilidad y como alocada.)* Una mujer... yo, débil criatura, por amor, comete una falta, falta vergonzosa,... la acepto así por mí, por mí que me siento sin culpa, y Ud., *(con desprecio)* respetable señor, en vez de ser bueno, en vez de haber influído para alcanzar mi perdón, en vez de haberme protegido, acecha mi triste si-

tuación, ayuda a ese fanático que arroja en la aflicción a mis padrinos, y Ud. Don Augusto,... ¡hipócrita!... se alegra de mi caída, me busca me persigue... ¡Qué vergüenza, Dios mío! *(mímica pasándose las manos por la cara con rictus sarcástico)* ¡Como soy una perdida! ¡Claro! aprovecharse de mi desgracia y... ¡miserable! ¡Y pensar que cree engañar a Dios como engaña a los hombres!...

DON AUGUSTO. ¡Margarita!, no desvaríe, mire...

MARGARITA. ¡Ni una palabra más!... ¡Salga! *(rebelde, enérgica y arrogante.)* ¡Salga! ¡Déjeme con mi cruz a cuestas! *(Con rabia.)* ¡Soy más honrada que... Ud.; *(rápida)* que sus gentes; que... ¡Dios mío perdón! ¡Salga y no vuelva nunca! *(Don Augusto, sin atreverse a hablar, sale a reculones; a los gritos de Margarita entra Antonia; Margarita se deja caer en una silla y solloza.)*

XI

ANTONIA y MARGARITA.

ANTONIA. *(Ha visto a Don Augusto.)* ¿Don Augusto, niña?

MARGARITA. Sí, Antonia, Don Augusto, *(con amargura)* Don Augusto que viene a afrentarme!...

ANTONIA. *(Acudiendo a consolarla.)*—No desespere, mi niña, ¡quién sabe!

MARGARITA. Ya no espero nada, Antonia *(ronca y abatida.)* Todos los caminos se han cerrado *(queda con la mirada fija.)* ¡Dónde tender la mano por un socorro! ¿A qué lado volver la cabeza! *(Se oye llamar a la puerta, Margarita se sobresalta.)* Ve a ver, Antonia, quién es.

ANTONIA. ¿Quién es?

DON JOSÉ. *(Desde la puerta.)* Déle a la señora ese papelito.

ANTONIA. ¿Qué? *(Un cortísmo instante con el papel en la mano y se lo lleva a Margarita).*

MARGARITA. *(Tomándolo y abriéndolo.)* ¡Alguna nueva injuria! *(lee)* "Señora: precisan los alquileres hoy sin falta. Ud. puede conseguir lo que debe; para Ud. es cosa fácil y no puedo aguardar un día más. Doña Socorro me acaba de decir que si Ud. pasa miseria es porque quiere. Dentro de poco iré por el dinero... *(se le va acortando la voz, y prosigue a congojas)* no guardaré ninguna consideración... y... si no lo tiene..., sin excusa... la pondré en la calle... José Gómez." *(Margarita y Antonia lloran.)*

ANTONIA. ¡Qué dolor!

MARGARITA. *(Dando de pronto un grito en un rasgo de histérica locura.)* ¡Ah! *(se pasa las manos por la cara, pintadas en ella la locura y la desesperación, y, poniéndose de pie, resuelta y con dolor inmenso exclama):* ¡Que venga!... *(suelta una carcajada histérica)* ¡Tendrá su dinero! *(grita.)*—¡Antonia!

ANTONIA. *(Acudiendo prestamente.)* ¿Qué, niña?

MARGARITA. *(Poniéndose un manto toda tropelosa.)* ¡Cuida a mi hijo!

ANTONIA. *(Azorada y alarmada.)* ¿Adonde va mi niña?

MARGARITA. *(Con voz ronca y desesperada.)*—¡Déjame, no te ocupes!... *(Antonia quiere detenerla, asiéndola por un brazo, y ella se arranca de sus manos y se lanza a la calle saliendo con desvarío.)* ¡Suéltame! así lo han querido ¡al abismo!

XII

ANTONIA, y luego DON JOSÉ que entra sigilosamente.

ANTONIA. ¡Qué mundo, Dios mío! *(mirando hacia la puerta de la calle; todo esto con mucha pausa y hablar despacio, con dolor y mímica adecuada.)* ¡Mi hija de mi corazón! la empujan para perderla. ¡Quieren que sea mujer mala! ¡Dios mío! Mi niña tan buena, tan santa, y todo por ese padre que vino a casa. ¿Por qué lo trajeron?... ¿Que mi niña pecó? ¿Quién no peca, Dios mío? Y querer que *bote* a su hijito. ¡Hijito de sus entrañas!. ¡Ese padre está loco! ¿Cómo iba mi niña a hacer eso?... Y ahora trabaja... y no hay trabajo. El casero nos va a echar a la calle... *(pausa)* ¡Si le voy cogiendo rabia al mundo! ¡Mi pobre niña está como loca! Salió corriendo a la calle ¿adonde irá? *(llorando y como a un vislumbre de luz.)* ¡Ay! Dios mío! *(con dolor.)* ¡Ya sé donde va! *(cae en una silla ensimismándose en su pena.)*

DON JOSÉ. *(Entrando sigilosamente y hablando aparte. Antonia no se da cuenta de nada.)* Nada, hoy cogeré mi dinero, he estado en acecho, conozco el camino, no en vano hay que contar con la Socorro *(con tono burlón.)* Las mujeres son mujeres; en teniendo un buen palmito todo se arregla *(burlón y doctoral.)* Si el mundo es éste. ¿Y a mí qué me importa? Lo que necesito es que mis inquilinos no me hagan trampa. ¿Que viven de esta manera o de la otra? ¡allá ellos! *(Como reflexionando.)* Y en verdad ¿que pasan hambre?... Porque quieren, porque les da su real gana. *(Con cierto desprecio.)* ¡Ay! ¡cuántas he visto en

este mismo cuarto, sin un mal trapo que ponerse, andar ahora señoronas en coche. La Margarita ha salido volada, apostaría que ha ido a casa de la Socorro, que en verdad es el amparo de todas éstas que, después que hacen una, no les queda más remedio que seguir el mismo camino. Si resisten, se les empuja; y un poco hoy, y otro poco mañana, van llegando a donde deben ir. ¡Hay que reconocer que la Socorro es un talento! *(Se oye ruido de querer abrir la puerta.)* ¡Ah! la puerta se mueve, déjame poner de lado y aguardar ¡puede que sea ella!

ANTONIA. *(Levantando la cabeza.)* ¡Mi pobre niña! ¡Mi pobre niña!

XIII

MARGARITA, DON JOSÉ, ANTONIA y el PADRE JUAN

MARGARITA. *(Empujando la puerta violentamente, que queda abierta de par en par. Desolada, al ir Antonia a ella le dice brúscamente, rechazándola.)* ¡Déjame! ¡véte!

ANTONIA. ¡Niña! *(Sale.)*

MARGARITA. *(Imperiosa.)*—¡Véte! *(Se deja caer en una silla junto a una mesa, y cubriéndose ambas mejillas con las manos, exclama desesperadamente.)* ¡Dios mío! ¡Dios mío!

DON JOSÉ. *(Avanzando de donde está, con pausa y callado, sin exageración. Su cara debe expresar la ironía, y al llegar junto a ella le pone la mano en el hombro.)*—Señora, vengo por el dinero...

MARGARITA. *(Al contacto de la mano se estremece, sobresaltada, como saliendo de un letargo, saca del bolsillo unos billetes de banco, y como

si le quemaran las manos, con desprecio y asco, los tira a don José, sin volver la cabeza y murmura bajo y sordo.)—¡Tome!

DON JOSÉ. *(Con sorna los recoge, se encoge de hombros, va saliendo, señalándola con el dedo pulgar en son de burla.)*—¡Gracias!

MARGARITA. *(Con un grito del alma, desprendido algo el corpiño y la cabellera—diciendo lo que hay que suponer—vuelve a la dura realidad, con sollozos, y cae de rodillas, exclamando con dolor inmenso.)*—¡Perdón, hijo mío!

ANTONIA. *(Entrando al grito de "perdón, hijo mío", y, uniendo las manos como en oración, la contempla diciendo.)*—¡Pobre hija mía!

PADRE JUAN. *(Entra por la puerta abierta donde se da cuenta de la escena y avanza hacia Margarita. Antonia queda sin moverse. Pone la mano en el hombro de Margarita, con verdadera conmiseración y lástima y exclama.)* ¡Margarita!

MARGARITA. *(Al toque.)*—¡Ah! *(levanta la cabeza con desesperación y en completo desvarío ve al padre.)*

PADRE JUAN. ¡Margarita! ¿Por qué no has acudido a mí?...

MARGARITA. *(En el mismo estado va haciendo esfuerzos para ponerse de pie, lo va logrando poco a poco, y en completo desorden, ronca, desfallecida, horrorizada de sí misma.)*—¡Es tarde!... ¡Es tarde!... *(y al ponerse a la altura del padre Juan, trata de levantarse totalmente como para apoyarse en él, cosa que no logra y exclama.)*—¡Ah! ¡tarde!... ¡vencida!... *(Vacila y cae, no llegando al suelo por detenerla los brazos del padre Juan.)*

PADRE JUAN. *(Horrorizado y espantado.)*—¡Dios mío! ¡Qué horror, Dios mío!

Telón rápido.

LA CONDESITA

(CUENTO)

Escenario: *Manhattan.*
Personajes: Jorge Campell, casado con Julieta, hija del millonario Vavasour Anselem, de Chicago.
Rosa Francia, primogénita.
Arturo, chófer.

O poco que dejó el padre se lo robaron los administradores en combinación con los abogados. El pobre muchacho, sin armas intelectuales para la lucha por la vida, se colocó en un taller de remiendos, donde se hizo cargo del departamento de limpiabotas.

Debido a su actividad, el departamento aumentó su clientela y Jorge mejoró de sueldo.

A los veinte años, el dueño le traspasó el establecimiento. A los veintidós, se asoció con un italiano y, lo que era un humilde taller de remiendos, se convirtió en una gran zapatería.

Jorge entraba a la tienda a las ocho de la mañana y salía de ella a las once y media de la noche. Hacía tan buenos negocios, que se vió obligado a establecer sucursales en distintos barrios de Nueva York.

A los veintiséis años la firma de Jorge Campell se descontaba por miles de dólares. Fué entonces cuando pensó en casarse y formar familia.

*

Al casarse con muchacha principal, Julieta Anselem, hija del rico salchichero Vavasour Anselem, recibió de su padre, la noche

de bodas, un cheque que representaba el doble del capital por que giraba la firma de Jorge.

Julieta fué educada en un colegio metodista. Tenía excelente carácter y maneras atractivas. Era bonita y gozaba de prestigio entre las principales familias de Chicago. Gastábase aires de princesa y soñaba con tener una hija y hacerla condesa de la aristocracia de Londres.

La pareja trasladóse a Nueva York.

Ni recepciones, ni bailes se celebraban en la hermosa mansión.

Un solo pensamiento ocupaba la mente de los felices esposos: tener una hija. Y alrededor de ese pensamiento, Jorge duplicaba las fuerzas en el trabajo, amontonaba oro para hacer fácil la realización de los sueños de la compañera.

Las horas de ocio las empleaba Julieta en mantener al día su rico álbum de sellos de correos de todas las naciones. La filatelia era su mejor entretenimiento. Veía en ella un medio de educar a los niños en la enseñanza de la geografía.

Jorge se miraba en los ojos de la esposa.

Hacía todo cuanto podía para complacerla. Sólo para ella vivía. trabajaba con entusiasmo para llevar a término lo que constituía el acervo de los sueños de la dulce compañera.

Así pasaron dos años hasta que Dios fué bueno enviándoles una niña a la cual bautizaron con el nombre de Rosa Francia.

*

¡Cómo se multiplicaron entonces los sueños azules de la madre afortunada!

La pequeña condesita llamaron desde un principio a Rosa Francia. El abuelo hizo viaje especial para conocerla.

La casa, poco a poco, fué convirtiéndose en un pedacito de Londres por la profusión de paisajes, retratos de reyes y príncipes de Inglaterra que adornaban las paredes de los artísticos salones.

Al cumplir los cinco años le buscaron maestro de inglés para que la fuera iniciando en los secretos de la lengua. Nada de jerga yanki: la hijita tenía que hablar el inglés de la capital del

imperio. No quería Julieta, tampoco Jorge, que a Rosa le fuera a pasar lo que a Emerson en su visita a Carlyle: por no entenderse permanecieron callados todo el tiempo que duró la célebre entrevista. Oscar Wilde lo dice con una ironía deliciosa: lo único que diferencia a yanquis de ingleses es el idioma.

También se le buscó profesor de buenas costumbres londinenses. Un perito que vestía elegantemente: monocle fijo en la órbita del ojo izquierdo. Paletó levita entallado, pantalón a rayas angostas, cuello tieso con las puntas dobladas hacia afuera en forma de "dominus vobiscum" que diría Montalvo, corbata angostita, negra, cuidadosamente amarrada, mediando entre una y otra punta igual distancia, zapato de cabritilla rebajado, cubierto por elegantes polainas grises y el bigotito, lo más simpático del profesor, admirablemente cuidado.

Un maestro perfecto de elegancia: en cortesías, gestos, ademanes, sonrisas, miradas, actitudes. Todo lo sabía este maestro maravilloso, y Rosa al cumplir los quince mayos, parecía una real princesa del palacio de Saint James.

La niña sabía además otras cosas: hablaba francés, alemán, tocaba el arpa, conocía los nombres de poetas y novelistas ingleses y estaba diestra en deportes: golfo, tennis, polo. Pero en lo que sobresalía era en la caza del venado. La previsión de Julieta no tenía límites ni orillas. Obligó a Jorge a comprar un bosque donde se criaban y engordaban animales de cacería, venados en primer término.

Era digno de verse el cuadro: Rosa y el profesor delante, montados en sendos alazanes. Detrás, Julieta y Jorge, luego, la servidumbre y la jauría.

Llegaban al bosque: el profesor señalaba a Rosa el venado que debía ser sacrificado; Rosa contemplaba con marcado disgusto al infeliz animal atado a un tronco. Tomaba el rifle, obedecía a la letra las indicaciones del maestro y, a la orden de disparar, lo hacía cerrando los ojos. A pesar de todo, rodaba por el suelo el venado, tinto en sangre. Los padres besaban y aplaudían a la condesita, ladraban los perros, sonreían provocativamente los sirvientes...

No era locura la aspiración de Julieta. De cien familias ri-

cas de los Estados Unidos, noventa aspiran a figurar con un título en la Corte londinense.

Espiritualmente, la gran república sigue siendo una colonia de Inglaterra.

*

Rosa Francia regresaba a la casa aburrida, cansada de los simulacros de cacería que, de manera admirable, remendaban los auténticos de las Cortes europeas.

Cansancio y aburrimiento que se acentuaban a medida que iba dándose cuenta de la vida de esclavitud a que estaba sometida. El profesor de buenas costumbres le inspiraba profunda antipatía. Los sirvientes tiesos, como varillas de hierro. Las lecturas de periódicos de Londres encargados de reseñar las tonterías reales. Todo le hastiaba. Sólo cuando se recluía a sus habitaciones se sentía feliz.

Adulta de razón, podía pesar su vida, compararla con la vida de las demás niñas de su edad, para concluir que en ella, lo mismo que en la protagonista de *Una pobre muchachita rica,* no había ni infancia, ni alegría, ni libertad.

No había sentido nunca el placer de corretear descalza por las playas de Nueva York, en los días veraniegos, acompañada de otras amiguitas. No había sentido la dicha durante la estación de invierno, de amasar la nieve entre sus manecitas de seda, formar pelotas y arrojarlas a otras niñas, a la salida de la escuela, cuando las calles de cuajan de niños bulliciosos y en la esquina, un polizonte enorme, garrote en mano, detiene el tránsito de miles de vehículos para que los niños pasen de una acera a otra. No recordaba haber vestido y desvestido una muñeca. Ni haberse tirado de las greñas con otras compañeras. No tuvo infancia. Desde los cinco años fué sometida a un método de educación para prepararla y hacerla dama de corte. Y desde los cinco hasta los quince, sólo penitas habían aleteado en su tierno corazón.

Muchas veces se acostaba meditando en estas cosas hasta que los ojos se le llenaban de lágrimas. Pero era tan buena, tan resignada, tan incapaz de contrariar a sus padres, que nunca tuvo

voluntad propia para decirles la verdad de sus sentimientos y de sus aspiraciones.

Tantas ceremonias ¿para qué? Ella no quería ser condesa por un puñado de oro. Que pensaran así todos. Que aspiraran a eso los tocados de vanidad: estaba bien. Pero ella era excepción. Ella aspiraba a casarse con un "boy" de su país. A ser una americana. A vivir siempre en Nueva York. Se sentía demócrata. Lo llevaba en la sangre: su padre fué un obrero, su abuelo, su familia.

Pensando así le dieron las cuatro. No podía dormir. Se puso a contemplar las estrellas de la noche que empezaban a declinar.

A las ocho vino la doncella:

—Oh, señorita ¿usted no ha dormido?

—No he dormido, Miss Harry.

—¿Por qué no ha dormido? ¿se siente mal?

—He tenido insomnio y nada más.

—¡Qué ojeras!

—Desearía no ser molestada hoy. Dígalo así a mamá.

Miss Harry cumplió la orden y Julieta se presentó en el aposento de la hija a averiguar lo que pasaba.

—Madre, no tengo nada.

—¿Y esos ojos?

—El que se desvela amanece así.

—¿Por qué no has dormido?

—Porque no he podido.

Julieta besó a la condesita quien media hora después dormía como un ángel.

Pero en eso llegó el profesor de buenas costumbres a dar la clase.

Julieta ordenó a Miss Harry llamar a Rosa.

—La señorita dice que no desea la molesten.

—Vuelva usted a llamarla,—ordenó Julieta.

Rosa dijo a Miss Harry:

—Dígale a mamá que quiero descansar.

Julieta, un tanto contrariada, volvió al aposento extrañando aquella respuesta:

—¿Qué me mandaste a decir con la señorita?

—¡Deseo dormir!

—Pero hija, haz un esfuerzo: ahí está el profesor. Sólo pocas semanas nos quedan en Nueva York.

—Está bien, madre. Se incorporó en la cama, se vistió y a poco recibió la clase, de mal humor.

*

De la gente que rodeaba a Rosa Francia, sólo Arturo se había dado cuenta de la tragedia de la condesita. A pesar de la ignorancia que le suponían al chófer, había llegado a leer en la cara de la señorita las angustias que la afligían. Sin ser advertido por ella, Arturo se quedaba mirándola largo rato, a la hora de la siesta, mientras la condesita se sentaba en la galería de la casa a meditar.

Él la contemplaba e interpretaba sus gestos. Leía con admirable genialidad en el corazón de la niña.

Estaba enterado: "La señorita no quería ser condesa".

Y se dispuso a hablar con ella sobre el caso. Y como hacerlo con Rosa no tenía nada de particular, puesto que él era muy querido en la casa, una mañana en que la niña necesitó usar del automóvil para ir a a la estación a recibir al abuelo, Arturo dijo a Rosa:

—Señorita, usted sufre.

—¿Yo?

—Sí, señorita, usted sufre porque usted no desea ir a Londres.

Rosa se quedó asombrada de que alguien supiera su secreto. No supo, de pronto, qué contestarle, pero echando manos de lo mucho que le había enseñado el profesor de buenas costumbres, lanzó una fingida risotada tan bien hecha, que casi desconcertó a Arturo. Pero él insistió:

—Sí, señorita, usted sufre.

—Y usted está loco al hacer esta afirmación.

—No estoy loco. La he observado mucho y su cara no engaña.

Al momento Rosa pensó que la había visto en su aposento y se puso como una guinda, apresurándose a preguntarle:

—¿Dónde me ha visto usted?

—A la hora en que usted se sienta en la galería a descansar.

—¿Pero acaso una sola cosa puede entristecer o preocupar?

—Usted no tiene otro motivo fuera del viaje a Londres, para sentirse triste.

Llegaron a la Estación del ferrocarril. Rosa ordenó al chófer averiguara la hora de llegada del tren. Corrió él hacia la ventanilla de información y regresó al momento con la respuesta: faltaban veinte minutos para llegar.

Rosa resolvió pasarlos dando vueltas por Riverside.

Arturo aprovechó la nueva ocasión para seguir hablando sobre el tema:

—Señorita, si usted no quiere, no vaya a Londres: dígaselo a su mamá.

—Pero...

—Me daría tanta pena saber que usted no es feliz...

Esta vez la condesita no contestó. Dos lágrimas rodaron de sus ojos azules.

*

—¡Qué bien estás abuelo!

—Y tú hecha una condesita, según escribe tu madre.

—Yo no soy condesa. Soy su nietecita que le quiere mucho.

Ya en la casa, Julieta salió hasta la puerta a recibir al padre.

—¡Cómo has aumentado tu colección de cuadros!—díjole apenas hubo entrado a la sala.—Todo esto es lindo, mi hija. ¿Qué paisaje es éste?

—Una de las escenas de cacería de la época en que el Rey de Inglaterra tenía diez y ocho años.

—¿Y este otro?

—Una escena del juego de polo. Fíjese, papá, en la elegante actitud de Alfonso XIII al darle a la pelota.

—Muy elegante. Me dicen que eso es lo que mejor ha hecho en su reinado: jugar polo. ¿Y este otro?

—La Reina Victoria.

—¡Precioso, precioso!...

—Ya nos quedan solamente veinte días en Nueva York.

—Será día de duelo para mí. Quizás no vuelva a verte...

—Pero nosotros volveremos pronto. O si no, irás tú.

—No, mi hija. De Chicago, nadie me saca. Estoy muy cómodo allí...

—Te escribiremos semanalmente.

—Y la condesita ¿está contenta? La noto poco expansiva conmigo.

—Ella es así, muy callada.

Dos horas después fueron a saludar a Jorge a su oficina:

—¡Hola, Jorge, qué bien está usted!—Y suegro y yerno se dieron un estrecho abrazo.

Hablaron sobre negocios. Se ofrecieron cigarros. Volvieron a abrazarse y hablaron del viaje a Londres. De Rosa, del título...

—He encontrado a Rosa preocupada, dijo el abuelo.

—Ella es así,—respondió el padre.

—No era así,—dijo el abuelo. Algo le sucede.

Por la noche el abuelo la llamó a confesión, pero la condesita había aprendido tantas cosas de labios del profesor de buenas costumbres, que el pobre viejo no logró sacarle la verdad.

En la noche, Jorge invitó al suegro al teatro.

Rosa se negó bajo el pretexto de sentirse quebrantada.

El chófer encontró otra oportunidad para hablar con la condesita.

*

Apenas hubo partido la familia, Arturo se acercó a la señorita bajo un fútil pretexto.

—Señorita, ¡qué sola se ha quedado usted!

—No tuve ganas de acompañarlos. Todo me fastidia.

—Perdone mi franqueza, señorita, pero yo creo que actualmente todo le aburre a usted y que muy pocas cosas le interesan.

—Dice usted unas cosas...

—Como de gente bruta, ¿verdad?

—Todo lo contrario, Arturo.

—Señorita. ¿Ya le dijo a la señora lo del viaje?

—Arturo... Arturo.. esos no son negocios suyos: Veo que usted se está tomando facultades que yo no le he concedido.

—Perdóneme, señorita, pero ¡me interesa tanto su felicidad,... me preocupa tanto saber que usted no es feliz!...

—¿Y de dónde saca usted que yo no soy feliz, que no seré feliz en Londres?

—No quiero repetir lo que ya usted sabe. Le he dicho la verdad.

—Pues usted no ha dicho la verdad.

—¿La dice usted cuando niega?

—Arturo, usted es muy fresco en desmentirme. Póngase en su lugar.

—Señorita, yo no la he ofendido. Si lo he hecho, le pido mil perdones... Lo dijo con tanta ternura. Despidieron sus ojos lumbre tan triste... Asumió actitud tan piadosa, que la condesita no pudo reprimir los movimientos de su corazón y, cambiando de tono, dijo:

—Mire, Arturo, le voy a hablar con franqueza, pero júreme lealtad y discreción.

—Hable, señorita.

—Usted es la única persona que ha sabido interpretarme y por ello le debo gratitud y estimación. Merece usted mi confianza.

Usted me ha dicho la verdad: No quiero salir de Nueva York. No quiero ir a Londres. No quiero ser condesa... Pensarlo me enferma el corazón. He sufrido muchos desvelos. He llorado mucho. Pero no me he atrevido a contrariar a mi madre que tanto me quiere.

Ya me veo en Londres del brazo de algún conde arruinado, cansado de vicios y parrandas, medio viejo, todo tieso, enfundado en vieja casaca, soñando con pescarse una fortuna mediante matrimonio conmigo o con alguna vanidosa americana rica tocada de delirio de grandeza. Ya me veo allí nostálgica de mi viejo Nueva York, perdida para la dicha a que tenemos todos derecho a aspirar

—Mire, señorita, si usted hace lo que yo he pensado...

—¿Qué ha pensado usted Arturo?

—No me atrevo a decírselo, señorita.

—¿Sería un disgusto para mis padres?

—Un disgustillo no más... después, todo andaría bien.

—Entonces, nó me lo diga.

—Todo es preferible, señorita, para evitar una desgracia mayor.

Arturo aconsejaba con voz tan dulce, que su timbre aleteaba en las entrañas de la condesita y allí se quedaba sonando como música del cielo. Desde ese momento, Arturo fué el confidente de Rosa.

—Señorita,—le dijo dos días más tarde—, si usted me autoriza a resolver su problema...

—¿Qué haría usted en mi lugar, Arturo?

—Negarme al viaje.

—Pero eso no puede ser.

—Pues sí puede ser. ¿Quiere usted que yo evite ese viaje?

La condesita se devanaba los sesos pensando en todo cuanto Arturo le aconsejaba, pero no daba con la resolución del problema. Eso sí, mientras ella pensaba, él la miraba tan dulce que, al espíritu de Rosa descendía todo el azul del cielo.

*

Cuatro días faltaban para el viaje.

Se irían en el *Mauretania.*

Ya la prensa londinense había anunciado su llegada y publicado su retrato.

El profesor de buenas costumbres redactó la nota biográfica que acompañó la fotografía. Se publicó en *The Times* y otros periódicos importantes.

Dos días antes de la partida, el profesor de buenas costumbres sometió a su discípula a un examen general que duró cerca de cuatro horas, en presencia de Julieta, Jorge y Vavasour.

—Señorita, simule usted la entrada al palacio de Saint James. Figúrese una noche de recepción: luces en profusión se derraman por los regios salones. Mullidas alfombras apagan las pisadas de marqueses y príncipes que, del brazo de espigadas damas que lucen provocativos escotes, discurren de uno a otro extremo del salón principal. Es el momento en que usted, penetrada de su trascendental papel de condesa, entra al salón.

—¡Bravo profesor!—exclamó Julieta encantada.

—¡Bravísimo!—exclamó Jorge.

—Es una potencia este hombre,—le dijo Vavasour a Jorge en voz baja.

—Vamos a ver, señorita. Póngase en pie. Aquí está la capa de armiño. Sitúese en el umbral de aquella puerta. Una, dos, tres....

La condesita obedece como un autómata tratando de simular la risa que le provoca el profesor de buenas costumbres. Camina, reparte saludos a diestra y siniestra...

—¡Maravilloso!—dicen a un tiempo el profesor y los parientes.

Pero de todos, ninguno tan feliz como Julieta. Rebosaba felicidad absoluta. Sus sueños estaban a punto de tocar la realidad. ¡Su hija condesa! ¡Su Rosa Francia! ¡Qué dicha! ¡Qué orgullo, qué honra para la familia! Jorge asentía las ideas y los caprichos de Julieta. ¿Ella era feliz con eso? Pues él lo era también. ¿Quería ella condesas en su casa? Pues a embarcarse para Londres provistos de tres o cuatro talegos de dólares para cotizar el título. Pero pensándolo un poco, dijo una vez, en secreto, a Vavasour:

—¿No te parece todo esto ridículo, irónico, sarcástico?

—¿Por qué? Es la tendencia de nuestras mujeres apenas se ven ricas:

¡Correr hacia Londres a calzarse una corona y a pescarse un matrimonio real!

—Sin embargo, yo no tendría inconveniente en decirle a mi hija: a los zapatos debo cuanto tengo y cuanto soy. No he sido en mi vida, sino un obrero. Yo no entiendo de cortes ni de cosas de la nobleza. Ni de andarme sofocado con un cuello tieso de aquí para allá, enfundado en una casaca apretada a las caderas. Yo me he criado en este ambiente de blusa y sueco y no podré acostumbrarme a la vida de palacio.

Esto diría, pero no me he atrevido a hacerlo por no contrariar a Julieta.

—Sigue la corriente,—respondió Vavasour—, a las mujeres hay que dejarlas obrar.

—Por seguir la corriente me he avenido a todo cuanto ella ha deseado. Pero francamente, todas estas cosas son ridículas.

*

Movimiento innusitado en la casa. Más de cuarenta maletas

y baúles del mismo color, mercados con las iniciales V. A. y ordenadamente numerados son sacados por la servidumbre y acomodados en un expreso.

Es el día anterior al embarque.

En su aposento, Rosa Francia pierde casi el don de razonar. Su cerebro es un hervidero de locas ideas. Los nervios andan por su cuenta.

Ha perdido la serenidad. Y con el pretexto de sentirse fatigada, se priva de salir a la sala a recibir las visitas que vienen a despedirse.

En el jardín, Arturo medita, medita un plan para salvar a la condesita.

A las once todos duermen en la casa, menos Rosa y Arturo. Ella asomada a la ventana que da al patio contempla las estrellas, pide a Dios ayuda.

De pronto Arturo penetra en la casa, se acerca de puntillas a la alcoba de la condesita y entra.

—¡Por Dios, Arturo! ¡qué susto me ha dado!

—¡Silencio!

—¿A qué viene a estas horas? ¡Si lo ven... Me hace usted daño!

—Vengo a salvarla.

—¿Usted?

De los labios del chófer brota un raudal de palabras cariñosas.

Se arroja a los pies de Rosa, los cubre de besos. Ella no sabe cómo evitarlo. Él se pone de pie, le dice lo mucho que la quiere.

Nadie en el mundo la quiere como él. Nadie en el mundo es capaz de hacerla feliz como él. Nadie es capaz de los sacrificios de que él es capaz!...

Un torrente de lágrimas corren por las mejillas de Rosa. Flaquea al principio.

No opone resistencia. Se deja besar: nadie la ha besado así. Se deja abrazar: nadie la ha abrazado así. Es una autómata. Arturo abre las puertas. La toma en sus brazos. Ella se desprende de aquellos formidables rejos de acero.

Mira frente a frente a Arturo.

Ahora tienen sus ojos una expresión distinta. Todo el orgullo, todo el recato, toda la dignidad de una matrona.

Arturo no sabe qué decir.

Permanece de pie, como una estatua, ante Rosa Francia.

Ella rompe al fin el silencio.

—Véte, Arturo, no puede ser!

Al día siguiente el *Mauretania* tuvo la gloria de atesorar en sus entrañas a la futura condesa de Anselem.

MANUEL CESTERO.

Santiago de Cuba, 1925.

RAMON RUBIERA (*)

NACIÓ en La Habana, en 1894.

Reconcentrado en sí mismo, huraño, viviendo puramente para su vida interior, alejado del tumulto por orgullo más que por timidez, es natural que su obra respondiera a su temperamento. Así, no se ha prodigado en derroches triviales, sino que su obra es escasísima; no nos descubre en ella de una manera dircta sus íntimos pensamientos, sino que va a lo exterior para simbolizar sus propios estados de alma; se esfuerza para hallar la expresión pulida y transparente, a través de la cual resplandezca su ideología; no pretende deslumbrarnos con brillanteces de lentejuela, sino que tiene el pudor de los conscientes. En su libro único hasta ahora, recientemente aparecido, surge ya como un maestro; no hay allí tanteos de principiante, ni huellas de imitaciones excepto la de los altos maestros del simbolismo francés, en los que la crítica podría encontrar las fuentes en que Rubiera ha bebido sus poderosas inspiraciones. Observador como ninguno de las leyes que rigen la factura del verso y empleando los procedimientos de la escuela simbolista, podría decirse que este poeta es un superviviente de ella entre nosotros. No obstante la influencia señalada que determina su rumbo, su amplia cultura poética le ha servido para hallarse a sí mismo, librándose de las influencias particulares.

BIBLIOGRAFÍA: *Obras poéticas: Los astros ilusorios,* La Habana, 1925. Consúltese: Jorge Mañach: *Glosas, Diario de la Marina,* 11 de abril, 1925.—R. Martínez Villena, *Chic,* abril 1925.

FÉLIX LIZASO.
JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ DE CASTRO.

(*) Nota y selección de la obra *La poesía moderna en Cuba,* antología crítica ordenada y publicada por Félix Lizaso y José Antonio Fernández de Castro, en curso de publicación por la *Editorial "Saturnino Calleja"*, S. A., de Madrid.

IDEOLOGÍA DEL ÁRBOL SECO

Mientras el sortilegio lunar damasquinaba
sus miembros esqueléticos, el árbol meditaba:
—Yo, que brotando de las entrañas terrenales,
logré sentirme cerca de los prados astrales...

Y que por mi tendencia benigna y ascendente,
siempre que vi dos alas desorientadamente
volar, tendí mis recios hombros compadecidos,
donde fructificaron los cantos y los nidos...

Yo que logré las metamorfosis cabalísticas
de los jugos terrestres en láminas artísticas
y en gemas taumaturgas, en mi abandono agreño,

hoy miro desangradas mis venas soñadoras...
¡Ah, Destino! Así premias el ejemplar empeño
de todo aquel que logra magnificar sus horas!

EL ARGONAUTA ENFERMO

Todas las tardes, sobre las rocas ribereñas,
el argonauta enfermo contemplaba las barcas
horadar las entrañas frágiles del misterio
que abruma las remotas llanuras oceánicas.

Contemplaba las barcas nómadas y objetivas;
y las indefectibles barcas de sus nostalgias
surcaban, espumándolo, su turbio golfo anímico,
abanderadas siempre con la fe del mañana.

Una de aquellas tardes, más enfermo que nunca,
el moribundo nauta declamó con angustia:
—¡Por si no vuelvo a verte, divina mar, adiós!

Y vió, mientras el llanto bañaba sus pupilas,
en el confín marino las barcas conocidas,
y un derrumbe de barcas en su mar interior.

LOS DOS PEÑASCOS

En el cercano término del árido paisaje
adormecido bajo las alas de la noche;
individual y hermético y espectral, el peñasco
bosquejaba sus hombros de pensador inmóvil.

Éramos los dos únicos seres de aquel paraje.
Mis vacilantes pasos conquistaron su noble
proximidad. Mi cuerpo se avecinó a su cuerpo,
y vigilamos juntos en el silencio enorme.

Contrastaba su firme serenidad de piedra
con el amargo ritmo de mi dolor insomne,
y en su filosofía granítica y profunda

atemperé mis ansias y mis torturaciones...
Y éramos dos peñascos inmutables y herméticos
en el misterio unánime del paisaje y la noche.

EL BUEY

Esa tarde, mirando la vastedad agreste,
ansias extemporáneas de libertad brotaron
en sus ancianos músculos; y aventuró su vida
huérfana de vigores, en los caminos amplios.

Pero cuando los campos, abriendo sus océanos
de silencio, asombraron sus tímidas pupilas,
el viejo buey detuvo sus pasos inseguros.
Miró atrás. El misterio crepuscular tendía
sus alas gigantescas. Y en la distancia inerte,
la granja demoraba solitaria y tranquila.

El arrepentimiento clavó sus garras negras
en sus carnes decrépitas:

(¿Cómo afrontar los torvos lobos de los peligros
que vigilan el pórtico del porvenir? ¿Y cómo
conquistar el soberbio sexo de la victoria,
hembra que pide músculos nuevos y vigorosos?)

Y el buey volvió a la granja, y era su cuerpo mustio
una mansión de ruinas a través del crepúsculo.

EL HEROE

(FRAGMENTO)

Una mañana—reino de júbilo y de oro—
surcó las verdes ondas, febril y autoritaria,
la barca cuyos mástiles trémulos de aventuras
capturaban los vientos marinos y espantaban
los negros cormoranes de los amargos miedos...
¡Oh, su triunfal orgullo sobre las aguas mansas!

Orientando sus ímpetus hacia los continentes
del acaso, iba el héroe. Su vida visionaria
enfloraba la nébula blanca del infinito,
de miliunanochescas maravillas geográficas:
Edenes arrancados a los omnicolores
cielos de las leyendas, en sus noches fantásticas.

Murieron varios meses (pámpanos del eterno
ramaje). Las mujeres, sensibles y voltarias,
olvidaron sus besos con el ardiente polen
de otros besos viriles; mas, en sus tiernas almas
encofraron el ópalo de su recuerdo mágico
y aureolaron su nombre de romanescas fábulas...

Y los hombres que vieron los sueños energéticos
del héroe, victoriosos sobre las aguas claras,
envidiaron sus idealismos domadores
de los corceles bárbaros y hoscos de los peligros,
y celebraron sus impulsiones temerarias.

Y pasaron los años en hombros del silencio,
y en hombros del olvido la prodigiosa barca.

EL PINO

Junto a su vida vertical, mi pensamiento
amaba los celajes errantes de las tardes...
Las cromáticas fiestas occíduas... Los estuarios
turquinos que renacen entre las blancas nubes

Amaba las montañas que arropan de crepúsculo
y esmeraldan sus flancos... La calma de los bueyes
que abisman en sus ojos los soles moribundos,
para después dejarlos en los abrevaderos...

Junto a su vida vertical, mi pensamiento
torcía los paisajes;
en espiral de metáforas.

Pero sus altas ramas eran mi derrotero.

EL PESCADOR DE PERLAS

—¡Cantor!—dijo la vida.—Destruye la crisálida
actual de tu destino,
y abandona a los vientos de los empeños árduos
las estivales flámulas de tus años magníficos.

Las victorias son islas vírgenes en los mares
de la suerte, propicias a los aventureros.
Inclínate y advierte los interiores orbes
de perlas que atesoran mis océanos...

Y el hombre, seducido por la fatal sirena
se consagró a la búsqueda de sus tesoros... Nada
respondió a sus empeños; y entristecido y viejo,

volvió a su eterna torre de sombra y de silencio.
Pero frecuentemente sus ojos le mostraban
un mundo subconsciente de perlas ignoradas.

NOVELA

Hierofante del arte de los paradojales
símiles, el poeta comparó su destino
misérrimo y oscuro, con su amor, fabuloso
invasor que anulaba sus entrañables símbolos.

Vió sus cerebraciones y su formal estética
heridas en la médula de sus impulsos íntimos,
y hundió—certera daga—su voluntad de acero
en el rosado vientre del flechador olímpico.

Después cuando su amante regresó con las ansias
de gustar en los labios másculos la fragancia
tórrida que prolonga los supremos espasmos;

retrocedió aterrada por el asombro súbito
de ver en las pupilas de los ojos amados,
el cadáver del loco dominador del mundo.

LOS VIAJEROS

Los viajeros transcurren, y en sus rostros diversos,
las horas arbitrarias inscriben sus poemas...
Los labios de los enamorados cantan:—¡Siempre!
Y en sus cantos hay una suposición de luna
inmóvil en un plástico lirismo de acuarela.

(Sus pupilas fervientes no ven las rosas muertas.)

Los viajeros en cuyos rostros atormentados
inscribieron las horas sus firmes inclemencias,
pasan viendo los pétalos muertos en los senderos...
Llevan un mar de pliegues en sus frentes cansadas,
y una selva de cruces en sus almas herméticas...

BIBLIOGRAFIA (*)

GLOSARIO DE AFRONEGRISMOS. Por Fernando Ortiz. Con un prólogo por Juan M. Dihigo, Catedrático de Filología y Lingüística de la Universidad de la Habana. Habana. Imprenta "El Siglo XX". Rep. del Brasil 27. 1924. 4º XXVIII-558 p.

Hablar de este libro es tarea difícil para el bibliógrafo, cuyas orientaciones son muy otras que las de cultivar la lingüística y cuyos conocimientos en la interesante ciencia no pasan de ser los de un curioso gustador del sentido fuertemente humano y la amenidad que hay en las obras de ese género. Pero el Dr. Fernando Ortiz ha dado a la imprenta una obra más, y es de justicia dar fe de ese acontecimiento, usar unos cuantos elogios, decir qué paciente y digno de estimación es el trabajo que realiza este escritor en medio de sus muchas ocupaciones apremiantes de hombre público, abogado, presidente de corporaciones, legislador y codificador, político militante, director de negocios y otras cosas más. El Dr. Fernando Ortiz es un caso admirable de producción. Tal vez el secreto de su actividad esté en no perder un solo día, como el clásico.

Y entonces sí puede el bibliógrafo hablar del *Glosario de Afronegrismos*, hecho según el autor para "abrir trocha en la fronda lingüista latinoamericana para que aquellos hombres de ciencia consagrados a tan difíciles estudios, como son los relacionados con el lenguaje, puedan hallar acopio de materiales y alguna que otra orientación, trazada empíricamente más que con la brújula de una técnica especial de que carecemos. Este *Glosario* no es obra principal de nuestros afanes, sino estudio secundario, iniciado por la necesidad de no olvidar ese campo de influencia africana, en nuestro trabajo, que ya nos lleva distraídos algunos años, de apreciar en todo su valor sociológico el significado de la población negra en nuestra patria, especialmente en las

(*) En esta sección serán siempre analizadas aquellas obras de las cuales recibamos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores. De las que se nos envíe un ejemplar, sólo tendrá derecho el remitente a que se haga la correspondiente inscripción bibliográfica. CUBA CONTEMPORÁNEA se reserva el derecho de emitir opinión acerca de toda obra, nacional o extranjera, que por su importancia merezca ser criticada.

capas de población culturalmente inferiores, donde más ha impreso su huella el factor negro."

El Dr. Ortiz explica el nacimiento del *Glosario de Afronegrismos.* Dice que componiendo su obra *Los negros horros* empezó la compilación de los vocablos incrustados por los africanos en nuestra habla, y lo que debió ser un capítulo del libro mencionado "fué creciendo hasta alcanzar proporciones inesperadas, llegando a dar materia para tres volúmenes, el presente *Glosario de Afronegrismos* y otros que habrán de seguirle, que comprenderán un ensayo sintético de las observaciones que nos han sido sugeridas por las cédulas acopiadas en el *Glosario,* amén de otros nuevos datos y puntos de vista, todos relacionados con la lingüística afrocastellana."

Y después agrega:

"En este *Glosario de Afronegrismos* el lector hallará, además de una recopilación de las voces que son, o se dice que son, originarias de África, empleadas por los pueblos que hablan español, la glosa de esos vocablos y su análisis semántico, con proposiciones hipotéticas junto a etimologías bien aseguradas; pero no dudamos de que su lectura habrá de darle algún nuevo horizonte para la valoración científica de la importancia de un factor, hasta hoy bastante descuidado, en la formación de nuestro acervo idiomático, no sólo el de estas tierras cisatlánticas, sino hasta de no pocos vulgarismos de allende el mar, nacidos junto al Guadalquivir y rodantes hoy por toda España, a veces con buenas cartas académicas que les aseguraron trato frecuente con las más alcurniadas y añejas palabras de Castilla."

Así es la verdad: en el *Glosario* están muchas voces incorporadas ya a nuestra vida corriente, y hasta ennoblecidas por el uso literario y limpias de los ingratos sonidos que denotaban su ascendencia negroafricana. Por eso la obra del Dr. Ortiz tiene un valor inestimable, ahora que con el encauzamiento nacional van teniendo los hombres de Cuba tiempo y tranquilidad para atender más intensamente cada día a la formación de nuestra cultura.

Obras de Manuel Sanguily. NOBLES MEMORIAS. Tomo I. A. Dorrbecker, Impresor. Habana 1925. 8º, 252 p. Con retrato y autógrafo del autor.

Los extranjeros lectores de CUBA CONTEMPORÁNEA habrán podido apreciar, en el número dedicado a don Manuel Sanguily, algo de lo que fué aquel hombre. Y eso, que ya lo sabíamos los cubanos, quedará debidamente comprobado con la publicación de sus obras completas.

Sanguily tenía un pasado del que todos nos sentíamos admirados y orgullosos. Pero su pasado permanecía oculto entre las páginas de

revistas y periódicos, en el fondo de las bibliotecas. Con su reaparición, podemos aquilatar la importancia de su vida y la virtud de su esfuerzo.

Hombre de múltiples actividades, Sanguily fué maestro, escritor, militar, orador, diplomático, legislador, estadista. Y siempre lo fué con un cubanismo que podría considerarse en él como la más obligatoria de las filiaciones, acaso como el único deber de su vida. Porque si batalló tanto en la cátedra, en el libro y el periódico, en los campos de la Revolución, en la tribuna, en el Congreso y ante otros diplomáticos, lo hizo principalmente por Cuba. No hay un solo hecho en la existencia de Sanguily que no esté consagrado a Cuba. Es lo que resalta en la biografía que inicia el primer volumen de sus obras, escrita por el hijo del prócer; y lo que se advierte en la lectura de todas estas páginas llenas de emoción que produce la muerte.

En verdad, todo el libro es una lamentación proferida en varios capítulos que tienen una absoluta unidad. El tema es siempre el mismo: la muerte de un cubano, de un cubano que tuvo vida ejemplar y se llamó José Antonio Cortina, o Miguel Figueroa, o Manuel de la Cruz, o Ignacio Agramonte, o Francisco Vicente Aguilera.

Pero no es el lacrimeo pueril del pseudo cronista que está obligado a llenar unas columnas de periódico en necrología llorona. Es la recia impresión, causada por la muerte de un compatriota, en el espíritu indomable del hombre nacido con vigor para todas las contiendas.

El autor graba en relieve, o en estatua ya única, el rostro o la figura completa. No es un miniaturista, sino un verdadero escultor. La personalidad queda firme, con caracteres propios, con rasgos que se fijan imborrables en la memoria. Ahí está, vivo, magistral, preciso, Fernando Arizti, el "virtuoso" del piano que en las postrimerías de la enfermedad traidora se mira un día los dedos—temeroso de un nuevo ataque de parálisis—, y se dirige al piano y toca de manera asombrosa en la más inspirada de las improvisaciones. Joven, dichoso, asediado por todas las venturas, las de la riqueza, el talento, la felicidad, la popularidad, la nobleza de alma, admiramos a José Antonio Cortina, el que "tuvo amigos porque él supo serlo", el que libertó a sus esclavos, el que "siempre tuvo audacia bastante para ser temido y sinceridad bastante para ser respetado". Y queremos a Miguel Figueroa, el orador maravilloso que pudo electrizar con su palabra a una generación de cubanos en que vivieron los más elocuentes tribunos de nuestras contiendas por las libertades. Miguel Figueroa forma, él solo, un capítulo del pasado de Cuba. "Fué sin duda patriota de elevadas miras, orador incomparable, la encarnación simpática de la protesta romántica, sincera, movible y a la vez permanente del pueblo cubano, —su aliento, su intérprete, su verbo prodigioso." Y aumenta la veneración que todos sentimos por Francisco Vicente Aguilera el homenaje de Sanguily a su memoria, en que resplandece con todos sus atributos

el carácter marmóreo de uno de los fundadores de la Patria. Y vemos con ojos llenos de cariño a José de Armas y Cárdenas, el sabio el erudito, el historiador, el periodista que murió cuando aún no disfrutaba de la tranquilidad perseguida durante largos años para escribir las obras de su ilusión.

Terminado el libro, y lamentada también la desaparición de Manuel de la Cruz, uno de los grandes escritores de la América; de Julián del Casal, precursor de las renovaciones líricas; de Nicolás Heredia, novelista; finalizadas las páginas últimas, el lector se siente más cubano, más satisfecho de las glorias que para Cuba alcanzaron en otros días los que Sanguily elogia y despide en *Nobles memorias.*

Yo veo en esta obra, primordialmente, el resultado de un cubanismo sin intermitencias ni altibajos, un cubanismo que se mantuvo en todos los tiempos al mismo nivel de pureza y de arrogancia. Don Manuel Sanguily, hidalgo, severo, bien provisto de ciencia y de valor, dijo cuanto quería decir, y lo dijo en cubano. Jamás utilizó como instrumento un suceso mezquino o una discrepancia entre compatriotas. En las páginas que dedica a Francisco Vicente Aguilera, a Nicolás Azcárate, a Ramón Roa, tuvo la oportunidad para hurgar en pasadas luchas personales de la historia nacional que todavía son muy recientes para que no las desvirtúen la pasión o el entusiasmo. No lo hizo, y aunque es lamentable haber perdido la verdad relatada por él, o más bien: *su verdad,* debemos admirar esa disposición del que aspiró únicamente a servir con abnegación los ideales de libertad y cultura de su pueblo.

MIGUEL FIGUEROA Y GARCÍA. SU VIDA. Por Antonio L. Valverde. Catedrático por oposición de Historia en la Escuela de Comercio de La Habana; Individuo de número y Tesorero de la Academia de la Historia de Cuba; Presidente de la Sección de Estudios Económicos de la Sociedad Económica de Amigos del País de la Habana; Vocal de la Sección de Ciencias Históricas del Ateneo de la Habana; Correspondiente en Cuba de la Real Academia de la Historia, de España; C. de Saint Augustine Institute of Science and Historical Society, U. S. A.; y C. del Instituto de Investigaciones Históricas, de Buenos Aires. Habana. Imprenta "El Siglo XX". Rep. del Brasil núm. 27. 1925. 4º, 156 p. Con retratos.

El Dr. Valverde ha probado ya su competencia en los estudios históricos con obras serias y de verídica documentación. Desde el punto de vista de la laboriosidad, es infatigable. Y ateniéndose a la ver-

dad y al método, es discreto, lógico y justo. La biografía de Miguel Figueroa le ha dado oportunidad para contribuir con un buen ensayo más a la historia de nuestros grandes hombres; oportunidad también para cumplir los deberes de todo escritor en estos momentos de Cuba en que es necesario recordar a los precursores de la independencia, conocer su vida e inspirar la conducta en su ejemplo claro y noble de abnegación y de patriotismo.

Miguel Figueroa fué uno de esos precursores. En el trabajo que le dedicó Sanguily en las *Hojas literarias* aparece el orador en toda su arrebatadora magnificencia. Es el elogio. Es casi la exaltada apología, casi la arenga de otro orador. En la biografía del Dr. Valverde encontramos al hombre en toda su vida; lo seguimos desde el nacimiento hasta los primeros estudios, las campañas por la libertad en su vibrante adolescencia, las victorias universitarias y tribunicias, los viajes educadores, las contiendas formidables en el escenario reducido de la Colonia, y la triste muerte cuando aún tenía juventud y ardores para seguir marcando a su pueblo el camino de la ascensión y el deber. Todo eso en veinticuatro años de esfuerzos comenzados a los diez y siete con la fundación de *El Farol,* en 1869. El Dr. Valverde estudia a Miguel Figueroa en su actuación en España, fuerte, viril, rotunda; lo muestra en su actividad no muy conocida de conspirador, en París, junto a Francisco Vicente Aguilera, de 1872 a 1874; luego da informes de su vida política en Cuba, durante los años 1878 a 1886, de su vida parlamentaria y de su vida profesional.

Figueroa se incorporó al autonomismo, pero sin olvidar su procedencia revolucionaria ideológica. Se mantuvo siempre en el extremo radical de aquel partido tan útil en su tiempo para fijar orientaciones a los cubanos y que no supo evolucionar después hacia las indispensables rebeldías, como lo habría realizado Figueroa. Murió antes de tiempo el tribuno. Estas frases de Juan Gualberto Gómez en su *Crónica Política* a la *Revista Cubana,* 31 de julio de 1893, lo dicen con mayor sencillez y elocuencia: "Los que más razonan su sentimiento, tienen la impresión de que la voz de Figueroa hará falta algún día. Él parecía, en efecto, entre todos los oradores del autonomismo, que los tiene muy notables, el más indicado para levantar *la protesta a la altura del agravio,* el día, quizás próximo, en que el desencanto y la decepción arrastren a ese Partido por otro camino que el que sigue." Murió dos años antes de la Revolución, que habría tenido su concurso en las lides heroicas de la Manigua o en la propaganda conveniente de la Emigración.

Cuba debe gratitud a Miguel Figueroa. El Dr. Valverde lo recuerda con su obra rica en datos y en descripciones útiles para reconstruir episodios de nuestro pasado espléndido, en el que hubo hombres de acción y de pensamiento que enorgullecerían a cualquier país.

ENRIQUE GAY CALBÓ.

Hugo Wast. DESIERTO DE PIEDRA. Buenos Aires. Agencia General de Librería. Rivadavia 1573. [1925]. 12º, 296 p.

Con decir de este libro que es una novela más de Hugo Wast queda hecha toda su descripción y, con ella, toda la apreciación crítica posible.

Este autor es suficientemente conocido en todos los países de habla castellana pues sus libros pasan ya de una docena y de algunos de ellos se han tirado más de cien mil ejemplares. Notable hazaña, tratándose de ediciones hechas en un país suramericano. De los novelistas de este origen que no han cruzado el Atlántico en busca del contacto de los círculos literarios madrileños y la sanción de las casas editoras españolas, es quizás el más fecnudo y el más ventajosamente conocido.

Esta circunstancia acarrea una razón más de simpatía para aquellos americanos a quienes el hispanoamericanismo no nos produce un gran estusiasmo.

Sobre ella debe agregarse su predilección por los motivos vernáculos, por la cual, en sus novelas desfilan los paisajes de su país y los tipos que en ellos viven envueltos en la suave luz del natural cariño inspirado por la tierra natal. En el libro motivador de esta nota, resplandecen las cualidades distintivas del escritor: la sobriedad y claridad de su estilo; la diafanidad de sus descripciones; la precisión viviente de sus tipos. Así como la inclinación a las tramas vulgares, despojadas de peripecias bruscas, tal como debe ser el resultado de la actividad vital de personajes sin complicaciones psicológicas, de espíritu refractario a los problemas morales, a las preocupacions filosóficas y aun a las sacudidas pasionales.

Libro apacible para las almas apacibles, donde la sierpe de la inquietud no ha instilado todavía el veneno de la preocupación por los misterios de la vida y los problemas del mundo; donde la tragedia pasional no ha desgarrado aún los cendales de la placidez primitiva; donde el infortunio no ha soplado con su hálito tempestuoso.

Libro llamado a tener el mismo éxito halagador de todos los demás escritos por el brillante y fecundo novelista argentino, por su acierto en proporcionar al público fatigado e indiferente de nuestros días la literatura candorosa, simplificada y vegetativa que éste necesita y apetece.

ARTURO MONTORI.

BUTLLETÍ DE LA BIBLIOTECA DE CATALUNYA. Volum sisé. Barcelona. Institut d'Estudis Catalans. Palau de la Diputació. 1923. 4º, 423 p. Con grabados.

León Treich. ALMANACH DES LETTRES FRANÇAISES ET ÉTRANGÈRES (Avril-Mai-Juin) 1924. Paris. Les Editions G. Crèst & Cie. 21, rue Hautefeuille. 4º, 382 p.

Benito Pérez Galdós. Obras inéditas. TOLEDO. (Su historia y su leyenda.) Volumen VII. Renacimiento. San Marcos, 42. Madrid [1924] 12º, 201 p. Prólogo de Alberto Ghiraldo, y láminas.

Manuel de la Cruz. III LITERATURA CUBANA. Editorial "Saturnino Calleja" S. A. Casa fundada el año 1876. Madrid. 1924. 12º, 428 p.

Manuel de la Cruz. VI. CRÍTICA Y FILOSOFÍA. La Habana—Madrid. 1925. 12º, 245. Con una Carta-prólogo de Manuel Sanguily.

León de Greiff. TERGIVERSACIONES de Leo Legris—Matías Aldecoa y Gaspar (Poesías). Primer Mamotreto 1915-1922. Tip. Augusto. Bogotá. 1925. 8º 204 p.

Emilio Roig de Leuchsenring. LA COLONIA SUPERVIVA. CUBA A LOS VEINTIDÓS AÑOS DE REPÚBLICA. Conferencia leída el 11 de abril de 1924 en la Séptima Reunión Anual de la Sociedad Cubana de Derecho Internacional. La Habana. Imprenta "El Siglo XX". Rep. del Brasil, 27, 1925. 12º, 31 p.

M. García Garófalo y Mesa. MARTA ABREU ARENCIBIA Y EL DR. LUIS ESTÉVEZ Y ROMERO. Estudio biográfico. La Habana. Imprenta y Librería "La Moderna Poesía". Pi y Margall, 135. 1925. 8º, 383 p. Con un prólogo de F. de P. Coronado, y grabados.

Wenceslao Gálvez y del Monte. De lo más hondo. *I. La musa mía. II. Del ambiente. III. Cantares. IV. Ensayos de Triolets. V. Visiones de España. VI. Epigramas. VII. A mi bandera.* La Habana. Imprenta y papelería de Rambla Bouza y Ca. Pi y Margall núms. 33 y 35. 1925. 8º, 148 p. Prefacios de Rafael Montoro, M. Márquez Sterling, Conde Kostia, Enrique J. Varona y F. de P. Coronado.

León Pierre-Quint. Marcel Proust. Sa vie, son œuvre. Aux Éditions du Sagittaire Simon Kra, 6, rue Blanche. Paris. [1925] 12º, 301 p.

Asociación Pedagógica Universitaria. La reforma de nuestra educación. La Habana. "La Propagandista". Máximo Gómez, 87 y 89. 1925. 8º, 36 p. Con introducción de A. M. Aguayo.

Club Rotario de La Habana. Conferencia sobre nuestros problemas educacionales, pronunciadas durante el período social de 1924 a 1925. La Habana. 1925. Imp. Otero Hnos. La Habana, 147. 8º, 108 p.

Americo de Oliveira. Almachio Diniz. Un golpe de vista sobre a sua vida e a sua obra. Editora Brasileira "Lux". Rio de Janeiro. [1925] 12º, 65 p.

Julio V. González. Ensayo histórico sobre El Humanismo. Buenos Aires. Talleres gráficos Araujo Hnos. Rivadavia, 1731. 1925. 8º, 94 p.

República de Cuba. Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes. Iconografía del Apóstol José Martí. La Habana. Imprenta "El Siglo XX". 1925. 4º, 137 grabados. Con una introducción del compilador [Arturo R. de Carricarte] y un facsímil del Decreto No. 1,732 del Presidente Ldo. Alfredo Zayas.

Jorge Mañach. La crisis de la alta cultura en Cuba. Conferencia leída en la Sociedad Económica de Amigos del País y publicada por acuerdo especial de dicha corporación. La Habana. Imprenta y papelería "La Universal." Pi y Margall núm. 34. [1925] 8º, 44 p. *Al lector* por Fernando Ortiz.

Carlos Pereyra. La conquête des routes océaniques. D'Henri le Navigateur a Magellan. Traduit de l'Espagnol por Robert Ricard. Paris. Société d'Edition "Les Belles-Lettres". 95, Boulevard Raspail. [1925] 12º, 212 p.

Secretaría de Estado. El Primer Congreso Internacional de Economía Social celebrado en Buenos Aires (Octubre 26 a Noviembre 4 de 1924). Informe del Delegado de Cuba, Sr. Carlos M. Trelles. La Habana. Imprenta de "El Fígaro". Presidente Zayas, 36. 1925. 8º, 109 p.

Colegio de Abogados de La Habana. Memoria presentada a la Junta General Ordinaria de 1924-1925 por el Secretario Dr. Santiago Guitiérrez de Célis. La Habana. Imprenta y Papelería Maza, Caso y Ca. Compostela y Obrapía. 1925. 12º, 45 p.

Catálogo de las obras existentes en la Biblioteca del Colegio de Abogados de La Habana. 1925. La Habana. Imprenta "Echemendía" de F. Verdugo. San Ignacio núm. 26. 8º, 112 p.

Roberto Ibáñez. Olas (Poesías). Montevideo. Editorial "El Crisol". 1925. 12º, 102 p.

Vizconde de Lascano Tegui. De la elegancia mientras se duerme. Editorial Excelsior. 42, Boulevard Raspail, Paris (7e arrt) 8º, 158 p. Con grabados en madera de Raul Monsegur.

Imp. "El Siglo XX", Teniente Rey 27, Habana.

Cuba Contemporánea

AÑO XIII

Tomo XXXIX. La Habana, noviembre 1925. Núm. 155.

LA CONSPIRACION DE LA ESCALERA

I

JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO (*)



E los países de la América española ha sido Cuba de los más perturbados por conspiraciones, alzamientos y revoluciones, al punto de ser casi incontables los acaecimientos que han alterado la tranquilidad de la isla, a partir de su descubrimiento o colonización hasta fecha no muy lejana de la actual.

A las causas meramente políticas, provenientes del sistema de gobierno seguido por España en todas sus colonias, que motivaron aquí frecuentes rebeliones de los colonos tiranizados, hay que apregar las nacidas de la introducción de esclavos africanos, fuente perenne de insubordinaciones, crímenes y levantamientos, que mantuvieron en constante inquietud a los cubanos, hasta llegar un día a infundir a todos el terror y el espanto.

La esclavitud, alguien lo ha dicho, es un estado de guerra, y en Cuba los hechos lo demuestran de modo elocuente; pues a partir de 1533, cuando apenas había 1000 esclavos en la isla, en

(*) Este trabajo fué leído por su autor en la sesión solemne y pública que celebró la Academia de la Historia, el 10 de octubre último, para conmemorar el XV aniversario de su fundación, y es el primero de una serie de tres, por lo menos, que se propone escribir para estudiar las principales figuras que aparecen implicadas en "La conspiración de 1844". Le seguirán Domingo del Monte y Gabriel de la Concepción Valdés *(Plácido)*.

que ocurre el primer alzamiento de que hay noticia, irán haciéndose más frecuentes los levantamientos a medida que crece el número de los siervos. De las sublevaciones habidas, cítanse como más importantes la de la Villa del Cobre, en 1731, y las de Matanzas, en 1842 y 1843; y de las conspiraciones señálanse la de *Aponte* en 1812, y la de la *Escalera,* en 1844, las cuales se cree que tenían fines políticos y sociales y que en ellas estaban complicados los blancos.

Las ideas de libertad e igualdad proclamadas a fines del siglo XVIII, no habían arraigado en España en 1844, ni mucho tiempo después tampoco, sufriendo Cuba las consecuencias de ese retraso. A ello débese el que no quisiera la metrópoli cumplir el tratado celebrado con Inglaterra sobre supresión del tráfico de negros, de 5 de julio de 1814, ni suscribiera las declaraciones del Congreso de Viena, de 8 de septiembre del siguiente año, no obstante manifestar que estaba conforme con el principio proclamado por dicho congreso, de que la esclavitud era contraria a los principios de la humanidad y de la moral universal; y que más tarde evadiera el cumplimiento de los tratados celebrados con la Gran Bretaña, de 23 de septiembre de 1817 y 28 de junio de 1835; aunque para cubrir la forma y acallar las protestas de Inglaterra dictara innúmeras reales órdenes que no tuvo nunca el propósito de cumplir. Mientras tanto Cuba veía crecer, incesantemente, su población esclava que en 1841 superaba en mucho a la blanca; sin que los sucesos de Santo Domingo hicieran pensar al gobierno español en los peligros a que exponía a la mayor de las Antillas con el mantenimiento de la trata.

En un principio, cuando la esclavitud era una institución universal y todas las naciones la mantenían por creerla necesaria, puede disculparse a España que introdujera en Cuba negros africanos para las labores agrícolas y de explotacón de las minas, en substitución de los indios que habían sido extinguidos poco tiempo después del descubrimiento y colonización. Además, los conquistadores primero y los colonizadores luego, no vinieron a trabajar, sino, como dueños y señores que eran de las tierras descubiertas, a beneficiarse con las riquezas del suelo que otras manos y no las suyas debían extraer. El error de España estuvo

en conservar el tráfico cuando ya todas las naciones lo habían terminado, y en retardar la emancipación de los esclavos hasta los finales del siglo XIX. Error a que la condujo su codicia y el recelo y desconfianza con que siempre miró a los naturales de este país, a los que creyó mejor sometidos, políticamente, conservando la esclavitud africana. Dándose así el caso de que la más católica de las naciones haya sido la última en abolir esa infamante institución, a pesar de haber sido condenada ésta por varios pontífices romanos.

Las primeras generaciones de españoles nacidas en esta tierra, encontraron establecida la esclavitud y se criaron y crecieron viéndola, y forzosamente habían de considerarla como cosa natural, útil y conveniente: todos tenían esclavos, hasta las instituciones religiosas. Por otra parte, creíase de buena fe que la ruda labor del campo en un clima tropical no podían desempeñarla los blancos, sino los negros, y como la esclavitud lo envilecía todo, los primeros se alejaban de un trabajo que consideraban propio de una raza inferior.

Sin embargo, no faltaron aquí espíritus altruistas y de sentimientos humanitarios que miraran con aversión y condenaran la esclavitud y el tráfico de negros; que, previsores, no pensaran en las consecuencias funestas que en un futuro más o menos lejano sobrevendrían de conservarse una y otro. Pero ¿qué podían hacer esos pocos frente al gobierno y a la gran mayoría del país que opinaban de modo contrario y les convenía sostener tan pingüe negocio? Para lograr algo era menester que el primero quisiera o que surgieran acontecimientos que obligaran a todos, por temor, a cambiar de ideas.

Voy a hablar de un episodio de la conspiración de 1844, que lo es también de la vida de José de la Luz y Caballero, con oportunidad de celebrar hoy la Academia el décimoquinto aniversario de su fundación, y en cumplimiento del encargo que me ha dado la Corporación al designarme para hacer el discurso conmemorativo de esta fecha.

Junto con Luz y Caballero aparecen comprometidas en la llamada Conspiración de la gente de color contra los blancos, de 1844, personas de tanta significación social e intelectual como Do-

mingo del Monte, Pedro José Guiteras, Félix M. Tanco, Benigno Gener, Manuel Martínez Serrano, Martín Mueses y otros; pero ninguno tuvo el gesto de *Don Pepe,* su actitud digna y viril, su entereza de carácter, su valor personal, ni demostró como él su amor a la Justicia y a Cuba. Luz y Caballero es por todos conceptos la figura más saliente de las implicadas en los procesos del año 1844 y merece que se dé a conocer en sus detalles la causa que se le siguió, porque ella acrecienta en grado sumo el alto concepto de que gozaba el Maestro y revela el temple heroico de su alma, al par que descubre la infamia del Capitán General Leonardo O'Donnell y de su fiscal Pedro Salazar.

Luz y Caballero al venir a responder a las imputaciones que le hacían, amparado sólo en su inocencia y en la Verdad y en la Justicia, en momentos en que todo esto estaba conculcado y no imperaba sino el terror y la maldad, tuvo que causar asombro a sus perseguidores, que, perplejos, lo dejaron desembarcar libremente y hasta los nueve días no fueron a prenderlo a su casa.

Para explicar y comprender los acaecimientos del fatídico año 44 del siglo XIX, es necesario traer a cuenta las ocurrencias de años anteriores y presentar el estado social de aquella época; de lo contrario, la confusión se apoderará del que se concrete a estudiar los mil y un procesos incoados ese año, y no podrá desentrañar el origen de tan inhumano y bárbaro proceder.

No es indispensable ir muy atrás a buscar los antecedentes que hacen falta; basta llegar hasta el año 1841 para encontrar cuanto es preciso al esclarecimiento de los hechos sucedidos tres años después (1).

---

(1) Los datos de que me he valido para hacer este trabajo proceden de dos fuentes, principalmente: la "Causa de conspiración de la gente de color contra los blancos", seguida por la Comisión Militar durante los años 1844 y 1845, existente en el Archivo Nacional, y el *Centón Epistolario de Domingo del Monte* (tomos V y VI), en poder hoy del ilustre bibliógrafo señor Domingo Figarola-Caneda, miembro de esta Academia y muy estimado amigo mío, a quien deseo reiterar mi reconocimiento por el gran servicio que me ha prestado al dejarme consultar y tomar nota de los valiosos documentos contenidos en los tomos citados del *Centón*. Igualmente quiero expresar mi agradecimiento al Jefe del Archivo Nacional señor Joaquín Llaverías, compañero de Academia y bondadoso amigo, por las atenciones y auxilios que me ha dispensado y por el interés en proporcionarme documentos y antecedentes relacionados con el tema de este discurso.

I

Antecedentes de la conspiración

En 1841, cuando el General Gerónimo Valdés tomó el mando de la isla, existían en ésta 1.007,624 habitantes, de los cuales 589,333 eran de color (libres 152,838 y esclavos 436,495), y blancos 418,291; de manera que aquéllos representaban el 60 % y éstos el 40 % de la población total. Y aun mayor debió ser la diferencia si se tienen en cuenta las ocultaciones habidas y que siempre existen en estos casos (2). Por otra parte, la población esclava la componían hombres jóvenes en su mayoría, lo que hacía más alarmante el hecho y aumentaba el temor de los blancos.

Al principio pareció que estaba bien dispuesto Valdés a cumplir los tratados celebrados entre Inglaterra y España, relativos al tráfico de negros; aunque no de una manera decidida y activa, puesto que esperaba para proceder, que le fuera denunciada la entrada de algún cargamento de africanos; denuncia que no recibía casi nunca de sus propios agentes, sino de los cónsules y representantes de Inglaterra en Cuba: como si ésta fuera la única obligada a velar por el cumplimiento de los convenios. No fué otra la realidad, porque España no estuvo dispuesta entonces a suprimir la trata, ni los gobernadores generales que mandó a la colonia hicieron nada para reducirla siquiera, sino antes al contrario la fomentaron para obtener mayores beneficios. El General Valdés fué una excepción en cuanto a esto último, porque no cobró la media onza de oro que sus antecesores y predecesores percibieron por cada africano importado.

Los sucesos ocurridos desde que David Turnbull entró a desempeñar el cargo de Cónsul de S. M. B., en La Habana, demostraron bien pronto que el General Valdés no tenía intenciones de terminar el tráfico de negros. Las frecuentes denuncias y reclamaciones del primero, por un lado, y por otro las protestas de los traficantes que veían amenazado su negocio, colocaron al gober-

(2) En las noticias que comunicaron los dueños de esclavos—dice Jacobo de la Pezuela (*Historia de Cuba*, t. IV, p. 351)—ocultaron la verdad, por temor de que fuera a establecerse un impuesto por cada cabeza de esclavo.

nador en situación muy crítica, por cuanto no podía dejar de atender las reclamaciones del Turnbull, ni quería desoír ni perjudicar a los segundos, ni, en una palabra, dar fin a un negocio que la metrópoli y la colonia estaban interesadas en mantener. Púsose del lado de los negreros, y dando pábulo a las maquinaciones insidiosas forjadas por ellos contra el Cónsul inglés, consideró peligrosa para la tranquilidad de la isla la permanencia en ella de Turnbull, y pidió repetidas veces y con urgencia al gobierno de Madrid que consiguiera de Inglaterra el relevo de funcionario tan hostil, si no quería que Cuba se perdiera para España y para la civilización. El partido negrero, por su parte, interesado en mantener y aumentar su negocio y para mejor afianzarlo, contribuyó a presentar al cónsul como enemigo del gobierno español y empeñado en seducir a los esclavos para que consiguieran por la fuerza su emancipación con el apoyo de Inglaterra; y a los cubanos antiesclavistas o enemigos de la trata los consideraba igualmente enemigos de España y de la tranquilidad y bienestar del país. En aquellos tiempos era considerado más peligroso el abolicionista o enemigo de la trata que el que aspiraba a la independencia de Cuba. Dígado si no José Antonio Saco, que debió su ostracismo a un artículo que publicó en la *Revista Bimestre Cubana,* donde comentaba, con respecto al Brasil, los perjuicios de la introducción de esclavos negros y las ventajas de la colonización blanca.

Frente al gobierno y al partido negrero existía un grupo exiguo de cubanos, consciente, culto y previsor, que cuando la censura lo permitía, exteriorizaba su opinión por medio de la prensa y hasta elevaba exposiciones al gobierno supremo valiéndose de corporaciones oficiales como el Real Consulado, la Junta de Fomento y el Ayuntamiento, para llamar la atención acerca de los inconvenientes y peligros del aumento constante de la población esclava de la isla debido al tráfico inhumano, y de los beneficios que se derivarían del fomento de la población blanca; pidiendo, en consecuencia, y como primera medida saludable, la supresión de la trata africana. Pero este grupo fué mirado siempre con recelo y desconfianza, y las pocas oportunidades que tuvo para hacer conocer su manera de pensar en punto tan vital, resultaron

en su perjuicio, porque aumentaron el odio y la inquina de sus contrarios, quienes velaron la ocasión para inutilizarlo por medio de la infamia y la calumnia.

A este grupo pertenecían, en la época del General Valdés, los Del Monte, De la Luz, Guiteras, Betancourt, Alfonso, Aldama, Agüero, Poey, Bachiller, Echeverría, Castro Palomino, Gener, Martínez Serrano, González del Valle, Costales, para citar sólo a los de más relieve social e intelectual.

Los traficantes de carne humana, que tenían la conciencia más negra que la piel de los esclavos, vivían en constante sobresalto, temerosos siempre de que algo viniese a interrumpir, menoscabar o suprimir su negocio, y veían por doquiera conspiraciones y enemigos, sin que se les ocurriera pensar que ellos mismos eran los causantes de la alarma y los enemigos de la tranquliidad pública. Y esa alarma e intranquilidad la comunicaron al gobierno y a toda la población blanca, los que llenos de zozobra, temerosos del mal que se les anunciaba y no pensando más que en él, se levantaban todos los días con la mente llena de ideas siniestras de ruina y destrucción.

Los pocos cubanos que ansiaban el cese de la trata, creyeron de buena fe, al principio, que el General Gerónimo Valdés no toleraría, como sus predecesores, la introducción de más africanos, y batieron palmas para expresar su regocijo. Mas, a poco, se dieron cuenta de que el partido negrero había triunfado en palacio, y todo aquel gozo y contento trocóse en indignación primero, y en miedo más tarde, dada la actitud decidida del Cónsul inglés por que se cumplieran los tratados y no se introdujeran más negros en Cuba. Miedo no a una guerra con Inglaterra, en cuya posibilidad no creían, sino a la propaganda de las sociedades abolicionistas constituídas por súbditos de esa nación, una de las cuales tenía asiento en Jamaica, las que, por medio de sus agentes, podían inculcar a los esclavos las ideas de libertad y hacerles conocer el derecho que les asistía para pedir su liberación y de conseguirlo por la fuerza si no se les otorgaba. El estado de ánimo que reinaba entre los amigos de la trata está elocuentemente expresado en lo que refiere *El Lugareño* a Del Monte, en carta de marzo 30 de 1841:

El Doctor Castellanos me dijo antes de anoche, tomando una taza de café con el Marques de Sta. Lucia, que era necesario soltar un anónimo que llegara á noticia de los Ingleses, que aquí había cien mil hombres juramentados á esesinar á todo viviente inglés en el momento en que Inglaterra tomase cartas en el negocio de nuestra esclavitud, con lo cual se amedrentarían y se dejarian de eso. Yo le dije: hombre, Doctor, los Ingleses no se espantan con esas noticias, y tristes de nosotros si alguno se atreviese á asesinar á los comisionados ingleses [3].

Y el mismo gobierno de la isla no estaba menos alarmado cuando en 18 de abril de 1842, decía al Ministro de Estado de España, lo siguiente:

En carta separada doy conocimiento á V. E. de varios artículos de los periódicos de Jamaica, donde sin disfraz y tratando de usar la fuerza, se habla de la libertad de los negros de esta Isla de Cuba; y como dichas ideas á que está íntimamente unido Turnbull son las que él desea propagar aquí, es doloroso y altamente sensible estar abrigando y dando hospitalidad al corifeo y promotor del sistema de nuestra ruina [4].

Con esta carta se cruzó la Real orden de 23 de marzo de 1842, en la que se participaba al General Valdés el relevo, tan deseado por él y los traficantes de esclavos, del Cónsul inglés David Turnbull. Pero no fué completa la satisfacción que experimentaron al conocer la Real orden, por cuanto en ella se prevenía que quedara Turnbull de Superintendente de libertos africanos.

Este último estremo—decía el General Valdés al acusar el recibo de la Real orden—me ha llenado de afliccion porque á la par que supone la permanencia en la Isla de Mr. David Turnbull y con ella todos los males que trahe consigo y tengo indicados en mis anteriores comunicaciones, ofrece al Gbno. Británico el reconocimiento de un funcionario con el nombre de Superintendente de libertos que no se halla estipulado en el tratado de 1835 ni en ningun otro [5].

La prisión del pardo oriundo de inglés, José Miguel Mitchell, el 1º de diciembre del año 1842, por creerlo agente de Turnbull y que trabajaba en la emancipación de los esclavos de Cuba, es

---

[3] *Centón Epistolario de Domingo del Monte*, t. V, inédito.
[4] Sociedad Económica de Amigos del País, Archivo de Vidal Morales, Turnbull.
[5] *Ibidem.*

el resultado del estado de alarma en que se vivía entonces. Todo el cargo que se le hacía basábase en una carta que le ocuparon, donde llamaba a Turnbull "su protector". El fiscal en su informe, y el Consejo en su sentencia, pidieron la pena de muerte; pero con vista del dictamente del Asesor, fué condenado a diez años en uno de los presidios de África.

En el propio año de 1842, regístrase un incidente, que si no tuvo consecuencias desagradables, al momento, para una de las partes que en él intervinieron, debido a la tolerancia del Capitán General, no pasó inadvertida para éste la gravedad que encerraba y dió cuenta circunstanciada de él al gobierno central: me he querido referir a la expulsión de Turnbull del seno de la Sociedad Económica de Amigos del País, y a la revocación del acuerdo que la autorizó. El partido negrero quedó esta vez derrotado, aunque muy pronto se cobró, con creces, la pérdida sufrida, a costa de la libertad de sus contrarios.

II

La denuncia de Del Monte

Finalizaba el año 1842 cuando Domingo del Monte escribió a su amigo Alejandro H. Everett, en Boston, dándole noticia confidencial de un siniestro plan tramado por los abolicionistas ingleses, de acuerdo con sus agentes en Cuba, para sublevar la isla, darle la libertad a los esclavos e independizar a aquélla del dominio de España. Del Monte pedía a Everett que silenciara su nombre y que diera cuenta del plan al gobierno americano y al de Madrid.

La carta-denuncia es de 20 de noviembre. Everett la contestó en 6 de enero del año siguiente, diciendo a Del Monte que había consultado el caso, confidencialmente, con varios amigos, quienes le aconsejaron que debía dar conocimiento en seguida, al Secretario de Estado Daniel Webster. Y así lo hizo dos o tres semanas después de haber recibido dicha carta, reservando el nombre de la persona que le daba la noticia, aunque haciendo constar su calidad, carácter, posición social y el crédito que le merecía.

El Secretario de Estado norteamericano participó el hecho al Cónsul de su nación, en La Habana, al Ministro de los Estados Unidos de América, en Madrid, al representante de su país en Londres y al Capitán General de Cuba.

Que el gobierno americano dió importancia a la denuncia, lo prueba el haber despachado dos fragatas de guerra para las aguas de Cuba, con órdenes sus comandantes de ponerse al habla con el General Valdés y de ofrecerle su cooperación y sus servicios.

Los hechos no revelaron, sin embargo, la gravedad de la noticia, y por eso Mr. Campbell, cónsul americano en esta capital, decía a su gobierno que había habido exageración en la denuncia.

El proceso contra Mitchell, antes referido, fué consecuencia de la noticia que tuvo el General Valdés del proyectado plan de invasión para emancipar los esclavos de la isla (6).

A juzgar por la correspondencia del Capitán General de Cuba con el Ministro de Estado de España, aquél tenía conocimiento de cuanto se decía de conspiraciones y proyectos de emancipación, por los partes que recibía del Cónsul de su nación en Jamaica. En la de 6 de diciembre de 1842, noticiaba al citado Ministro:

Conocido el empeño con que se trata de alterar la tranquilidad de esta Isla, produciendo la insubordinación de los negros, es Turnbull entre todos los agentes, el más temible y perjudicial [7].

Llega el año 1843 y nada viene a demostrar que la isla estaba a punto de perderse para España y para la civilización, por causa de las maquinaciones de Turnbull y demás abolicionistas. La trata continuaba; África seguía abasteciendo el mercado cubano; pero el miedo no dejaba disfrutar con tranquilidad a los negreros de sus pingües ganancias.

Del Monte al dar la denuncia en noviembre de 1842, no creyó que los hechos revelados iban a tener pronta verificación, o pensó tal vez que estando sobre aviso el gobierno norteamericano

---

(6) El plan consistía, según la carta de Webster a Campbell, de 14 de enero de 1843, en traer una expedición que, al mando del General Mariño, o Marino, como dice la carta,—compuesta de negros haitianos y con vapores armados en guerra, facilitados por los abolicionistas ingleses y de acuerdo con sus agentes en Cuba—habria de desembarcar en ésta para sublevar los esclavos y obtener la abolición de la esclavitud y la emancipación de la isla del poder de España.

[7] Archivo de Vidal Morales, citado.

no había que temer cosa mayor; pues de otro modo hubiera salido de Cuba, como lo hizo meses después al decírsele que el General Valdés consideraba peligrosa su estancia aquí. El simple rumor o sospecha lo decidió a embarcarse para los Estados Unidos en mayo de 1843, sin tratar antes de esclarecer un hecho de tanta gravedad y trascendencia para su persona, yendo a ver, si era preciso, al propio Capitán General. Mas parece que no estimó prudente o decoroso dar este paso después de la denuncia que había hecho a Sverett, donde hablaba de la rematada incapacidad del General para conjurar el peligro señalado; o temió, quien sabe, el mal rato que le habría hecho sufrir aquél si estaba enterado de su denuncia.

La trascendencia de la revelación hecha por Del Monte al gobierno americano, no es punto de fácil averiguación y, por lo mismo, se presta a conjeturas.

El doctor Vidal Morales y Morales, que ha sido el que más ha escrito hasta hoy sobre la conspiración del 44 y el único que ha tratado de la denuncia de Del Monte, aunque silenciando todavía, en 1901, el nombre de éste, cual lo hiciera Everett en 1842, ha perjudicado, antes que favorecerla, como fué su ánimo, la conducta de aquél, cuando dice, al referirse a los horrorosos y sangrientos sucesos del año 1844 y a los crímenes cometidos por los fiscales:

> ...pero Daniel Webster no pudo ignorarlo, y es de creer que a veces se le ocurriera que sin intención había dado pie para la perpetración de espantosas crueldades [8].

Si tal idea pudo atormentar la conciencia o turbar el sueño del Ministro de Estado americano ¿qué no pasaría en la de Domingo del Monte, autor de la denuncia y sin la cual el primero no la habría conocido? Para razonar así, habría que estar seguro de que la citada denuncia fué la que produjo un año más tarde y gobernando la isla otro General, los horrores del 44.

[8] Vidal Morales y Morales, *Iniciadores y primeros mártires*, La Habana, 1901, p. 136. En parecidos términos se expresó José Gabriel del Castillo, en 1869, en su artículo *Los Estados Unidos y la Isla de Cuba* (*Revista Cubana*, La Habana t. XVIII, p. 281), al preguntar: ¿no turbaría nunca el sueño del Demóstenes americano el espectro del malogrado *Plácido* o el de algún otro mártir de los innumerables de 1844?

A mi juicio no puede sacarse esta conclusión, porque para ello habría sido necesario que los procesos se iniciaran con motivo de la denuncia y en averiguación de los hechos en ella expresados. Y las cosas no sucedieron así. Por otra parte, la denuncia resultó muy exagerada, la expedición invasora, si es que fué organizada, no llegó a salir, y el General Valdés tuvo conocimiento de todos los proyectos, supuestos o reales, que tramaban los abolicionistas, por conducto de los cónsules de su nación.

En junio de 1843, prodújose otra gran alarma en toda la isla, por esperarse un desembarco de haitianos que se decía venían a sublevar los esclavos y abolir la esclavitud. Hubo movimiento de tropas. El General Valdés despachó dos vapores con soldados y artillería para Santiago de Cuba y ordenó la fortificación de aquella plaza. Pero todo fué alarma.

Las distintas sublevaciones de esclavos ocurridas el año 1843, gobernando Valdés, alejan aún más la posibilidad de que los sucesos del año siguiente y los horrores en esa fecha perpetrados tuvieran por causa la denuncia de Del Monte. Y en corroboración de lo dicho puede citarse el hecho de que quince días después de tomar O'Donnell las riendas del gobierno, tuvo efecto el alzamiento de la dotación del ingenio *Triunvirato,* de Julián Alfonso, en Matanzas, la que dió muerte a seis personas blancas, entre ellas tres mujeres y un niño, incendió y destruyó cuanto iba encontrando en el camino y trató de arrastrar consigo a los esclavos de otras fincas. La acción del gobierno se concretó, como en casos anteriores, a batir a los alzados y castigarlos duramente, colgando a los que aparecían como principales instigadores o cabezas del movimiento, y abriendo el correspondiente proceso, del que resultaron condenados varios esclavos.

La denuncia de conspiración dada después de este levantamiento, finalizando el año 1843, fué la que produjo los crímenes e infamias que han hecho pasar a la historia el gobierno de O'Donnell, como el más cruel y sanguinario que ha padecido la isla.

Hay otros extremos que considerar con respecto a la denuncia de Del Monte: si debió hacerla y, en caso afirmativo, a quién. No cabe pensar que la diera al General Valdés, por cuanto que

lo consideraba incapaz para dominar el peligro. Al gobierno de Madrid, tampoco, porque creyéndose graves y próximos los sucesos, la tardanza en hacer llegar la noticia y en recibir los auxilios, daría tiempo al enemigo para llevar a cabo su plan. Estuvo, pues, ante el dilema de silenciar el hecho y huir, salvándose él y su familia, o de ponerlo en conocimiento del gobierno americano. Optó por esto último, sin duda por la garantía de una acción eficaz e inmediata, por el respeto que habría de imponer a los ingleses la intervención de tan poderosa nación, y por la seguridad de que no consentiría la emancipación de los esclavos de Cuba, ni que se repitieran aquí los sucesos de Santo Domingo, y mucho menos que la isla pasara a poder de la Gran Bretaña. Pero mejor es dar a conocer la explicación que el propio Del Monte hizo al General O'Donnell, por comunicación fechada en París, a los 3 días del mes de abril de 1845:

Como mi ánimo no era ni ha sido nunca, ver reducido á cenizas mi país, ni destruida barbaramente mi raza por otra raza salvage, ni reducirme á mi mismo y á mis hijos á la mendicidad, para cuyos intentos es preciso que se me califique de loco delirante, ó del sandio mas rematado; y como, por otra parte, no era mi deseo explotar villanamente un secreto que había llegado á mi conocimiento sin yo pretenderlo, vendiéndolo por honores ó recompensas pecuniarias, el partido que adopté fué el que me pareció que cumplía a mis sanas intenciones; y por lo tanto el mas racional. Fué, pues, comunicar lo que sabía, con el mayor sigilo, á un respetable hombre de Estado de una nacion amiga, que, aunque extrangero unia á la circunstancia de ser íntimo amigo mio, y nada inglés ni abolicionista, la de haber estado mucho tiempo en España de Embajador. Tener á un hermano suyo de Ministre plenipotenciario en Londres, y, sobre todo, la de gozar en su pais de la mejor nota por su capacidad y carácter, como lo demuestra la confianza que acaba de merecer á su gobierno que lo ha nombrado Enviado Extraordinario en China: este es el señor Alexandro Everett. Le encargaba con empeño que, además de esparcir la alarma en Washington contra nuestros comunes enemigos, hiciese llegar cuanto antes la noticia á conocimiento de las autoridades de Cuba y del Supremo Gobierno de la Metrópoli. Mr. Everett cumplió con la mayor exactitud y diligencia mis encargos, pues á pocas semanas de recibido en Boston, despachaba el Presidente Tyler dos fragatas de guerra para las aguas de nuestra Antilla, con órdenes sus comandantes de abrir comunicación con el Capitan Gral. sobre este asunto, y de ofrceerle su cooperación y sus servicios: y en Londres nuestro Embajador el General

Sancho recibía de boca del Ministro de los E. U. todas las participaciones que pudieran interesar á nuestro gobierno. El Sr. Calderon de la Barca puede verificar en Washington la certeza de mi relato, informándose de sus varios particulares con el expresidente y su Ministro. El Gral. Sancho no podrá menos que confesar la verdad de lo que sobre él he declarado apoyándome en una carta autógrafa del plenipotenciario de los E. U. en Londres [9].

Pero todavía queda un punto por tocar en este delicado asunto, y es ¿cómo supo Del Monte el plan de los abolicionistas? Esta pregunta no la puedo contestar categóricamente por falta de datos; pues los que he obtenido servirán cuando más para establecer una conjetura.

Es cierto que David Turnbull fué un abolicionista exaltado que trató de impedir por todos los medios la introducción de más negros africanos en Cuba y que no perdió oportunidad de rescatar a éstos de las garras de la esclavitud, protestando enérgicamente, día tras día, en el tiempo que ejerció en La Habana los cargos de Cónsul y de Superintendente de africanos libertos, de la violación de los tratados y de las leyes vigentes sobre la materia; al punto de que pudo ser llamado el protector de los negros con igual razón que Las Casas fué considerado defensor de los indios. Que propagó sus ideas contrarias al tráfico inhumano y favorables a la libertad del hombre, y que estuvo en relación con personas de color libres, quienes lo consideraron como su protector y el de toda la raza esclavizada: los pardos Luis Gigaut y José Miguel Mitchell fueron protegidos de Turnbull.

Es cierto que éste pertenecía a la sociedad abolicionista inglesa, que estaba en relación con la establecida en Jamaica, cuyos fines no eran otros que conseguir la supresión de la esclavitud en todas partes, por medio de la propaganda de sus ideas; y que en Cuba había de exasperarse su ánimo, de suyo exaltado, ante la manifiesta intención del gobierno y de los traficantes de no cumplir los convenios ni poner término a la trata; lo que le llevaría a intensificar su propaganda abolicionista, y a no desperdiciar ninguna oportunidad favorable a sus fines; propaganda que, cierta (como la creo) o supuesta (como opinan otros), hubo

[9] *Centón Epistolario*, citado, t. VI, inédito.

de ser considerada por los que veían amenazado su negocio y por los que conocían el peligro a que estaban expuestos todos por el incesante crecimiento de la población esclava, como la preparación de un plan furibundo que había de terminar con la destrucción de los blancos como medio para conseguir los esclavos su libertad.

Es cierto también que Turnbull y Del Monte eran amigos, se visitaban y se escribían, y que el segundo era enemigo de la trata y, en principio o ideológicamente, partidario de la abolición de la esclavitud, a la cual quería que se llegara gradualmente, fomentando la inmigración blanca.

Y es cierto, por último, que el Secretario de Turnbull, Mr. Francis R. Cocking, participaba de las ideas de aquél y visitaba a Del Monte.

De los proyectos o planes de los abolicionistas con respecto a Cuba, nadie podía conocerlos ni estar mejor enterado que Mr. David Turnbull y su Secretario Mr. Cocking, durante el tiempo que estuvieron aquí, o sea desde noviembre de 1840 hasta agosto de 1842, el primero, y hasta febrero de 1843, por lo menos, el segundo, y, después, Mr. Joseph J. Crawford, sucesor de Turnbull en el cargo de Cónsul de S. M. B., en esta capital.

La intervención que tuviera Cocking en esos proyectos o planes de emancipación, no es conocida más que por las inculpaciones que los amigos de Del Monte le hicieron cuando la conspiración de 1844 y que hacen pensar en la posibilidad de que fuera él quien comunicara al segundo la noticia que éste transmitiera a Everett en noviembre de 1842.

Manuel Castro Palomino, en carta fechada en La Habana, a 16 de septiembre de 1844, decía a Del Monte:

> El bribon de Cocking ha sido tan dichoso que hasta ahora nadie lo ha molestado, que yo sepa, y por supuesto estará muy lejos de aquí reyéndose de nosotros. Dios le perdone, si lo merece quien en mi concepto tiene la mayor culpa de todo lo que pasa [10].

Y José Antonio Echeverría le escribía, en 14 de mayo del propio año, lo siguiente:

---

[10] *Centón Epistolario*, t. VI.

¿Es cierto que piensa V. publicar una especie de manifiesto?—Yo creo que seria conveniente, y que en él figurarian bien las cartas del mismo Turnbull, las de Cokin (suponiendo que tenga Vd. alguna), y aquella de Mr. Everett. Cuanto antes será mejor, Domingo [11].

En el tiempo en que fueron escritas estas dos cartas, Del Monte trataba de exculparse con el gobierno español y de justificar su inocencia en el plan de conspiración en que aparecía complicado; de manera que la recomendación de Echeverría de que incluyese en el manifiesto que pensaba publicar, las cartas de Turnbull, de Cocking y "aquella de Everett" (que supongo que sea la de 6 de enero del 43, contestando la carta-denuncia de Del Monte), no podía tener otra finalidad que la de demostrar con ellas su inculpabilidad y tal vez la responsabilidad del Cónsul y de su Secretario.

En el *Centón Epistolario de Domingo del Monte,* hay varias cartas de Turnbull, todas anteriores a la fecha en que hizo el primero la denuncia, pero no existe ninguna de Cocking. Entre las de Turnbull, hay una que revela las relaciones que mantenía Del Monte con el Secretario del Cónsul, y es la de 14 de noviembre de 1841, donde le decía:

I am looking with much anxiety for your filling up of the outline which Mr. Cocking left with you the other day, as the packect may now be very shortly expected.

(Espero con mucha ansiedad que usted complete el bosquejo que el Sr. Cocking le dejó el otro día, puesto que el correo puede esperarse ahora que llegue en breve.)

El gobierno creyó que Cocking tuvo participación en el plan de conspiración del año 44, o que había sido uno de los culpables por su propaganda abolicionista, de la proyectada sublevación de ese año, aunque no el mayor culpable como pensó Castro Palomino. Por eso el fiscal Salazar trató de investigar con algunos de los acusados, el conocimiento y las relaciones que mantuvieron con el Secretario de Turnbull.

En la declaración tomada a Félix M. Tanco, el 22 de mayo de 1844, entre otras preguntas, le hicieron las siguientes:

---

[11] *Ibidem.*

Si ha conocido en la ciudad de Matanzas á un pardo llamado Luis Gigaut, con qué motivo y desde qué fecha.

Contestó: que efectivamente ahora tres ó cuatro años se le presentó dicho individuo en Matanzas manifestándole que un tal Mr. Cocking, Secretario del Cónsul Ingles Mr. David Turnbull, lo recomendaba al enarrante para que le sirviera en lo que se le ofreciese, y con este motivo le prometió favorecerle en lo que dependiese de su posibilidad, en los términos que se acostumbran en casos semejantes.

Preguntado: qué clase de relaciones amistosas llevaba el declarante con Mr. Cocking: Contestó: que de haberle conocido en casa del expresado Consul por los años de mil ochocientos cuarenta ó cuarenta y uno [12].

Y en la instructiva que le tomó el fiscal, en 28 de mayo del propio año, preso ya en el castillo de El Morro, de La Habana, fué preguntado, si cuando estuvo en casa del Cónsul Turnbull, se hallaba presente Mr. Cocking, contestando:

Que efectivamente lo estaba y tomó parte en la conversación [13].

A Luz y Caballero también le preguntó Salazar, "si llegó a adquirir relaciones de amistad con Mr. Cocking, Secretario de Turnbull", a lo que contestó, "que jamás".

¿Por qué llamó Castro Palomino bribón a Cocking y lo consideró el mayor culpable de los sucesos del año 44? ¿Porque fué el que dió a Del Monte noticia del plan que éste trasmitió a Everett, o por la propaganda que creyó o que realmente hizo Cocking entre los esclavos y libres de color en pro de la abolición de la esclavitud? Nada se sabe de cierto.

Del Monte dijo a O'Donnell, al explicarle el motivo de su denuncia a un gobierno extranjero, que el secreto había llegado a su conocimiento *sin él pretenderlo;* lo que supone que alguien, cuyo nombre se ignora, se lo comunicó espontáneamente.

Dadas las relaciones que existían entre Del Monte, Turnbull y Cocking, y conocida la actuación de estos dos últimos con respecto al tráfico de negros y la esclavitud mantenidos en Cuba, y que el segundo no se alejó definitivamente de estas playas hasta

---

[12] Archivo Nacional, Comisión Militar. "Causa de conspiración de la gente de color contra los blancos", 1844, Leg. 58, 2ª pieza.

[13] *Ibídem.*

noviembre de 1842, y que Cocking se quedó de Secretario con el nuevo Cónsul, cabe suponer que la noticia la supo el primero por conducto del Consulado inglés.

III

El incidente Turnbull en la Sociedad Económica de Amigos del País

La participación directa y decisiva que tomó Luz y Caballero en la reposición de David Turnbull, como miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País, de La Habana, fué la causa determinante de que lo implicaran en la llamada "Conspiración de la gente de color contra los blancos", según se evidencia del estudio de la causa. Y no sólo acusaron a Luz sino a todos los que parecían como amigos del expresado Cónsul inglés, o se habían significado como contrarios a la trata. Así Del Monte, Martínez Serrano, Gener, Guiteras, Tanco, Costales, Mueses y algunos más, fueron comprendidos en el proceso seguido en esta capital, a virtud de las revelaciones hechas en Matanzas por el Sargento de Morenos, José Erice.

Éste pone en boca de Luis Gigaut los hechos que denuncia, pero como Erice aparece ahorcado al día siguiente de hacer sus revelaciones y Gigaut se hallaba prófugo, hacíase necesario buscar quien mantuviera las acusaciones del primero; entonces aparece en la causa el moreno Miguel Flores, como acusador de Luz y Caballero, y se obtienen de *Plácido* las imputaciones que hacían falta para procesar a Del Monte y a los enemigos del tráfico de esclavos.

Pensar que estos insignes cubanos estuvieron complicados realmente en una conspiración de la naturaleza expresada, sería un absurdo; pero los traficantes de negros no quisieron dejar pasar la oportunidad que se les presentaba para vengarse de sus mayores enemigos, y no se detuvieron, ni ellos ni el gobierno, ante lo inconcebible y monstruoso del proceso.

El incidente Turnbull es de todos conocido por haberlo referido con suficientes detalles Manuel Sanguily, en su estudio

crítico sobre Luz y Caballero. Basta a mi propósito dejar consignado que la anulación del acuerdo de expulsión de Turnbull, que ya había cesado en sus funciones de Cónsul, debióse a la justa, viril y cívica protesta del Director de la Sociedad Económica.

Nada más templado en la forma—ha dicho Enrique José Varona—, nada más enérgico en el fondo. Escrita en Cuba en 1842, para oponerse a la voluntad de un Capitán General y a las pasiones de los negreros omnipotentes, ella sola basta para poner de relieve la grandeza moral de su autor [14].

Luz y Caballero, en el calor de su justa indignación, calificó el hecho de "cobardía indisculpable", y pidió terminantemente la reposición de Turnbull, y que de no acordarse dejaría de pertenecer a una sociedad que de tal modo se mancillaba.

La lección fué dura, mas tenía que serlo para impedir que prevaleciera la injusticia y que por mantener ideas tan humanitarias y elevadas, cual las sustentadas por Turnbull, se calificara a éste de enemigo del país.

La protesta de *Don Pepe* circuló, en copia, de mano en mano, para regocijo de los verdaderos amantes del país y oprobio de los que quisieron realizar la injusticia.

El Lugareño, en carta a Del Monte, de julio 10 de 1842, comentando el suceso, decía:

Con mucho sentimiento he sabido que un paisano mio se señalase en solicitar que se recojiese el título de Socio corresponsal de la Sociedad al Sr. Turnbull. Qué miseria! Pero la pena que esto me causó, se me disipó cuando leí el oficio que Pepe dirijió á la Sociedad. Asi hablan los hombres! está como suyo! Por acá nos contentamos con circular copias de él i de un párrafo de la carta de Rodriguez Mena que le acompañaba [15].

En una sociedad libre y culta y en épocas normales la protesta no habría tenido mayor resonancia ni significación especial; mas fué hecha en una colonia española gobernada despótica-

[14] Vidal Morales y Morales, ob. cit., p. 125.

[15] *Centón*, c., t. V. El que propuso la expulsión de Turnbull fué Ramón de Armas y Carmona.

mente, donde existía la esclavitud africana, para oponerse a los designios del partido negrero que, por congraciarse con el General Valdés y darle una satisfacción, había logrado por sorpresa, que fuera borrado Turnbull de la lista de socios de la Corporación Económica, a tiempo casi que el gobierno había obtenido su relevo del cargo de Cónsul de S. M. B., por las reiteradas protestas del Capitán General de Cuba, que lo consideraba el peor enemigo de la tranquilidad de la isla. Y sólo había un hombre en Cuba, entonces, capaz de arrostrar todos los peligros por defender la justicia y la dignidad holladas: José de la Luz y Caballero.

El General Valdés toleró que el ex cónsul quedara de miembro de la Sociedad Económica y que los negreros o partidarios del tráfico salieran derrotados; aunque no dejó por ello de poner el hecho en conocimiento del gobierno de Madrid, ni de presentar a su principal autor y a los que le secundaron, "como personas mal avenidas con el orden y que estaban reñidas con los verdaderos intereses de la Sociedad".

En la comunicación que dirigió Valdés al Ministro de la Gobernación de Ultramar, en 31 de diciembre de 1842, relata así lo sucedido:

En medio de esta escitacion que Turnbull habia producido se levantó una voz en la Sociedad de amigos del país para borrar del catálogo de sus socios á un hombre que, como Turnbull, era el mas encarnizado de sus enemigos. El encono estaba justificado en los "Viages al Oeste"; su conducta confirmaba esta creencia y la mayoria lanzó á Turnbull en la forma que verá V. E. en el oficio que acompaño en copia con el nº 1. Pero como ecsisten por desgracia personas mal avenidas con el órden y que estan reñidas con los verdaderos intereses de la Sociedad, remitió á esta D. José de la Luz socio y Director de ella, una esposicion que va tambien agregada con el nº 2. No me ocuparé ahora de esplicar su contenido, porque V. E. sabe mejor que yo el origen de donde proceden y el fin á que van dirigidas las palabras de D. José de la Luz. Diré únicamente para que puedan ser calificadas con mas propiedad que este individuo aunque nacido en la Isla no tiene en ella propiedades que le den el arraigo tan necesario en esta cuestion, que vivió hasta poco hace de lo que le producia la enseñanza de la juventud, ministerio honroso en si mismo y que demanda hábitos mas conservadores, y que ahora achacoso y enfermo carece tal vez de la fuerza necesaria para resistir á los estravios é insinuaciones de un corto número de hombres de poca edad que se pierden en teorias y no

se hallan en estado de penetrarse de los verdaderos intereses del pais en que nacieron. Forman estos en la Sociedad económica una minoría, pero ella es activa y borrascosa, circunstancias suficientes para disponer de las votaciones cuando se cuenta con la imposibilidad ó ausencia de la mayoria pacífica [16].

El general Valdés, que no se atrevió a quitar importancia y significación al hecho que relataba, quiso, al propio tiempo, restárselas presentando a Luz como un hombre enfermo, achacoso, sin arraigo, pobre maestro de escuela, y juguete de una camarilla turbulenta, que era la que gobernaba la Sociedad Económica. De este modo creyó que dejaba explicada su actitud y su tolerancia ante el hecho consumado.

El gobierno de la Metrópoli, sin dejar de reconocer la gravedad y trascendencia del suceso que se le comunicaba, creyendo que el mal estaba en la organización de la Sociedad Económica, limitó su acción a ordenar la reforma de los Estatutos por que se regía, a fin de evitar la repetición de hecho tan lamentable. Y en el despacho que el Ministerio de Marina, de Comercio y Gobernación de Ultramar dirigió al Capitán General de la Isla, fechado en Madrid, el 4 de marzo de 1843, señalaba las modificaciones que debían hacerse en los Estatutos de la Corporación. En primer término, mandaba que las juntas preparatorias se celebrasen en la misma forma que las ordinarias, derogando, a ese efecto, lo dispuesto en los artículos 30 y 57; prescribiendo luego que se diera intervención al Capitán General de la Isla en la elección de los Ministros de la Sociedad, para que él eligiese de entre ellos a los que tuviese por conveniente, y en la de los socios, los cuales no podrían ser nombrados sin su aprobación previa; prohibiendo absolutamente el ingreso de extranjeros en la Corporación (17).

A esto se redujeron, entonces, las medidas tomadas con motivo del incidente Turnbull.

---

[16] Archivo de Vidal Morales, c.
(17) Archivo Nacional, Gob. Sup. civil, leg. 1602.

IV

La conspiración de 1844

Muy poco tiempo quedó sin castigo el hecho ocurrido en la Sociedad Económica de Amigos del País. La ocasión se presentó en las circunstancias más favorables, y como tal vez no la pudieron inmaginar los traficantes.

Relevado el General Valdés del gobierno de la isla, a consecuencia de la caída de Espartero, según unos, o debido a su actitud poco enérgica contra los partidarios de la supresión de la trata y un tanto tibia con los negreros, según otros, o por ambas causas; vino a substituirlo el General Leopoldo O'Donnell, quien reunía las cualidades más a propósito para conducir el gobierno de la colonia por el camino que mejor convenía a los intereses de los contrabandistas de africanos y del partido español: joven, ambicioso, sin escrúpulos, cruel, e inhumano, pronto entró en el negocio de la importación de esclavos, y si su antecesor rechazó la participación que acostumbraban dar aquéllos (media onza de oro por cada cabeza de negro importado), el nuevo general pidió más e interesó a su mujer (la *Tía María*) en las compañías formadas para realizar tan jugoso comercio.

O'Donnell tomó posesión del mando el 20 de octubre de 1843, y todavía no estaban sosegados los ánimos con motivo del alzamiento de esclavos en los partidos de Bemba y la Guanábana, en marzo de ese año, cuando ocurrió el levantamiento de la dotación del ingenio *Triunvirato,* en Matanzsa, el día 5 de noviembre, quince días después de su llegada. Los sublevados mataron, como ya he referido, seis personas blancas (dos hombres, tres mujeres y un niño), arrastraron violentamente a parte de la negrada del ingenio *La Concepción,* y dieron fuego al ingenio *San Miguel,* por no haber querido su dotación unirse a ellos, llevándose a algunos a viva fuerza. El movimiento, sin embargo, fué sofocado con prontitud y severidad, sin que pensaran O'Donnell ni los dueños de ingenios en la existencia de un plan general de los esclavos para matar a todos los blancos y conseguir la libertad.

¿Pero qué sucedió al mes siguiente, cuando una esclava de

Esteban Santa Cruz de Oviedo, perteneciente a la dotación del ingenio *Santísima Trinidad,* propiedad de dicho señor, reveló a éste el proyecto de alzamiento que tenían fijado sus esclavos para el primer día de Pascua de Navidad de ese año? ¿Por qué se pensó que habían de estar complicados en este proyecto todos los esclavos y aun los libres de color?

De las investigaciones que practicó el propio Santa Cruz de Oviedo, y de las declaraciones tomadas a sus esclavos, en el proceso que se inició en averiguación del hecho denunciado,

no se pudo inquirir—dice la sentencia dictada contra los conspiradores del ingenio *La Andrea,* partido de Macuriges—que el proyecto descubierto en aquel partido, el de Sabanilla del Encomendador, tuviese tendencia á un plan general;

por lo que el Capitán General mandó que se continuara la causa,

con el objeto de investigar el verdadero orijen de una sucesion tan frecuente de asonadas en los campos.

¿Esta idea fué de O'Donnell, o hubo alguien que se la sugirió? No quiero aminorar en nada la responsabilidad de aquel gobernante; sin embargo, hay motivos para pensar que fué otro el autor, probablemente el mismo Santa Cruz de Oviedo, que gozaba fama de cruel e inhumano con sus esclavos, y que, ignorante y atemorizado, creyó tal vez en la existencia de un vasto plan de conspiración, o quien sabe si lo hizo con el propósito de amedrentar a los esclavos e impedir la repetición de nuevos levantamientos. Lo cierto fué que el Gobernador de Matanzas lo comisionó para que en unión del Teniente Coronel de Milicias Francisco Hernández Morejón, practicase diligencias extrajudiciales en averiguación del origen de tan frecuentes conspiraciones y alzamientos.

De manera que el procedimiento se apartó desde su origen, de su cauce natural, al encomendarse primero, la investigación a un particular, y yendo a buscar después, no a los culpables del proyecto de sublevación del ingenio *Santísima Trinidad,* de Oviedo, sino "el verdadero origen de una sucesión tan frecuente de asonadoas en los campos".

Y a los pocos dias—dice la sentencia antes citada—fué compensada la eficacia del primero Esteban Santa Cruz de Oviedo con nuevas revelaciones que le hizo un negrito de diez á doce años, las cuales fueron corroboradas por declaraciones de cuatro negros esclavos que resultaron complicados y produjeron el resultado de una estensa ramificacion del mismo proyecto en combinacion con otras fincas del partido de Sabanilla y sus inmediatos, las que remitió a este Gobierno por conducto del Teniente Coronel Morejon.

La actividad y el celo de Santa Cruz de Oviedo sirvieron de ejemplo, y a poco José Jáuregui, dueño del ingenio *La Andrea,* participó a Hernández Morejón que había descubierto una conspiración de los esclavos de su ingenio. Lo propio hizo el Administrador del ingenio *Mercedita,* José Rodríguez de Lanza, quien manifestó que para conseguir su objeto había aplicado varios castigos.

Todos estos particulares y muchos más constan en la sentencia dictada en el procedimiento seguido contra los esclavos del ingenio *La Andrea,* acabado de citar, por la que se puede descubrir el verdadero hilo de la trama urdida por algunos dueños de ingenios y apoyada y secundada luego por el gobierno.

Pero no terminó aquí la iniciativa particular. Anastasio Carrillo y Arango, dueño del ingenio *El Toro,* escribió a principios de enero de 1844 una carta a Hernández Morejón, proponiéndole que se autorizara a los dueños de esclavos para que ellos mismos averiguasen de sus siervos, valiéndose de los medios de corrección necesarios, el plan de conspiración cuyo descubrimiento se perseguía (18).

¿Fué el temor o la maldad, o la creencia de que realmente existía la conspiración general de que tanto se venía hablando hacía tiempo, lo que motivó el empleo de tales medidas como único medio para saber lo que se quería averiguar? Hubo de todo, pero principalmente miedo y sobrada crueldad.

Tan pronto se hizo público el plan de conspiración descubierto, el pánico se apoderó de todos y no hubo quien no creyera en la certeza del mismo, ni dejara de aplaudir las que consideraba enérgicas y acertadas disposiciones del Capitán General,

(18) Vidal Morales, *Iniciadores y primeros mártires,* c., p. 156.

interpretadas con tanto celo y eficacia por los fiscales, que, cual furiosa jauría, descuartizaban a los negros hasta arrancarles las delaciones que se deseaban y el secreto de un plan que estaba sólo en la mente de los esclavistas y traficantes de negros.

La medida recomendada por Anastasio Carrillo, que en manos de los dueños de esclavos hubiera tenido el límite que el propio interés aconsejaba, al ser comunicada a los fiscales de las causas produjo las escenas sangrientas y de crueldad sin límite, que recuerdan en un todo las de la inquisición. En Matanzas se empleó la escalera como instrumento de suplicio, y ella dió nombre a la causa y a la conspiración, las que son conocidas en nuestra historia por "Conspiración de la *Escalera*" o "Causa de la *Escalera*".

Que fué cierto que los fiscales o jueces instructores de los procesos recibieron orden de la superioridad de emplear medios violentos para la investigación de los hechos, lo prueba esta comunicación, de febrero 28 de 1844, que el Brigadier Presidente de la Sección Comisión Militar, Fulgencio Salas, remitió al Capitán de Infantería Mariano Paradas, en Matanzas, al mandarle las diligencias incoadas por el Capitán del partido de Pueblo Nuevo, de aquella ciudad:

> Para Secretario de esta comision he elejido al Teniente de infanteria retirado Dn. Ramon Gonzalez cuyo Oficial se le presentará segun le prevengo con esta fha., prometiendo de V. y sus buenas disposiciones que aceptará este encargo con el mejor deseo de ofrecer los convenientes resultados de que se trata teniendo V. presente que cuando se trata de la seguridad del pais, y de un delito de Estado, cualesquiera medio es legal y permitido si de antemano ecsiste una conviccion moral de que ha de producir el resultado que se desea y ecsije el bien general [19].

Cualquier medio era legal y permitido. No se necesitó más para avivar el instinto sanguinario y la ferocidad de los modernos inquisidores que responden por los hombres de Salazar, González, Mata, Fortún, Flores, de la Gala... los que *para obtener el resultado que se deseaba y exigía el bien general,* hicieron mo-

[19] Causa de conspiración, c., leg. 53, pieza 3ª

rir en el suplicio a muchos infelices esclavos y a libres, de color, sin contar los que perecían después a consecuencia del azote, del ayuno y el cepo. Puede decirse que fueron más los que murieron por estos procedimientos que los ejecutados a virtud de las sentencias dictadas.

Fiscal ha habido—dice José Antonio Echeverría—, segun me ha asegurado uno de ellos mismos, que escudado con esa salvaguardia, ha hecho morir en los tormentos, no en el banquillo de los sentenciados, ochenta hombres y otros sesenta y seis!... [20].

A tal extremo llegaron los apremios empleados, que el propio gobierno tuvo que poner coto a los excesos, y fiscal hubo, como Manuel de Jesús Mata, Juez Pedáneo de Pipián, que resultó acusado y fué recluído, gubernativamente, en el Castillo de El Morro, en esta capital.

El caso de Mata es muy original, según lo refiere Benigno Gener, que estaba preso con él en dicha fortaleza:

El amigo Mata, fiscal de Pipian ha salido ya en libertad; quiso sostenerse y que le formaran causa (á él lo habian sentenciado en *providencia gubernativa por escesos* á 4 meses de arresto y 200 pesos de multa); poseia las instrucciones que circularon á todas las fiscalías cuyo último párrafo decía que. "no constaran los *apremios* en las actuaciones ni menos acumularan las instrucciones al proceso", guardándola solo para cubrir su responsabilidad. Fuerte con estas instrucciones y correspondencias con el Presidente de la Seccion (Salas), que aprobaba (dice él) todos sus actos, seguro en su conciencia de haber desempeñado su cargo como fiel y leal servidor, pedía que se le formara causa, en escritos atrevidos; no se rendía ni al Auditor que vino á verlo ni á su amigo *Cruces* que quería que se deshiciera de esos papeles y que lo pasaría bien entonces, ni al amigo *Zurita* que le hacía proposiciones ventajosas. En fin llegó el día de cumplir su arresto, y no pudo salir del Castillo porque se le dijo por informe de P. Alcántara que habiendo pedido que se le formara causa, se iba á sacar testimonio é informar á España y que esperara que volviera la consulta que se pedia para allá. Empezó á hacer efecto el hambre y á conocer lo que le convenía, y despues de un mes que se pasó reflecciónando entre estas paredes, *capituló* [21].

---

[20] *Centón* c., t. VI.
[21] *Ibídem.*

Cada un esclavo o libre de color azotado delataba a otros compañeros, y así cada día aumentaba el número de los procesados y de las víctimas de la *escalera.* Pero las armas que se decía estaban escondidas en una cueva del Yumurí, en la loma del *Fraile,* en Guanabacoa, y por Mordazo; los documentos reveladores de quiénes eran los jefes del movimiento y cuáles los auxilios o recursos con que contaban los conspiradores, los lugares donde se reunían éstos para preparar el plan, y el plan mismo, nada de esto se averiguó. Ni siquiera ha podido saberse la fecha exacta del levantamiento; pues mientras unos, los más, dijeron que el día fijado "era la Nochebuena, que es el Jueves Santo", otros señalaron el primer día de Pascua de Navidad, y alguno la Nochebuena Chiquita. Y en cuanto al plan de la conspiración, son contradictorios los fundamentos de las sentencias. En algunas se considera al ex cónsul Turnbull como el principal responsable e instigador del movimiento, quien ideó el plan y se valió de sus agentes para catequizar a los esclavos y a los libres de color con promesas de auxilios poderosos para que se decidieran a efectuar un levantamiento general que diera fin a la esclavitud. En otras se dice que gente de color libre fué la que sedujo a los siervos, haciéndoles entender que el movimiento era general en toda la isla, y

hasta tomaron el nombre de una nacion aliada y amiga nuestra, suponiendo debía auxiliarlos con provisiones, armas y demás pertrechos de guerra que ya les dijeron habian llegado á la costa Sur de esta isla conduciendo negros aguerridos de la isla de Santo Domingo [22].

En estos procesos todo es confusión e irregularidad, todo es contrario a la razón y a la lógica, todo es arbitrario e injusto, todo es falso, todo es crimen y dolor. El ánimo se queda perplejo, sin saber dónde empieza lo verdadero, si es que hay algo de verdad, y termina lo falso. Cuantos temores y suposiciones existían desde tres años atrás, cuya realización esperaban todos de un momento a otro, se tuvieron por ciertos, y fueron buscados con avidez los conspiradores, porque se creía que había llegado

[22] Archivo Nacional, Historia, año 1844, sentencia No. 43, de 5 de diciembre de 1844.

ya el momento de la gran conflagración en que culpables e inocentes debían perecer.

A todos los esclavos y a los libres de color se les creyó complicados en el proyecto y por eso les aplicaron el tormento hasta obtener la confesión o la delación. Algunos de éstos se suicidaron después de sufrir el castigo, desesperados por el dolor u horrorizados de sus propias declaraciones; otros fueron matados para evitar que se retractaran y quedase descubierta la infamia de sus verdugos. La demostración de que fué por el tormento como se obtuvieron casi todas las confesiones, está en los mismos procesos. En la primera declaración que tomaban los fiscales, las respuestas eran negativas y contrarias a lo que se quería averiguar; luego, en la ampliación, era cuando decían los procesados que tenían conocimiento del proyecto de levantamiento y quiénes estaban comprometidos en él. Un solo ejemplo voy a mencionar, en corroboración de lo dicho, el del negro Felipe, carabalí, de 38 años de edad, del partido de Yumurí, de cuya causa era fiscal Francisco Marcotegui. En su primera declaración, de marzo 17 de 1844, dijo que ignoraba lo que se le preguntaba sobre la sublevación; cinco días después, en la ampliación, manifestó, que hacía dos meses había ido al bohío de Valentín, del ingenio *Camarón* (Ponce de Agua) y se encontró con Pilar y Juan de la Cruz los que le dijeron "que iban a hacer un levantamiento para matar a los blancos"; y el 29 del propio mes, al tomársele confesión con cargos, expresó que su primera declaración no era verdadera, que fué cierto que estuvo en el ingenio *Sacramento* a ver a Luciano, congo, para darle noticias de la conspiración proyectada, y en el ingenio *Labotino* con el mismo objeto, y habló con Narciso, carabalí, y Nicolás, lucumí, y que el declarante era Capitán y Juan, gangá, su segundo.

Muy pocos escaparon de la flagelación. Gabriel de la Concepción Valdés *(Plácido)* fué uno de éstos, por haberse prestado, dócilmente, a secundar el plan del fiscal Pedro Salazar: *Plácido* delató a 55 personas, en la exposición escrita de su puño y letra, que dirigió al Presidente de la Comisión Militar, el 23 de junio de 1844, bajo la promesa que le hizo el fiscal de obtener gracia para él del Capitán General, si decía cuanto sabía.

Pero lo engañaron miserablemente; se aprovecharon bien de las acusaciones que hizo y lo fusilaron más tarde, en Matanzas, el día 28 de junio del citado año (23).

¿Qué hubo, pues, de verdad en la famosa conspiración del año 44? Para mí lo que existió fué un proyecto de alzamiento, fijado para determinada fecha, que debió empezar, seguramente, en las fincas de Esteban Santa Cruz de Oviedo, y que secundarían luego otras; ni más ni menos de lo que tantas veces ya había ocurrido.

Como era natural, los esclavos cada vez se sublevaban con mayor frecuencia debido, en primer término, al mal trato que se les daba y al exceso de trabajo que se les imponía y, también, porque sabían que la esclavitud era injusta y contraria a las leyes, que había sido abolida por casi todas las naciones y que Inglaterra estaba interesada en su terminación.

FRANCISCO G. DEL VALLE.

(Concluirá.)

---

(23) Entre los informes que dió al Consejo o tribunal constituído para fallar la causa de La Habana, el Secretario de la misma, Teniente José Fernández Cotá, hay uno que comprueba la perversidad de Salazar; dijo que éste ofreció a *Plácido* salvarlo, si hacía revelaciones importantes, "poniendo en su conocimiento existía en poder del Sr. Brigadier de aquella Seccion, un oficio del Escmo. Sor. Capitan Gral. donde le concedía el perdon, siempre que prestara servicios al gobierno con sus revelaciones, el cual tendría lugar en el momento en que Salazar le participase se había hecho acreedor á él". Lo que no fué cierto.

LOS DERECHOS DE LAS MINORIAS Y LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES



L servicio cablegráfico de nuestra prensa, verboso y excesivo en la transmisión de oficiosidades y gentilezas reales, en esta ocasión ha pecado de una extraordinaria parquedad y un laconismo avaro. La sexta Asamblea de la Sociedad de las Naciones, ha debatido ampliamente, como una de las cuestiones de más palpitante interés, el problema de las minorías, problema que, sólo en Europa, como lo subrayó el Presidente de la delegación húngara, afecta a cuarenta millones de hombres. Cierto es que el problema no interesa directamente a Cuba; pero, por constituir una de las cuestiones más graves y angustiosas de la hora presente, y por el interés militante evidenciado por la intelectualidad cubana en pro de una de las partes litigantes en torno de esta cuestión, suscribiendo el memorable mensaje que se dirigió al Dr. José Manuel Cortina —en su calidad de Presidente de la Delegación cubana—, para que advocara por los derechos de Cataluña como minoría nacional, nos creemos obligados a ofrecer una breve reseña de esos debates, de los antecedentes que los amparan y las perspectivas que de los mismos se derivan, en general, y particularmente en cuanto al caso de Cataluña.

Dos precedentes se han invocado en el curso de los debates de la sexta Asamblea de la Sociedad: El acuerdo de la XXI Conferencia de la Unión Interparlamentaria, de Copenhague (año 1923), por el cual se propone la promulgación de un estatuto jurídico internacional, aplicable a todos los problemas minoritarios; y los acuerdos de la reciente Asamblea Internacional de Asociacio-

nes pro Sociedad de las Naciones, reunida en Varsovia en los primeros días de agosto de este año, que tienden a dar un carácter más amplio y liberal a las condiciones exigidas para reconocer beligerancia a las peticiones sometidas a la consideración del Consejo de la Sociedad, dando a los problemas minotarios un carácter jurídico, y emancipándolos en lo posible de la esfera política.

Y existe un tercer precedente. El Congreso reunido en Ginebra, sumultáneamente a las sesiones de la sexta Asamblea de la Sociedad de las Naciones, el cual, abundando en iguales propósitos que el Congreso Interparlamentario de Copenhague, entendió el problema minoritario desde un punto de vista general y legal, acordando sugerir a la Asamblea de la Sociedad, la creación de un estatuto jurídico internacional, aplicable a todos los casos de esta índole.

En la Asamblea de Varsovia, Josep Pla y Eugeni Xammar, representaron a las Asociaciones constituídas en Cataluña, pro Sociedad de las Naciones. Josep Pla fué, igualmente, quien representó a Cataluña en el Congreso de las Nacionalidades reunido en Ginebra al mismo tiempo que la sexta Asamblea de la Sociedad.

El problema de las minorías, fué abordado en el debate que se abrió en torno al Informe sometido a la Asamblea, sobre la obra del Consejo y el trabajo del Secretariado de la Sociedad en el transcurso del año. Casi todas las delegaciones refiriéronse, en sus disertaciones, a este problema; pero, aparte algunas consideraciones y apreciaciones sobre problemas de interés local, las aportaciones que en el curso del debate merecen señalarse, son las del Conde de Apponyi, Presidente de la delegación húngara, el Sr. Galvanauskas, de la lituanesa, y el Sr. Duca de la rumana, y Ministro de Relaciones Exteriores de su país.

El Conde de Apponyi propuso una modificación profunda del trámite actualmente en vigor, para la aceptación y consideración de los recursos y protestas de las minorías. Apoyándose en las conclusiones acordadas por la Asamblea Internacional de Asociaciones de Varsovia, después de una declaración preliminar, por la cual afirma que en los problemas minoritarios la Sociedad de las Naciones no ha cosechado los frutos que de su actuación debían esperarse, estima que este fracaso débese a lo defectuoso del pro-

cedimiento que se observa para su consideración. Y cree que, para salvarlas, rodeando la acción de la Sociedad con las máximas garantías, deberían aceptarse las conclusiones de Varsovia, referidas a este extremo. En síntesis, estas conclusiones o enmiendas, son:

a). Dar curso, sin examen ni reservas, para su conocimiento y consideración por el Consejo de la Sociedad, a los recursos que le sean dirigidos por las organizaciones supremas de las Iglesias, y entidades culturales o económicas.

b). Reconocer a los recurrentes, y a sus representantes, el derecho, a ser escuchados y responder a las objeciones contrarias, en condiciones tales que implican un trámite contradictorio.

c). Que siempre que surja una cuestión de derecho, se someta obligatoriamente, a demanda de una de las partes litigantes, al Tribunal Permanente de Justicia Internacional.

Las enmiendas acordadas por la Asamblea Internacional de Varsovia, y patrocinadas por el Conde de Apponyi en el seno de la sexta Asamblea, tienden a facilitar los trámites de presentación y defensa de los recursos de las minorías ante el Consejo, ofreciéndoles para ello garantías que no han sido previstas en el trámite que procede actualmente. Éste, establecido por el párrafo I, del acuerdo del Consejo de septiembre 5 de 1923, es como sigue:

Refiriéndose a sus acuerdos anteriores relativos al trámite que debe seguirse en cuanto a la protección de las minorías, de octubre 22 y 25 de 1920 y junio 27 de 1921, el Consejo de la Sociedad de las Naciones, decide que:

I. Para ser sometidas al trámite fijado por los acuerdos del Consejo de octubre 22 y 25 de 1920 y junio 27 de 1921, las peticiones dirigidas a la Sociedad de las Naciones, relativas a la protección de las minorías:

a). Deben tener por objeto la protección de las minorías, de conformidad con los tratados.

b). En particular, no deben presentarse en forma de una demanda de ruptura de las relaciones políticas entre la minoría en cuestión, y el Estado de que forma parte.

c). No deben proceder de orígenes anónimos, o solvencia dudosa.

d). Deben ser redactadas sin violencias de lenguaje.

e). Deben contener informaciones o señalar hechos que no hayan sido recientemente objeto de una petición sometida al trámite ordinario.

En el caso de que el Estado interesado elevara por una razón cualquiera, objeciones contra la aceptación de una petición, el Secretario general someterá la cuestión al Presidente del Consejo, el cual podrá invitar a otros dos miembros del Consejo para que le secunden en el examen de esta cuestión. Si el Estado interesado lo solicita, ésta podrá inscribirse en el orden del día del Consejo.

La aplicación de este acuerdo, y el uso de administración del poder discrecional que por el mismo se confiere al Presidente del Consejo, han dado origen a la constitución del "Comité de los tres". Según éste, la aceptación de todo recurso, para su consideración en el Consejo de la Sociedad, será decidida por el Presidente del mismo y dos miembros que él designe, los cuales no serán representantes ni del Estado al cual pertenezca la minoría recurrente, ni de un Estado vecino, ni de un Estado en el cual la mayoría de la población pertenezca, étnicamente, al mismo pueblo que la citada minoría. Este examen tiene por único objeto decidir si conviene o no señalar a la atención del Consejo la infracción, o los peligros de la infracción, que la petición o protesta relaciona.

La facultad discrecional del citado Comité, para aceptar o desechar un recurso o protesta, y elevarlo o no a la consideración del Consejo, se anularía, desapareciendo, caso de haberse aceptado la primera de las enmiendas patrocinadas en las sesiones de la sexta Asamblea, por el Conde de Apponyi. Según aquélla, las peticiones elevadas al Consejo por las organizaciones supremas de las Iglesias y las entidades culturales o económicas, serían aceptadas, para someterlas al estudio y consideración del Consejo, sin reservas, y sin previo examen.

Con la segunda enmienda, se reconoce a las minorías comparecientes y a sus representantes, derecho y garantías para defender sus recursos y protestas cerca del Consejo, y contestar las objeciones que contra aquéllas puedan aducirse: el reconocimiento de este derecho es, hoy por hoy, igualmente discrecional y potestativo del Consejo; pero, como dice el Conde de Apponyi,

el uso de un poder discrecional, no inspira confianza más que en el círculo restringido de aquellos que conocen las personas a quienes se

confiere este poder. La gran masa de interesados, no puede abrigar confianza sino cuando existe una determinación de derechos, que fije su extensión y precise sus límites.

Finalmente, en la tercera enmienda se reconoce a cualquiera de las dos partes litigantes la facultad de someter al Tribunal Permanente de Justicia Internacinal, toda cuestión de derecho que pueda surgir, porque—sigue diciendo el Conde Apponyi—"la solución de los problemas de derecho es de competencia, no de las reuniones políticas, sino de los tribunales."

Las enmiendas propuestas por el delegado húngaro y el espíritu en que se inspiran, más bien parecen obedecer a una preocupación de orden procesal, que a las garantías que deben amparar las resoluciones y decisiones que se adopten. El mismo Conde lo declara, al afirmar que "en estas cuestiones, el punto de vista psicológico, es tan importante como la misma decisión del problema." Esfuérzase, el delegado húngaro, en brindar a las minorías las máximas garantías para el trámite de aceptación y comparencia de sus recursos, porque, insiste, refiriéndose a las minorías, en sostener que "el hecho de que su causa se aprecie seriamente, es tan interesante e importante, casi, como la misma justicia de las decisiones". Y en esto nos parece que está su error; pretende, el Conde de Apponyi, reformar el procedimiento, pero no la eficacia y las garantías de su aplicación. Las minorías recurrentes, serán escuchadas; pero ¿qué garantías se les brindan, para que sus protestas sean atendidas justicieramente, sin que pesen en las decisiones, consideraciones de orden político, ajenas al aspecto legal y moral del problema? Las atribuciones discrecionales del Consejo para la aceptación y consideración de los recursos, serán limitadas y reducidas a un límite mínimo; pero ¿no es también discrecional al valor legal de las resoluciones y los acuerdos que se adopten, si no se precisan, igualmente, sus límites y su extensión? Sólo la tercera de las enmiendas ofrece garantías, en cuanto a este aspecto formal del problema.

Por ello es que estimamos más eficaz y de un interés resolutivo innegable, la proposición presentada a la Asamblea, en el

curso del mismo debate, por el Presidente de la delegación lituana, Sr. Galvanauskas, de

crear una comisión especial encargada de elaborar un proyecto de convención general entre todos los Estados miembros de la Sociedad de las Naciones, fijando sus derechos y deberes comunes para con las minorías.

Esto es, el reconocimiento y aceptación tácita de los acuerdos de la XXI Asamblea de la Unión Interparlamentaria de Copenhague, y del Congreso de las Nacionalidades, de Ginebra.

El Sr. Galvanauskas, recuerda el acuerdo de la III Asamblea de la Sociedad, año 1922:

La Asamblea expresa su deseo de que los Estados que no están obligados con la Sociedad de las Naciones por ninguna obligación legal, observen no obstante, en el trato con sus minorías de raza, religión o idioma, por lo menos el mismo trato de justicia y tolerancia que se exige por los tratados y la acción permanente del Consejo.

Pero, dice el delegado lituanés: "la opinión pública mundial, no se contenta ya con una simple recomendación, y exige los mismos *vincula jutis* para todos". De ahí su proposición, sobre la cual, el Presidente de la delegación rumana, y Ministro de Relaciones Exteriores de su país, Sr. Duca, se expresó así:

Se ha hablado en estos días, de la necesidad de modificar el estatuto de las minorías. A nuestro entender, si esta necesidad se impone, sería necesario hacer las modificaciones en el sentido de la proposición que ha presentado nuestro honorable colega, el primer delegado lituanés, Sr. Galvanauskas. Por otra parte, no es la primera vez que Rumanía expone tal punto de vista. En efecto, cuando al firmar el Tratado de Versalles se propuso, por vez primera, introducir en el Tratado las cláusulas referentes a la protección de las minorías, Rumanía declaró que nada tenía que objetar, con la sola condición de que estas cláusulas revistieran un carácter general, puesto que, de otra forma, llegaríase a dividir el mundo en países de soberanía absoluta y países de soberanía restringida, cosa incompatible con los principios democráticos que rigen en nuestros tiempos.

La moción de la delegación lituana pasó a estudio de la sexta Comisión de la Asamblea. Ésta, en la sesión plenaria de la

Asamblea del 22 de septiembre, presentó para su aprobación, las conclusiones siguientes:

La Asamblea aprueba la parte del Informe sobre la obra del Consejo, trabajo del Secretario y medidas tomadas para ejecutar las decisiones de la Asamblea, que se refieren al trámite que debe observarse en lo que respecta a la protección de las minorías (párrafo VI del capítulo 7 del informe suplementario). Habiendo retirado el representante de Lituania la proposición presentada en septiembre 14 de 1925, la Asamblea pide al Secretario General comunique al Consejo la discusión que se ha de desarrollar en el seno de la sexta Comisión sobre este tema.

El Sr. van Lynden van Sandenburg (Holanda), ponente de la sexta Comisión, defiende sus conclusiones, historiando el problema de la protección minoritaria y las garantías que por acuerdo del Consejo y las Asambleas se han introducido en su trámite y consideración, especialmente la constitución del "Comité de los tres". El Conde Apponyi, declara que no puede prestar su aprobación a las conclusiones de la sexta Comisión, que imparten una aprobación formal a las actividades del Consejo y el Secretariado en el problema de las minorías, reservándose el derecho de volver sobre el problema en la próxima Asamblea. Finalmente, después de declarar el Sr. Hymans, de Bélgica, que el Consejo acogerá todas las sugestiones que pueda perfeccionar el trámite, ofreciendo mutuas y amplias garantías, se aprueban el informe y las conclusiones de la sexta Comisión.

Se ha manifestado, pues, en el seno de la Asamblea, un verdadero interés en el estudio y resolución de los problemas minoristas. Se ha debatido el asunto con amplitud, y se ha evidenciado la ineficacia del procedimiento que viene observándose para su conocimiento y estudio. Tanto es así, que el Consejo se ha visto obligado ya, según explicó el delegado holandés, ponente de la sexta Comisión, a introducir repetidamente reformas en sentido más liberal, a las condiciones requeridas para conocer y considerar los recursos de las minorías en el seno del Consejo, culminando con el "Comité de los tres", máxima expresión al parecer, de las garantías toleradas y amparadas por el estatuto vigente.

En concreto (formulemos nuestras conclusiones, a manera de balance): se ha producido en esta Asamblea, el acuerdo de elevar al Consejo el debate desarrollado en la sexta Comisión, a propósito del problema minoritario, y con él, la consideración de la proposición lituana, que indudablemente volverá a debate, así como las sugestiones de la delegación húngara, que es de esperar determinen nuevos procedimientos, acordados por el Consejo o las Asambleas, puesto que ellas implican variaciones de orden procesal en el trámite o procedimiento, y no la promulgación de un nuevo estatuto, y nuevos Tratados, como lo implica necesariamente, la proposición lituana. Y queda en pie, para la próxima Asamblea, la reserva tácita de la delegación húngara, de volver sobre el problema y abordarlo en toda su plenitud.

Las actividades desarrolladas en el transcurso del presente año entre los diversos grupos que en Europa tienen planteados problemas de esta índole, no se interrumpirán. Se anuncian nuevos Congresos, y en ellos han de surgir acuerdos e iniciativas, que la próxima Asamblea conocerá y sobre los cuales cabrá deliberación. En efecto: de la Asamblea Internacional de Varsovia surgió la iniciativa de las enmiendas que hizo suyas, en el seno de la Asamblea, el Conde de Apponyi; y la delegación lituana, amparó aquellas que surgieron del Congreso de las Nacionalidades, reunido en Ginebra, elevándolas al pleno de la Asamblea. Se ha producido, solamente, un compás de espera.

En todas estas gestiones—Asambleas y Congresos, acuerdos y deliberaciones—, Cataluña participa con loable y magnífica tenacidad, y su iniciativa es constante. Y es que, esperamos,—y proclamamos clara y categóricamente nuestra confianza y nuestra fe—los beneficios que reporte, a Cataluña, el reconocimiento de su existencia y sus derechos como minoría nacional, por la Sociedad de las Naciones, de acuerdo con los tratados y el estatuto jurídico que los ampare.

Confiamos en el reconocimiento de nuestros derechos y la suprema justicia de nuestra causa. Porque, este reconocimiento de nuestra existencia como minoría nacional, y el de nuestras prerrogativas como tal minoría, implican la sanción legal de nuestros problemas, y la de nuestras aspiraciones. Y entonces nos

asistirá, a los ojos del orbe entero, pleno derecho y sobrada razón, y nuestros clamores serán expresión férvida y elocuente de algo más que un gesto de rebeldía estéril, y un clamor de protesta.

Recordemos, finalmente, que los actuales dueños del mundo no quieren gentes que provoquen conflictos y sugieran nuevos problemas; sino gentes que presenten soluciones. Indudablemente que nuestra labor es lenta, paciente y silenciosa: no se presta a efectismos ni a fraseologías, ni a heroísmos prematuros, ni a estridencias declamatorias. Pero es altamente eficaz, y por ello, y por los propósitos en que se inspira, altamente patriótica.

MARTI CASANOVAS.

El autor de este interesante estudio sobre una de los más importantes problemas sometidos a la resolución de la Liga de las Naciones—el derecho de las minorías—es un distinguido periodista y publicista catalán, que ha defendido siempre, con exaltado patriotismo, los derechos de su región natal; y tanto en sus trabajos de carácter político como en los de crítica de arte, sobre pintura y escultura especialmente, ha demostrado excelentes cualidades de escritor. CUBA CONTEMPORÁNEA, que siempre ha simpatizado con la causa de Cataluña, habiendo publicado en sus páginas varios artículos donde se demostraba, de modo fehaciente, la justicia en que se apoyan las aspiraciones del pueblo catalán, acoge gustosamente este nuevo estudio, que es una voz de aliento y de esperanza para quienes confían en que la Liga de las Naciones habrá de abordar y resolver en próxima fecha, el problema planteado por los hijos de la más laboriosa y progresista de las regiones de España.

EL TORO (*)

(Novela)

Traducción del Sr. Francisco López Leiva.

CAPITULO I

Sí; es muy hermoso ver ese barco alemán que se hace a la mar en medio de la tempestad, enarbolando el pabellón francés.

—Y eso es obra de un hombre solo, Gilberto; puedes asegurarlo en tu periódico. Si el *Kronprinz*, convertido en el *Verdun*, sale hoy del Havre para Nueva York, eso se debe a Gerónimo Villard.

—Le haré justicia, Benjamín, no lo dudes. Nuestra patria, que ha encontrado tantos héroes que mueran por ella, tiene necesidad ahora de los que saben y quieren vivir.

—¡Ah! éste siempre fué "un vivo".

—¡Un vivo!... Cuenta.

La puerta se abrió y una ráfaga entró en la habitación, que era una pieza vasta y sin adornos. A la vez que la ventolera, entraron dos mujeres con los bajos de las faldas enlodados.

—¿No está Gerónimo aquí, Benjamín?

—Lo esperamos, querida. Permítame presentarle a mi viejo camarada Gilberto Dutillet.

(*) Novela escrita en francés, que figura en la admirable colección *Les œvres libres*, de París, donde aparecen novelas completas, de los más notables escritores. A Cuba Contemporánea le cabe la satisfacción de dar a conocer esta interesantísima obra de Binet Valmer, hasta ahora inédita en castellano.

—He leído sus artículos, caballero; mi marido y yo somos antiguos suscritores de *La Ofensiva* y le agradecemos que haya usted venido hoy desafiando las inclemencias del tiempo.

—No las he desafiado, señora. Gracias a este excelente amigo, he podido asistir a vuestro triunfo desde lo alto de este observatorio.

—¡Ay, la lluvia lo echó a perder todo!... El ministro no vino. Mi buen Benjamín, aquí tiene usted a la señorita Dufresne, la joven secretaria de quien debe haberle hablado Gerónimo.

—Buenos tardes, señorita. Siento infinito no haber podido esperarla en la estación; he tenido un día tan ocupado...

—Yo sé manejarme sola—contestó ella sonriendo y dando a entender en su acento que siempre sabría manejarse así.

Entraba por la ventana la luz de una tarde de equinoccio, la época de las grandes mareas. Cuando se presenta el nublado, llegan los terrores de diciembre; cuando triunfa el sol, llegan las promesas de abril.

—Perdone, señorita. Antes de que se marche el señor Dutillet debo darle ciertos informes...

—Venga usted, señorita Dufresne, venga hija mía. Este lugar es sólo para trabajar.

Atravesaron la habitación. Había allí grandes mesas, mesas de dibujo, un buró ministro, una caja fuerte y en un ángulo, a la izquierda del ventanal que dominaba la rada, una especie de alcoba con un diván. En las paredes, algunos planos.

—¿La pequeña es bonita? ¿Verdad, Benjamín?

—Todas lo son.

—¿Y a todas las ha enamorado tu patrón?

—A todas.

—Será un tenorio...

—Un bestia.

—Le envidio. A nuestra edad...

—Son las cuatro y media, Gilberto, y el tren que debes tomar sale a las cinco y quince. Esta es la nota que hemos preparado para ti: escucha.

—Escucho.

—*Gerónimo Villard nació en Dijon el 4 de junio de 1864...*

—Cincuenta y nueve años. Yo tengo cincuenta y ocho, y tú sesenta; le envidio.

—*Hijo de padre desconocido*...

—¿Quieres que publique eso?

—Así es...

—Como tú quieras...

—¡Oh! Yo no tengo ya voluntad después de haber pasado treinta años trabajando con este hombre.

—Comprendo: te ha absorbido.

—Estoy domesticado. Gerónimo esclaviza a todo el mundo, hombres y mujeres. De todo se aprovecha.

—¿Quieres que publique esto?

Benjamín Tronchet movió la cabeza, una cabecita de pájaro desplumado. Los ojos demasiado juntos parecían que buscaban abrigo y lo encontraban en la exagerada protuberancia del hueso nasal.

—¡Farsante!—refunfuñó; y continuó la lectura: —*La más sorprendente carrera*...

Una ráfaga de viento le arrebató el papel que tenía en la mano; la puerta se había abierto como de un puñetazo y en el umbral aparecía la elevada estatura y los hombros cuadrados de Gerónimo Villard, con su hermoso rostro imperial, un tanto vulgar a pesar de la blancura de sus cabellos. Traía la capa chorreando a causa de la lluvia.

—¿Un éxito, verdad?—preguntó.

—Un triunfo—afirmó Benjamín.

—¡Sí, un triunfo, viejo coleóptero!... En cuanto al ministro que no ha venido... ¡Bah! Yo me futro en los ministros...

—Tienes razón. Hará un momento Gilberto Dutillet y yo...

—¿Es usted el corresponsal de *La Ofensiva*? Tanto gusto en conocerlo. ¿Supongo que usted desearía entrevistarme? Tengo horror a las entrevistas; usted me hará decir cosas...

—No, no, mi querido señor; yo no soy repórter...

—Comprendido: usted tiene mucho talento. Mi mujer lee los artículos suyos y algunas veces, por la tarde, me los lee a mí. ¿Estaba usted en el extranjero la semana pasada? Ha regresado muy pronto.

—Salí del Japón el 15 de enero, señor Villard; pero la redacción cambia las fechas para que las noticias tengan mayor actualidad. Villard se pavoneaba con las piernas abiertas, el torso sólido y el vientre contraído.

—Mentiras sobre mentiras, querido señor Dutillet; todo eso es la prensa. Pero yo, Gerónimo Villard, hago mi publicidad sin el concurso de ustedes; pago por la tarifa que los grandes diarios conceden a los Schreiner, Malan y Traub, de cuyo poder soy el fnndador.

—Poder ilimitado; todos sabemos que usted es el alma...

—¿El alma? ¡Phsé, literatura!... Ya ha visto usted al *Verdun* salir del puerto; adorne esa salida con bellas frases. Mi mujer lo leerá. En cuanto a lo que a mí concierne, enviaré una nota a la prensa por medio de las agencias, nota que dictaré a Benjamín.

—Estoy a tus órdenes, Gerónimo; pero recuerda que Dutillet se ha tomado el trabajo de llegar hasta aquí y esperarte...

—El señor Dutillet ha hecho mal en esperarme y tú también has hecho mal en dejarle esperar. Buenas tardes, señor. Benjamín le acompañará.

Y volvió la espalda, aquella espalda formidable, al periodista que saludó con cierto aire burlón, en tanto que Benjamín exclamaba levantando los brazos al cielo raso:

—¿Qué te decía yo?

—No me disgusta—respondió Dutillet.—Me propongo hacer un retrato excelente de este hombre.

*

La oficina se había edificado a nivel del jardín como un anexo a la quinta. Ésta era grande y hermosa; aquélla, sencilla. Su única ventana dominaba el océano y las colinas próximas.

—Oye, coleóptero, ¿se habrá marchado furioso ese tío? ¿No?

—Gerónimo, te ruego que no me llames coleóptero delante de extraños; yo he aceptado ese apodo que hace reír a tu mujer y a tus hijos; y a mí el primero, pero no podré consentir...

—¡Ta, ta, ta! ¿Quieres que te presente mis ecxusas?

—Eres demasiado brutal, Gerónimo.

—Yo soy como soy.

—Quítate la capa; está chorreando agua.

—Verdad. Toma, cójela.

Y le arrojó el impermeable.

—Gerónimo, verdaderamente me tratas como un criado—protestó Benjamín, poniendo la prenda sobre la silla y enjugándose las mejillas sobre las que habían caido algunas gotas de agua.

—¿Un criado tú, mi más viejo amigo?

—Yo soy tu más viejo amigo; pero tú eres incapaz de sentir amistad por nadie.

Y bajando la cabeza Benjamín trató de poner al abrigo de su nariz protectora sus ojillos tímidos.

Pero de un manotazo Gerónimo Villard le hizo alzar la barbilla.

—¿Incapaz de sentir amistad? ¡Repítelo!

—Tú eres incapaz...

—Te abandoné yo alguna vez? Cuando se me necesita se me encuentra; el resto de mi tiempo lo empleo en trabajar.

—¡Toma! Pero no eres bueno más que para eso.

—Yo no soy bueno... Pero, coleóptero, me parece que ovidas...

—Nada, absolutamente nada. Si yo no quisiera acordarme, tú me recordarías pronto lo que te debo.

—Me debes el no haberte convertido en un boñiguero, Benjamín.

—No entiendo...

—Un desgraciado que busca la pitanza en el excremento de los ricos. Hace treinta años, cuando nos encontramos en el muelle de Burdeos y ambos marchamos para Buenos Aires, yo te puse bajo mi ala...

—Tu ala de ave de rapiña...

—Puedes reír; pero la verdad es que tengo bastante envergadura. Te asocié a mi fortuna y tu tontería...

—La expío, Gerónimo. ¡Ah! si tú supieras cómo la expío...

—Lo sé; mi servicio es duro, y cuando por aquellas tierras me atacaron las fiebres, tú con tus ambiciones quiméricas e imbéciles comprometístes cuanto habíamos amasado tan penosamente.

—Tú me has perdonado: yo no lo olvido.

—Te he conservado y he trabajado para los dos.

—Mi agradecimiento...

—No pido ningún agradecimiento; lo que quiero es que me cbedezcas.

—Nadie es más dócil que yo.

—Sí, muy dócil...

—Mucho. Cuando los Schreiner, Malan y Traub te llamaron a Europa...

—Entonces tú no querías seguirme. Estabas tontamente enamorado de una chiquilla de por allá, viejo chocho. Tuve que traerte a la fuerza; por cierto que Gustavo Schreiner se opuso asegurando que tu presencia sería un estorbo.

—Gerónimo, me estás haciendo sufrir...

—Pues yo tengo contigo una paciencia ianudita.

—No lo niego. Soy un desgraciado, Gerónimo; soy un desgraciado y sin embargo durante la guerra he sido tu fiel colaborador en los Estados Unidos, en la Argentina, y el Japón. Si la casa ha ganado en los transportes el dinero que le permite hoy realizar la patriótica obra de la reconstrucción de la marina mercante francesa, débese a...

—A mí solo; tú has criticado cada una de mis decisiones.

—No; he moderado tus ímpetus.

—Y ni siquiera has sido capaz de aprender taquigrafía, obligándome a confiar el secreto de mis cartas, hasta las más confidenciales, a chiquillas...

—A las que has hecho el amor.

—¡El amor! Me futro en él.

—Tu mujer...

—Ella también se futra en él.

—¿Lo crees así?

—Dejemos ese punto. Tú no lo entiendes; eres feo y por lo tanto, celoso. Ella es bastante bella para albergar ese sentimiento.

—Sin duda; pero...

—¡Silencio! ¿Has preparado la nota para la prensa?

—Te he presentado a Gilberto Dutillet.

—Te pregunto si has preparado el comunicado; veinticinco líneas en cifras, nada más que cifras.

—Ayer me decías que como homenaje a tus hijos que murieron por la patria debía referirse...

—He cambiado de idea.

—Bien; no lo discuto. Ahora debo decirte que le he dado algunos detalles a Gilberto Dutillet. Le he dicho que lo debías todo a tu energía...

—Sí, le has dicho que yo era hijo natural; te gusta lo pintoresco.

—Le he dicho...

—Ya está hecho y no hablemos más del asunto. Lo demás no hacía falta.

—Y sin embargo, viejo amigo que no me aprecias, ese *lo demás,* constituye tu verdadera gloria. Tenías cinco hijos, tres cayeron defendiendo la patria y los otros dos...

—Esos dos me han demostrado que el sacrificio de sus hermanos no debe ser explotado en beneficio nuestro por medio de la publicidad. ¿Comprendes?

—Yo siempre comprendo.

—Esa es tu virtud. Vete a hacer el comunicado y déjame en paz.

—Gerónimo, concédeme los ocho días de vacaciones que te he pedido... ¡Me alegraría tanto disfrutarlos!

—Bien; y el octavo día, ven a arañar la puerta. Coge la capa y di que me envíen a la señorita Dufresne.

*

Las nubes corrían por el espacio al igual que latía el corazón de Gerónimo Villard en su pecho: en plena tempestad. Inesperadamente brilló el sol.

—¿Estás contento, padre?

Gerónimo se volvió sonriendo al mocetón que entraba por la puerta.

—Lo estoy.

—¡Qué triunfo, padre!

Cerca de él, apoyándose en su hombro, sonreía feliz la señora Villard, mujer de ojos grandes y rostro pequeño.

—¡Un triunfo, sí! Podemos batir el record.

—¿Batir el record con este tiempo?

—El *Verdun* puede y debe batirlo. Esta tarde recibiremos informes. Tu hermano me ha prometido enviarme un despacho por la sin hilos.

—¡Pobre niño!—dijo la señora Villard.—Él, que tiene los bronquios tan delicados!...

—El aire de alta mar le probará bien. Peores tiempos pasó en las trincheras.

—Yo pude haberme embarcado en lugar de Esteban, padre.

—No; te necesito y te envío a Marsella.

—¡Ah! ¿Vas a quitarme éste también?—expuso la madre.

—¿Cuándo debo salir padre?

—Esta noche o mañana. Irás en automóvil hasta París; es preciso que el viernes estés en Marsella.

—¿Y yo me voy a quedar sola otra vez? ¡Ah! Gerónimo, eres cruel.

—No soy cruel: realizo mi obra, y los chicos lo saben bien. ¿Qué te parece, Mauricio?

—Que eres muy bueno, papá. Cuando nosotros te pedimos...

—De no aprovecharme de la muerte de vuestros hermanos para...

—Cuando te pedimos que recogieras a esa joven, tú accedistes sin saber si te convendría, sin haberla visto siquiera.

—Acabo de verla en el muelle.

—Es encantadora,—dijo la señora Villard.

—Ha sido muy desgraciada, mamá. Cuando Esteban y yo, buscábamos informes sobre el sitio en que Enrique había caído, en la Chanpagne, ella fué la que nos indicó el lugar...

Calló el mozo porque la cerradura había rechinado.

—Hablábamos de usted, señorita; que sea usted bienvenida a esta casa. La recomendación de mis hijos ha sido innecesaria. Benjamín, ¿quieres enseñar a la señorita Dufresne—¿Dufresne? ¿No es eso?— el lugar donde se guardan los legajos y el copiador de cartas? Explícale; y vosotros, dejadnos.

—Espero tus órdenes, padre.

—Las recibirás a tiempo.

—¡Gerónimo, ¡estoy tan satisfecha de tu éxito!...

—Abrázame; eres una buena mujer, y te quiero mucho.

Y empujó a la madre y al hijo hacia la puerta. Cuando éstos salieron, dijo a su secretario, apuntando a la joven con el dedo:

—Muéstrale el repertorio y las claves secretas.

Y metió por el cuello de la camisa sus dedos entumecidos. Respiraba con dificultad.

—Aquí están las llaves de la caja—dijo Benjamín—. Pero no le servirían de nada si usted conoce la cifra.

—344 G. V.—aclaró Gerónimo que se había sentado en su silla de trabajo.

—No lo olvidaré, señor;—aseguró la joven.

La señorita Dufresne vestía sencillamente de negro; pero el sol, que penetraba por los cristales del ventanal, daba todo su brillo a los cabellos rubios, a los ojos claros y maliciosos, al rostro sin manchas de colorete. Gerónimo Villard la contemplaba con los párpados entornados, deslizó otra vez entre el cuello y la garganta sus dedos reumáticos, y se irguió al sentir un escalofrío. Después dijo con un resoplido:

—He debido pillar un enfriamiento; voy a cambiar de traje. Al pasar junto a la caja que Benjamín había abierto, puso afectuosamente la mano sobre la espalda de la señorita Dufresne.

—Aguárdeme usted aquí: tengo que dictarle algunas cartas, señorita.

*

Otra ráfaga golpeó los cristales de la ventana. Oíase el ruído de los granizos al caer.

—Señorita Dufresne, aquí está la correspondencia secreta.

—¿Secreta, señor Tronchet?

—Tan secreta como se quiera. Gerónimo, quiero decir, el señor Villard, no tiene secretos. El camino que sigue es siempre el recto; y ¡pobre de aquellos que se le opongan al paso!

—¿Debo respetar esta correspondencia?

—Respételа si le parece; pero esté siempre pronta a entregarle la carta que él le pida, cualquiera que ésta sea.

—No entiendo bien, señor Tronchet. Para el caso sería necesario que yo las leyera todas.

—Léalas. Todas las jóvenes que han ocupado antes que usted ese puesto han leído esa correspondencia de la cual, la mayor parte, son cartas de amor.

—¿Cartas de amor?

—Sí, señorita Dufresne, sí... Aquí está la Remington; es nueva.

—Completamente nueva. Se necesitará algún tiempo para suavizarla.

—Tal vez no tenga tiempo para eso, señorita...

—¿Por qué?

El carro de la máquina empezó a correr de derecha a izquierda; *tac, tac, tac,*... y después de izquierda a derecha; *zin, zin, zin.*

Sobre el teclado los dedos de la joven buscaban las teclas; sobre el papel que aprisionaban los rodillos apareció esta frase: *Alina Dufresne se aburre, ¡qué pícara casa!*

—Señorita, hace treinta años que soy amigo de Gerónimo Villard. Él hubiera querido no tener más colaborador que yo; pero nunca pude aprender taquigrafía... Vergüenza me da confesarlo; pero es así.

—Sin embargo, con un poco de paciencia...

Sonó el timbre de la máquina de escribir. Sus dedos de acero habían escrito sobre la hoja de papel: *Este viejo está loco de remate.*

—Evidentemente, señorita, me ha faltado la paciencia; pero debo advertirle que al señor Villard también le falta. Es muy bueno, tiene un corazón ¿cómo diremos? Un corazón generoso, fácil. Desde el instante en que se nos aproxima se siente uno atraído por su fuerza. Desconfíe usted.

La máquina respondió *zin, zin, zin, tac, tac, tac,* y sobre el papel apareció escrito: *Este viejo es malo.*

—¿Por qué debo desconfiar, señor Tronchet? He conocido a Esteban y a Mauricio Villard en Rethel, donde ambos buscaban

la tumba de su hermano, y les estoy profundamente agradecida de haberme procurado una colocación que me permitirá vivir honradamente.

—Muy bien; esos sentimientos la honran. Sin embargo, desde 1919 he visto en ese mismo sitio, frente a esà mesita, cinco jóvenes casi tan bonitas como usted. Se han marchado, sin disgusto, pero en verdad, no han durado mucho tiempo.

—Por lo que entiendo, señor Tronchet...

—¡Oh, no, señorita, usted no entiende bien lo que quiero decir! Villard y yo hemos vivido en países donde la mujer es un animalito encantador creado para el recreo del guerrero.

—¿Me permite que yo repita a la señora Villard lo que acaba de decirme?

—Se lo permito, pero no se lo aconsejo. María Villard ha vivido como nosotros, durante algunos años, en esos países donde la monogamia ni siquiera es un prejuicio. La esposa conserva sus privilegios, realzándolos con su indulgencia; la infidelidad del marido es la prueba de su fuerza y su riqueza. Las esclavas...

—Señor Tronchet, estoy dispuesta a dejar el puesto si le molesto...

—Usted no me molesta de ningún modo, puesto que ya sea usted, ya otra...

—¿Qué fin persigue usted?

—Prevenirla.

—Estoy prevenida y se lo agradezco.

—Vaya, se ha enojado. ¡Ah! todas las mujeres son iguales; quieren tener el derecho de quejarse. Usted me es simpática, yo le hago ciertas advertencias y usted se irrita.

—Yo no me irrito, me indigno. Yo conocía del señor Villard nada más que su reputación...

—Mundial, señorita, mundial. Cuando los Schreiner, los Malan y los Traub lo asociaron a sus casas dieron una prueba de su verdadera genio. Gracias a Villard todas las vituallas del ejército, arroz, cereales, etc., han producido a estos señores el sesenta por ciento, y usted ha visto esta tarde la magnífica contestación que hemos dado a los energúmenos del patriotismo: el

Kronprinz convertido en el *Verdun* gracias a nosotros. El dinero que hemos ganado sirve para renovar la marina mercante francesa. Villard es muy fuerte.

—Demasiado fuerte para mí; me marcho.

—No haga usted eso. Villard es muy simpático.

—¿Le odia usted?

—Le quiero mucho; pero le juzgo con independencia. Es una fuerza, una fuerza de la naturaleza. En la Argentina le dieron un apodo...

—¿Cuál?

—*El Toro.* ¡Apodo magnífico!

—¿El Toro?

—¿Le extraña?

—Un poco.

—Cuando usted haya trabajado algún tiempo con él, le admirará.

Este hombre envía cheques a las cinco partes del mundo, donde ha dejado amigas. Es un hombre grande y bueno. Cuando muera, no dejará un céntimo en caja, pero habrá realizado una gran obra; es un apasionado de la acción.

—¿Le admira usted?

—Y es preciso que usted le admire también, niña. Si no llega a admirarle, márchese.

—Trataré de admirarle.

—Perfectamente; a todas las mujeres que han estado a su lado las ha protegido y sigue protegiéndolas aunque no las ame.

—Tampoco deseo que me ame.

—¡El la amará! ¿Ve usted ese diván?

—Lo veo y no me intimida. He sido enfermera y nadie me faltó al respeto jamás.

—Hablaremos de eso dentro de ocho días. Cerrarán esa puerta con llave y me enviarán a alguna comisión para que no venga a llamar a ella.

—¡Pobre señor Tronchet!

—Sí, señorita; soy yo el que hace los... los interregnos. Voy a Saigon. a San Francisco, y alguna vez a Argelia. Después, me llaman por la Sin Hilos.

—¿Por la Sin Hilos? ¡Qué lujo!

—¿Se burla usted, señorita Dufresne?

—Señor Tronchet: la casa de mis padres fué arrasada por los alemanes. Mis hermanas y yo no tuvimos tiempo de huir. Yo no tengo miedo al diván.

*

—Y bien, señorita,—expuso Gerónimo Villard.—¿Este tío le ha hablado mal de mí?

—Tú siempre crées que se está hablando mal de ti.

—¡Pardiez! Tú no tienes otro motivo de conversación.

—El señor Tronchet me ha mostrado los legajos y creo que seré capaz.

—Muy sencillo, niña, realmente sencillo. Este viejo exagera las dificultades.

—Al freír será el reír,—exclamó Tronchet.

—Pues empieza a reír, coleóptero. Le llamo coleóptero, señorita, porque tiene los ojos muy juntos y la nariz poderosa; enseña tu nariz Benjamín.

—Esa broma es de muy dudoso gusto.

—Linda niña, ¿cuál es su nombre de pila?

—Alina, señor Villard.

—Pues bien, Alina la rubia; vamos a trabajar. Márchate coleóptero.

—Gerónimo: no quiero que me insultes de esa manera.

—¿Que te insulto? Los coleópteros tienen élitros que parecen hechos de pedrería. A ver: mueve tus brazos. ¿Ves? No puedes volar, mi pobre amigo.

La joven se echó a reír.

—Que Dios te perdone, Gerónimo. Para divertir a la recién venida me escupes a la cara.

—En pleno rostro, hermano; en tanto que tú... ¿Qué piensa usted, Alina la rubia? ¿Qué le ha contado éste respecto de mi, eh? ¿Que soy malcriado, egoísta, insoportable?...

—No, señor. Hemos hecho el inventario de los legajos.

—Es muy buena la señorita, Benjamín. Las otras se vengaban denunciándote. Ésta es muy buena.

Villard estaba de pie en el centro de la habitación con las manos metidas en el chaleco de casa y el cuello desnudo. Aquel gran cuerpo musculoso no carecía de majestad, aunque fuera un poco vulgar.

—Déjanos, viejo traidor... Si te necesito te llamaré.

Luego, señalando hacia la puerta por donde había salido Benjamín, agregó:

—Éste me quiere mucho. Está agriado. La vida es cruel, señorita.

—Muy cruel, caballero; estar al servicio de otro...

—Cosa dura, sí.

Y apoyando su pesado mentón de emperador envejecido sobre el craso y prominente pecho, dijo:

—Eso depende de los demás.

Se dirigió a la mesa donde su trabajo le aguardaba. Dejóse caer en el asiento, que llenó por completo, declarando:

—Yo, niña, hubiera querido servir. Si, hay horas, días enteros, muy fatigosos, en que me pregunto si eso será la felicidad: Servir, dedicarse a un principal, no ser un jefe, obedecer, nunca mandar... Siéntese usted, señorita.

Ella se sentó; puso las manos sobre el teclado de la Remington y bajó los párpados.

—Ya ve usted, hija mía, que la trato como una amiga.

—Sí, señor.

—Yo no podría tener cerca de mí a quien me fuera hostil. Todas mis secretarias me han sido profundamente adictas.

—Sus hijos han debido decirle, caballero, que yo por mil razones...

—Mis hijos me dijeron: "Te enviamos una joven a quien los Boches han arruinado. Es una buena taquígrafa: ayúdala".—¿Es usted una buena taquígrafa?

—Sométame usted a prueba.

—Aunque no fuera más que mediana, yo la conservaría. Los alemanes mataron a tres de mis hijos... ¿Asistió usted a la salida del *Verdun*?

—Sí, señor. Muy satisfecha de haber asistido a ella.

—Por la venganza, lo comprendo. Ese Benjamín es un puerco. ¿Qué le estaba contando a usted?

—Nada que merezca la pena de ser repetido, ni que pueda producirle el menor disgusto.

—Uno se disgusta porque está solo. Cuando tenga mis años, sufrirá usted también por la soledad.

—No es preciso llegar a su edad para sufrir.

—Es usted muy buena, muy buena... Al diablo si sé lo que tengo esta tarde. Un disgusto. ¿Ha padecido usted de vértigos, señorita Dufresne?

—¿Vértigos? No, señor.

—Todo vacila, la casa, las ideas... Es absurdo. ¡Ah, quisiera hallarme en su lugar señorita!

—¿Frente a la Remington?

—Frente a la Remington, esperando la carta que he de escribir sin tachaduras y de la que no seré responsable. Es trabajo fácil. ¿La ofendo?... Todo aquel que trabaja bien por su oficio tiene derecho a ser respetado. Estoy muy fatigado, señorita.

—Quisiera aclarar que yo no soy una profecional y también que puede contar con mi adhesión.

—Cuento con ella. Quien no me sea adicto no cabe en mi casa. Hasta el mismo Tronchet me es adicto como un perro, sarnoso, sí, pero un verdadero perro. Cuando lo llamo, acude.

—Procuraré ser tan diligente como él.

—¿Se ha enojado usted por lo que le he dicho?

—No señor, me siento sí algo humillada.

—Paréceme que usted se prevale de su condición de mujer.

—¡Ah, eso no!

—La mujer se entrega; pero el hombre debe siempre apresarla.

—¡Ah! caballero, es muy hermoso ese buque...

—¡Niña! Usted presenció la salida de él, oyó la *Marsellesa*... pero yo, yo he comprado ese barco, pagué a los diputados, a los ministros... Conozco a los hombres; lo que he hecho es indecente.

—Sus hijos que murieron...

—Prohibido hablar de ellos; los que quedan vivos son feos y yo el primero. Días hay, hija mía, en que el corazón flaquea; días que para probar que uno es fuerte necesita rendir a alguien, apresar algo...

—¿Apresar algo?

—Sí, algo que puedan asir estas manos, apretar dentro de estos puños... ¿Tiene usted miedo?

—Soy muy valiente. He sido enfermera en la guerra.

—¿Se chancea usted? No es fácil chancearse conmigo. La guerra les ha dado a ustedes ciertos derechos; pero antes de la guerra la vida era también muy dura. Yo que le estoy hablando, he combatido en el África, en las Indias, en el Japón, en la Argentina, en Nueva York y en San Francisco; sí, he combatido por hacerme rico y las más de las veces para no morirme de hambre. Cuando cierro los ojos, veo todos los países de la tierra... He sido más pobre que usted, linda niña; pobre como usted no lo será nunca, pues desde hoy me pertenece.

Y le puso sobre el hombro una mano que ella no rechazó.

—He estibado leña en el muelle de Marsella; se me ha podido ver, apestando a ajos, cargar sacos. He sido mercader de oro en el Klondike; he sacudido los dados en el cubilete mientras mis parroquianos jugaban verdaderas fortunas al poker de as. ¿Te canso?

—Déjeme usted, señor; le pesaría...

—¿Que me pesaría? Tú no me conoces.

—Su hijo Enrique murió con la cabeza apoyada en mis rodillas. Fué al comenzar la guerra; su regimiento marchaba al asalto, mis hermanas y yo nos habíamos refugiado en los sótanos. Cuando los Boches retrocedieron vimos que llevaban los heridos en camillas...

Pero en tanto la joven hablaba, sentía la mano de Gerónimo Villard que le acariciaba la nuca. Entonces sintió miedo, miedo de él y miedo de ella misma. Aquellos dedos se crispaban en su cuello y sólo pudo murmurar:

—¡Señor, le ruego!...

Él la tenía asida, no la miraba.

Trató ella de desasirse; alzó los ojos para verlo y quedó horrorizada al observar aquel rostro con los músculos hinchados, la tez lívida y la boca temblorosa.

—¡Señor, le suplico!...

Aquella mano que le atenazaba la nuca la levantó en vilo; el diván estaba allí en la alcoba...

Alina Dufresne sentíase presa de horrible miedo, pero él la fascinaba...

De pronto, la mano, enfriándose, se abrió y la joven libre ya, tambaleábase mientras Gerónimo Villard se acercaba a la mesa dando traspiés. Ella solamente se atrevió a decir:

—Es horrible...

Villard se desplomó sobre la mesa que estuvo a punto de quebrarse con el peso de su cuerpo, murmurando con voz pastosa:

—Le pido mil perdones, señorita; gracias, la llamaré en seguida.

CAPITULO II

—Cuidado, Benjamín, si él lo oyese no se lo perdonaría.

—Querida mía, yo le diría esta tarde lo que acabo de decirle a usted. Puesto que usted no tiene valor...

—¿Valor?—suspiró la señora Villard—¡Ay, pobre amigo!

—Yo no soportaría nunca lo que usted soporta desde hace tres meses...

—Desde hace treinta años.

Y se apoyó contra la barra del ventanal abierto hacia el mar. Todo estaba azul: el cielo, la playa, la ciudad y la rada.

—He dicho desde hace tres meses...

—He entendido bien.

Encontrábanse en el gabinete de trabajo que Gerónimo acababa de dejar. ¿Acaso se debía trabajar en tan hermosa tarde?

—Si usted me ha entendido, querida, comprenderá que es necesario resistir. A la edad de Gerónimo las pasiones se convierten fácilmente en criminales. ¿Ha entendido usted bien?

—Comprendido.

—Pero usted no resiste, María; yo la quiero como una hermana, he sido testigo de su martirio...

—¿Testigo? ¡Cómplice!

—Es una calumnia. He hecho cuanto he podido por evitar esas constantes humillaciones. Pregúntele usted a él mismo.

—Pero si hasta me ha enamorado usted, Benjamín...

—Verdad; le he hecho a usted la corte y si usted hubiera correspondido a aquella amistad sentimental,—porque yo también soy sentimental—él se hubiera convertido en un marido celoso y nosotros hubiéramos ganado la partida.

—¿La habremos perdido?

—La hemos perdido. Ayer tarde cuando me presenté a él lo encontré tendido en el diván y esa muchacha... Apenas me saludó.

—Con todo, ella no es mala.

—Ya; ¡es deliciosa!...

—Repito que no es mala.

—Gerónimo me recibió como un perro gritando: ¿Quién te ha permitido regresar sin orden mía? Le respondí con la franqueza que me caracteriza.

—Realmente, no era posible que usted permaneciese en Burdeos por más tiempo, sin noticias y sin dinero. Por iguales motivos Mauricio volvió la semana pasada.

—¿Y no encuentra usted escandalosa semejante indiferencia?

—El pobre ha trabajado mucho y descansa.

—No; él se mata. Esa muchacha...

—Benjamín; mi hijo murió con la cabeza apoyada en las rodillas de ella.

—María, es usted una santa.

—Soy su esposa y lo comprendo.

—Una santa sí, porque acepta...

—¿Qué yo acepto?

—En una palabra, querida, que está enamorado y bien enamorado. Otras han sido meros caprichos.

—Sí, creo que él la ama.

*

De pronto, en armonía con la alegría de aquella hermosa tarde, oyéronse alegres risas en el jardín. Abrióse la puerta y Alina Dufresne se detuvo en ella, sin aliento.

—¡Oh, dispone usted señora!...

Detrás de la joven apareció Mauricio Villard diciendo:

—¡Mamá, venimos corriendo como galgos!

Silencio grande; una parada en seco: situación embarazosa. Los grandes ojos de la señora Villard interrogaban. Al fin, preguntó:

—¿Tu padre no estaba con vosotros?

—Estaba hace un momento. Creímos encontrarle aquí y hemos venido a buscarle. ¿Te marchas, mamá?

Dirigióse ella a la puerta que comunicaba con la casa.

—Es la hora de mi siesta, hijo mío. Y salió de escapada. El joven la alcanzó y le dijo en voz baja:

—Mamá, quisiera hablarte...

Le rodeó los hombros con el brazo. La señora Villard aparecía empequeñecida. Mauricio murmuró a su oído:

—Tengo algo que decirte...

Ella accedió.

—Puedes venir a mi cuarto. Tú sabes bien...

—Que no cierras los ojos cuando dices que vas a dormir tu siesta?

—Sí;—contestó ella con acento desfallecido, y salieron.

*

—Así, pues, señorita Dufresne, usted juega a las escondidas con el hijo del dueño? ¡Ah puede usted vanagloriarse de haber triunfado!

—¡Oh, no, señor Tronchet; de ningún modo, puesto que usted ha regresado!

—No se me ha vuelto a llamar señorita, y le ruego que no se ría, porque es impropio. He dejado a Burdeos y he vuelto para poner término a la situación que usted ha creado, situación que no sólo es penosa para los colaboradores de Gerónimo Villard, que lo tiene abandonado todo, sino también muy dolorosa para una mujer a quien yo venero.

Entonces el carro de la Remington, bajo la mano de la joven, se deslizó de izquierda a derecha *zin, zin,* y de derecha a izquierda *tac, tac.*

—Señorita Dufresne, le estoy hablando...

—¡Qué feo es usted, señor Tronchet!

Y el dedo de acero siguió golpeando sobre la hoja de papel *zin, zin, tac, tac.*

—Señorita Dufresne, tengo el deber...

—De dejarme trabajar, caballero.

—¡Oh, paréceme que no trabajaba usted mucho cuando corría por el jardín! Le repito que estoy en el deber de intervenir...

—Y yo, señor de Tronchet, le cedo mi puesto.

—¿A dónde va usted?

—No tengo que darle cuenta.

—Ya lo veremos.

—Cuando usted haya aprendido taquigrafía.

Una vez más ella se le rió en sus narices; después se escapó en busca del potente sol que alumbraba el jardín, la playa, la ciudad y la rada.

—¡Ah, la muy pelleja!—murmuró Benjamín encogiéndose de hombros. E inclinándose sobre la Remington trató de leer la carta interrumpida, pero no pudo entender más que estas palabras *chist, chist, chist.* Irguióse, bajó los párpados, arrancó el papel del rodillo, lo dobló con cuidado y se lo guardó en el bolsillo. Después, haciendo una mueca a la ventana y al sol primaveral, dirigió una mirada despreciativa al diván de los adulterios.

*

Cuando Gerónimo Villard y el doctor Lechantre entraron en aquel gabinete de trabajo donde tantas audaces resoluciones se habían tomado, no había en él más que los planos colgados de las paredes, las mesas de dibujo y la Remington abandonada. Villard andaba pesadamente con el mentón caído sobre el pecho graso y prominente; el médico marchaba a saltitos con la mitad del rostro oculto detrás de unas gafas de armadura de carey.

—No la molestes, Gerónimo, no la molestes, que es la hora

de su siesta. Díle sí, de parte mía que, que si te cuidas, vivirás.

—¿Estás loco, doctor? Si le digo eso, va creer que moriré mañana.

—Te morirás mañana si no te cuidas. Es preciso que ella lo sepa.

—¿Y es así como tú conservas el secreto profesional?

—Lo respeto... hasta cierto punto.

—¿Quieres decir con eso que yo ya acabé?

—No, querido, no has acabado. Tú has abusado de la naturaleza y ésta recobra sus derechos. El macho de las abejas no se une a la hembra más que una vez y en seguida muere. ¿Cuántas veces te aproximastes tú a las hembras?

—¿Acaso es eso lo que querías preguntar a mi mujer?

—¡Pillín! A ti es a quien pregunto cuántas veces te has aproximado a las hembras...

—No tengo memoria bastante para responderte. Pero si me hubiera muerto haciendo el amor como el macho de las abejas...

—Ya; lo que te apena no es morir, sino que no podrías volver a hacerlo.

—Lo que me apena es no poder pensar en otra cosa desde que ya no puedo hacerlo.

—Eso pasará y aquello también. De igual modo yo, que te estoy hablando...

Y las enormes gafas montadas en carey vacilaron sobre la alegre naricilla del doctor que siguió diciendo:

—Se goza de una gran tranquilidad. Los primeros días no diré que la cosa no sea algo deprimente; pero una vez franqueada esa etapa...

—¡Triste etapa!

—Es preciso tener valor y sentir desprecio... Mi mujer y mi querida se enojaban.

—En otro tiempo, querido doctor, las mujeres no ocupaban ningún lugar en mi vida.

—Sí, pero cuando estábamos juntos en el colegio, tú te pusistes la toga viril mucho antes que nosotros.

—Lo que no impedía que a la hora de los exámenes, a todos vosotros me los metiera yo en el bolsillo. Mientras vosotros pen-

sábais en vuestras primitas y les escribíais poemas idiotas, yo gozaba...

—Has gozado demasiado.

—He trabajado demasiado. He combatido siempre contra las personas, jamás contra mis deseos. Así he creado mis obras; y cuando la obra incipiente encendía mi sangre, a la mujer que estuviera cerca de mí, quienquiera que fuese, le ponía yo la mano en la nuca y hacía mi negocio. Después...

—La dejabas dándole una afectuosa palmadita en las mejillas, ¿eh?

—Le conservaba mi amistad.

—¡Oh, y ella quedaría muy satisfecha!...

—¡Pero qué torpe eres!; yo no hablo de ellas; hablo de mí.

—¡Megalómano!

—Eso, sí. Nunca eché de menos a ninguna querida; pero jamás he consentido que una mujer que haya sido mía, sea desgraciada.

—¿Cómo?...

—Que la faltase dinero, que cayese en la miseria. Pregunta a Benjamín.

—¡Vaya un ente!

—Pregúntale cuánto dinero mando todos los meses a ciertas amigas, de las cuales no conservo ningún recuerdo, ni siquiera el de sus fisonomías.

—Gerónimo, eres un tipo raro. Si yo tuviera tiempo para ello, escribiría un estudio sobre tu personalidad, al que titularía *La sexualidad y la energía.*

—Cuando la sexualidad fenece la energía muere también.

—¡Extremadamente curioso!.

—¿Para quién crees tú que he trabajado?

—Creo que has trabajado para satisfacer tus pasiones.

—Eres demasiado sencillo, medicastro. He trabajado porque mis pasiones me creaban deberes, deberes que no eran más que una sensibilidad dispersa; tengo un hijo de veinte años, en San Francisco, que me escribe; en Saigon, tengo una pilluela de catorce años cuya fotografía recibí el día de Navidad. Y así otros muchos por dondequiera.

—Lo cual resulta muy caro. Te compadezco.

—No me compadezcas. Esa ha sido toda mi vida.

—Sigue.

—¡Y eres tú quien me prohibe continuar!

—No soy yo, es tu corazón el que no quiere seguir ese camino. Te puse el cardiógrafo y has podido leer en el disco: tu tensión arterial es tan baja que al menor esfuerzo...

—¿Perdido? ¿No?

—Vive de tus recuerdos, manda cheques; pero no pases de allí.

—Si llego a perder la confianza en mí no enviaré más cheques...

—Eso, Gerónimo, me parece algo más hondo; yo habría apostado que tus cheques significaban generosidad hacia cada una de tus conquistas; el hombre, que nace de una mujer jadeante, cree que el mundo le pertenece.

—Es verdad.

—Te admiro, Gerónimo; hace más de cuarenta años que te admiro.

—Eso mismo que me dices me lo escribistes al pedirme que te hiciera venir al Havre.

—No seas malicioso; que esa es la característica de la impotencia.

—Me vuelvo malicioso porque no trabajo; ayúdame.

—Con todas mis fuerzas. Yo bromeo con frecuencia, pero soy un pobre hombre que siempre ha vivido para sus semejantes. ¡Si tú supieras lo que yo he visto a través de mis gafas!...

—Mírame a través de esas gruesas gafas, doctor; mírame y díme si has visto nada más trágico que yo...

—Sí; he visto morir a un agente electoral y orador de barrio, con un cáncer en la lengua.

—¿Y no le distes bastante morfina? Hicistes mal.

—Vivió algunos meses, después de una inútil operación, divirtiéndose como un niño con las pequeñeces de la vida. Pero tú no estás perdido, tú sencillamente estás...

—¿Agotado?

—Tienes la respiración algo corta. Vamos, toro, quiere a tu mujer; ya llegó la hora.

—La quiero; pero esa es otra cosa distinta. Cuando yo era lo que ya no soy, nunca la hice sufrir.

—¿Qué dices?...

—Hoy sufre porque está celosa...

—¡Naturalmente!

—¿Por qué dices "naturalmente"?

—Esa es la comidilla de los habitantes del Havre: tienes una querida en casa.

—¿Estás loco? Ya te he dicho que yo no puedo...

Nuestros clientes mienten siempre; pero ya adivino la causa de tus vértigos. Esa muchacha te aniquila...

Sobre los estrechos hombros del doctor Lechantre cayeron las pesadas manos de Gerónimo Villard.

—No la he poseído—dijo—y *estoy enamorado de ella.*

—Otra característica de la impotencia, dos síntomas que no engañan: amor y maldad.

—La primera tarde que ella pasó aquí fué la del día en que el *Verdun* salió del Havre.

—Hay tres meses de eso.

—Yo me encontraba sobrexcitado por el resultado obtenido, y por el recuerdo de los esfuerzos que había hecho y quise...

—¿Y no pudistes, eh?

—¡Y no pude! Ella habría cedido, yo la sentía vibrar... Sentí un vértigo, del que ella no se dió cuenta; mientras tanto, me refería gentilmente lo que ella y su familia habían sufrido en 1914.

—Se dice que tu hijo Enrique...

—Murió apoyando la cabeza sobre las rodillas de esa muchacha. Me habló de eso también... Después de aquel día me he sentido completamente avergonzado en su presencia.

—¿Por el recuerdo de Enrique?

—Completamente corrido te digo. Ella cree que es por el recuerdo de Enrique.

*

Dos puertas se abrieron, la que comunicaba el gabinete de trabajo con la quinta y la que conducía al jardín. Por la primera entró Mauricio Villard; por la otra Alina Dufresne. El doctor Lachantre dando saltitos delante de la joven la saludó.

—¡Encantado, señorita!... La conocía a usted de oídas. Es necesario cuidar a este gran hombre que se recarga de trabajo.

Después saltando delante de Mauricio:

—¿Cómo estás, gordito? ¡Magnífico, ¡ah!; Gerónimo, tú no has robado tu apodo; has obtenido hermosos productos!

Y aplicaba sonoras palmaditas en las nalgas del "hermoso producto". En presencia de aquel hombrecito agitado, Alina abría los ojos con asombro.

—Es un excéntrico—dijo Gerónimo Villard—, pero al mismo tiempo un amigo incomparable.

—Oiga, oiga doctor; no tan fuerte,—dijo riendo Mauricio.

Salió el sol; las moscas zumbaban en lo alto del cielo raso y se produjo una apariencia de felicidad; Mauricio oyó que el doctor murmuraba en su oído:

—Tengo que hablarte, muchacho. Échalos fuera.

Y así que Gerónimo y la joven salieron, el doctor continuó:

—¿Tienes confianza en mí?

—Siempre, doctor.

—Tu padre...

La mano regordeta del médico imitó un golpe de guadaña.

—Si él no cambia de vida y de medio ambiente, entonces... y repitió el gesto.

—¿Él?—interrogó Mauricio con extrañeza.

—Créeme o no me creas: los hombres corpulentos caen de un solo golpe: el corazón les flaquea. ¿No has oído alguna vez latir tu corazón, muchacho? Ya lo oirás cuando seas viejo. Hablo del músculo, no de las fantasías de los poetas. Hay más poesía en esa víscera que en todos los ensueños de aquellos melancólicos. Cuando tu madre te concibió, y mucho tiempo antes de que hubieras salido de su vientre, tu corazón trabajaba ya. Durante el tiempo que ha estado realizando su tarea—, y Dios sabe cuánto se lo han impedido el tabaco, el alcohol, las mujeres y todos los espasmos—, marchamos sin oír las quejas de ese obre-

ro oculto. Suele decirse: "el corazón se me desgarra"... en las cartas que se escriben a las queridas; y ese pobre corazón trabajador envía a la mano mentirosa la sangre que necesita para que los dedos escriban la carta... Cuando el amante embustero ha encontrado la nueva querida, el corazón envía la sangre necesaria a... tú sabes a donde la envía. Tu padre ha abusado frecuentemente de esa obediencia misteriosa; pero el divino esclavo no quiere más; renuncia a toda obra, a todas las tareas, hasta a las más indispensables, las que nutren el cerebro y el vientre; todavía trata de obedecer y entonces enloquece. La víscera a la que debemos elevar altares y templos, desfallece y ese hombre fuerte sucumbió...

*

—¡Hola, buenas tardes, doctor. ¡Salud!

—Buenas tardes, señor Tronchet. Hombre, hablábamos precisamente de usted Mauricio y yo.

—¿Con qué motivo?

—Decíamos que tiene usted mal semblante. ¿No funciona bien su hígado? Es preciso curarse, mi amigo.

—Me cuido doctor, me cuido. Pero yo creía que usted había venido para ver a Gerónimo.

—El hígado, querido Tronchet, es un amplio albañal que se lleva todas las porquerías de nuestro organismo; en tanto que el filtro renal purifica nuestra sangre, el hígado se ocupa en trabajos menos nobles. Usted está enfermo del hígado señor Tronchet.

—Pues no lo sabía...

—¿Me permite examinarle los ojos?

—¡Ay!

—La conjuntiva está pálida y el cristalino inyectado de bilis. Tiene usted la vesícula biliar en mal estado. ¿No tiene usted náuseas al despertar?

—A veces.

—¿Sus deposiciones son numerosas y poco efectivas?

—Sí.

—El clima del Havre no le conviene, señor Tronchet. ¿Qué piensas tú, Mauricio?

—No sé qué pensar.

—Eres un badulaque. Le prescribo...

Y no formuló la prescripción, sino que hizo una pirueta porque en aquel momento la señora Villard entró en el gabinete de trabajo.

—¡Ah, aquí tenemos a la belleza equilibrada!—exclamó.—Beso sus manos, querida amiga.

Y se las besó a la vez que sus gafas de carey rozaban la frágil muñeca de la dama.

—¡Cuántos cumplimientos, doctor!—murmuró ella—; usted se burla.

—No lo permita Dios. Usted ha hecho este muchachón y los otros. Quien no se inclina ante usted, es un tonto.

Benjamín Tronchet dando un codazo a Mauricio, le dijo:

—Este hombre exagera.

Mauricio, inquieto, con el mentón caído sobre el pecho ya graso, interrumpió las efusiones.

—Doctor, ¿quiere usted que le lleve a su casa?; tengo mi coche a la puerta.

—Su coche. ¡Ah, millonario! ¡yo vine en tranvía!

Saludó a saltitos y se marcharon.

—¡Un títere!—dijo Benjamín Tronchet a la señora Villard, cuyo semblante tenía todas las claridades y todas las sombras del drama.

*

—Mauricio acaba de hacerme algunas declaraciones que me han espantado, Benjamín.—Él ama también a esa muchacha.

—¡Bravo! esto me satisface mucho. Veamos lo ocurrido durante mi ausencia. Villard me dijo "Véte Tronchet, no te necesito. Eres un *minus habens,* un aguafiestas. Lárgate, mi viejo coleóptero. Ya te llamaré". Ahora se me manda a buscar y encuentro la casa revuelta de arriba abajo.

—Soy desgraciada, amigo mío; evíteme usted mayores penas...

—Soy todo de usted, pero también suelo dar saltos como el doctor Lechantre.

—No sea usted grotesco, Benjamín; usted vale más que el doctor.

—Valgo más que él, amiga mía; mas, ¿en qué me han convertido? El amo tiene razón, siempre tiene razón, constantemente tiene la razón; no puede equivocarse... Ta, ta, ta.

—La locura ha entrado en esta casa.

—¿Quién lo duda? Es usted muy ingenua. Acérquese a la ventana y mire: ¿No encuentra bastante cómico a Gerónimo? Trata de ser amable, ofrece flores, sólo falta una cabaña. Cuando un hombre como él cae en el cautiverio, se le encierra.

—La locura ha entrado en esta casa. He luchado año tras año siendo el centinela del hogar.

—Sí, el grillo que cantaba la canción inútil...

—No es verdad; la canción no era inútil; monótona y todo; con ella adormecía yo la fatiga del que siempre regresaba...

—¡Véalo, tan gentil! Deshoja rosas porque ya no quedan margaritas por deshojar.

—Yo le he visto iguales galanterías con otras; mas él siempre volvía a escuchar el grillo. Él volverá, no lo dudo; pero lo horrible es que...

—Hable usted; soy hombre reservado y tengo carácter.

—Mauricio ha venido a mi cuarto a pedirme que le permita...

—Le ha pedido a usted permiso para...

—Permiso para casarse con esa muchacha, de quien me dice que ya pertenece a nuestra familia, puesto que Enrique murió con la cabeza apoyada en sus rodillas.

—¿Y qué le ha contestado usted?

—Que pida el permiso a su padre.

*

La dulzura del crepúsculo de la tarde.

—¿Está, usted ahí, niña?—pregunta Gerónimo Villard.

—Sí, señor;—contesta ella con las manos extendidas sobre el teclado de la Remington, aparentando una completa sumisión.

Gerónimo siguió dictando: *Su carta del 30 de mayo...* Y se detuvo diciendo:—No sigo; esta tarde, vacaciones.

—Usted me ordenó le recordara que esta carta espera contestación hace más de una semana.

—Que espere hasta mañana. Y rechazando la silla, púsose de codos en la ventana.

—Al menos que no sea como hoy, día de vacaciones. Todo esto me fastidia; me aburre... Niña, ¿ha pensado usted alguna vez en la muerte?

—He visto morir a muchas personas junto a mí para pensar en ella.

—No hablo de la muerte de otros, sino de la de usted.

—Pienso en ella caballero, cuando estoy muy cansada. Mas ahora que usted ha venido en mi ayuda...

—Yo no le doy motivo para que usted se fatigue; todo me es indiferente. Venga usted aquí, niña.

—Pero, señor ¿y la carta?...

—Venga usted aquí. Vamos, obedezca, más cerca.

—No quisiera estar tan cerca de usted, señor.

—¿Tiene usted miedo? Hace tres meses que trabajamos juntos y todavía le inspiro miedo?

—Tengo miedo y debo decirle que prefiero marcharme. Usted ha sido muy bondadoso...

—Algo brutal, la primera tarde ¿eh? ¿Por qué no se marchó usted en seguida?

—Por cobardía. Cuando uno no tiene dinero, es cobarde. Además, me creía protegida.

—Más protegida de lo que usted se cree.

—No quiero que usted me agarre por los hombros, como lo acaba de hacer hace un momento en el jardín.

—No la agarraré más por los hombros.

—Tampoco quiero que me dé usted siempre la razón, como si...

—¿Como qué? Yo la obedezco como si la amase.

—No quiero que usted me ame.

—Entonces, la agarraré por los hombros, y la traeré así, bien cerca de mí. No se defienda, no soy peligroso.

—Si usted no es peligroso me quedaré; tengo piedad.

—¿Quiere usted callarse? La piedad me causa horror.

—¡Déjeme!

—¿Ve usted que todavía soy bastante... vigoroso para no inspirar piedad?

—Usted sufre, señor; a no ser por eso, hace tiempo que me habría marchado.

—¿Que se habría marchado? ¿A causa del diván o de las cartas de la caja?

—Me habría marchado.

—Quédese usted; apóyese en mí.

—¡Señor, déjeme usted!...

—No; apóyese en mí; usted es una niña inquieta y yo un pobre viejo afligido. ¿Verdad que está bonito el crepúsculo?

—Le ruego que me suelte, señor.

—¿Está usted perturbada?

—Le ruego...

—Sea. Quedémonos cada cual en su rincón; usted allí, yo aquí y entre los dos, el crepúsculo.

—Señor Villard, tenga usted piedad de mí; estoy indefensa.

—¡Y tiene usted veinticinco años! ¿Qué diría si tuviera cincuenta?... ¡Hija mía, he amado tánto la vida!

—Eso es lo que me ha conquistado; su amor al trabajo, su obra entera.

—¡He amado tánto la vida!... Ay, he marchado muy de prisa, o tal vez esa misma vida es la que se ha apresurado. Ahora me detengo, y quizás sea usted, niña, la que me detiene, aunque demasiado tarde.

—No tal, señor Villard. Yo no soy más que su secretaria, y si usted me lo permite, una amiga bien agradecida.

—Usted es mi pesar. He descubierto...

—Calle usted, señor Villard, ¡Si su esposa estuviese aquí!... No quiero que me diga usted nada que no pueda oír la señora Villard.

—Ella está celosa y tiene razón para estarlo. Cuando éramos novios fuí con ella lo que he sido con otras: impaciente. Después, el trabajo, esta fidelidad de corazón que me impide tener demasiados remordimientos... Más tarde vinieron los hijos, creamos la familia; pero el instinto ha persistido... Sí, el di-

ván... He ido demasiado de prisa, sin maldad desde luego. No hace mucho tiempo que por burla o envidia me apodaron *El Toro.* Y bien: he derribado a todos aquellos que se me han atravesado en mi camino; pero ya esto se acabó; el toro ha descubierto el amor y se arrodilla... La amo a usted, señorita; la amo sin esperanza, sin deseos, sin violencia; sencillamente la amo.

Gerónimo, que no se había acercado a la señorita Dufresne, parecía hablar con el crepúsculo. Ella, por su parte, contestó como dirigiéndose también al crepúsculo:

—¡Qué triste cosa para mí!.. Creí encontrar una casa, una familia...

Y sintió deseos de llorar.

—¿Será a usted a quien amo?—interrogó Gerónimo—. La mujer que se encuentra ese día no se olvida.

—¿Cuál día?

—Aquel día que no la violé a usted.

Ella bajó la cabeza, e inclinando el busto apoyó la frente en las manos.

—Señor, le compadezco a usted y me compadezco también.

Gerónimo contestó sin mirarla:

—Los dos estamos en la puesta: crepúsculo de la mañana y crepúsculo de la tarde, son idénticos...

El mar a lo lejos reflejaba los últimos rayos del sol poniente.

—Señor, esta carta que usted tiene que dictarme hace una semana que espera.

—Esta tarde, Alina, he consultado a un médico, por primera vez de veinte años a hoy. Lo que él me ha dicho es la venganza de aquellas a quienes he olvidado.

*

—¿Estás ahí, padre?

—Aquí estamos, Mauricio.

Y el muchacho, con voz dulce, sin el menor asomo de celos murmuró:

—¡Qué admirable tarde!

—La primavera—respondió Gerónimo.

—El verano. La tierra transpira y las flores...

—Sí, el perfume del estío.

—Ni un soplo de viento mueve las hojas.

Entre la joven silenciosa y su padre, Mauricio se apoyó de codos en el alféizar de la ventana.

—Sí, ni un soplo de aire—ratificó Gerónimo Villard.

—Ni una nube—agregó Mauricio—. Aquí el mes de junio es admirable.

—¡Admirable!—repitió Gerónimo.

—¡Se respira! ¿Tú respiras bien, padre?

—¿Te inquieta mi salud? Vamos, te marchastes con el doctor Lechantre y seguramente te habrá dicho...

—Que debías cuidarte, papá.

—¡Qué bromista! No estoy enfermo; pregúntale a la señorita Dufresne.

—Señor Villard, usted debiera escuchar los consejos de los que le aman.

—¡Si yo no estoy enfermo!... Los hombres como yo no se enferman; caen de repente, y yo estoy de pie todavía.

—Sin duda, padre; pero te fatigas...

—¿Que me fatigo? ¡Si hace tres meses que no trabajo! ¿No es verdad, niña?

—Usted trata de trabajar, pero renuncia a seguir.

—¡Toma! Renuncio porque eso no me divierte ya. Así, esta tarde debía escribir una carta que el viejo Schreiner juzga muy importante y no he logrado escribirla en toda la semana. He preferido observar el crepúsculo. Cuando tengas mi edad, comprenderás lo que me pasa.

El muchachón a quien se le llamaba "pequeño" rozó el brazo de Alina Dufresne. Volvióse ella hacia él y con la mirada descubrió su angustia. Él trató de desviar el tema de la conversación.

—Padre, a propósito de esa carta, ¿quieres que sea yo quien?...

—¿Quien la dicte? Sí, te autorizo para ello; la pequeña te dará los informes necesarios... Vayan, hijos míos; yo me quedo aquí. Vaya a su buró, señorita, tráigame la carta para firmarla.

Gerónimo se quedó solo, prestando oído atento al ruído de su corazón. La noche avanzaba.

¿Él, un hombre tallado para las batallas, que había combatido durante su vida toda, ¿tendría que renunciar a la lucha?...

La noche seguía avanzando.

—Gerónimo. ¿Estás ahí?

—Aquí estoy, María; ¿qué me quieres?

Y pronunció estas palabras sin volver la cabeza hacia su esposa, hacia el pasado.

—Gerónimo, yo quisiera...

—Habla, habla; te escucho.

—Soy desgraciada.—Y aproximándose a la ventana, se apoyó de codos en el alféizar, en el mismo sitio que Alina Dufresne ocupaba momentos antes.

—Desgraciada tú, ¿por qué?

—Cuando te lo haya dicho, todo habrá concluído.

—Pues no lo digas. Ven y bésame; yo soy también desgraciado.

Ella lo besó en el ángulo de la quijada, su rincón de antaño.

—¡Ah, Gerónimo, si supieras!...

—Lo sé.

—Despídela, como has despedido a las otras.

—¿Por eso es por lo que te juzgas desgraciada? La despediré; todo me es igual.

—Yo creía...

—Tú tenías y tienes razón; no la despediré; no he dormido con ella.

—¡Qué brutal eres!...

—Quéjate, sí; pero recuerda que con la fuerza de mi garra te he hecho vivir.

—¿Ella no es, pues, tu querida?

—No.

—No lo creo.

—Tanto peor para ti. Sufre por gusto.

—¡Gerónimo!

—¿María?

—Yo lo he aceptado todo porque tú volvías a mí. Vuelve ahora.

—Tengo el más vivo deseo de complacerte; mas por desgracia...

—¡Vuelve, Gerónimo!

—No puedo, lo que fué no es; sólo me quedan los recuerdos.

—¡Gerónimo, vuelve a mí! Esa mozuela te ha embrujado.

—Ella no es una mozuela.

—Júrame que tú no has...

—¿En el diván? No: ¿y para qué jurar si tú no me vas a creer?

—Trataré de creerte.

—¿Como antaño? ¡Pobre mujer! Te he ofendido tánto...

—¿Me quejé alguna vez? ¿No te he comprendido siempre?

—Sí, es verdad, tú aceptabas a las esclavas y no sufrías.

—Pero ésta no es una esclava. Desde que entró en esta casa tú no trabajas.

—Ni trabajo más, ni tampoco he dormido con ella.

—¡Pruébamelo! Te voy a pedir algo más serio que un juramento: tu hijo la ama y desea casarse con ella.

—Muy bien, que se casen. Todo me es indiferente.

BINET VALMER.

(Concluirá.)

LA TRAGEDIA DE LA MUSA

(Cuento)

Traducción del Dr. Francisco José Castellanos (*)

ANYERS, después, gustaba de pensar que él había reconocido a la Sra. Anerton desde el primer momento; pero, naturalmente, era un absurdo, toda vez que él nunca vió un retrato de ella,—ella afectaba un estricto anónimo, negando su fotografía hasta a los más privilegiados—, y cuanto él supo por la Sra. Memorall, cuya amistad ella reverenciaba y cultivaba, lo había podido resumir en la frase impresionista: "Oh, sí; ella es como uno de esos cuadros viejos en que las líneas valen por el color."

De todos modos, él tenía la certeza de haber estado pensando en la Sra. Anerton cuando almorzaba en el comedor, vacío, del hotel, y de que, mirando, mientras se acercaba, a la mujer que se sentó en la mesa próxima a la ventana, él se dijo a sí mismo: "Debe ser ella".

Desde sus días de Harvard,—era bastante joven para pensar que estaban inmensamente lejos—, Danyers había soñado con la

---

(*) Francisco José Castellanos, muerto en octubre de 1920, fué un fino espíritu que por su devoción a la buena literatura y por su recio aprendizaje, hubiera figurado entre los jóvenes más representativos de nuestra ideología actual. De él quedaron numerosos papeles—ensayos, diálogos, traducciones—que ahora van a ser editados en París. El cuento de Edith Wharton, por él traducido, que Cuba Contemporánea se complace en ofrecer a sus lectores—¿no es la primera vez que se publica en español un trabajo de la escritora norteamericana?—es uno de los más delicados y perfectos de la notable mujer de letras, de reputación cimentada, y pertenece al libro *The Greater Inclination.*

Sra. Anerton, la *Silvia* de la inmortal serie de sonetos de Vicente Rendle, la "Sra. A." de la *Vida y cartas*. De su nombre eran urna muchos de los más nobles versos ingleses del siglo diez y nueve,—y de todos los siglos, pasados y venideros, como aun creía Danyers desde el punto de vista de un juicio más maduro. La primera lectura de ciertos poemas—del *Antínoo*, de *Pia Tolomei*, de los *Sonetos a Silvia*—habían hecho época en la vida de Danyers, y los versos parecían ganar en madurez, amplitud y sentido, según se iba llevando a su interpretación una mayor experiencia de la vida, una capacidad emocional más delicada. Así como en su juventud advirtió sólo la perfecta, la más austera belleza de la forma, el juego sutil de las vocales, el ímpetu e integridad de la emoción lírica, ahora se conmovía con la precisa y concentrada significación de cada línea, con el poder alusivo de las palabras; aquí y allá inducía su imaginación nuevos caminos del pensamiento, siendo un estímulo constante la idea de que, detrás de las que descubría, quedaban aún, sin explorar, maravillosas regiones. Danyers había escrito en la Universidad con ocasión de la muerte del gran hombre, un ensayo, premiado, sobre la poesía de Rendle; había ajustado la poesía fugitiva de su propio período de *Sturm und Drang* a las formas que Rendle había dado, primero, al verso inglés; y cuando apareció, dos años más tarde, la *Vida y cartas*, y la "Silvia" de los sonetos se encarnó en la "Sra. A.", él incluyó, en su culto a Rendle, a la mujer que había inspirado no sólo aquellos divinos versos, sino una prosa tan movida, incomparable y tierna.

Danyers no olvidó nunca el día en que la Sra. Memorall hizo mención de su amistad con la Sra. Anerton. Conocía a la primera desde hacía más de un año, clasificándola, con algo de desdén, entre la especie de mujer que hace excursiones baratas a las celebridades. Una tarde, al echar en su te otro terrón de azúcar, ella advirtió:

—¿Así está bien? ¡Es Vd. tan singular como María Anerton!

—¿María Anerton?

—Sí. Yo nunca puedo recordar cómo le gusta el te. Si es limón con azúcar, o limón sin azúcar, o leche sin ninguno de los dos, ni si ha de echarse en la taza antes de echar el te. Y si

una lo ha olvidado, y se equivoca, hay que empezar de nuevo. Pienso que debe ser ese el modo de Vicente Rendle de tomar el te, convertido en un rito sagrado.

—¿Vd. conoce a la Sra. Anerton?—exclamó Danyers, alterado por aquella descuidada familiaridad con las costumbres de su diosa.

—*¿Y no vi a Shelley una vez?* ¡Oh, gracias, sí! Ella y yo estuvimos juntas en el colegio (ella es americana, como Vd. sabe); estuvimos en una *pensión* en los alrededores de Tours cerca de un año; entonces ella regresó a New York, y no la volví a ver hasta después de su boda. Ella y Anerton pasaron un invierno en Roma, cuando estaba mi esposo de agregado en nuestra Legación allí, y ella pasaba grandes ratos con nosotros.—La Sra. Memorall sonrió con una reminiscencia: "Fué *aquel* invierno."

—¿El invierno en que se conocieron?"

—Precisamente. Por desgracia, yo salí de Roma antes de que ellos se reunieran. ¿No fué muy lamentable? Yo debí aparecer en la *Vida y cartas*. Vd. sabe que él habla de aquella estúpida Madame Vodki, en cuya casa la vió por primera vez.

—¿Y la vió Vd. a menudo después de eso?

—No durante la vida de Rendle. Vd. sabe que ella vivió en Europa todo el tiempo, y aunque yo acostumbraba visitarla siempre que estaba allá, ella parecía siempre tan embargada y llena de preocupaciones, que me sentía que no era deseada. El hecho es que ella sólo puso atención a los amigos de él, apartándose cada vez más, de su propio círculo. Ahora, naturalmente, es otra cosa; ella está terriblemente desolada; me escribe a veces, y cuando supo, el año pasado, que yo salía, me pidió que nos reuniéramos en Venecia, y allí estuve con ella una semana.

—¿Y Rendle?

La Sra. Memorall sonrió sacudiendo la cabeza.

—¡Oh! a mí no se me dió ni siquiera atisbarlo: ninguna de las amistades de ella lo vió más que por accidente. Dicen las malas lenguas que por eso ella pudo conservarlo a su lado tanto tiempo. Si alguien llegaba estando él, a él lo empujaban al estudio de Anerton, y el marido hacía guardia hasta que se marchaba el visitante inoportuno. En esto, sabe Vd., el marido era mu-

cho más ridículo que su mujer. María era demasiado inteligente para perder la cabeza, o, por lo menos, para dejar ver que la había perdido; pero Anerton no podía disimular su orgullo de la conquista. Yo he visto palidecer a María cuando él hablaba de Rendle como de *nuestro poeta.* Rendle había de tener siempre un sitio fijo en la mesa, lejos de la corriente y no muy cerca del fuego; y una caja de cigarros que nadie podía tocar; y una mesa de escribir, de él, en la estancia de María; y Anerton siempre contaba con alguna de las idiosincrasias del gran hombre: cómo jamás cortaba la perilla de los cigarros, aunque Anerton, él mismo, le había regalado un cortador de oro, con un zafiro, y qué desarreglada estaba siempre su mesa, y cómo la criada tenía que llevar a su señora el cesto de papeles antes de vaciarlo, a fin de que algún verso inmortal no se arrojara a la basura.

—¿Los Anerton nunca se separaron?

—¿Separados? No diga Vd. eso. Él nunca hubiera podido separarse de Rendle. Y, además, él estaba encariñado con su esposa.

—¿Y ella?

—¡Oh! Ella vió que él era de esos hombres predestinados a ponerse ellos mismos en ridículo, y nunca se interpuso ante sus naturales tendencias.

Danyers supo así, por la Sra. Memorall, que la Sra. Anerton, —cuyo marido murió algunos años antes que su poeta—, dividía ahora su vida entre Roma, donde tenía un pequeño departamento, e Inglaterra, donde, ocasionalmente, estaba con aquellas amistades de ella que lo habían sido de Rendle. Durante algún tiempo después de su muerte, ella se dedicó a la edición de algunas obras de su juventud que él había dejado a su cargo; pero, habiendo terminado esa labor, quedó sin ocupación definida; así, la Sra. Memorall, al reunirse con ella la última vez, la encontró omisa y desanimada.

—Lo echa de menos con exceso. Su vida está excesivamente vacía. Yo se lo dije: le dije que debía casarse.

—¡Oh!

—¿Y por qué no? Es todavía una mujer joven; lo que mucha gente llamaría joven,—añadió la Sra. Memorall, mientras en el

paréntesis, dirigía una mirada al espejo.—¿Por qué no aceptar lo inevitable, y comenzar de nuevo? Ni todos los caballos del Rey, ni todos los caballeros del Rey devolverán a Rendle a la vida... Y, además, ella no se casó con él cuando tuvo la ocasión...

Danyers retrocedió ligeramente ante esta ruda confianza con su ídolo. ¿Era posible que no observara la Sra. Memorall qué anticlimax hubiera sido semejante matrimonio? ¡Imaginar a Rendle haciendo de Silvia una mujer honrada!—porque así lo hubiera interpretado la sociedad... ¡Cómo hubiera hecho vulgar el pasado de ellos esa reparación, equiparable a la *restauración* de una obra maestra! ¡Y qué exquisitas debían ser las percepciones de una mujer que, defendiendo las apariencias y hasta quizá su inclinación secreta, prefirió ir como Silvia a la posteridad, más que como la esposa de Vicente Rendle!

De este día en adelante, la Sra. Memorall adquirió interés a los ojos de Danyers. Era como un volumen de memorias dispersas y discursivas, a través del cual él se afanaba perseverantemente, con la esperanza de encontrar escondida, entre capas empolvadas de charla, alguna preciosa alusión al objeto de su pensamiento. Cuando, meses después, él publicó su delgado primer volumen,—en el que figuraba, remodelado, entre una docena de *apreciaciones* algo estudiadas con exceso, su universitario ensayo sobre Rendle—, dió un ejemplar a la Sra. Memorall; y ella lo sorprendió, en su próximo encuentro, con la noticia de que había enviado el volumen a la Sra. Anerton.

Ésta escribió dándole las gracias a su amiga, en el debido tiempo. Danyers gozó el privilegio de leer las pocas líneas en las que, en términos que sugerían el hábito de "agradecer" tributos similares, hablaba de "la sensibilidad y discernimiento" del autor, y de que "muy gustosa acogía la oportunidad", etc. Danyers iba, al marcharse, decepcionado, sin saber claramente qué otra cosa había esperado él.

A la siguiente primavera, cuando se iba él a Europa, la Sra. Memorall le ofreció cartas para todo el mundo, desde el Obispo de Canterbury a Louise Michel. Ella, no obstante, no incluyó a la Sra. Anerton, y Danyers supo en una conversación anterior,

que Silvia no gustaba de "las personas que traían cartas". Supo, también, que ella viajaba durante el verano, y no quería volver a Roma antes de que llegara su aniversario, por todo lo cual no se incluyó entre sus anticipaciones la esperanza de reunirse con ella.

La dama cuya entrada interrumpió su solitario refrigerio en el comedor del Hotel *Villa d'Este*, se sentó de manera que resaltaba su perfil sobre la ventana; y, vista así, la frente curva, la pequeña y arqueada nariz, y el labio desdeñoso, sugerían el contorno de una María Antonieta. Danyers vió, en el vestido y movimiento de la dama,—en la misma posición de su muñeca al verter el café—, igual desdén, el mismo aire de tácita exclusión de cuanto fuera obvio y acostumbrado. Seguramente aquella era una mujer que había tenido siempre contrariedades, y que había sido objeto de un afilado interés. El sirviente le llevó el *Secolo*, y mientras se inclina sobre él, Danyers pudo observar que se hacía gris el cabello que salía de su frente; pero que su cuerpo era recto y fino, y que tenía el regalo inapreciable de una espalda joven.

La invasión de viajeros anglosajones no se había dirigido hacia los lagos, y, hecha excepción de una o dos familias italianas y un joven jorobado, con un *abbé*, Danyers y la señora tenían los corredores de mármol del *Villa d'Este* para ellos solos.

Al regresar de su paseo matutino por las montañas, la vió sentada junto a una de las mesas de la orilla del lago. Escribía, y había sobre la mesa, cerca de ella, un rimero de libros y papeles. Por la tarde se encontraron de nuevo en el jardín. Él había salido a fumar un último cigarrillo después de comer, y la encontró reclinada sobre la baranda del lago, cerca de los escalones que conducen al muelle, bajo las negras bóvedas de los acebos. Al sentirlo aproximarse, ella se volvió, mirándolo. Se había puesto en la cabeza un lazo negro, y debajo de esa penumbra, su cara parecía delgada y desdichada. Después, él recordaba, que sus ojos, al verlo, no expresaban tanta pesadumbre como profundo descontento.

Para sorpresa suya, ella avanzó hacia él, con un gesto que lo detuvo:

—¿El Sr. Luis Danyers?, según creo.

Él se inclinó.

—Soy la Sra. Anerton. Ví su nombre en la lista de viajeros, y quería darle las gracias por su ensayo sobre la poesía de Rendle, o, mejor, decirle cuánto lo aprecio. El libro me fué enviado el último invierno por la Sra. Memorall.

Hablaba en tonos casi melancólicos, como si el hábito de la pronunciación superficial hubiera robado a su voz acentos más espontáneos; pero era encantadora su sonrisa.

Se sentaron en un banco de piedra, debajo de los acebos, y ella le dijo qué placer le había causado su ensayo. Pensaba que era lo mejor del libro; ella estaba segura de que en aquel ensayo él había puesto más de sí mismo que en cualquier otro; ¿se equivocaba al imaginar que él había estado, muy hondamente, bajo la influencia de la poesía de Rendle? *Pour comprendre il faut aimer,* y a ella le parecía que, en cierto modo, él había penetrado el sentido interior del poeta más acabadamente que cualquier otro crítico. Desde luego, había ciertos problemas que él no había tocado; ciertas fases de aquel espíritu proteico que él no había conseguido precisar...

—Pero es Vd. joven—ella acabó con gentileza—y no es posible desearle, por ahora, la experiencia que implica una más completa comprensión.

*

Ella se quedó un mes en *Villa d'Este,* acompañándola Danyers diariamente. Ella mostraba, sin afectación el agrado de estar en su compañía; un agrado que, de un modo tan obvio, se fundaba en su común veneración a Rendle, que podía gozarlo el joven sin temor de ser fatuo. Al principio él fué sólo un mero grano de incienso en el altar de su insaciable divinidad; pero, por grados, iba insinuándose en sus relaciones un tinte más personal. Si al cabo ella gustaba de él porque admiraba a Rendle, por lo menos, y perceptiblemente, ella lo distinguía de la bandada de admiradores de Rendle.

Su actitud en la memoria del gran hombre pareció a Danyers perfecta. Ni proclamaba ni desconocía su propia indentidad. Era

sinceramente Silvia, para los que sabían, y sabían entender; mas no existía huella de Egeria en su actitud. Hablaba con frecuencia de los libros de Rendle, pero rara vez de él; no había conyugalidad póstuma ni uso del posesivo en sus reminiscencias abundantes. No se cansaba nunca de hablar sobre la vida intelectual del maestro, de su manera de pensar y de trabajar. Sabía la historia de cada un poema; junto a qué escena o episodio se evocó cada imagen; cuántas veces se cambiaron las palabras de cierta línea; durante cuánto tiempo se buscó un abjetivo, y qué, al fin, lo había sugerido; hasta podía explicar el verso impenetrable, tormento de los críticos, júbilo de los detractores, la última línea de *La vieja Odisea.*

Observó Danyers que, al hablar así, ella no quedaba reducida a un mero eco del pensamiento de Rendle. Si se podía creer que la identidad de ella se confundía en la de él, era porque pensaban al unísono, y no porque él hubiera pensado por ella. La posteridad se inclina a considerar a las mujeres a quienes han cantado los poetas como perchas ocasionales en que colgaron sus guirnaldas; pero el espíritu de la Sra. Anerton era como un jardín fecundo, en donde, fatalmente, arraigó y floreció la imaginación de Rendle. Danyers empezó a ver cuántos hilos, de su complejo tejido mental, debía el poeta a la fusión de su temperamento con el de ella. En cierto sentido, Silvia misma había creado los *Sonetos a Silvia.*

Ser el guardián del mismo interior de Rendle,—la puerta, por decirlo así del santuario—, desde el principio le pareció a Danyers un privilegio tan comprensivo, que él temió, a medida que avanzaba su amistad con la Sra. Anerton, forzar la entrada de una vida, ya entonces llena. ¿Qué lugar había allí, entre aquellas memorias altaneras, para una actualidad tan insignificante como la de él?

Súbitamente, después de esto, él descubrió que la Sra. Memorall sabía más que él: su venturosa amiga estaba tan contrariada como solitaria.

—Usted ha tenido más que cualquiera otra mujer!—exclamó él una vez; y la sonrisa de ella derramó sobre su desatino un resplandor burlesco. ¡Qué tonto había sido al no ver que ella

no había tenido bastante! Que todavía era joven,—¿acaso cuentan los años?—sensitiva y humana: una mujer; que lo viviente tiene necesidad de lo que vive.

Después, cuando paseaban por las avenidas del jardín colgante, descansando en alguno de los pequeños templos derruídos, u observando, a través de una onda de follaje, el remoto destello azul del lago, no siempre hablaban de Rendle ni de literatura. Ella incitaba a Danyers a hablarle de él, a que le confiara sus propósitos, y le hacía las preguntas que, en la mujer inteligente, son los sustitutivos del consejo.

—Usted debe escribir,—ella decía, otorgándole el más exquisito halago que podían dar labios humanos.

Naturalmente que él quería escribir; ¿por qué no hacer algo grande? Lo mejor de él, por lo menos, con la resolución, desde el principio, de que fuera *lo mejor* lo mejor de él. No parecía posible nada menos, después de recibir aquel mandato. ¡Cómo lo había adivinado ella; cómo había desenvuelto y exaltado sus propias ambiciones, propagando en su espíritu el toque matinal con su creador *Hágase allí la luz!*

Era el último día en que iba a estar con ella, y él se sentía desesperanzado e infeliz.

—Usted debía escribir un libro sobre él,—adelantó ella, generosamente.

Él echó a andar. Ya comenzaban a disgustarle las entradas de Rendle, sin previo anuncio, en la conversación.

—Vd. debía hacerlo,—ella insistió—: Una interpretación completa; una síntesis de su estilo, sus propósitos, su teoría de vida y de arte. Nadie lo podría hacer tan bien.

Él se sentó, mirándola perplejamente. De súbito—¿adivinó?:

—No podría hacerlo sin Vd.,—dijo balbuceando.

—Podría ayudarle. Yo le ayudaría, seguramente.

Estaban en silencio, los dos mirando al lago.

Se convino al partir, que él iría a reunirse con ella, seis semanas más tarde, en Venecia. Allí hablarían del libro.

*

Lago d'Iseo, Agosto 14.

Cuando le dije adiós a usted, ayer, le prometí volver a Venecia después de una semana: entonces daría respuesta a su pregunta. No fuí sincera al prometerlo, pues nunca me propuse regresar a Venecia ni volver a verle a usted. Yo me alejaba de usted, ¡e intento seguir haciéndolo! Si no es lo que usted quiere, es lo que, en cambio, debo yo hacer. Alguien ha de impedir que usted se case con una mujer *pasada,* de... bien, dice usted que no cuentan los años; y ¿por qué, al cabo, han de contar, desde el momento en que usted no habrá de casarse conmigo?

No me atreví a volver para decirle esto: *usted no está para casarse conmigo.* Tuvimos juntos nuestro mes en Venecia (¡un mes tan bueno! ¿No fué así?), y ahora, usted regresará, para escribir un libro,—cualquier libro que no sea el de que no llegamos a hablar—, y yo quedaré aquí, pavoneándome entre mis memorias, como una especie de Titón femenino. ¡La lobreguez de esta inmortalidad forzosa!

Pero usted debe saber lo cierto. Cuido de usted, o por lo menos de su amor, lo suficiente para pagar esa deuda.

Usted creyó que había tan poca esperanza para usted porque Vicente Rendle me había amado. Yo tuve por completo cuanto necesité; ¿no fué esto lo que dijo?

Es justamente cuando un hombre empieza a creer que entiende a una mujer, cuando debe estar seguro de lo contrario. Es porque Vicente Rendle *no me amó,* por lo que no hay esperanza para usted. Yo nunca tuve lo que necesité, y nunca, nunca, nunca, dejaré de estar necesitando cualquier cosa.

¿Empieza usted a comprender? Todo fué una impostura, dirá usted. No; todo fué real, en tanto como fué. Es usted joven, y no ha aprendido, cómo lo hará más tarde, los mil imperceptibles signos por los que va uno haciendo a tientas su camino a través del laberinto de la naturaleza humana; pero aun así ¿no le sorprendió, a veces, que nunca le contara alguna anécdota insignificante de él? Su manía, por ejemplo, de darle vueltas a un cortaplumas entre el pulgar y el índice, mientras hablaba; su empeño en no escribir en la otra cara de las notas; su codicia por

las fresas silvestres, las pequeñas y picantes de los Alpes; su infantil diversión ante los acróbatas y prestidigitadores; su modo de llamarme siempre *you;—dear you,* empezaba cada carta... ¿Nunca le dije una palabra de eso? ¿Cree usted que si él me hubiera amado, hubiera yo podido ayudarle a usted, diciéndoselo? Estas pequeñas cosas hubieran sido entonces mías; toda una parte de mi vida, de nuestra vida; y ellas, entonces, me hubieran escapado, imperceptiblemente, a pesar mío (dignificada y reticente, siempre sólo lo es su infortunada mujer). Pero allí no hubo nunca "nuestra vida"; fueron siempre "nuestras vidas" hasta el fin...

Si usted supiera qué consuelo es contarle a alguien hasta el fin, usted me sostendría, me dejaría dañarlo. No estaré nunca tan desolada, desde ahora que alguien sabe.

Voy a empezar por el principio. Cuando encontré, por la primera vez, a Vicente Rendle, yo no tenía veinticinco años. Eso fué hace veinte. Desde esa vez hasta su muerte, hace cinco años, fuímos amigos invariables. Él me dió quince años,—quizá los quince mejores años—de su vida. El mundo, como usted sabe, piensa que sus mejores poemas fueron escritos durante aquellos años. Se supone que yo los *inspiré,* y fué así, en cierto modo. Antes que nada, era completa entre nosotros la simpatía intelectual; mi espíritu debió ser para él (imagino) como un instrumento perfectamente afinado, en el que nunca se cansó de tocar. Alguien me dijo una vez que él había dicho de mí que yo "siempre entendía". Es el único elogio que sé que él me haya dado. Yo ni siquiera sé si él creía que era bonita, aunque no puedo pensar que mi apariencia le desagradara, pues él odiaba estar con gente fea. De todos modos, él llegó a estar más y más tiempo, cada día, conmigo. Gustaba de nuestra casa; nuestras costumbres le satisfacían; era irritable y nervioso; no soportaba la gente, y, sin embargo, sufría en la soledad. Él se acogió a nuestro sagrado. Cuando viajábamos, él iba con nosotros; en el invierno vino a vivir a Roma, en nuestra cercanía. En Inglaterra, o en el Continente, estaba siempre con nosotros durante una gran parte del año. Yo era capaz para ayudarle en su obra, en las cosas pequeñas; él llegó casi a depender de mí. Cuando nos separábamos,

continuamente me escribía. Gustaba compartir conmigo cuanto estaba pensando o haciendo; tenía impaciencia por mi crítica de cada nuevo libro en que tenía interés; yo era una parte de su vida intelectual. En ello, lo sensible era que yo necesitaba ser algo más. Yo era joven, y estaba enamorada de él, no porque fuera Vicente Rendle, sino precisamente porque era él mismo.

Desde luego, la gente empezó a hablar: yo era la Sra. Anerton de Vicente Rendle. Cuando aparecieron los *Sonetos a Silvia* se susurró que yo era Silvia; yo era invitada a donde quiera que él iba; llegaba a mí la gente con la esperanza de llegar a conocerlo; cuando yo estaba en Londres, el timbre de mi puerta nunca cesaba de sonar: viejas sin título, aspirantes a ser sus anfitriones, niñas enamoradas, y esforzados autores, me confundían con su asiduidad. Yo me congratulé de mi éxito, porque sabía lo que significaba: ellos creían que Rendle me hacía el amor. ¿No sabe usted que a veces me hicieron creerlo, también? ¡Oh! No hubo fase de extravío por la que no pasara. Usted no puede imaginarse todas las excusas que se da una mujer porque un hombre no le dice que la quiere, ¡conmiserables argumentos, que entenderá muy claramente cuando los llegara a usar otra mujer! Mientras, y en lo más hondo, yo comprendí que él nunca advertía nada; y lo hubiera sabido si él me hubiera hecho el amor cada día de su vida. Yo nunca adiviné si él supo o no lo que la gente decía de nosotros; oía muy poco de lo que dice la gente, y cuando oía, prestaba mucha menos atención. Él siempre fué conmigo honrado y recto; me trataba como un hombre a otro. Y ahora pienso, a veces, que él *debió* ver que no era la misma cosa. Si él lo vió, no llegó nunca a demostrarlo. Quizás no lo advirtió: yo estoy segura de que él nunca quiso ser cruel. Él no me amó jamás; no era su culpa que yo necesitara más de lo que podía darme. ¿Los *Sonetos a Silvia,* dice usted? Pero ¿qué son? Una filosofía cósmica, no un poema de amor; dedicados a la Mujer, no a una mujer.

Pero, entonces, ¿las cartas? ¡Ah, las cartas! Bien; con esto acabaré de abrir un pecho a su mirada. ¿Advirtió usted las excisiones aquí y allá, exactamente cuando las cartas parecen llegar a ser un poco más... ardientes? Los críticos, según usted re-

cuerda, alabaron al editor por sus recomendables delicadeza y buen gusto (¡en estos días tan raros!) al omitir en la correspondencia toda alusión personal, todos aquellos *détails intimes* que debieran guardarse, como sagrados, de la mirada del público. Se referían, desde luego, a los asteriscos en las cartas a la Sra. A. Esas cartas yo misma las preparé para la publicación; esto es, yo las copié para el editor, y puse, de cuando en cuando, un renglón de asteriscos, para indicar que algo se había quitado. ¿Comprende usted? Los asteriscos eran una farsa: allí no había nada que quitar.

Únicamente una mujer entendería todo por lo que pasé en aquellos años. Los momentos de rebelión, en que sentí que yo debía desligarme para siempre de todo aquello, lanzarle a la cara la verdad, y no volverlo a ver; la reacción inevitable, cuando no verlo parecía la única cosa sin fin, y temblaba, por miedo de que una voz o una palabra mías interrumpieran el reposo de nuestra amistad; los días disparatados, en que yo acariciaba la ilusión de que él *tenía* que amarme, pues todo el mundo lo creía; y los largos períodos de torpor, en los que ya no parecía preocuparme si me amaba o no... Entre estos días desventurados llegaban otros en los que era tan perfecto nuestro acorde intelectual, que yo olvidaba todo lo demás en el contento de sentirme levantada sobre las alas de su pensamiento. En ocasiones, entonces, se abríañ los cielos...

Durante toda esa época ¡fué un amigo tan bueno! Tenía el genio de la amistad, y lo gastaba en mí. Sí; Vd. tenía razón cuando decía que yo he tenido mucho más que otra mujer. *Il faut de l'adresse pour aimer,* dice Pascal; y en todos esos días yo fuí tan suave, tan placentera, tan francamente afectuosa con él, que estoy segura de no haberlo molestado nunca. De amarme él ¿hubiera podido esperar tanto?

No debe usted creer, sin embargo, que él estaba cosido a mis faldas. Iba y venía, como gustaba, según hacían también sus aficiones. Hubo una vez una muchacha (estoy diciéndole cada cosa), un sér amable, quien llamó "profunda" a su poesía, y le dió a él *Lucile* en su cumpleaños. En un verano la siguió hasta Suiza, y mientras él le hacía la corte (de un modo exagerada-

mente conspicuo, he creído siempre, para un gran hombre) *me* escribió sobre su teoría de las combinaciones de vocales (¿o eran sus experiencias con el hexámetro inglés?). Las cartas databan de los mismos sitios en que—yo lo sabía—estaban, y se sentaban juntos, junto a las cascadas, y él buscaba adjetivos para su cabello. Él me lo dijo todo, después, con toda franqueza. Ella era enteramente hermosa, y había sido un puro deleite contemprarla; pero *conversaba,* y su talento, decía él, "era todo cejas". Y entonces, al año siguiente, cuando se anunció el matrimonio de ella, él huyó solo, repentinamente... y fué precisamente después de eso cuando él publicó *Viaticum de amor.* ¡Los hombres son excéntricos!

Al morir mi marido,—digo las cosas con crudeza, como ve—, yo volví a la esperanza. Era porque él me amaba, yo argüía, por lo que no había hablado nunca; porque él había esperado siempre hacerme su mujer alguna vez; porque él quería librarme del "reproche". ¡Oh ripio! Yo sabía bien, en mi corazón de corazones, que mi única oportunidad estaba en la fuerza del hábito. Había llegado a acostumbrarse a mí; no era ya un joven, y se fatigaba de gentes nuevas y costumbres nuevas; *il avait pris son plit.* ¿No era más fácil casarse conmigo?

No creo que lo pensara. Él me escribió lo que se llama "una hermosa carta", en la cual era tierno, considerado, correctamente conmiserativo. Después de unas semanas, se deslizó de nuevo en la vieja costumbre de venir cada tarde, y nuestras infinitas conversaciones empezaron, de nuevo, en el punto en que habían sido suspendidas. He sabido después que la gente pensó que yo había demostrado "tan buen gusto" al no casarme con él...

Así anduvimos durante cinco años más. Acaso fueron los mejores, porque yo había dejado de esperar. Entonces él murió.

Después de su muerte—es curioso—tuve una especie de espejismo de amor. Todos los libros y artículos que se escribieron acerca de él, todas las perspectivas de la "Vida", rebosaban discretas alusiones a Silvia. Yo volví a ser la Sra. Anerton de los gloriosos días. Niñas sentimentales y amables mozos, como usted, enrojecían cuando alguien murmuraba: "esa es la Silvia de quien estaba usted hablando." Los idiotas mendigaban mis au-

tógrafos; los editores me pedían que escribiera mis memorias de él; los críticos me consultaban la lectura de los renglones dudosos. Y yo sabía que, para todos aquellos seres, era yo la mujer a quien amó Vicente Rendle.

Poco después se consumió esta llama, y yo me quedé sola con mi pasado. Sola; completamente sola, porque él, en realidad, nunca estuvo conmigo. La unión intelectual ya no importaba. Todo había sido de alma a alma, pero no mano en mano, y allí no había pequeñas cosas de él que recordar.

Todo se resolvió en una especie de invierno ártico. Yo entré en mí misma, como dentro de una choza de nieve. Odiaba mi soledad, y odiaba a todo el que la interrumpía. Desde luego, esta fase pasó, como las otras. Yo retorné a la vida, y comencé a leer los periódicos y a fijarme en el corte de mis trajes. Pero había una pregunta de la que no podía librarme, que me asediaba noche y día. ¿Por qué él nunca me amó? ¿Por qué había sido... tanto, para él, y no más? ¿Era tan fea, tan inamable, esencialmente, que aunque me había tenido un hombre por compañero de su mente, él no podía mirarme como mujer? No puedo decirle cuánto me torturó la pregunta. Se convirtió en una obsesión.

—¡Mi pobre amigo! ¿Empieza usted a ver? Me era preciso saber lo que otro hombre pensaría de mí. No sea usted duro conmigo; antes escuche, considere. Cuando yo conocí a Vicente Rendle era una mujer joven, que se casó temprano, y hacía la clase más tranquila de vida. No había tenido "experiencias". Desde la hora de nuestro primer encuentro, hasta la de su muerte, nunca miré a otro hombre; ni siquiera advertí si otro hombre me miraba. Cuando él murió, hace cinco años, no conocía mejor que un niño la fuerza de mis poderes. ¿Era excesivamente tarde para encontrarle a usted? ¿Yo no debía saber *por qué,* jamás?

Olvide usted; olvídeme. ¡Es tan joven usted! Y para usted, ¡tan pronto!, todo será un mero episodio, un "documento"!

Además, ello no fué tan deliberado, con tanta sangre fría como estos desunidos renglones lo hacen aparecer. No lo premedité, como lo haría una mujer en un libro. La vida es mucho más

compleja de lo que puede serlo una interpretación de ella. Me agradó usted desde el principio; me inclinaba hacia usted (ha debido usted verlo); yo deseaba gustarle. No fué un mero experimento psicológico. Y no obstante, en un sentido también lo era, pues yo tenía que ser honrada. Necesitaba una respuesta de la pregunta; era un fantasma que había que hacer que desapareciera.

Al principio temí—¡lo temí tanto!—que yo le interesara solamente porque era Silvia; que usted me amara por entender que Rendle me había amado. Casi empecé a creer que mi fatalidad no tenía escape.

¡Qué feliz fuí cuando observé que usted se volvía celoso de mi pasado; que usted, en la actualidad, odiaba a Rendle! Mi corazón latió como el de una muchacha, cuando me dijo usted que pretendía seguirme a Venecia.

Después de mi partida de *Villa d'Este*, se renovaron mis antiguas dudas. Después de todo ¿qué sabía yo de su sentimiento hacia mí? ¿Era usted mismo capaz de analizarlo? ¿No existían en él dos tercios de vanidad y curiosidad, y un tercio de sentimentalismo literario? Muy fácilmente usted podía creer que pensaba en María Anerton, cuando realmente estaba enamorado de Silvia (¡es tan hipócrita el corazón!). O quizás había sido usted más calculador de lo que yo pensaba. Era, quizás, usted quien había estado halagando mi vanidad, con la esperanza (¡la perdonable esperanza!) de convertirme, tras un intervalo correcto, en un pequeño y lindo ensayo, con su margen.

Cuando llegó usted a Venecia, y nos reunimos (¿recuerda usted la música en el lago, aquella noche, desde mi balcón?) yo temía mucho que empezara a hablar del libro. El libro, usted recuerda, era el motivo ostensible de su estancia. Usted nunca habló de él, y yo pronto advertí que usted temía que yo lo hiciera, que yo le recordara el objeto por el cual estaba conmigo. Entonces supe que usted se interesaba por mí. Sí; en aquel mismo instante, en realidad, se interesaba. Nunca, durante aquel mes en Venecia, mencionamos el libro. ¿Lo mencionamos?

He releído mi carta, y ahora quisiera haberle dicho a usted cuanto le he escrito. Lo hubiera hecho a mi modo, entonces,

observando su cara, y viendo si entendía. Pero no; yo no puedo regresar a Venecia. Y no podría decirle a usted, tampoco, —aunque lo pretendiera,—por qué estuvimos allí juntos. Yo no podría estropear aquel mes, mi único mes. ¡Oh, fué tan bueno una sola vez en mi vida, salir de la literatura!

Al principio, usted se molestará conmigo; pero no habrá de ser por mucho tiempo. Lo que yo he hecho hubiera sido cruel si hubiera sido una mujer más joven; tal como fué, el experimento a nadie dañará más que a mí misma. Y me habrá de dañar horriblemente (tanto como quizás, en el primer momento, usted desee), porque me ha demostrado, por la primera vez, todo lo que perdí...

EDITH WHARTON.

EL GATO Y EL RATON

CUENTAN que Francisco de Javier, el milagroso santo que solía hablar con los animales, habíase puesto una vez a observar, en el camino por donde peregrinaba, la saña con que un gato perseguía a un pobre ratón que a duras penas pudo salvarse de las garras del felino, metiéndose en el hueco de un árbol que por casualidad halló al pasar.

El buen santo, que como a todo solitario le gustaba filosofar, púsose a reflexionar sobre la causa de aquella lucha, y por más que llamaba en su auxilio los más sutiles argumentos, no lograba explicarse el hecho de que llevando los animales vida sencilla y sin contravenir con los preceptos de la naturaleza, se viesen también, como el hombre, rodeados de peligros y en constantes luchas, los unos con los otros.

San Francisco consideraba a los animales más felices que los hombres, precisamente porque ellos no habían tenido un Adán prevaricador. Pero ahora, observando la lucha entre el gato y el ratón, pensó también en la injusticia de los peces más grandes, haciendo la guerra a los más pequeños; en la voracidad de los lobos, que no dejan tranquilas a las inofensivas ovejas; en los tigres, que viven acechando a los ágiles venados; y en los pájaros, que con la velocidad de la flecha se lanzan sobre la brillante mariposa, esos animalitos multicolores que se confunden con las flores para engalanar las praderas.

Iba por aquí el santo en sus cavilaciones, cuando de pronto su escudriñadora mirada volvió a caer sobre el gato. En la cara de éste podíase leer la ira que le cegaba por habérsele podido escapar el ratón. El santo, que como buen fisonomista, había podido leer este detalle en el rostro del burlado felino, quedó aún

más absorto, pues se le presentaba otro problema todavía más difícil de resolver: el hambre podía disculpar a los animales de que se devorasen unos a otros; pero ahora leía en la expresión del gato que no solamente era el hambre, lo que los impulsaba a seguir al roedor, sino también el odio, y llamando al gato le habló en los siguientes términos:

"Bien me explico tus deseos en querer comer ratones, ya que ellos constituyen tu alimento; mas me dicen que no siempre es el hambre lo que te induce a perseguirlos. Cuéntanme que muchas veces estando ya hartos, los matáis también por puro gusto, y nada más que por el placer de destruirlos. Ahora mismo leo en tu cara, que te embarga más el odio que el hambre. ¿Por qué os empeñáis en imitar a los hombres? Dejad el odio para los humanos condenados a cargar con la herencia de Adán; mas vosotros, que no sois herederos de ningún prevaricador contra Dios y contra la Naturaleza, ¿por qué odiáis?"

"Padre, —contestó el gato—: conocida es de todos nosotros vuestra sabiduría; y es por ello que todos los animales oímos extasiados vuestros sermones y acogemos agradecidos vuestros razonados y útiles consejos; pero perdonadme si os diga que en el caso presente, a mi parecer, juzgáis demasiado con el criterio de los hombres. Cierto que entre nosotros existe también el odio; pero es el odio franco; no el rencor, o sea el odio disimulado que distingue a los hombres. Y ese odio franco es el que nos hace a nosotros, los gatos, acometer en donde quiera que lo encontremos, a ese nuestro peor y más terrible enemigo; el ratón!"

—"¡El ratón vuestro enemigo!,—exclamó el santo, perplejo.—Si más bien ese infeliz animal es quien se queja de ti; él jura no haberte hecho jamás daño alguno, y estoy cierto de que a cualquier hora estaría dispuesto a hacer las paces contigo."

El gato, al que, por el respeto y cariño que profesaba al santo, se le había calmado un poco la ira que tenía a causa de habérsele escapado el ratón, contestó al santo en estos términos: "Destinados por la naturaleza a alimentarnos de carne, principalmente de ln de roedores, y constituyendo éstos el único alimento obtenible en medio de estas montañas, venimos todos los de mi familia sosteniendo una lucha encanizada contra esos ani-

males. No sé por qué razón ellos no quieren convencerse de que se deben dejar comer. Más afortunada que nosotros, la serpiente, con su vaho, los logra convencer de ese hecho, y los ratones mismos van muchas veces, espontáneamente a colocarse entre los colmillos de aquélla." Y luego, con acento más humilde continuó el gato: "El ratón es nuestro peor enemigo porque se empeña en hacernos morir de hambre, no queriéndose dejar comer por nosotros. Saltando detrás de un ratón, cayó mi padre dentro de un río en donde se ahogó. Mi madre me contaba también que dos de mis hermanitos habían perecido de hambre por no haber ella podido conseguir un solo ratón con qué alimentarse después del parto. En fin, si yo os fuera a contar todos los momentos de hambre que los ratones me han hecho pasar por no haberse querido dejar coger por mí, comprenderíais, padre, que ellos son nuestros peores y más encarnizados enemigos, y no nosotros de ellos, como vos creéis, pues jamás han necesitado los ratones del gato para vivir... ¡Si estos miserables ratones parece que se gozan haciéndonos morir de hambre!"

"Sosegaos,—dijo el santo al gato;—mirad que con la ira no alcanzáis nada..."

"Ya lo sé,—repuso éste;—pero, ¿cómo no queréis que me impaciente al comparar nuestra suerte con la vuestra? Vosotros, los hombres, para alimentaros, no tenéis más que alargar la mano y arrancar las frutas del árbol! Imagináos si no existiendo para vosotros otro alimento que las frutas, éstas, cada vez que las fuerais a arrancar, se desprendieran del árbol, corrieran a esconderse, se burlaran de vosotros y cuando ya estuvieseis cansados de correr y perseguirlas, se volviesen a colocar en el árbol, para provocaros!"... Y luego continuó en tono de reproche: "Para vosotros los hombres no solamente no es una necesidad, sino que constituye un pecaminoso vicio el comer carne, y sin embargo, matáis infinidad de animales para luego envenenaros vuestra sangre comiéndoles sus cadáveres. Vosotros los hombres odiáis aún con más rencor que nosotros a los ratones, porque teméis que éstos os puedan roer un pedazo de queso; los atrapáis en terribles trampas, y sin embargo, os extrañáis de que nosotros

cacemos a esos animales que constituyen, por leyes naturales, nuestro principal alimento"...

Tales razonamientos hicieron meditar a San Francisco, el cual, dándose cuenta de la situación del gato, pensó que entre los animales no podía existir el mal en sentido humano, y que realmente no era el pájaro el enemigo de las mariposas, sino éstas las enemigas de aquél, pues constituyendo su alimento natural, no se dejaban coger tan fáclimente como lo hacen las frutas con el hombre...

"Después de todo,—se dijo el santo—no hay duda de que la agilidad, fuerza y resistencia de que goza el gato, se deben al ejercicio que tiene que hacer para poder alcanzar su alimento cotidiano." Y luego pensó también en la facilidad con que el hombre alcanza su alimento, y reflexionó mucho sobre la degeneración humana...

Entre tanto el gato, al pie del árbol, continuaba esperando a que el ratón saliese de su escondrijo. Después de que la agilidad y astucia del débil ratón habían burlado el fuerte músculo del gato, comenzaba entre ambos animales un nuevo duelo, no de fuerza muscular ni de astucia, sino de ayuno, de resistencia, o sea de fuerza pasiva, mucho más poderosa que la fuerza del músculo. Y en esta nueva lucha saldría vencedor el que pudiese aguantar hambre por más tiempo, o sea el más virtuoso, el más resistente, es decir: el más fuerte...

CARLOS BRANDT.

¡MARTIRES! (*)

FUSILAMIENTO DE LOS ESTUDIANTES EN 1871

(Poesía leída por su autor en la velada fúnebre que celebró el "Liceo Cubano" de Tampa, Estados Unidos de América, el 27 de noviembre de 1895.)

I

¡Qué lúgubre recuerdo!... Todo inspira
espanto y aversión... todo perece
de la crueldad en la inclemente pira...
La Ley quiebra su espada y enmudece...
y allá, en el Orco, Lucifer conspira
y de infernal deleite resplandece,
al ver surgir de la siniestra hoguera
la bestia humana, espeluznante y fiera!

II

Escuchad sus rugidos... Ya se inclina,
la inerme presa olfateando atenta;
rayos de muerte sin cesar fulmina

(*) En este número, correspondiente al mes de noviembre en que se conmemora el quincuagésimocuarto aniversario del fusilamiento de los ocho estudiantes de Medicina, inmolados por los Voluntarios españoles el 27 de noviembre de 1871, Cuba Contemporánea se complace en publicar esta vibrante poesía, inédita, escrita por su autor en La Habana el año de 1889, durante la época de la dominación española, y leída seis años después, en una velada conmemorativa del luctuoso suceso, a los nueve meses de comenzada nuestra última guerra de independencia.

su trágica mirada; la sangrienta
visión de la hecatombe la fascina;
y más se excita, y su furor aumenta
al presentir, de destrucción avara,
el macabro festín que se prepara.

III

¿Quién es, quién es la víctima doliente
a quien el ara del suplicio espera?
¿Qué estigma ostenta su culpable frente?...
¿Culpable dije?... ¡No!... culpable fuera
si las leyes violado irreverente
de la moral y del honor hubiera...
Para quien al tirano no se humilla,
¡aunque suba al cadalso, no hay mancilla!

IV

Lo que veis ante el ara del suplicio,
entre el asombro eterno de la Historia,
bajo el feroz reinado del prejuicio;
la víctima infeliz propiciatoria
que marcha resignada a un sacrificio
que se transforma en pedestal de gloria,
es la conciencia, la razón, la idea,
que sobre todo obstáculo campea.

V

No es la vindicta pública ofendida
lo que su fallo inexorable lanza,
ni de la Ley la soberana egida
que al transgresor de la moral alcanza;
no es de justicia, ejecución cumplida:
es la satisfacción de la venganza;
que a tanto dejan que la infamia suba,
herir queriendo el corazón de Cuba.

VI

¡Ah! ¡cómo hiela de infernal espanto
de aquella escena la visión sombría!
¡Cómo se agolpa a nuestra faz el llanto
tu impotencia al juzgar ¡oh patria mía!
Y ¡cómo, al contemplar delito tanto,
tanta profanación y cobardía,
mi sollozante lira un himno lanza
de ira, de indignación y de venganza!

VII

¿La inocencia no visteis inmolada
ante el altar de la Justicia herida,
que ocultaba su faz avergonzada?
¿No fué la paz por el motín vencida,
la majestad de la razón violada,
la pública vindicta escarnecida;
como si un ángel de exterminio hubiera
desplegado su trágica bandera?

VIII

Mas ¿qué pasión, con sacudida brusca,
del odio enciende la violenta pira?
¿Qué la razón del victimario ofusca?
¿Qué sentimiento la hecatombe inspira?
En su homicida insensatez ¿qué busca?
¿A qué infernal satisfacción aspira
el que, sordo a la voz de la conciencia,
inmola despiadado la inocencia?

IX

¡Ah! ¡la ambición... ¡el brillo deslumbrante
del vil metal!... ¡el ansia inextinguible
de riqueza!... ¡la fiebre repugnante,

torturadora, trágica, invencible
de la avaricia!... ¡la obsesión constante
del falaz vellocino inasequible;
eso la causa fué, pensarlo espanta,
de tanto crimen y vergüenza tanta!

X

Un hombre... no, una hiena, un desalmado
traficante, anheloso de opulencia,
por la fiebre del oro devorado;
un cobarde intrigante sin conciencia;
un vil calumniador, agita osado
las pasiones, creyendo en su demencia
que de la intriga que tramaba astuto
recogería el codiciado fruto.

XI

Sin comprender la farsa deleznable,
en el instante aquel se agrupan todos
en torno de aquel monstruo abominable,
rugientes de furor, de sangre beodos;
y ¡guay de aquel que a la razón les hable,
pues ya de hablar a la razón no hay modos!...
¡Una voz nada más sólo responde
en nombre de la Ley, que el rostro esconde!

XII

¡Una voz nada más, único grito
escapado de un pecho generoso,
al contemplar lo horrendo, lo inaudito
de aquel asesinato monstruoso!
De la bondad Divina algo infinito
en que prorrumpe un hombre valeroso,
que ni duda, ni teme, ni vacila
al protestar del crimen: ¡Capdevila!

XIII

Su voz, de majestad vibrando plena,
es una luz que todo lo ilumina;
denuncia el crimen, el error condena;
de las torpes pasiones abomina;
y, de dolor y de justicia llena,
a las turbas fanáticas conmina;
pero su noble acento dolorido
sofoca el monstruo con mortal rugido.

XIV

Nadie a esa voz viril y generosa,
nadie, nadie ¡oh dolor! nadie responde
siquiera por piedad... pero ¿quién osa
la piedad invocar, ni dónde, dónde
encontrar de la Ley la faz radiosa?...
¡Ay! de la Ley la majestad se esconde,
ante la estulta plebe alborotada,
escarnecida y muda y humillada!

XV

Las turbas, soldadesca embrutecida
por el alcohol y el odio, gritan: ¡mueran!....
La presa exigen ya, piden la vida
que entre sus garras destruir esperan...
Ya nada existe que su furia impida...
En vano todos los recursos fueran...
La suerte echada está... pasto a su antojo
hay que arrojarle hasta saciar su enojo.

XVI

Y el pasto fué arrojado... fué elegido
del montón, al acaso ¡oh cobardía!
para aplacar al monstruo enfurecido

que una víctima más siempre pedía;
a cada nueva víctima, un ahullido
exhalando de lúgubre alegría...
¡Ah! ¡cómo al recordarlo me devora
de indignación la llama abrasadora!

XVII

De ocho imberbes aun adolescentes
los nombres al acaso respondieron;
ocho sacrificados inocentes
de la fatalidad víctimas fueron;
y, afrontando su sino sonrientes,
todos con altivez la frente irguieron,
escudados tan sólo en su inocencia,
en la tranquilidad de su conciencia.

XVIII

¡Vedlos!... En torno, con furor creciente,
la chusma vil desenfrenada brama,
ronca de blasfemar, y ya impaciente,
del odio consumida por la llama
que arder eterna en sus entrañas siente;
y de la sangre que verter reclama
ya se solaza ante la sola idea,
¡aunque esta sangre de inocentes sea!

XIX

Van a morir... La fúnebre Capilla
preparada ya está... vedlos en ella...
Radiante siempre en sus miradas brilla
del estoicismo la gloriosa huella...
Nada la augusta majestad humilla
que con su lumbre sus semblantes sella...
¡Oh! ¡dejad que vindique su memoria
el juicio inapelable de la Historia!

XX

Van a morir... ¿lo veis?... el plazo espira...
Es la hora fatal... llegó el momento...
¡Oh, desesperación! ¡presta a mi lira
del agitado mar el ronco acento!...
¡De Marte destructor quiero en la ira
encender mi abrasado pensamiento,
que a tus abismos de dolor me lanza,
para entonar un himno a la venganza!

XXI

Van a morir... ¡silencio!... ya resuena
el tambor... del clarín la aguda nota
pronto sonora los espacios llena...
de los verdugos la silueta brota
en el confuso cuadro... y en la almena
del trágico castillo, altivo flota,
símbolo allí de su crueldad y saña,
y su ignominia, el pabellón de España.

XXII

¡Silencio!... ¡Vedlos contener su aliento
mientras devoran con pupila ardiente
la víctima, que marcha al paso lento
del fúnebre redoble; alta la frente
que ennoblece de paz un pensamiento;
el rostro de desdén resplandeciente;
mientras, cobarde, la canalla estulta,
al contemplar tanto valor, la insulta!

XXIII

La insulta, sí, con refinada saña,
el ultraje al buscar más afrentoso;
y en torno suyo se revuelve huraña,

para hacer el suplicio más odioso;
y, entre estúpidos vítores a España
y lo que fué su pabellón glorioso,
ya la señal con impaciencia esperan
de que por fin los condenados mueran.

XXIV

¿La muerte ya?... Su espectro se dibuja
con su séquito horrible de tristezas
siempre amenazador... ¡Dejad que ruja
sediento el monstruo de cien mil cabezas
a quien un soplo de Luzbel empuja!
¡Ya veréis sus insólitas proezas!...
¡Madres!... ¡hijos!... ¡esposas!... ¡no tembléis!...
¡Esos son los hidalgos!... ¿qué teméis?

XXV

Esos son los famosos caballeros
de esa Castilla valerosa y ancha,
que, seguidos de bravos escuderos
asombraron los campos de la Mancha;
que volvían doquiera por sus fueros
en lid heroica o en gentil revancha,
esclavos del honor y sin más ley
que su Dios, que su dama y que su Rey.

XXVI

Allí están... son los mismos... los sicarios
de que dispone el crimen... los que fueron
doquiera que vencieron victimarios...
los que a Colón asesinar quisieron;
y del déspota esbirros mercenarios,
la nostalgia del látigo sintieron,
indiferentes a sus propias penas,
dando vivas al Clero y las cadenas.

XXVII

¿Los veis?... esclavos de su instinto ciego,
—¡Mueran!—repiten siempre... Un breve instante
el tambor enmudece... reina luego
un fúnebre silencio horripilante...
A la señal fatídica de ¡fuego!
responde una descarga resonante;
y, de la sangre entre los charcos rojos,
exánimes, ya ruedan sus despojos!

XXVIII

¡Muertos, muertos, Gran Dios!... ¿Tú permitíste
y tal iniquidad no castigaste?
¿De tu divina cólera qué hiciste,
que el fuego de Sodoma no enviaste...
O al planeta en su curso detuviste
y en la nada otra vez lo sepultaste,
ante el horrendo crimen indignado,
del humano linaje avergonzado!

XXIX

¡Y esto a la faz de todas las naciones!
¡Para mengua del siglo diez y nueve!
¡A plena luz del sol!... Hecho girones
el manto de la Ley, ya sólo mueve
un soplo de terror los corazones,
ya nadie el monstruo a contener se atreve;
y el que no hace del crimen vil alarde,
¡es cómplice del mismo por cobarde!

XXX

Plebe y autoridad, todos pecaron
por una u otra causa; todos fueron
reos de lesa humanidad, violaron

la razón y el derecho; convirtieron
la justicia en venganza; se entregaron
al frenesí del crimen; y pusieron
a la inocencia, inerme y sin custodia,
no a merced de la Ley, de una Parodia.

XXXI

¿Es ése el pueblo heroico, sin mancilla,
que con todos sus fuerzas ha medido?
¿El que nunca se rinde ni se humilla,
tan hidalgo, tan noble, tan temido?
¿Dónde están los hidalgos de Castilla?
¿De la nobleza de Aragón qué ha sido?
¡Cómo, España! ¿son ésos tus guerreros,
tus famosos valientes caballeros?

XXXII

¿Do está la decantada gentileza
que así tu fama sin cesar pregona?
¿En dónde de tus hechos la grandeza
que dió tanto esplendor a tu corona?
¿Qué ha sido de la indómita fiereza
de los héroes de Cádiz y Gerona?
¡Desventurado pueblo!... Al Cielo plugo
que al par de vencedor fueras verdugo!

XXXIII

Y en tanto... ¡vedlo!... en el Peñón distante
que allá, del mar en la lejana orilla,
otra nación usurpa, tolerante
soporta el castellano tal mancilla;
y el ibero león, aquí arrogante,
al leopardo británico se humilla...
¡El mundo no se rige de otra suerte
que por la ley tiránica del fuerte!

XXXIV

¡Oh, Francia!... ¡tú, vindicadora Francia,
que de tiranos el azote has sido!
Del crimen a la odiosa resonancia,
sorda permanecer ¿cómo has podido?
¿De un déspota, insolente en su arrogancia,
el ultrajante golpe no has sentido?
¿La barbarie así reta, impunemente,
a la humana conciencia, irreverente?

XXXV

¿Dónde están las intrépidas legiones
de Jena y de Austerlitz?... ¿dónde el coloso
que unció bajo su yugo a las naciones?...
¿Dónde el pueblo valiente y generoso
que altivo desafía los cañones
del feudal despotismo, y salva el foso,
y la soberbia señorial humilla,
a escombros reduciendo la Bastilla?

XXXVI

¿Y tú también, tú, ninfa que engalana
el Adriático Mar... tú incomparable
República del Norte Americana...
tú, poderosa Albión... tú, infatigable,
de gran vigor, Federación Germana...
ante la bestia omnímoda, execrable,
todos así, dobláis indiferentes
en presencia del crimen vuestras frentes?

XXXVII

¡Oh! ¡cuánta vergonzosa indiferencia!...
mas ¿qué vil interés la determina?...
¿Del bien y el mal no existe la conciencia?...
Todo en silencio está... todo se inclina

acatando del monstruo la insolencia,
quien mata impunemente y extermina;
como si acaso otra razón no hubiera
que de la fuerza la razón no fuera!

XXXVIII

¿Dormir tranquilo en sosegado lecho
podrá, acaso, después de la matanza?...
El victimario, en su criterio estrecho,
su crimen nunca a comprender alcanza...
Lavado está su honor y satisfecho,
satisfecha y cumplida su venganza...
¿Cómo no ha de sentirse alborozado?
¡Ya su *honor nacional* está vengado!

XXXIX

¡Basta!... ¡juzgar tanta maldad me asquea!...
Mas ¡ah! sobre la frente del culpable
la flamígera espada centellea
de la eterna justicia inexorable!
¡A ella, Señor, encomendado sea
el condigno castigo ineluctable;
que tu misericordia y tu clemencia
hacen que resplandezca la inocencia!

XL

Entanto, monstruo, mata!... Todavía
puedes matar impunemente... luego
vendrá también de la expiación el día,
aunque eludirlo pretendieses ciego...
¡Término ha de tener la tiranía
que taló al Nuevo Mundo a sangre y fuego!...
¡Sí!... ceba tu furor!... ¡oprime!... ¡hiere!...
¡Aquel que a hierro mata, a hierro muere!

J. BUTTARI GAUNAURD.

La Habana, 1889.

NOTAS EDITORIALES

CONCURSO DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA PARA 1926

La Academia de la Historia de Cuba ha abierto un nuevo concurso a premio (extraordinario), para el próximo año de 1926, de acuerdo con las siguientes bases:

1ª El tema de este certamen es: *Compendio de la historia de Cuba, desde sus tiempos primitivos hasta el 20 de mayo de 1902.*

2ª Las obras se presentarán escritas a máquina, deberán estar redactadas en castellano, tendrán carácter didáctico, y serán originales e inéditas. No se fija extensión determinada, sino que se deja ésta a juicio de los concursantes.

3ª Cada autor marcará su obra con un lema y la acompañará de un sobre cerrado y lacrado, que contendrá su nombre y dirección, y que tendrá escrito por fuera el lema y primer renglón de la obra.

4ª Las obras serán entregadas, o enviadas por correo, en paquete certificado, al Secretario de la Academia, Chacón esquina a Cuba, quien en cada caso otorgará recibo, haciendo constar en el mismo el sobreescrito del sobre cerrado y lacrado.

5ª El plazo para la presentación de obras vencerá a las 12 m. del día 1º de agosto de 1926.

6ª No se admitirá obra alguna a la cual se acompañe oficio, carta o papel de cualquier clase por el que pudiera averiguarse el nombre del autor.

7ª No se devolverá ninguna de las obras que se presenten: todas ellas se conservarán en el Archivo de la Academia.

8ª Las personas que concurran a este certamen se conducirán con la discreción necesaria para que no se sepa, antes de conocerse el laudo de la Academia, cuáles son las obras presentadas por ellas. Si por indiscreción de un autor se supiera su nombre, quedará fuera del concurso.

9ª Se discernirán un premio y un accésit. El premio consistirá

en un diploma, trescientos pesos en moneda oficial y cien ejemplares de la edición que la Academia haga de la obra premiada; y el accésit consistirá en un diploma y en cien ejemplares de la edición que la Academia imprima de la obra que merezca esta recompensa.

10ª El mérito relativo de las obras que se presenten no les dará derecho al premio ni al accésit; para alcanzarlos han de tener, por su fondo y por su forma, valor que de semejantes recompensas las haga dignas en concepto de la Academia.

11ª Las obras que resulten premiadas se publicarán por la Academia, a sus expensas, en ediciones de seiscientos ejemplares cada una, y estas ediciones serán propiedad de la Academia. La propiedad de estas obras pasará a sus autores a los seis meses de haber sido publicadas por la Academia, no pudiendo mientras tanto imprimirlas ellos.

12ª Si a juicio de la Academia hubiere, además de las obras premiadas, otra u otras que merecieren los honores de la publicación, se hará ésta por el orden y forma que se acuerde.

13ª La Academia en pleno acordará la adjudicación del premio y del accésit, y en la sesión solemne y pública que se efectuará el día 10 de octubre de 1926, se abrirán los sobres correspondientes a las obras agraciadas, incluso la premiada en la forma que indica la base 12ª, se darán a conocer los nombres de los autores respectivos y se entregarán a éstos las recompensas, en los casos que procedan, según la base 11ª. Los sobres que contengan los nombres de los trabajos no premiados, se destruirán en el acto.

14ª Después de entregadas las recompensas, los autores de las obras no premiadas adquirirán la propiedad de las mismas.

15ª A este certamen podrán concurrir cuantas personas lo deseen ya sean ciuadadanos cubanos o ya extranjeros, residan o no en el territorio de la República, con la única excepción de los Individuos de número de esta Academia y sus empleados subalternos, a quienes nuestro Reglamento prohibe tomar parte, como aspirantes a premios, en los concursos que la misma celebre.

Cuba Contemporánea contribuye gustosamente a la divulgación de las bases de este concurso, excitando a cuantas personas se interesen por los asuntos históricos de nuestra patria, para que tomen parte en él, contribuyendo a formar el tan necesario compendio cuya formación ha sido estimulada, mediante la celebración de este certamen, por la Academia de la Historia.

EL FALLECIMIENTO DEL DOCTOR GUITERAS

El día 28 de octubre último falleció en la ciudad de Matanzas, donde había nacido el día 4 de enero de 1852, uno de los cubanos más ilustres y uno de los hombres de ciencias más insignes que ha producido nuestra América: el Dr. Juan Guiteras y Gener, cuya admirable obra de investigador paciente, de colaborador de Finlay en la comprobación de la teoría sobre la trasmisión, por el mosquito, de la fiebre amarilla, y de sapientísimo higienista hicieron que su nombre, traspasando los confines de nuestra patria, llegara a ser universalmente conocido y respetado.

A reserva de dedicar en fecha próxima al sabio cubano fallecido un extenso estudio acerca de su vida y de su obra, CUBA CONTEMPORÁNEA consigna en sus páginas la dolorosa pérdida que nuestro país y la medicina han sufrido con la muerte del Dr. Guiteras, y envía a sus familiares, así como a la Federación Médica de Cuba, que él dignamente presidía, el más sentido pésame.

Imp. "El Siglo XX", Teniente Rey 27, Habana.

DE ADMINISTRACION

Con el fin de poder servir numerosas solicitudes de suscripción recibidas últimamente, sin necesidad de aumentar la actual tirada de ejemplares, que por la excelente calidad de los materiales empleados en ella resulta sumamente costosa, la Administración de CUBA CONTEMPORÁNEA se ha visto en el caso forzoso de tener que suprimir todo envío gratuíto de esta revista, y de seleccionar rigurosamente los canjes establecidos, para restringirlos de acuerdo con las expresadas circunstancias. Por lo tanto, las personas y entidades que deseen continuar recibiéndola en lo sucesivo, para no descompletar sus colecciones, deberán solicitar la inscripción de sus nombres como suscriptores, durante el mes de enero del año de 1926, y remitir con sus solicitudes el importe de la suscripción (*cinco pesos oro cubano o norteamericano* los de Cuba y *seis pesos* los del extranjero) al Administrador de CUBA CONTEMPORÁNEA, calle de Cuba 52, departamento núm. 5, La Habana.

Asimismo rogamos a nuestros suscriptores, en particular a los del interior de la República, si desean renovar la suscripción para el próximo año de 1926, que envíen el importe de la misma, en cheque o giro postal, al Administrador de CUBA CONTEMPORÁNEA.

Los suscriptores de provincia o del extranjero que no hayan abonado el importe de la suscripción dentro de los tres primeros meses del próximo año (enero-marzo) dejarán de recibir la revista, que se paga por años naturales adelantados (enero-diciembre).

Cuba Contemporánea

AÑO XIII

Tomo XXXIX. La Habana, diciembre 1925. Núm. 156.

LA CONSPIRACION DE LA ESCALERA

I

JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO (*)

(Concluye)

V

LA CAUSA DE LA HABANA



ARA tratar de la causa inciada con motivo de las revelaciones de Erice, se mandó a formar ramo separado, siendo nombrados para instruirla el Subteniente Pedro Salazar, como fiscal, dándole de acompañado, más tarde, al Capitán Antonio de Lara, y como Secretario al Teniente José Fernández Cotá. Fueron procesadas 90 personas, 46 de color, entre libres y esclavos, y 34 blancos. Luz y Caballero, Del Monte, Martínez Serrano, Gener, Guiteras, Bombalier, Tanco, Mueses... figuran entre estos últimos.

En 13 de marzo de 1844 el fiscal Mariano Fortún, nombrado por el Gobernador de Matanzas para tomarle declaración al Sargento 1º de Morenos, José Erice, preso en el castillo *La Vigía,* en Matanzas, por iniciado en la proyectada sublevación de la gente de color contra los blancos, hace constar que en la mañana

(*) Véase el núm. 155 (noviembre, 1925) de CUBA CONTEMPORÁNEA.

de ese día el citado Erice solicitó una audiencia reservada por conducto del ayudante del Gobernador de Matanzas, Teniente José Lorenzo Palleschi, manifestando:

Que una falta de prevision lo habia comprometido, pero si V. E. lo dispensaba de la culpa aun cuando se le mandase á la Peninsula, él haria una manifestacion franca y extensa de cuanto ha podido comprender, en el concepto de que si se le traslada á esa capital podrá indicar personalmente el paraje donde se encuentran los principales agentes que han trasmitido á esta ciudad el espíritu insurreccional á la gente de color.

Mi contestacion fué—dice el fiscal—que impetraria la generosa bondad de V. E. á su favor siempre que cumpliere exactamente lo que prometía. Bajo esta garantia me ha manifestado que el foco se halla en el consulado general de Inglaterra desde el tiempo de Mr. Turnbull cuyos manejos ha continuado su sucesor; que entre otros muhos ajentes de color, Luis Gijó, mulato carpintero y Miguel Flores moreno talabartero que viven en esa capital son los que principalmente han hecho viajes á esta con el fin indicado presentandose con el caracter de ajentes del espresado consul, ofreciendo de su parte los ausilios de armas y de jente de la Isla de Santo Domingo, y añade que ha visto entrar al segundo varias veces en casa del espresado consul. [24]

En las declaraciones dadas por los procesados, hasta la fecha en que se inició la causa de La Habana, no aparecen complicados los blancos en la proyectada conspiración, y hay más de una declaración en la causa originaria y en las seguidas en Matanzas, en que se hace constar que "no existen blancos comprometidos en el proyecto"; pero como era necesario incluir en el proceso a los que de alguna manera se habían manifestado contrarios al tráfico de negros y favorables a la colonización europea, fueron preparadas y obtenidas por el fiscal Salazar las acusaciones convenientes a ese fin; valiéndose para ello de los procesados Gabriel de la Concepción Valdés y Miguel Flores, quienes delataron a las personas más prominentes de aquella época.

Erice no pudo ratificar su declaración ni venir a La Habana a indicar los lugares donde se encontraban los principales agentes de la conspiración, por haberse suicidado al día siguiente, según se dijo por el fiscal Mariano Fortún; mas como había que bus-

[24] Archivo Nacional, conspiración, c., leg. 63, pieza 9ª

car quién explanara esas revelaciones, fué escogido para esto el negro Flores, que, preso el día 18 de abril, prestó declaración al siguiente día. Debo hacer notar que las primeras respuestas suministradas por el procesado no descubrían a los jefes de la conspiración en esta capital; pero habiéndose echado a llorar—dice Salazar—lo amonestó para que dijera la verdad y le expusiera la causa de su aflicción, y, entonces, al ser preguntado, si fuera de la isla habían salido algunas personas a evacuar comisiones, contestó "que Domingo del Monte era uno de los que por fuera trabajaba con más calor e interés por la causa".

El 12 continuó la instructiva del citado Flores, y

Preguntado: que esperanzas habia concebido la sociedad tocante á la realización del plan que les ocupaba. *Contestó:* que la sociedad habia recibido noticias muy favorables de sus agentes esteriores respecto á las miras de los que apoyaban la emancipación, recordando que por aquellos dias vió el declarante en casa del consul al Sr. Dn. José de la Luz y Caballero en circunstancias que se trataba del armamento que era indispensable para sostener la lucha que se iba á provocar, y añade aun mas, que Gigaut y el declarante estaban presentes cuando un joven Ingles, cuyo nombre no sabe, pero que habia ido acompañado del Sr. de la Luz, hizo entrega de una gruesa cantidad de onzas de oro, destinada para pagar parte del armamento que se habia negociado.

Preguntado: sí otras ocasiones vió el declarante al Sor. de Caballero en casa del consul. *Contestó:* que muchas veces lo vió de visita y solia pasar con él parte del dia hablando y escribiendo sobre la materia.

Preguntado: Si el declarante sabe á que sociedad concurria el Sor. de la Luz y Caballero. *Contestó:* que pertenecia y era Secretario de la Sociedad de Paula, que se titulaba la *directora*.

Preguntado: en que cuadra de la calle de Paula está dicha Sociedad. *Contestó:* que como no estuvo en ella no tiene razon cierta de su situacion.

Preguntado: como sabe lo que ha espuesto. *Contestó:* que le consta lo del Sor. de la Luz porque lo ha visto muchas veces en casa del consul, y lo demas por Gigaut cuando daba noticias de las ocurrencias que tenían lugar en la Sociedad Directora.

Preguntado: si sabe que parte de dichos fusiles [en otra pregunta anterior había declarado que los fusiles llegaron en un barco inglés a La Habana, trasladándose 8000 al pontón y que otra cantidad muy

considerable se introdujo poco a poco en casa del cónsul cuando vivía extramuros calle de San Luis Gonzaga] se trasladasen á algun otro punto. *Contestó:* que mucha parte de ellos estan en la actualidad por Mordazo dentro de una quinta ó casa de campo, de cuyo secreto solo está al corriente el Sor. Consul actual, su antecesor, el Sor. de la Luz y Caballero y Luis Gigaut, pudiendo estarlo tambien algun otro caballero.

Preguntado: que objeto se prometian los blancos para apoyar la emancipacion. *Contestó:* que las ideas de los blancos no son otras que separarse del Gobierno de España á todo trance y repartirse los destinos proporcionalmente con los de color sobre los que necesariamente deben egercer alguna influencia.

Preguntado: quien introdujo las armas en Guanabacoa. *Contestó:* que Luis Gigaut las fué trasladando poco á poco á un lugar inmediato á la loma de Fray Alonso, segun lo manifestó; y está cierto y seguro que estan por dicho lugar, porque un dia vió a Gigaut por aquellos alrededores con dos jóvenes blancos que conoce de vista y le espuso que venian del punto donde se hallaban los fusiles y las lanzas, y que ademas habían hecho un reonocimiento importante; que á los pocos dias estando el declarante en casa del consul oyó hablar al Sor. de la Luz y Caballero acerca de lo importante que era la situación del nº *4* y sacó á colacion el reconocimiento que habian practicado los indicados jóvenes.

Preguntado: que consul era el que visitaba esa vez el Sor. de Caballero. *Contestó:* que el antecesor del actual [25].

Complicados tantos blancos en la causa, no era posible que el proyecto continuara siendo de la gente de color contra los blancos para abolir la esclavitud y hacerse dueños del gobierno de la isla; por eso Flores dijo que los blancos aspiraban a la emancipación de los esclavos y a la independencia de Cuba y que una vez obtenidas repartirían proporcionalmente los destinos con los de color. De esta manera creyóse poder armonizar los dos proyectos; pero la modalidad introducida en la causa de La Habana la distingue de todas las otras seguidas en Matanzas y demás distritos rurales y la aisla de ellas completamente: los negros se proponían matar a lo blancos y quedarse dueños del país, y los blancos perseguían, con el auxilio de los negros, la independencia de la isla. No podían ser más contrarios y opuestos los

(25) *Ibídem,* leg. 58, fojas 278 a 281.

propósitos de los unos y de los otros. Pero lo absurdo, lo imposible es lo que se encuentra en esta causa desde sus comienzos.

Más adelante tendré ocasión de hacer ver la falsedad de las declaraciones de Flores, sobre las que descansa todo el proceso iniciado en esta ciudad.

He copiado literalmente las deposiciones del citado Flores, porque en ellas se hacen a Luz y Caballero las acusaciones que motivaron su procesamiento. Ninguno de los otros procesados en esta causa hízole imputaciones que pudieran perjudicarlo. De las declaraciones que ministró *Plácido* el 17 de marzo de 1844, en Matanzas, no resultaron cargos contra Luz y Caballero; pues al ser preguntado "si se le habían hecho indicaciones para que se avistase con José de la Luz y Caballero y con qué objeto",

> *Contestó:* que un pardito llamado José Maria Luz, le invitaba en la Habana, el año de mil ochocientos cuarenta y dos para que fuese á ver á su padrino, que es la persona por quien se le pregunta, añadiéndole que no dejase de hacerlo porque podía sacar provecho de su instruccion.
>
> Preguntado: si conceptúa que el Sor. de la Luz y Caballero, estuviese de acuerdo con Dn. Domingo del Monte para llevar á cabo la revolución. *Contestó:* que como no quiso visitarlo, ignora cuales son sus sentimientos respecto á la materia.

Y en la declaración que dió *Plácido* en 23 de junio de 1844, dijo:

> El Sr. de Garcia [Francisco de la O.] ha tenido en su finca al poeta D. José Ma. Heredia cuando vino de México á ver á su familia, bien conocido tanto por sus hermosos versos como por sus ecsageradas ideas republicanas, sin embargo que antes de morir en sus últimas composiciones, ya confiesa desengañado su herror, llamando *fantasma vano* á la libertad platónica que él se habia creado, y en época muy reciente á Dn. José de la Luz y Caballero, cuyos principios de igualdad son públicos, y tanto mas peligrosos, cuanto que son sostenidos por un hombre que á su talento escepcionado, reune un fondo de conocimientos estraordinario. Ignora la opinión del Sr. Garcia; pero no puede negarse que ha sido poco cauto llevando á pasar temporadas en sus haciendas á individuos cuyas ideas no le pueden ser desconocidas [26].

A varios de los procesados en la causa de La Habana, entre

[26] *Ibidem.* leg. 62, 6ª pieza, f. 2082, vlta.

otros a Juan de Dios Corona, Santiago Bombalier, Manuel Martínez Serrano, Telesforo Torrea, Félix Tanco y Bernardino Vázquez, le hicieron preguntas relativas a si conocían o tenían amistad con Luz y Caballero, si lo habían encontrado alguna vez en sociedades o reuniones y especialmente en la casa de la calle de Paula; siendo negativas todas las respuestas dadas a la última pregunta, por no conocer ninguno de ellos la citada casa de Paula ni haber estado por tanto en ella, y afirmativas todas las contraídas a la primera pregunta.

Martínez Serrano dijo, que en la única sociedad donde se reunió con Luz y Caballero fué en la Económica de Amigos del País, a la cual ambos pertenecían, la que celebraba sus reuniones en el Palacio de la primera autoridad. Y Tanco contestó negativamente la pregunta que le hizo el fiscal encaminada a saber si se había encontrado en alguna ocasión con Luz y Caballero en casa del Cónsul Mr. David Turnbull.

Con vista de las acusaciones de Miguel Flores, el fiscal Salazar remitió oficio al Capitán General, pidiéndole que fueran traídos del punto donde se encontraren los individuos que resultaban complicados en la conspiración.

Los términos en que se dirigió el fiscal constan por diligencia a fojas 290 de la causa y deben ser conocidos.

En el expediente que instruyo á consecuencia de las revelaciones hechas por el Sargento José Erice aparecen comprehendidos en el proyecto de emancipacion los Licenciados D. José de la Luz y Caballero y D. Domingo del Monte, como asi mismo D. Telesforo Torrea, el Dr. D. Andres Lopez Consuegra y D. Ramon Charun la naturaleza de la actuacion; la directa acusacion que se les hace, que es directa y en estremo grave; pues se indican convinaciones regulares, maquinaciones estensas, preparativos considerables, y sobre todo, un fin político para llevar á cabo la revolucion que para siempre debia separar estos dominios de la metrópoli; estos antecedentes me ponen en el caso en las presentes circunstancias, de elevarlos al superior conocimiento in- V. E. para que se sirva disponer si lo cree conveniente que dichos individuos, del punto donde se encuentren, sean trasladados á esta capital con el objeto de que se descarguen de la referida imputacion y otras que le resulten en el curso de la actuacion.—Lo que se verificó

en la forma de costumbre, y para constancia lo firmó dho. Sor. de que certifico.—Salazar.—José Fernz. Cotá [27].

De manera que Luz y Caballero de acuerdo con Turnbull —que hacía dos años que estaba fuera de Cuba—y con otros cubanos prominentes, conspiraba para libertar a los esclavos por medio de una revolución en la que tomarían parte éstos, y separar la isla del dominio de España.

El que imaginó este nuevo plan, se olvidó de que existía una causa seguida contra la gente de color que proponíase matar a los blancos y quedarse dueños del país.

Ya dije que esto era un absurdo; sin embargo, para el gobierno de O'Donnell todo era posible y debía hacerse cuando se trataba de la seguridad de la isla y del bienestar y felicidad de sus habitantes, como él los entendía.

O'Donnell, Salas y Salazar, remedando a Torquemada, Felipe II y al Duque de Alba, no querían que en Cuba existieran abolicionistas ni negrófilos, aun cuando para conseguirlo fuera necesario matarlos o encarcelarlos a todos. Proponíanse, además, demostrar que no le temían a nada ni a nadie, y que era saludable encausar a personas ilustres para dar mayor notoriedad a los procesos y que sirviera de ejemplo a las generaciones de aquella época y a las venideras; aunque a la postre resultasen falsas las imputaciones, se descubriese la impostura y fuera procesado y condenado el mismo juez instructor de la causa. A ello débese el procesamiento de Luz y Caballero, Del Monte y de todos aquellos cubanos social e intelectualmente significados.

Con cuánta razón calificó Luz y Caballero la causa al decir:

> Que era una página más para nuestra historia de un orden desconocido hasta entonces por su mezcla de infamia, tontería y ridiculez [28].

Con fecha 29 de abril de 1844, se libró exhorto por el General O'Donnell al gobierno de Madrid, interesando la captura y remisión a esta capital de Luz y Caballero, Del Monte, Torrea y

---

[27] *Ibidem*, leg. 62, 1ª pieza, f. 290 y 291.

[28] *Centón Epistolario*, c., t. VI, carta de Manuel de Castro Palomino, de 16 sep., 1844.

López Consuegra. Estos dos últimos fueron traídos presos desde Santander donde estaban. Pero Luz y Del Monte, como se encontraban en París, no tuvieron conocimiento del exhorto sino por conducto de sus amigos de La Habana. Contra el segundo se expidieron más tarde edictos (el primero el 16 de agosto), que fueron publicados en el *Diario de la Habana,* citándolo y emplazando. Luz no fué citado en esta forma, al menos no hay constancia de ello en la causa, debido, tal vez, a que llegó a estas playas el día antes de librarse requisitoria contra su amigo.

Don Pepe había salido de La Habana muy enfermo, el 29 de mayo de 1843, para Nueva York, de donde se dirigió a París, Francia, para consultarse con los principales médicos de aquella capital y someterse a su tratamiento. Los amigos que estuvieron allí con él han descripto el estado deplorable del enfermo. En estas circunstancias, porque no logró ninguna mejoría, recibió la noticia de que su nombre aparecía citado en una conspiración de la gente de color contra los blancos y que se le buscaba y se había dado orden de prenderlo si pasaba a España o venía a Cuba; al propio tiempo que la recomendación de que permaneciera en París hasta que se fallara la causa y mejorara su salud. Y mientras otros huían para ponerse a salvo de las garras de los fiscales o permanecían en el extranjero pidiendo clemencia al Capitán General y sincerándose con él, *Don Pepe* abandonaba el retiro y la atención de médicos especialistas que su enfermedad demandaban, para venir a La Habana a responder de los cargos que se le hacían, adonde llegó el 15 de agosto de 1844.

Es muy significativo el hecho de que no lo detuvieran tan pronto puso pie en tierra, o de que no lo fueran a buscar a su casa para prenderlo, ese mismo día. ¿Hubo acaso que deliberar, o fué tal la perplejidad y sorpresa que su llegada causó, con la que de seguro no contaban, que se quedaron confundidos, sin saber qué hacer? ¿O se le quiso otorgar esa gracia en reconocimiento al valor que había demostrado?

Lo cierto fué que no lo molestaron hasta los 9 días de estar aquí; cosa verdaderamente extraordinaria e inexplicable en aquellos momentos y con aquellos inquisidores que no se daban tregua para encarcelar hasta por simples sospechas. Y más inex

plicable e incomprensible resulta la excepción hecha en el caso de Luz, cuando se compara con el procedimiento seguido contra Benigno Gener, Pedro José Guiteras y Martín Mueses al presentarse, en agosto de 1845, en circunstancias mucho más favorables por hallarse procesado Salazar y haber cambiado el aspecto de la causa: fueron presos inmediatamente y encerrados en el Castillo de El Morro. A Gener lo detuvieron a bordo del vapor Clyde, apenas entró en este puerto, el 9 de agosto del citado año.

Luz y Caballero vino tan enfermo y en tal estado de postración que tuvo que guardar cama desde su llegada. Quién sabe si a esta circunstancia debióse el que no lo prendieran en seguida. Recluído en su casa, esperó los acontecimientos; mas, impaciente, viendo que nada ocurría, dirigió comunicación al General O'Donnell, escrita con la virilidad y energía propias de su carácter y del concepto elevado que tenía del honor y la dignidad, y no exenta de cierto desprecio y altivez; en la que después de calificar de absurdas las imputaciones que pudieran hacérsele en la causa, pidió al propio O'Donnell que sin oírlo y con la sola consulta del asesor resolviese en justicia lo procedente.

He aquí el texto de la comunicación:

Escmo, Sor. Capitan Gral.

Dn. José de la Luz y Caballero, con el respeto que corresponde, á V. E. espongo: que estando en Francia, adonde habia ido a buscar, por consejo de los facultativos, el alivio de mis grandes dolencias, llegaron a mis oidos ciertos rumores vagos de que aquí se mezclaba mi nombre nada ménos que con el de los cómplices de una conspiración de negros; de esa conspiración que V. E. ha sabido desbaratar, salvando á esta isla de sus horrorosas consecuencias. A pesar de la absurdidad de semejante especie, y de que mi familia, amedrentada con ella, me aconsejaba en sus últimas cartas que permaneciera en Paris hasta que cesara la borrasca, creyendo que en causas de esta naturaleza, la misma justicia tiene á veces que salir de sus naturales confines para buscar y alcanzar á los culpables que han amenazado la tranquilidad pública; sin embargo, yo no sé si por la confianza que el santo nombre de la justicia me inspira, no pude intimidarme, ni vençer los sentimientos de honor y de lealtad, que ya consideraba lastimados con los espresados rumores; y olvidandome de mi salud y hasta de mi vida, vine arrostrando los peligros de la navegación y aun el posible triunfo de una calumnia, á lo menos para tener la noble satisfaccion de confundirla, aunque ella al fin lograra, con apariencias de legalidad sacrifi-

carme—que una cosa es sacrificar la persona de un hombre, y otra destruir la reputacion que puede haber adquirido en el concepto público.

En esta tranquila disposicion me hallaba, cuando se me ha hecho temer por mi esposa y amigos, que puedo no estar libre de algun procedimiento violento contra mi persona. Y en tales circunstancias, sin apelar mas que á la justificación de V. E., me ha parecido que, esta sola garantia me basta para poderle pedir respetuosamente, se sirva prevenir del Sor. Brigadier Presidente de la Comision Militar, que si en esa causa resultan contra mi algunos cargos, que ameriten un decreto de arresto, oiga precisamente en tan grave punto al Sor. Asesor del tribunal, y que suspendiendo toda ejecución, eleve á la Superioridad de V. E. estos antecedentes, con el tanto de culpa que resultare, a fin de que V. E. mismo, sin oirme, califique la justicia ó injusticia de la providencia que recayere, dejando siempre á salvo los recursos que conceden las leyes del reino, y de la que protesto valerme para vindicar la ofensa.

Por tanto.

A V. E. suplico se sirva proveer conforme llevo pedido, como un acto de rigorosa justicia que espero recibir de la que V. E. administra. Habana veinte y tres de agosto de 1844.

Escmo. Sor.

José de la Luz [29].

Lo que pedía Luz y Caballero era algo excepcional, un privilegio dentro del procedimiento, de ello no hay duda; mas lo pedía por la desconfianza que tenía del tribunal y las pocas garantías que ofrecían los procesos seguidos por la Comisión Militar. Ya esto era, por sí mismo, bastante para que los miembros del tribunal, sobre todo el fiscal, se consideraran menospreciados ante la pretensión del solicitante. Y si a ello se agregan ciertas expresiones y frases consignadas en el escrito, como "la de posible triunfo de una calumnia"; que consideraba lastimados sus sentimientos de honor y lealtad, y que se presentaba para confundir la calumnia; se explica que le fuese denegada la petición, y que el fiscal Salazar, a quien se le pasó el escrito para informe, rebatiera las consideraciones expuestas por el acusado, haciendo ver lo infundadas que eran y que debía someterse, como los demás, al juicio y no pretender sustraerse a la acción del tribunal con recursos improcedentes.

[29] Causa de Conspiración, c., leg. 62, 4ª pieza, f. 1313 y 1314.

Parece que Luz tuvo noticias de que el día antes Salazar había pedido al Capitán General que ordenara su prisión. En efecto; José Falgueras dió traslado a éste del siguiente oficio que recibió del fiscal:

Escmo. Sor.

El Fiscal de Tral. Teniente D. Pedro Salazar en oficio de hoy me dice lo que copio:

"En la causa que sigo á consecuencia de las revelaciones del moreno José Erice, aparece acusado gravemente de complicidad en el proyecto fraguado para conseguir la emancipacion de la esclavitud en esta Isla y llevar á efecto otras ideas que se proponian los innovadores del sistema de Gobierno que rige en esta parte de la Monarquia, el Licenciado D. José de la Luz y Caballero, que estaba ausente y há regresado á esta capital ahora pocos dias; en tal concepto y considerando la responsabilidad en que incurria si permaneciese indiferente, espero se servirá V. E. ponerlo en conocimiento del Escmo. Sor. Capn. Gral. para que se digne disponer la aprehension del espresado Luz y Caballero y que quede á disposición del Fiscal en la Fortaleza á que S. E. le destine."

Lo que traslado á V. E. con los fines á que alude el Fiscal.

Dios gue. á V. E. ms. as.

Habana 22 de Agosto de 1844.

Escmo. Sor.

José Falgueras [30].

A los dos días recibió orden el Sargento Mayor de la Plaza para prender a Luz y conducirlo a la fortaleza de La Cabaña. Pero antes de relatar este hecho, quiero dar a conocer la primera parte del informe del fiscal contestando el escrito de aquél. Dice así:

Sr. Brigadier Presidte.

El Licenciado D. José de la Luz y Caballero, fué acusado por un testigo presencial que oyó sus conversaciones con Mr. David Turnbull, tendentes al plan de conspiración descubierto para la realización de la absoluta emancipación de la esclavitud en este Isla, en cuya consecucion está interesado un partido, q. parece no fué visto con indiferencia por aquel agente de las Sociedades abolicionistas. Tambien resulta contra dicho letrado el oficio que dirigió á la Sociedad económica del pais con motivo de la espulsión de Turnbull de la misma, en q. se descubren con toda evidencia las simpatias q. entre uno y otro

[30] Archivo Nacional, Comisión Militar, Secretaría, 2ª pieza.

existian de antemano; pero dejando aparte estas consideraciones, hay una razon poderosa q. debe pesarse en el presente caso y es la siguiente. Entre los individuos acusados en la causa despues de la confesion de los mas caracterizados entre ellos ¿se há presentado alguno quejándose á la primera autoridad del comportamiento del Fiscal, ni menos exigiendole responsabilidad por haberlos reducido á una prision? Ademas ¿con vista de los antecedentes q. han motivado los cargos y reconvenciones, se podrá graduar de infundada la determinacion q. pretende impugnar el interesado? [31].

Aquí aparece ya, aunque tocado incidentalmente y como de paso, pero con el evidente propósito de consignar el hecho y llamar la atención sobre él, lo que en el fondo determinaba el procesamiento de Luz y Caballero: su enérgica protesta contra los que tomaron el acuerdo de expulsión de Turnbull de la Sociedad Económica de Amigos del País. Se evidencia también del párrafo transcripto del informe, que al fiscal le había molestado el escrito de Luz, y que se consideraba aludido por la desconfianza que suponía la petición de no someterse como los demás acusados, a los trámites del procedimiento de que estaba hecho cargo el primero.

No sólo informó Salazar respecto a la solicitud de Luz y Caballero; el Auditor Asesor del Tribunal, Cornelio F. Coppinger, y el Auditor de Guerra, Antonio L. Armero, dictaminaron asimismo sobre élla. Éste disponiendo que se pasara el asunto al Presidente de la Comisión Militar y que fuera oído el Asesor del tribunal para que resolvieran lo procedente, y aquél, después de declarar que la petición era contraria a los principios legales y al orden de proceder y que no podía suspenderse el curso de la actuación (como resultaría de accederse a lo solicitado) en espera de la calificación que el Capitán General tuviese a bien hacer, opinó que:

Suficientemente, autorizados los fiscales como defensores de la ley y jueces de instruccion pa. todos los actos del juicio qe. ha de fallar el Consejo, lo está sin duda el de esta causa para pedir, bajo la responsabilidad que él mismo acepta, la prision del espresado Luz y Caballero. Ejerciendo, pues, la facultad qe. las ordenanzas le conceden,

---

[31] *Ibídem*, leg. 62, 4ª pieza.

ni su conducta ni sus actos pueden ser intervenidos sino por el Consejo en su dia, ó por el Superior inmediato, fallada la causa [32].

Y concluyó pidiendo que se declarara inadmisible la solicitud.

Quedó todo, por consiguiente, en manos de Salazar, y el proceso cintinuó su curso. En efecto; el día 24 de agosto el Sargento Mayor de la plaza de La Habana, Cristóbal Zurita, presentóse en casa de Luz y Caballero con la orden que el día anterior le habían dado de prenderlo y conducirlo a La Cabaña. Mandato que no se atrevió a cumplir, dado el estado en que encontró a Luz y por no asumir la responsabilidad en que creyó que incurriría de sobrevenir un desenlace fatal si trasladaba el enfermo a la prisión que se le había destinado. Concretóse a dejarlo arrestado en su casa, dando cuenta de todo al Capitán General para que resolviese. Esto motivó nuevas consultas a los dos asesores y al fiscal, y O'Donnell, basándose en el informe de Salazar y en el que dieron los médicos nombrados para reconocer al enfermo, dispuso que el procesado quedara arrestado en su casa morada y que pasada la gravedad de su estado fuera encerrado en la fortaleza que le había destinado.

Los facultativos que reconocieron a Luz y Caballero, elegidos por el Presidente de la C. M., fueron los doctores Francisco Alonso y Fernández, José de Lletor Castroverde y Agustín Encinoso de Abreu; quienes en su primer dictamen de 28 de agosto, se concretaron a decir que lo habían encontrado enfermo, especificando la clase de dolencia que tenía, que calificaron de hipocondría con afección de todas las vísceras y especialmente del sistema nervioso. Como este informe no fuera suficiente, el tribunal ordenó a los mismos médicos que hicieran un segundo reconocimiento del enfermo para que precisaran si dado su estado podía ser trasladado a una prisión sin que se agravaran sus males. A lo que contestaron en sentido negativo, según consta del informe que suscribieron en 31 de dicho mes.

Por su parte, el fiscal, con anterioridad a los dictámenes de

[32] *Ibídem.*

los facultativos, informó, contra lo que debía esperarse, en sentido favorable, diciendo:

...creí de mi deber reclamar nuevamente la prision del Sr. J. de la Luz y Caballero luego que supe habia arrivado á esta Capital, aun cuando me constase estrajudicialmente el mal estado de su salud, lo que al presente considero que es de tenerse en cuenta por muchas razones; y mucho mas cuando prestando fianza comentarience puede salvarse toda clase de responsabilidades sin que se afecte la recta administracion de justicia [33].

"Por muchas razones", dice Salazar, debe tenerse en cuenta el mal estado de salud del procesado. ¿Cuáles eran esas razones? Seguramente—y eso lo sabía él de sobra—porque no había méritos procesales para tomar medida tan violenta; porque, aun dando por ciertas las acusaciones que aparecían en la causa, no podían calificarse de graves al punto de que fuera necesario recluir al acusado en una prisión; y, sobre todo, porque al fiscal le constaba la inocencia de éste. No podían ser otros los fundamentos.

Sin embargo, el mismo Salazar había calificado antes, en oficio que dirigió a O'Donnell el 24 de abril de 1844, de *directas y en extremo graves* las acusaciones que existían en la causa contra Luz y Caballero.

Aunque no lo quisiera el tribunal, el procedimiento en este caso iba resultando especial y distinto al seguido contra los demás procesados: se establecía, sin duda, una excepción a favor de Luz y Caballero, que para mí no tiene otra explicación que el respeto que imponía a todos su excepcional carácter y su gran autoridad moral.

Contrasta sobremanera esta conducta si se la compara, no ya con la seguida contra las personas de color, sino con la observada con los de igual clase y condición social que Luz y Caballero. Al licenciado Manuel Martínez Serrano, por ejemplo, lo tuvieron incomunicado 115 días, sin que contra él hubieran más cargos que contra el primero, y no obstante haberse agravado en la prisión, de los males que habitualmente padecía, no logró su libertad bajo

[33] *Ibídem.*

fianza hasta fines de diciembre de 1844, después de ocho meses de encierro, del que salió para morir dos años más tarde.

El 5 de septiembre quedó en libertad Luz y Caballero, en virtud de la fianza personal que prestó por él su deudo el licenciado Pedro María Romay, ante el escribano de guerra Lorenzo de Larrazábal.

Miguel de Aldama al participar la noticia a Domingo del Monte, por carta fechada en esta capital, a 9 de diciembre de 1844, decía:

> Pepe de la Luz está suelto bajo fianza. Este favor lo ha conseguido porque su hermana que es muger de J. de la Torre, es íntima amiga de la mujer de O'Donnell y la tia Maria como la llaman por sobre nombre es muger de gran influjo ó por mejor decir gobierna á su marido con igual despotismo que él gobierna á los tristes cubanos [34].

En efecto, Monserrate de la Luz y Caballero, que es la hermana de *Don Pepe* a que se refiere Aldama, estaba casada con el Teniente Coronel Juan Rodríguez de la Torre, y tal vez la amistad de que se habla en la carta aludida, influyera en la ventaja otorgada al hermano; pero no creo que a esa circunstancia se debiera cuanto de excepcional se nota en su proceso; pensar así sería desconocer el carácter del hombre que había venido, arrostrando todos los peligros, a responder de las imputaciones que se le hacían en la causa: Luz no era el que aceptaba favores provenientes de tan indigno y cruel gobernante. Además, si tanta influencia tenía su hermana con la mujer de O'Donnell, ¿por qué sometió el fiscal a Luz y Caballero a tan largo e impertinente interrogatorio? ¿por qué lo contestó éste con tanta energía y dureza, y de manera imprudente y con violencia una de las preguntas? De ser como dijo Aldama, hubiérase concretado la instructiva a inquirir del procesado lo dicho contra él por Miguel Flores y aquél a responder, simplemente, negando los cargos que se le hacían. Pero las cosas no resultaron de esta manera, como se verá en seguida.

A pesar de estar en libertad, Luz no salió de su casa en es-

---

[34] *Centón* c., t. VI.

pera del fiscal que había de ir a tomarle la primera declaración, el cual no se presentó hasta el día 26 de septiembre.

Refiriéndose al estado de ánimo de Luz, Manuel Castro Palomino escribía a Del Monte, diez días antes de la fecha acabada de citar, en estos términos:

Estas cosas no le han hecho ninguna impresion, las ha mirado con el mas solemne desprecio, y tanto que si no le promueven la conversacion, ni se acuerda de ellas. Dice que es una página mas para nuestra historia de un orden desonocido hasta el presente, por su mezcla de infamia, tonteria y ridiculez.

Y comentando la tardanza del fiscal en ir a tomarle declararación, decía en la propia carta:

...se dispuso de oficio que prestara fianza comentariense, la cual dada, lo tiene en su casa hasta el dia de la fha. esperando la visita del fiscal, que no se le ha antojado parecer por allí. Dicen por ahi que le tiene mucho miedo [35].

Al fin, llegó el día de prestar declaración. El fiscal Pedro Salazar acompañado del secretario José Fernández Cotá, se presentó en casa de Luz y Caballero, sometiendo al procesado a un muy largo interrogatorio; tan largo que contiene 53 preguntas y ocupa con sus respectivas respuestas 10 fojas de la causa; lo que supone que hubo de durar tres horas por lo menos. Por su mucha extensión no lo inserto aquí. Sólo copiaré algunas de las preguntas y sus respuestas correlativas, que merecen especial comentario y que se llame sobre ellas la atención.

Luz evacuó la instructiva contestando con firmeza y energía y sin vacilaciones las 53 preguntas que le hizo el fiscal, la mayor parte de ellas encaminadas a inquirir la clase de relaciones que mantenía con Turnbull y si tenía conocimiento por éste o por Del Monte del plan de conspiración descubierto; negándose a responder a una de las preguntas por considerarla improcedente, lo que obligó al interrogante a aclarar y explicar su sentido. Y no sólo negó los cargos que se le hicieron, sino que negó también la existencia de los hechos sobre los que descansaba el proceso,

[35] *Centón* c., t. VI.

y trató de llevar al ánimo del fiscal lo absurdo e imposible del plan en que se decía que estaban complicados los blancos. Al hacer su defensa hizo asimismo la de todos los encausados.

Preguntado, Si no tiene algun dato para presumir que en esos movimientos hayan influido poderosamente ciertas personas interesadas por sus fines y principios, ansiosas acaso de obtener por semejantes medios, innovaciones respecto al sistema de gobierno que rige en esta Isla, *Contestó:* que ni tiene, ni cree que puedan existir semejantes datos.

Preguntado, Si no tiene presente haber oido decir que tanto D. Domingo del Monte como otras personas hayan trabajado eficazmente de acuerdo con Mr. Turnbull para que se llevase á cabo la expresada emancipacion, *Contestó:* que ha oido hablar generalmente y hasta con indignacion sobre el particular como una imputacion que se le hacia en esta causa; teniéndola todos por una solemne impostura.

Preguntado, Si el declarante juzga libre de responsabilidad al Sr. del Monte en la presente causa y qué fundamento tiene para ello, *Contestó:* que la pregunta no está bien hilada y por tanto se abstiene de contestarla.

El Fiscal manifestó al declarante que su objeto al hacerle la anterior pregunta se contraia á que consignase su opinion respecto a los sentimientos del Sr. del Monte en la cuestion de emancipacion y que al mismo tiempo expresase si le consideraba capaz de haber influido en los acontecimientos que á fines del año anterior se advirtieron en la jurisdiccion de Matanzas y Cárdenas; pues habiendo llevado estrechas relaciones con dicho sujeto bien pudiera emitir su opinion sobre el particular, *Contestó:* que en primer lugar que la mejor prueba de que la anterior pregunta no estaba bien concebida, y que ni aun espresaba la idea del Señor Fiscal, es la esplanacion que acaba de dar, como será fácil demostrarlo en otra oportunidad, no haciéndolo ahora para evitar prolijidad: y contrayéndose á la pregunta, responde, que siempre le ha oido hablar en sentido contrario á la emancipación; considerándolo incapaz no ya de influir pero ni aun de concebir la idea de semejantes acontecimientos, pues en todas sus relaciones con el Licenciado Dn. Domingo del Monte le ha encontrado siempre amante decidido del país, y como tal se honra con su amistad el esponente.

Preguntado, Si llegó á su conocimiento que durante la época del Excmo. Sr. D. Gerónimo Valdes, varios miembros de la Sociedad Económica del pais, escandalizados de la conducta observada por Mr. Turnbull hubiesen hecho una mocion pidiendo que su nombre se borrase de aquella Corporacion respetable, considerando que era una anomalia que entre los Amigos del Pais fuese contado como socio corresponsal el que bajo todos aspectos procuraba destruirlo, *Contestó:* que es

menester distinguir épocas; pues la mocion se hizo mucho tiempo antes de haber sido preso Turnbull y cuando estaba poco ántes en el pleno ejercicio de sus funciones consulares, y como tal en correspondencia y demas relaciones con el Gobierno de la Isla: y contrayéndose á la cuestion misma en el seno de la Sociedad, se refiere el declarante en todas sus partes al oficio que como director de dicha Corporacion pasó en aquellas circunstancias.

Preguntado, De que sentido fué el declarante con respecto á la mocion á que aluden las anteriores contestaciones, *Respondió:* que su referido oficio no deja que desear en la materia.

Prguntado, si no infiere el declarante que en este pais existe un partido que bajo todos aspectos ha tratado, de acuerdo con Mr. David Turnbull, de levantar la esclavitud para obtener á la sombra de las dificultades que necesariamente habia de encontrar el Gobierno innovaciones en política, *Contestó:* que cree que ni existe, ni puede existir, comprometiéndose á llevar la evidencia sobre la materia hasta los ánimos más prevenidos [36].

Cuarenta y cinco preguntas le había hecho ya el fiscal, y todas mortificantes para quien consideraba lastimados sus sentimientos de honor al saber que su nombre aparecía mezclado en la conspiración, y absurda la causa en que se le quería complicar, cuando fué interrogado sobre la participación que tenía en ésta. La indignación de Luz debió ser muy grande, a juzgar por los términos en que respondió. Dijo:

Que el declarante en lo que ha tomado y tomará siempre parte es y será en restañar y cicatrizar las heridas que otras manos han inferido á su patria, por cuya ventura derramará hasta su última gota de sangre [37].

Esta contestación motivó otra pregunta del fiscal encaminada a saber quiénes eran los que habían inferido esas heridas a su patria. Respondiendo Luz que no era la oportunidad de manifestarlo "por ser necesario entrar en un análisis circunstanciado que corresponde a otro lugar".

Después de terminada la instructiva, antes de firmarla, manifestó:

...que en vista del tenor de ciertas preguntas que se le hacen en

[36] Comisión Militar, conspiración c., leg. 62, pieza 4ª
[37] *Ibídem.*

el presente interrogatorio, se ve forzado á establecer como establece la mas solemne protesta para que obre sus efetos cuanto ha lugar en derecho, llegado el caso de manifestar las irregularidades á que se contrae [38].

No debió quedar muy satisfecho Salazar del resultado de la instructiva que tomó a Luz y Caballero, visto los términos en que la evacuó. Tal vez pensó que el procesado negaría su amistad con Del Monte o diría que no había estado en relación con él en París; pero Luz no sólo no negó estos hechos, sino que declaró, a pesar de las acusaciones que contra su compatriota aparecían en la causa, *que lo consideraba amante decidido del país y como tal se honraba con su amistad.*

La participación de Luz en el incidente Turnbull fué motivo de dos preguntas del fiscal; pero el declarante no quiso agregar nada a lo que había expuesto en su escrito pidiendo la reposición del segundo en la Sociedad Económica, y se refirió a él en todas sus partes. Y al insistir el fiscal sobre el mismo punto, le dijo *que su oficio no dejaba qué desear en la materia.*

He leído todas las declaraciones de las personas blancas comprendidas en la causa de La Habana, y puedo asegurar que ninguna contestó en los términos que lo hizo Luz y Caballero; llegando hasta ser imprudente, como se ha visto, al responder a una de las preguntas del fiscal.

Evacuada la instructiva, no fué molestado más Luz y Caballero, hasta que le tomaron la llamada confesión con cargos. Privilegio de que no gozaron los otros procesados, pues a todos, menos a él, se les pidió ampliación de la primera declaración. ¿A qué se debió esto? Tal vez a que el fiscal comprendió que a *Don Pepe* no podía confundirlo con preguntas capciosas, o a que estimó suficiente el interrogatorio y muy explícitas y categóricas las respuestas, o a que no quiso enfrentarse nuevamente con quien le dió a entender que conocía la injusticia e infamia del proceso, con quien le dijo que había oído hablar *con indignación* de la imputación que se hacía a Domingo del Monte, *"te-*

[38] *Ibidem.*

niéndola todos por una solemne impostura", con quien, en fin, hizo constar formalmente su protesta para en su día demostrar las irregularidades y la improcedencia de ciertas preguntas. Lo cierto fué que Salazar no volvió a presentarse en casa de Luz, pues cuando le tomaron la confesión con cargos, ocho meses después, aquél no pudo ir por estar a su vez encausado y preso.

Los nuevos fiscales Llorens y Lara, acompañados del secretario José Fernández Cotá, se constituyeron el día 20 de mayo de 1845, en la casa morada de Luz y Caballero, y no encontrándolo en élla, lo hicieron constar así:

En el propio dia veinte de mayo del corriente año, debiendose proceder á evacuar el acto confesorio del Licenciado D. José de la Luz y Caballero, acusado en este procedimiento y en libertad bajo fianza, se trasladaron los Sres. fiscales con migo el Secretario á la casa donde habita el citado Caballero, y no encontrándolo, y siendo noticiados por sus siervos se hallaba en el campo, dispusieron dichos Sres. fiscales se hiciese constar por esta diligencia que firman con migo de que doy fé.—Lara.—Llorens.—José Fernz. [39].

Con vista de lo ocurrido, el tribunal notificó el hecho al fiador del procesado, el que compareció a los tres días siguientes, según se expresa en la diligencia que copio:

En la Ciudad de la Habana á los veinte y tres dias del mes de mayo del corriente año, dispusieron los Sres. fiscales se hiciese constar en esta diligencia, que habiendo pasado á la casa del Sor. D. José de la Luz y Caballero á tomarle su confesión segun se ve en la que antecede, donde fueron notificados se hallaba fuera de esta Capital; compareció D. Pedro Romay fiador del referido Sor. Luz y Caballero, á quien se le notificó la necesidad de su comparendo en esta Ciudad, ofreciendo desde luego que lo verificará á la mayor brevedad y de quedar enterado firmó con los Sres. fiscales de que doy fé.—Lara.—L. Pedro Ma. Romay.—Llorens.—José Fernz. Cotá [40].

Por fin, el 10 de junio de 1845, se llevó a efecto el acto confesorio, en los términos siguientes:

---

[39] A. N. leg. 63, 9ª pieza. Luz se hallaba en Madruga, de temporada.
[40] *Ibídem.*

Confesión de D. José de la Luz y Caballero.

Preguntado, habiendole leido la declaracion instructiva que tiene ministrada en esta causa y obra a fojas mil trscientos veinte, si es la misma que prestó; si se afirma ó ratifica en su contenido, si tiene algo que añadir ó quitar, si la firma y rúbrica con que está autorizada es de su puño y letra, y quiere se le tenga en parte de esta confesion;—*Dijo,* que cuanto se le ha leido es lo mismo que tiene declarado, que se afirma y ratifica nuevamente en su contenido, sin tener que añadir, ni quitar, reconcciendo por suya la firma que la valoriza, y por lo tanto quiere se le tenga por parte de esta confesion, y responde.

Se le hace cargo de la complicidad que aparece de autos contra el confesante en el proyecto fraguado por Mr. David Turnbull, ex-Consul de S. M. B. en esta isla, por el que trató de llevar a cabo la emancipacion de la esclavitud;—*Dijo,* que á toda esa barahunda de sugestiones, imposturas y contradicciones que se vierte en la declaracion del moreno Miguel Flores (que acaba de leérsele al confesante) da por único descargo, se le responda: *cuándo?,* y responde.

Preguntado, si con el descargo que ha dado se considera negar el que se le ha hecho.—*Dijo,* que sí, y responde.

Reconvenido, cómo niega el cargo que se le hace, cuando ha visto sus acusaciones por la lectura que se le ha dado de ellas, de la declaracion de Miguel Flores, a fojas doscientas setenta y ocho, y lo expuesto por el pardo Gabriel de la Concepcion Valdés, á fojas ochocientas catorce; hechos que mirados con su instructiva á la vista (que se le ha leido) tienen alguna concordancia, pues tiene dicho visitaba en Paris á Domingo Delmonte, cuyas opiniones están patentes, pues por ellas fué expatriado ó expulsado de la isla; y en esta capital á mister Turnbull, y aunque esto no sea suficiente, da la casualidad que este señor, tanto en la época de su Consulado, cuanto antes y despues, ha demostrado claramente y á la faz de todos sus ideas de emancipacion, llamando la atencion en estas circunstancias el oficio que certificado obra á fojas seiscientas sesenta y siete, el cual es produccion del confesante, reprochando ó rebatiendo la idea de algunos socios, en la de Amigos del Pais, que viendo y considerando no era compatible estuviese Turnbull asociado con ellos, cuando maquinaba contra él, pidieron su expulsion: en cuya virtud se le amonesta sea franco y explícito manifestando cuanto sepa sobre el particular,—*Dijo,* que en el mismo cargo va casi envuelto su descargo; y, contrayéndose á los particulares que abraza, responde: 1º, que una cosa es visitar á un amigo y compatriota, y otra conspirar contra el pais: 2º, que en lo que han estado patentes para el confesante las opiniones de D. Domingo Delmonte, es en su oposicion á la trata de negros, mas nunca á la emancipacion de la esclavitud: 3º, respecto á las visitas del confesante á Mister Turnbull, se refiere á lo que tiene declarado: 4º, en el oficio se trataba de hacer cumplir el reglamento de la Sociedad; y en

todo caso la admision ó expulsion de Mr. Turnbull, era materia opinable, y por ningun motivo decidida en pro ó en contra puede constituir un cargo: 5º y último, repecto á la mencion (por cierto honorífica) que del confesante hace Plácido en la exposicion que se le ha leido, nada tiene que decir sino que jamas ha estado en semejante finca; no contestando á la calificacion que se hace de sus pobres conocimientos, porque ni le pertenece, ni es cargo, y responde.

Preguntado, si está convencido que el conspirar es delito, y que la ley le castiga á esta clase de delincuente con todo rigor;—Dijo, que lo está; que no tiene más que decir; que lo espuesto es la verdad á cargo de su juramento, en que se afirmó y ratificó, leida que le fué esta su confesion, firmando con los señores Fiscales, de que doy fé [41].

Entre las muchas irregularidades que se notan en la tramitación de la que he llamado "Causa de La Habana", está la de haberse omitido la situación de la casa que habitaba *Don Pepe,* en esta ciudad, donde quedó preso al principio, y en la que se constituyeron los fiscales para tomarle la instructiva y la confesión con cargos. Tampoco la determinaron los médicos las dos veces que estuvieron a examinar al procesado para informar al tribunal acerca de su enfermedad. Tal omisión la considero muy sensible en este caso, porque ha privado a los cubanos y especialmente a los admiradores del sabio Mentor habanero, de poder señalar con una lápida la casa en que estuvo arrestado éste por la conspiración de 1844.

La mala fe del nuevo fiscal Antonio de Lara, es evidente; porque a la fecha en que le toma la confesión al procesado, ya Miguel Flores, su único acusador, se había retractado, más aun, había negado cuanto aparecía en la causa como declaración suya, atribuído a Salazar la paternidad de la misma, y negado también la autenticidad de las firmas que aparecían al pie de sus declaciones; porque el propio fiscal Lara y su acompañado Antonio Llorens habían informado, en 23 de mayo de 1845, sobre este último particular, diciendo que *estaba casi comprobada la falsificación.* A pesar de todo esto, al calificar Luz y Caballero las imputaciones del moreno Miguel Flores, que se le leyeron, de "barahunda de sujestiones, imposturas y contradicciones", el fiscal

---

[41] Manuel Sanguily, *José de la Luz y Caballero. Estudio crítico,* La Habana 1890, apéndice III.

le preguntó si con el descargo que daba creía haber negado las acusaciones, y al responder que sí, le reconvino en los términos que constan en la confesión.

Todo el proceso contra Luz y Caballero descansaba en las declaraciones hechas por Miguel Flores; y véase a lo que quedaron reducidas:

En la visita de presos efectuada el 17 de diciembre de 1844, en el castillo de Atarés, produjo Flores las siguientes quejas: que después de la declaración que le tomó el fiscal Salazar, el 18 de octubre, éste le amenazó con fusilarlo si no se prestaba a contestar en la forma que se le pedía, llegándose, para atemorizarlo, a formársele el cuadro en la azotea de la prisión, por 4 soldados de la guardia a quienes se hizo cargar los fusiles a su presencia; que Salazar le llevó una botella de vino para que se emborrachara, a lo que se negó; y que en las violencias que ejercieron para obligarlo a firmar las declaraciones, llegaron a cogerle la mano entre el secretario y el fiscal, y habiendo pedido auxilio a la guardia vino un teniente de dragones que, lejos de socorrerle, lo deprimió. De esta queja se levantó acta, que obra a fojas 2510 de la causa.

Para la averiguación de los hechos denunciados fué designado el fiscal, teniente Juan de Larrazábal, ante el cual ratificó Flores lo dicho anteriormente; agregando, además, que no conoció ni de vista a José Erice, ni tuvo relaciones de ninguna clase con Luis Gigaut; que era inexacto cuanto aparecía consignado al contestar las preguntas de la 10 a la 14 y de la 20 hasta la 30 inclusive, pues no había sido interrogado absolutamente acerca de los particulares que comprenden, de los que aseguró vino a tener conocimiento cuando le leyeron sus declaraciones en el acto confesorio; que no conoció a ninguno de los cónsules que se mencionan en la causa; que fué incierto que llorara al tomársele la primera declaración; que fueron inexactas las respuestas correspondientes a las preguntas de la 34 a la 36, y demás, hasta la 39 inclusive; que asimismo eran falsas las relativas a las preguntas de la 54 a 66; que no tenía antecedentes de ninguno de los puntos o lugares que se citan en la causa, ni conoció a ninguna de las personas que se mencionan como acu-

sadas por él; negando, por último, que fueran suyas las 5 firmas que aparecen al pie de sus declaraciones.

Lo actuado no pasó de ahí; no se ocuparon en comprobar la denuncia de Flores, sin duda por que tratándose de un infeliz moreno, la justicia no debía molestarse en hacer tales averiguaciones. Sin embargo, se mandó investigar si eran o no falsas las firmas del procesado, y el dictamen de Lara y Llorens fué bastante concluyente sobre el particular, y debió tenerse en cuenta junto con lo informado por el Secretario de la causa, para anular el proceso en cuanto a Flores y a los que aperecían denunciados por él. Porque si las firmas eran falsas por haber sido forzado aquél a ponerlas, hay que pensar lógicamente en que no tenía por suyas las declaraciones que le hicieron autorizar. Por otra parte, existen antecedentes sobrados en el proceso para no desechar de plano la denuncia de Flores contra Salazar, de los que haré mención en breve.

De Flores hubiera querido deshacerse de cualquier manera el fiscal; pero en la capital de la isla parece que no podían hacerse las cosas como en Matanzas; de lo contrario hubiera aparecido ahorcado en su calabozo, como apareció Erice en el suyo, en el castillo de *La Vigía,* en Matanzas.

El Secretario Fernández Cotá, en el informe que dió al Consejo, refiere el procedimiento empleado por el Fiscal con Flores, dijo:

que a los principios de estarse actuando y declarando Flores en el sentido que aparece, Salazar le trataba con particularidad y buen modo, regalándole tabacos, pesetas y haciendole traer su comida con preferencia á todos, pero que nunca presenció si lo preparaba para estos actos, teniendo lugar estas distinciones despues de haberle ofrecido á nombre del Exco. Sr. Capitan Gral. el perdon de su delito por los servicios importantes que prestaria con sus revelaciones: que transcurrido algunos dias, reconvino el que declara á Salazar por el comprobante del referido perdon, contestandole que era Filosofo del siglo pasado, que el se valia de toda la astucia que estaba á su alcance para obtener del negro los secretos de la revolucion, sin comprometer la autoridad de dicho Exmo. Sor. [42].

---

[42] Causa de conspiracion, citada, leg. 64, f. 4287-4291.

Fueron tantas las infamias y las ilegalidades cometidas por Salazar en el curso de las actuaciones, que llegó a espantarse de su obra, y un día, más ebrio que de costumbre, rompió varias piezas de la causa, y haciéndose el sorprendido, dió parte al Presidente de la Comisión Militar, de haber encontrado rotas tres piezas de la causa de La Habana, en la Secretaría del tribunal. O'Donnell ordenó la formación de causa en averiguación de lo sucedido, y todas las sospechas recayeron sobre el mismo fiscal, porque siendo al propio tiempo Secretario de dicha Comisión, tenía bajo su custodia las piezas del proceso. El día 15 de abril de 1845 quedó inhibido el subteniente Pedro Salazar de toda intervención en la causa de que era fiscal. Con tal motivo fueron descubiertas muchas de las ilegalidades y faltas que existían en la sustanciación del proceso.

Las piezas rotas fueron la 1ª, la 4ª y la 6ª, que obraban en poder de Salazar, según informó Antonio de Lara, las cuales fueron reconstruídas en gran parte, pegando los fragmentos. A Lara y Llorens los nombraron para continuar la causa de La Habana, y del examen que hicieron de ella, dieron cuenta al Presidente del tribunal, en 29 de abril, diciéndole que *creían bastante patentizado lo informal e ilegal que había sido la formación de este legajo.*

En la 1ª pieza aparece la instructiva del moreno Miguel Flores en medio pliego de papel; del pliego 359 vuelve al 350; la foja 271 está escrita con diferente letra a la anterior, sin que conste la interrupción del acto; a fojas 1311 hay un decreto de la Presidencia, sin firmar, todo de letra de Salazar, relativo a que se oficiara a los facultativos para el reconocimiento de Luz y Caballero; las fianzas que se dicen prestadas por Martínez Serrano, Juan de Dios Corona, Luis Valdés, y Félix Mena no lo fueron y no obstante se les puso en libertad; aparece una escritura de fianza de Pedro Ulloa, sin existir orden que autorice su excarcelación. Y examinada la foliatura, dicen Lara y Llorens, en su citado informe de 29 de abril, se hecha de ver:

que de fojas 233 vuelve á las 224; de las 359 vuelta á las 350; de las 766 pasa á las 777; entre la 847 y 48 hay un oficio sin foliar, y de

889 pasa á las 900, dejandose entre las 1482 el fº 1483; cuyas faltas no aparecen indicadas en diligencia alguna.

Como lo que era evidente no podía ocultarse, en la sentencia que puso término a la causa, se hizo constar, al referirse a las irregularidades observadas en las actuaciones,

que al descender el Consejo á la imposicion de las penas, ha considerado de necesidad tomar en cuenta las graves faltas de que por desgracia adolecen aquellas [43].

En el trámite de conclusiones de la causa, los fiscales Lara y Llorens informaron en 18 de septiembre de 1845, en sentido favorable a Luz y Caballero, declarando *infundadas las imputaciones que le había hecho Flores*, y pidiendo en atención

á que estan desvanecidas en esta causa las acusaciones que han podido fundarse contra...D. José de la Luz Caballero ...y otros que se les declare absueltos de culpa y pena, sin que esta causa les sirva de nota para sus carreras y reputaciones [44].

Los 6 vocales del Consejo Pedro Cruz Romero, José Gómez, Martín Molis, Antonio Soler, José María Alegre y José de la Gándara, y con ellos el Presidente, votaron absolviendo de culpa y pena a Luz y Caballero, "sin que pueda servirle de nota desfavorable el proceso".

Luz y Caballero no asistió a la vista de la causa, que comenzó el 15 de octubre, dando instrucciones concretas a su defensor sobre los términos a que debía limitar su defensa.

Manuel Castro Palomino refiriéndose a este particular, escribía a Del Monte, en octubre 8, así:

Pepe de la Luz mira con tal desprecio este enjuiciamiento, que no solo piensa no asistir al acto del consejo, sino que ha determinado decir por fórmula en la defensa lo menos posible, manifestando que pasa por lo que determine el tribunal con vista del proceso.

El opina que no habiendo acusacion no debe haber defensa, y dice con mucha gracia y oportunidad que no le dá la lanzada al moro muerto, y que si hubieran pedido algo en su contra se hubiera gastado [45].

---

[43] *Ibídem.*
[44] *Ibídem.*
[45] *Centón* c., t. VI.

En efecto, la defensa de Luz no pudo ser más lacónica. Su defensor dijo:

Sres. Presidte. y Vocales.

Don Andrés Maria de Foxá Teniente de la 2ª Compañía de Voluntarios de Mérito y defensor nombrado por el Licenciado Dn. José de la Luz Caballero, cumpliendo su encargo, tiene el honor de esponer á V. S. S. que.

Don José de la Luz Caballero libra su defensa en el Mérito de los autos y en la Justificación del Tribunal.

Habana 15 de Octubre de 1845.

Andrés Mª de Foxá [46].

Convencido como estaba Luz de su inocencia y de la falsedad de las imputaciones que se le hacían, y negadas por Miguel Flores sus declaraciones, por ser incierto cuanto en ellas consignó el fiscal Salazar, y procesado éste por haber roto tres piezas de la causa y por las graves faltas encontradas en la sustanciación del proceso, no era necesario esforzarse en demostrar al Consejo lo que los hechos habían evidenciado ya; por eso hizo bien en mandar a decir que su defensa la dejaba al mérito de los autos y a la justificación del tribunal.

La sentencia fué dictada el 8 de noviembre y aprobada por el Capitán General el 19 del propio mes: en ella se absuelve a Luz y Caballero, sin que el proceso pueda servirle de nota desfavorable y reservándole sus derechos para exigir responsabilidad contra quien procediere.

El responsable directo era Pedro Salazar, pero el gran responsable era el gobierno de O'Donnell, O'Donnell mismo, que supo y consintió todos los crímenes, atropellos e injusticias cometidos por el primero en complicidad con los demás miembros que actuaron en la causa: asesores, auditor, secretario, y el Presidente de la Comisión Militar y el de la Sección de la misma.

A pesar de las graves faltas de que adolecía la causa, como se hace constar en la sentencia, y del informe de los fiscales Lara y Llorens respecto de la falsificación de las firmas de Flores, fué condenado éste a *10 años de presidio en África.*

La participación de los blancos en la conspiración de 1844 no resultó comprobada. Lo que se comprobó fué lo burdo de la

[46] A. N., conspiracion c., leg. 64, f. 4184.

trama inventada por Salazar a quien le sobraba maldad, pero le faltaba inteligencia.

La causa de La Habana no resiste el más ligero análisis. Fué iniciada como se sabe, por las revelaciones de Erice, quien dijo que el foco de la conspiración estaba en esta capital en el consulado inglés, desde la época de Turnbull, y continuó siéndolo después de hacerse cargo del mismo Mr. Crawford, y que entre otros muchos agentes de color los principales eran Luis Gigaut y Miguel Flores, los que actuaban en nombre de aquel cónsul, ofreciendo de su parte auxilios de armas y de gente de Santo Domingo. El denunciante no pudo ratificar su denuncia por haber muerto ahorcado al día siguiente de hacerla. Debe recordarse que la revelación la hizo bajo la promesa de obtener gracia del Capitán General. Pero Erice, como *Plácido,* fué engañado y ambos pagaron con su vida las falsas delaciones que les sugirieron los fiscales Fortún y Salazar. Si el primero dió la denuncia bajo la promesa que le hizo Fortún, no se explica que se suicidara, como se dice en la causa, cuando no había transcurrido más que un día; lo natural era que esperara el resultado de sus revelaciones y la contestación de O'Donnell; pues quien acababa de concebir una esperanza no iba a poner fin a su vida tan pronto sin haber recibido todavía el desengaño. Todo hace presumir que lo mataron para evitar una posible retractación, o que traído a La Habana, como él pedía, para indicar los lugares donde se encontraban los principales agentes del movimiento, no pudiera comprobarse nada y quedaran sin valor sus revelaciones. Es inexplicable, además, que si conocía esos lugares no los señalara o fuera preguntado por el fiscal para que dijera cuáles eran; tampoco se le interrogó quiénes eran los otros agentes, conformándose Fortún con los dos indicados: Gigaut y Flores.

Muerto el denunciante y no habiendo sido hallado Gigaut, quedó solo en escena el moreno talabartero Miguel Flores, que fué el que completó lo dicho por Erice, al referir los hechos ya relatados al principio de este capítulo.

De las casas donde funcionaben las juntas o sociedades conspiradoras, únicamente resultó indentificada la de José Valdés Ayala, situada en Tejadillo, 28, donde vivía al ser arrestado, ha-

biendo estado domiciliado antes en Villegas 17, Chacón esquina a Aguacate y en Guanbacoa, sucesivamente.

La de Paula, donde funcionaba la Sociedad Directora, de la que eran Presidente y Secretario respectivamente, Tanco y Luz, como no se constituyó nunca en ella el fiscal, no se averiguó en qué casa de la calle de Paula estaba instalada, ni quién era su dueño, quién su arrendatario, ni quiénes los concurrentes a la misma. Tampoco fueron citados a declarar los vecinos colindantes ni los de las otras casas de la misma cuadra. El propio Flores no sabía la situación exacta de la casa en que se encontraba nada menos que la Sociedad Directora; y el fiscal tampoco tuvo interés en saberlo. Resulta, pues, inexplicable que no se practicaran unas diligencias tan claramente indicadas e indispensables dentro del procedimiento.

La morena Dolores Melo, en cuya casa se dijo que había otra de las juntas, no fué citada a declarar.

Omitióse toda investigación para encontrar las armas que había ocultas "en un lugar inmediato a la loma de Fray Alonso", en Guanabacoa; y no fué llamado a declarar el cónsul inglés sucesor de Turnbull, Mr. Crawford, el que sabía, según dijo Flores, el lugar donde fueron escondidos, cerca de Mordazo, parte de los 8,000 fusiles que trajo un vapor inglés.

Y si a lo expuesto se agrega la indeterminación de las declaraciones del citado Flores, sobre puntos esenciales que no es presumible que ignorara quien decía estar al cabo del plan de conspiración de los blancos, hay que concluir que era falso cuanto aquél manifestó, y falsas también las imputaciones que hizo a Luz y Caballero.

Todos los que aparecían procesados en la causa de La Habana, debieron ser absueltos, por no haberse probado los cargos; pero el gobierno de España en Cuba, nunca quiso hacer justicia, ni aun reparar las arbitrariedades que cometió, o impedir la consumación de la injusticia. En este caso, siendo de suyo falsas las acusaciones, lo menos que debió hacerse fué dejar en libertad, libres de culpa y pena, a cuantos aparecieron implicados en el procedimiento. Pero había que justificar la existencia de la causa y al fiscal que la instruyó y salvar el nombre de la Co-

misión Militar y del Gobierno; por eso de los blancos resultó condenado José Valdés Ayala, y de los negros Miguel Flores, Manuel Manzano y otros.

Este fué uno de los frutos, el más sangriento sin duda, que produjo la esclavitud en esta tierra; mas, para suerte de Cuba y de sus habitantes resultó menos cruento y asolador que los que esa misma inhumana institución produjo en Santo Domingo, primero, y en los Estados Unidos de América, después.

Los sucesos del año 44 no cambiaron las cosas; la esclavitud y la trata continuaron; sin embargo, sirvió para que una parte de los hacendados cubanos se decidiesen a traer braceros europeos y aumentar la colonización blanca, sin que el gobierno les pusiese trabas; pero la emancipación del esclavo no comenzó en Cuba hasta la guerra de 1868, a cuya terminación el gobierno de España reconoció o sancionó la libertad que los insurgentes cubanos dieron a los esclavos desde que entraron a luchar por la libertad e independencia de la colonia. Poco tiempo después de comenzada la contienda, en 1870, fué dictada la *Ley de vientres libres,* y en 1880, se promulgó la ley de abolición de la esclavitud, la que no quedó extinguida hasta 1886.

La causa de conspiración de 1844, es un borrón de ignominia para el gobierno de España en Cuba y un crimen de lesa humanidad; pero en las fojas de ese proceso inicuo quedaron escritas las páginas más elocuentes y viriles de la vida de *Don Pepe,* el que, cual nuevo Sócrates, vino a enseñar con el ejemplo como se cumple el deber y hay que despreciar la vida por la causa de la Justicia, de la Dignidad y del Honor. Y para demostrar a sus compatriotas que el temple y energía del carácter no se oponen a la bondad del corazón, accediendo a las súplicas de Salazar, preso en España, escribe a su amigo Martínez de la Rosa, Ministro a la sazón, en favor del reo, obteniendo que le suavizaran los rigores del castigo:

Una carta empapada en las lágrimas del arrepentimiento—dice José María Zayas—fué la recompensa de tan bella acción [47].

Francisco G. del Valle.

[47] *Revista de Cuba,* La Habana, p. 78, t. VI, 1879.

ESCENAS DE LA VIDA PRIVADA EN LA ISLA DE CUBA (*)

No os escribimos de otra cosa sino de aquello que os es conocido.

EPÍSTOLAS DE SN. PABLO.

AL QUE LEYERE



L autor de estas *Escenas de la vida privada en la isla de Cuba,* ha creido y cree que no será nunca perfecta ó completa cualquiera descripcion ó pintura de costumbres cubanas, si no se comprenden los esclavos que tienen parte tan principal en ellas. Dividida nuestra poblacion en blancos y negros, seria pintar á medias, ó dibujar un perfíl de nuestra sociedad, y no su fisonomia entera como debe ser, escribir unicamente sobre los primeros ó sobre los segundos con separacion de los otros. Si es evidente la influencia intelectual y moral que egercen los esclavos en la clase blanca ó libre que los poseé, y la de esta en aquellos, es claro tambien que todos los fenómenos morales de nuestra vida pública y privada, no pueden espli-

(*) El original manuscrito de este muy curioso estudio—hecho en 1838 y hasta ahora inédito—, se hallaba en poder del Sr. José R. García, cubano establecido en Buenos Aires desde hace cuarenta años, quien lo cedió al Sr. Carlos M. Trelles cuando estuvo éste en al capital de la Argentina, a fines de 1924, con motivo de la celebración del Primer Congreso Internacional de Economía Social, al que concurrió como Delegado de nuestra República. CUBA CONTEMPORÁNEA da expresivas gracias a su muy estimado colaborador el notable bibliógrafo Sr. Trelles, por haberle facilitado el interesante trabajo cuyas primicias da en este número, habiéndose tenido, al imprimirlo, el cuidado de reproducir fielmente el texto original, respetando su peculiar ortografía, que concuerda con la usual durante la ya remota época en que fué escrito.

carse ni entenderse sino por esta recíproca influencia de las dos clases, por su contacto y relaciones. El que haya pues de escribir novelas ó dramas sobre nuestras costumbres, ha de presentar al lector ó al espectador, negros y blancos. Asi lo ha hecho, entre varios escritores que vivieron en sociedades constituidas como la nuestra, el poeta Terencio en sus comedias, que se proponen como modelo de la comedia clásica. En ellas hacen un papel muy principal los esclavos; y *Sanga,* y *Larmeno,* y todos los demas de igual condicion que figuran en la escena romana como en la vida real de donde se sacaron, no se muestran ménos viciosos, hipócritas, y corrompedores de las costumbres que los nuestros.

Otras advertencias ó consideraciones quiere hacer el autor para prevenir malignas interpretaciones de los ignorantes o preocupados que vean en estos ligeros bosquejos, la *Sátira de un enemigo de Cuba,* como no han faltado algunos benévolos lectores que así lo han pensado y lo han dicho. A estos tales debe contestar el autor, que en efecto ha escrito una *Sátira* copiando al pie de la letra la sociedad donde vive y de que hace parte con su familia, segun lo han hecho tantos otros curiosos observadores de las varias sociedades del mundo, sin que se haya dicho hasta ahora que por haber pintado y criticado las costumbres malas ó ridiculas de aquellos pueblos, fueron sus enemigos. Ni á Balzac por egemplo en Francia, ni a Breton de los Herreros en España, se les tacha con esta nota porque las respectivas sociedades, de que ambos son una personificacion, aparecen en sus escritos tan profundamente corrompidas. No es culpa de ellos la fidelidad de los cuadros que ofrecen á sus compatriótas y al mundo, cada cual á su manera, pues tal es el mérito del artista, sino de los propios modelos de donde los sacaron y que tuvieron y tienen delante de los ojos.

Acostumbrados los cubanos a oír desde la cuna pérfidos alhagos y amañadas lisonjas á nuestra pobre tierra de los verdaderos enemigos de su felicidad, nos repugna y enfada la crítica y la censura en boca de cualquiera que levanta la voz enérgica del patriotismo para denunciar al mundo nuestros vicios, nuestras ridiculeces y nuestros delitos. No queremos creer que somos des-

graciados, corrompidos, ignorantes y pobres, como dicen algunos, sino dichosos, morigerados, cultos y opulentos, como aseguran los mas á la faz del público en pomposo lenguage. Entre ambas opiniones, si asi pueden llamarse, nuestro amor propio, ciego en demasia, nos inclina naturalmente a lo mas favorable, a unos y son casi todos de buena fé, creyendo que es verdad, en cuanto ven y alcanzan, lo que es mentira o error; cuerpo lo que es sombra; oro y plata, lo que es hierro y oropel; paz y prosperidad, lo que es fuerte amago de guerra ó de ruina. Para esta multitud fascinada, nuestro estado social es casi perfecto y el mas envidiable de la tierra; y es una de sus reglas infalibles para creerlo asi y proclamarlo con orgullo, la importacion y esportacion de nuestro comercio, el número de embarcaciones que lo hace, los derechos fiscales que se recaudan; y como resultado de todo esto la abundancia y el lujo: ignora esta buena gente que en Esmirna, el Cayro y Constantinopla se nota el mismo fenómeno material que en la Habana. Otras personas menos ilusas, creén en la verdad de lo que existe realmente pero interesadas por sí ó á nombre del gobierno que quiere á cualquier costa la tranquilidad y conservacion de su colonia, ó de lo que él llama el órden público, sostienen y ponderan aquellas ilusiones, aquellos fantasmas de felicidad y riqueza, semejantes á los que imaginó Colon cuando descubriéra la isla de Cuba, suponiendo que era una continuacion del vasto imperio del gran Kan de Tartaria descrito magnificamente á los europeos por su paisano Marco Polo. ¡Pobre país! Desde entónces principiaron a mentir a tu costa de buena ó mala fé, tus amigos ó tus enemigos.

Ya se deja entender que los interesados en propagar y engrandecer esta falsa idea de nuestro estado social, han agotado, en cuanto les ha sido posible, todos los argumentos materiales de estadistica, contandolo todo con su particular aritmética pª dejar como si dijeramos hartos y deslumbrados los ojos á fuerza de guarismos. Las cajas de azucar por egémplo, los sacos de café, los bocoyes de miel, los barriles de aguardiente, los millares de *tabacos,* las arrobas de cera, y la importacion anual de veinte mil negros de la costa de Africa, se han considerado como los mejores y mas brillantes hechos, pª resolver ventajosamte.

con su número, siempre en aumento, todas las cuestiones de prosperidad social, de cultura, y buena gobernacion. No se han mencionado ó contado otros *hechos* de distinta naturaleza en estadisticas intelectuales y morales que fueran mas seguras pruebas que los anteriores, para conocer por ellos solos, si era ó no era nuestra sociedad lo que se dice y preconiza, y si estaba ó no estaba tan bien administrada y regida como se pretende. *Hechos* que constituyen el alma toda de cualquier pueblo, su parte racional, débil ó fuerte segun sea la índole de aquellos hechos, que la lleva necesariamente á su progreso ó atraso, ó la mantiene estadiza y lánguida en su movimiento de civilizacion. Obras de esta clase escritas con la libertad y el interes filosófico que se debe, ni se han escrito ni se permite escribirlas entre nosotros; porque seria entónces quitar todo su prestigio y valor á las cifras numéricas de las Balanzas mercantiles como signos de felicidad; porque seria descubrir el secreto ó las males artes de la ignorancia y malicia del gobierno, cosa sumamente perjudicial á sus miras; porque seria presentar el cuerpo llagado y monstruoso de nuestro estado moral y politico, desnudo de todo el pomposo ropage conque lo han cubierto y ataviado sus enemigos; porque seria, en suma, conocer, segun la frase del poeta latino, que viviamos y caminabamos sobre la boca de un volcan sembrada de flores.

Una de estas obras, no precisam[te]. de estadistica y números, sino obra narrativa y filosófica, seria la que describiese las costumbres privadas y públicas de nuestra sociedad colonial. Esta pintura egecutada con el talento del observador y del poeta diria mucho mas á los lectores inteligentes de otros países y del nuestro lo que somos y valemos, que las obras demostrativas de los filósofos y politicos, donde los hechos sobre que se discurre toman con frecuencia el color de sus opiniones particulares, quedando por consiguiente desfigurados y mal conocidos esos mismos hechos. Mas en una obra destinada á describir costumbres, tales cuales son, y en donde no cabe ni debe caber sobre ellas el parecer del que escribe, no hay el peligro de caér en la misma falta. Adēmas, "la novela es entre las formas literarias de nuestra épo-

"ca, la mas popular de todas: la solicitan, la leén y la compren-"den desde el sabio, hasta el mas rústico menestral (2).

Con esta idea, emprendi trasladar al papel los ligerisimos bosquejos de nuestra vida interior, que ofresco a mis lectores, como un ensayo de lo que puede hacerse en obra mucho mas estensa y variada y de incalculable utilidad. Les he dado la forma dramática ó de diálogo, la mas pintoresca á los ojos de la imaginacion, pareciendome de mejor efecto para el que lea, conocer mis personages por sus propias palabras que por las mias. Desde luego protesto que no me aparto un ápice de la verdad en lo que refiero de cuanto he visto y oído, y hemos visto y oído todos los que vivimos en Cuba: acaso por un esceso de delicadeza ó por no parecer exagerado, omito mil ocurrencias que parecerian increibles á otros que no fuesemos nosotros que las vemos y palpamos diariamente, y que son habituales en nuestras casas y en el público.

Tristes impresiones habran de dejar á los lectores sensibles que aman á Cuba, no unos cuentos fantásticos y alegres, que ojalá que lo fuesen estas escenas, sino la funesta realidad de nuestra vida doméstica, aunque tan debilmente bosquejada por mi pluma. Vida llena de afan y angustia perdurable; rodeada de peligros y asechanzas; sin placeres inocentes y puros que no estén mezclados de cúlpas ó crímenes tal vez, y de amargos remordimientos: vida grosera y ridícula por una parte, de pasiones exaltadas, de urania, de codicia feroz p^{r}. otra: vida sensual y cruel, sin un destello de religion que la modere y la suavise en sus desarreglos y en sus impetus iracundos. Si es la familia el elemento de la sociedad civil ¿que sociedad será la nuestra, y que ciudadanos se formarán entre nosotros, cuando la fuerza brutal tiene levantado su trono en el seno de la misma familia contra la *moral* y el *derecho,* y donde son necesarios por $consig^{te}$. un verdugo y todos los instrumentos de opresion y suplicio p^{a} conservar su prepotencia?...

Escusado es buscar la causa inmediata de tanto mal: la conocemos casi todos y no la ignora el que pudiera y debiera destruir-

(2) Duquesnel.

la si no tuviese el interes que tiene en conservarla; pero causa segunda que procedió y procede de otra mas distante y absoluta en su origen, en el gobierno poseedor y dueño de la isla, que la conquistó y la administra por las reglas de su particular prudencia, ó de su particular utilidad, segun él la comprende. Cuanto se lea en estos diseños de nuestras costumbres, todo es vástago de un solo árbol cuyo tronco es España: todo es amargo fruto de este árbol fatal pª la isla y pª su misma metrópoli: desde allá principia á circular por sus venas la savia venenosa y mortífera que lo alimenta y fecunda. A España pues ó á su gobierno, es al que puede aplicarse este verso de Alfieri á Felipe II contrayendonos á la sociedad cubana.

"Opra tua degna e di te solo é questa (3)

*

El niño Fernando

¿Han puesto la berlina? pues me voy.
Hice ya tres visitas. A comer.
Traigan barajas. Ya jugué. Perdí.
Pongan el tiro. Al campo; y á comer.
Ya Dª Eulalia esperará pr. mí.
Dió la una. A cenar, y á recoger.
¿Y este es un racional? Dicen que sí.

Iriarte.

I

Arrellanados estaban en dos poltronas y en un espacioso comedor de su propia casa el Sor. D. Antonio Malpica y Lozano y su Sra. Dª Concepcion Sandoval Buendia, regalandose ambos con la fresca brisa que en los meses abrasadores de la canícula suele levantarse á velar entre diez y once de la noche pª consuelo de los que vivimos en Cuba sudando y jadeando con los calores de la estacion. Eran estos dos personages de familia noble y rica de la Habana, aunque respecto de lo primero, se hablaba de sus mayores como de gente advenediza que habia pertenecido al vul-

(3) El Philipo.

go de España y no a ning^{a} casa solariega. Pero sea de esto lo que fuere, nosotros los dejaremos ó los tendremos en el concepto de los mas rancios linajudos de la monarquia, importando muy poco ó nada á nuestra historia que pertenescan á tal ó cual categoría de la Sociedad.

¿Sabes, dijo D^{a} Concepcion á su marido hablando de cosas domesticas, que la negra Petrona si no está embarazada, lo sospecho mucho?

Puede ser que lo esté, contestó D^{n}. Antonio bostezando.

Hombre, admiro tu frescura.

Pero que le hemos de hacer Conchita: si está embarazada, como tu sospechas, quiere decir que parirá; q^{e}. tendremos un esclavo mas, ó un esclavo menos, ó tendremos paciencia.

¿Y qué, tú te figuras, que yo tolere semejante desvergüenza de la negra?

Yo no digo que la toleres; lo que digo es que que remedio.

¿Que remedio? Mandarla en el acto á Sta. Lucia y recomendarsela al *mayoral* p^{a} que le ajuste las cuentas, y que pára allá en un *Bohio.*

Pero hija, considera que hace 14 años que nos sirve esta negra con la mayor formalidad, y que la pobre, la única tacha que ha descubierto ahora, es la de ser enamorada.

Pues *hijo,* que se vaya al ingenio que alli tiene bastantes negros galanes que la enamoren. En mi casa no páre: desde ahora te lo digo para que luego no tengamos tragedias. Yo no puedo permitir escándalos en mi casa de esta clase: tenemos un hijo que no es ya ningun niño de pecho, y no es regular que vea estas indecencias.

Pero muger, no te acalores, con mandar la negra al ingenio, está el cuento concluido.

Mandarla, y que le den un *bocabajo.*

Bien, se le dará el *bocabajo,* y que otra cosa.

Nada mas. Vaya una negra sinvergüenza. ¿Y quien será el amartelado que le ha hecho la buena obra?

El demonio, quien se mete en estas averiguaciones.

Al llegar aqui dieron las once de las noche y levantandose

los dos esposos en sana paz, y conformes en lo que habia de hacerse con Petrona, se recogieron en su aposento.

Corridos cuatro meses, ya se conoció distintam^{te}. el embarazo de la esclava y que la Señora Dª Concepcion no se habia equivocado en sus malicias. Firme en el propósito de mandarla á Sta. Lucia, se lo dijo á su marido en sazon de estár en la casa el arriero del ingenio con tres mulos que debia retornar a las 6 de la mañana siguiente. D^{n}. Antonio oyó á su muger con calma, y le contestó de conformidad; pero le dijo que se le dispensaria á Petrona el *bocabajo,* pues harta pena iba á sufrir con meter caña en el trapiche y aguantar los *cuerazos del mayoral.*

De ningun modo, contestó Dª Concepcion; si no se le castiga la desvergüenza con un buen *fondo,* mañana volveremos á las andadas.

Agustin, Agustin, gritó á este tiempo D^{n}. Antonio; y era al arriero á quien llamaba, el cual se presentó en el instante con el sombrero en la mano.

Mira, en uno de los mulos ha de ir Petrona pª el ingenio: pídele su ropa, y pónla dentro del mismo seron donde va ella.

Agustin se retiró á cumplir las órdenes de su amo, y habiendo dicho á Petrona que se alistase para marchar a Sta. Lucia, la infeliz tembló de pies a cabeza como una azogada, y corrió á la presencia de D^{n}. Antonio á suplicarle, puesta de rodillas y con los ojos llenos de lágrimas, que no la mandase al ingenio, preguntandole al mismo tiempo con sorpresa cual era su delito pª separarla del servicio de la casa.

Levántate, le contestó D^{n}. Antonio, y pregúntaselo á la Sra. Dª Concepción que estaba presente, le dijo.

Grandisima *perra* ¿y esa barriga no te parece bastante delito para desollarte?

Mi ama, contestó Petrona, perdóneme sumerced.

¿Que te perdone?: estás fresca. Allá en el ingenio te lo dirá de misas el Sor. Pantaleon. *Lárgate, lárgate* y recoge tus *trapos.*

Mi amo, dijo la esclava, dirigiendose á D^{n}. Antonio; sírvame sumerced de padrino: por el *niño* Fernandito, por lo que sumerced mas quiera en este mundo, que no me manden al ingenio.

No puede ser: la Sra. lo ha dispuesto así, y es preciso que obedescas.

¿Y sumerced lo consiente?

Y que he de hacer si la Señora lo manda.

Pues deme sumerced papel pª buscar amo.

Otro papel será el que yo te daré grandisima cachorra, le dijo Dª Concepcion, pª que el mayoral de Sta. Lucia te ponga como mereces. *Lárgate, lárgate,* ya te lo he dicho".

La negra no tuvo otro remedio que callar y obedecer y resignarse a marchar al terrible ingenio donde la aguardaban los trabajos, el suplicio y la muerte.

Al siguiente dia montó en el mulo que le estaba preparado, y salió á su camino llorando sin consuelo y llena de mil tristes ideas sobre su condicion y pensando sobre todo en el trapiche, en el látigo, y en el *mayoral* qᵉ. la esperaba. Luego que llegaron al ingenio, el arriero Agustin sacó de su *cartera de hoja de lata colgada al cuello,* una carta de Dⁿ. Antonio pª el Sor. Pantaleon, y se la entregó. En esta carta le decia, entre otras cosas, que le remitía á la negra Petrona para que trabajase como las demas esclavas en las faenas del campo, omitiendo lo del *bocabajo* por no crerlo en su conciencia de rigorosa justicia. Mas como la Sra. hubiese sospechado esta omision voluntaria de su marido, le puso por su parte una cartica al *mayoral,* diciendole que le cortase á Petrona los *moños,* le pusiese un *camison* de rusia, y le diese 50 azotes. Dicho y hecho. La órden se cumplió al pie de la letra, y no hay para que decir lo que sufriria la esclava al recibir los 50 en una *sesion,* segun el vocabulario de amos y *mayorales,* hallandose en meses tan adelantados de su embarazo. La natural fortaleza de Petrona como la de todos los de su raza, la hizo triunfar de los trabajos y malos tratamientos que esperimentó en tres meses, al cabo de los cuales dió á luz una *niña,* una *niña* no, sino una *mulatica* que se le puso pʳ. nombre Rosalia. El señor Pantaleon comunicó esta novedad a D. Antonio, como si le comunicára el parto de una vaca ó de una *puerca madre,* pues de todos modos era un aumento en la hacienda del *amo.* A la hora de almorzar dijo Dⁿ. Antonio á su muger

¿Sabes que Petrona ha parido?

¿Y que fue ello?

Una mulata.

¿Que tal? Ves ahora si esa negra es sin vergüenza?

Pero *hija,* yo creo que el sin vergüenza es el que la enamoró y la sedujo.

El tambien; pero ella mas, porque al fin una negra no debe meterse con los hombres blancos.

Pero si no son las negras las que se meten con los hombres blancos, sino los hombres blancos con las negras.

¿Y quien será el que ha tenido estómago pª prendarse de Petrona?

El demonio: cualquier bōdeguero, ó mozo de tienda, cualesquiera de los mil menesterosos que hay entre nosotros, ó de los mil aficionados al colorcito africano.

Este diálogo lo escuchaba el niño Fernandito de edad de 10 años cumplidos el cual no pudo menos de preguntar á su madre, si Petrona se habia casado con algun hombre blanco.

No niño, le contestó Dª Concepcion. Hablamos tu padre y yo de otras cosas que tu no comprendes: ya te he dicho que en la mesa los niños se estan callados y no se meten en la conversacion de los mayores.

Pues yo quiero hablar, que para eso tengo mi lengua, repuso el niño. ¿No hablas tu?

Fernandito, que palabras son esas niño, le dijo Dª Concepcion algo séria.

Pues bueno, yo quiero hablar insistió el muchacho, aparentando afligirse por la reconvencion de la madre.

Vamos, le dijo D^{n}. Antonio; habla cuanto quieras con tal que no llores.

Por mucho tiempo no se volvió á tratar mas de la materia que era de suyo de ninguna importancia; es decir, de la infeliz negra Petrona que vivia en el ingenio Sta. Lucia cortando caña y pasando trabajos y miserias con una hija mulata.

En lo que si se ocupaban, ó pensaban á lo menos D^{n}. Antonio y Dª Concepcion, era en la educacion de su hijo; pero en una educacion á su manera, segun la comprendian y la querian ellos para un heredero de su nombre. Hasta la edad de doce años

nada se le habia enseñado en su casa que fuera de provecho, porque decía D^{n}. Antonio, y con razon, que cuando fuese al colegio lo aprenderia todo y lo aprenderia bien. De esta suerte el niño Fernando no conoció educacion doméstica; aquella educacion moral y religiosa que deben dar los padres á los hijos con el egémplo aun mas que con las palabras, y sin la cual poco vale la educacion literaria de los establecimientos públicos, por mas recomendables que sean. Los 10 primeros años de su vida los pasó vegetando en un absoluto abandono, hasta que llegó la hora sazonada de la enseñanza. En el entretanto, travesear, pasear, pegarle á los negritos de la casa, comer y dormir cuando se le antojaba, fueron sus cotidianas ocupaciones en aquel tiempo perdido. Los padres le miraban y le adoraban como á un idolo, y se guardaban muy bien de contradecir en nada su voluntad, que se hizo la de un déspota, temerosos de que le diese algun ataque de alferecia, y se malograran sus únicas esperanzas.

Mamá, decia algunas veces el *niño* Fernando, yo quiero que Julian se ponga de caballito para montar.

Julian, gritaba la Sra. y venia corriendo un negrito que tendria dos ó tres años ménos que el antojadizo.

Pónte en cuatro pies p^{a} q^{e}. monte el niño.

Julian se ponia como le mandaban, y el niño se ahorcajaba bruscamente sobre las espaldas del infeliz, y le pegaba con los calcaños tan fuertes golpes en el estómago que lo hacia hipar, y aun llorar muchas veces.

Mamá, yo quiero pegarle á Julian con el *chucho,* decia otras veces el niño Fernando.

No hijito, porque no ha dado motivo para *sobarlo.*

Pues yo quiero.

Y se empeñaba de tal modo el terco y brutal muchacho, llorando y tirandose por el suelo, que la madre, siempre temerosa de una alferecia, llamaba á Julian y le mandaba ponerse de rodillas p^{a} que el hijo de sus entrañas le diese latigazos á su gusto, los cuales no dejaban de hacer cosquillas a Julian pues su *amito* contaba ya los 10 años cumplidos.

Por estos dos ejemplos se comprenderá sin trabajo, cual fue la crianza que se dió al niño Fernando en la casa paterna.

Llegada la hora del colegio, que en el entender de los padres fue á los 14 años, se le puso en el que Dn. Antonio creyó el mejor, no por la reputacion literaria del establecimiento, sino por la buena mesa y la buena cama para los pupilos. Este punto era el principal en el concepto de la Sra. á quien costó una pesadumbre la separacion de su hijo, que fue colocado en uno de los colegios de la Habana, bajo la férula y direccion de Dn. Pánfilo Bobadilla.

Corrió un año, y en los exámenes de la navidad se presentó el niño Fernando, ricamente vestido, á examinarse en lectura, escritura y doctrina cristiana, únicas cosas que habia aprendido malamente en once meses. El padre que asistió al acto público, creyó ver en su hijo un portento de precozidad intelectual, cuando le oyó leer, aunque no de corrido, en la Historia de España del padre Duquesne, y cuando vió la plana que dos dias ántes de los exámenes se la habian dibujado con lápiz, pa que él la llenase despues con tinta. Sin embargo, se le puso la medalla de oro en premio de su habilidad y adelanto, y en consideracion á los altos respetos de todo un Dn. Antonio Malpica y Lozano rico y noble habanero.

No obstante esta preferencia indebida que se le dió en los exámenes, y que se le daba en otras muchas cosas con agravio de los demas condiscipulos, al niño Fernando, acostumbrado á la holgura y mimo de su casa, no le era nada gustoso el encierro y sugecion del colegio.

Para salir de él pretestaba con frecuencia enfermedades, y otras veces escribia carticas á su madre diciendole que lo maltrataban los maestros, y que lo tenian muerto de necesidad. Da Concepcion se inclinaba mas á creer que á no creer las mentiras que le escribia su hijo, y determinó por último ponerlo en otro establecimiento; pero como esta mudanza no era lo que queria el niño Fernando, sino la libertad de su casa, pronto volvieron las fingidas enfermedades, y nuevas carticas, que producian al fin en el ánimo de su madre, no lo que él deseaba, sino que lo trasladasen á otro colegio. De este modo recorrió casi todos los que habia en la Habana atrasandose por consiguiente en lo poquisimo que aprendia, y adquiriendo nuevas mañas y nuevos vi-

cios en cada establecimiento donde entraba. Al cabo de los ocho años y teniendo ya D^{n}. Fernando 22 cumplidos, creyó D^{a} Concepcion que era tiempo bastante p^{a} haberse educado cumplidamente, y le dijo á D^{n}. Antonio que seria menester ir pensando en darle alguna carrera correspondiente á su cláse.

No hay mas carrera que darle contestó D^{n}. Antonio sino que venga á su casa para que aprenda á manejar el ingenio y á tratar con las gentes.

Sacósele en efecto del colegio, con harto placer suyo, y cuando el jóven D^{n}. Fernando estubo en su completa libertad, sabiendo apénas, escribir, leér, algunas cuentas, farfullar el frances, y tirar el florete, quiso aprender la equitacion. Comprósele al efecto un hermoso caballo moro donde lucia de tarde en el paseo y en las calles de la ciudad, su nada gentil ni gallarda persona, como no la tenia, corriendo unas veces á toda brida como un bárbaro y otras pompeandose muy despacio en medio de las dos hileras de carruages que forman el paseo, p^{a} llamar principalm^{te}. la atencion de las damas. Tambien se le compró su quitrin y calezero y se le equipó de todas las demas menudencias que quizo, como fue de un magnifico reló de Breguet; de un solitario para el pecho, y de otro para la mano; de su caña de indias con la cifra de su nombre y apellido en el puño de oro, y del dinero que pudiera necesitar para sus caprichos ó comprometimientos de honor: por último, se le beneficiaron en Madrid dos galones y la cruz chica de Isabel la Católica, y se le incorporó en la milicia de caballeria rural, conocidos sus soldados y oficiales, entre nosotros, con el apodo de los *malojeros*. Concurria al teatro, y á la sociedad filarmónica donde jugaba la guerra á onza de oro, habiendo alcanzado la reputacion de ser uno de los primeros tacos de la aristocracia. En el monte era uno de los apuntes fuertes y temibles por haber desbancado dos veces la *partida* en la celebre reunion del marques de Casanueva. Decir que daba grima y bochorno el oir hablar á D^{n}. Fernando, fuera decir lo que todo el mundo sabe de estos mozos iguales á él, y de que está llena la Habana, muy pagados de su riqueza y su apellido, que fué de porquerizo y patanes en España, y entre nosotros, merced a los bienes de fortuna, de marqueses y cóndes, ajustados

y comprados los títulos en Madrid, como pública mercancia del gobierno. Pero en lo que si sobresalia D^{n}. Fernando, p^{r}. que ya era tiempo de que diese las pruebas, era en la corrupcion de sus costumbres. Ademas del vicio de jugador que lo aprendió en su propia casa donde habia con frecuencia brillantes reuniones de Señoras y caballeros, tenia el de libertino con toda clase de mugeres. Para dar una muestra de esta corrupcion de D^{n}. Fernando, conviene que volvamos atras, y contemos á nuestros lectores, lo que pasaba con Petrona y su hija Rosalia.

II

Nació esta pobre *niña,* ó esta *mulatica* sobre una *tarima* rasa en el bohio destinado á Petrona. Aquí se crió envuelta en andrajos asquerosos y mal alimentada, pero se crió sana y con cierta robustez natural. Una gracia particular á las de su clase se advirtió en ella á los 6 años, principalmente en sus ojos negros y de largas pestañas llenos de una viveza seductora que nunca pudo amortiguar mientras vivió, el peso de la servidumbre y los trabajos. La *mayorala* lastimada de su suerte, y viéndola tan propia p^{a} el servicio de la mano, se la llevó á su casa en el mismo ingenio, y la cuidaba y la queria como si fuese su hija, siendole imposible á Petrona, no ya tener ninguna de aquellas indefinibles satisfaciones de la maternidad, pero ni aun oirla ni verla en muchos dias. Quizás la *mayorala* no fuera tan compasiva y racional con ella si hubiese sido esclava suya.

D^{a} Concepcion y D^{n}. Antonio en los viages que daban al ingenio en la época de la *molienda,* habian advertido ya la gracia de Rosalia, y la Sra. prendada de ella, como de un dije de adorno propio para su casa de la Habana, resolvió llevarla consigo en uno de los retornos. Cuando llegó este caso, se figuró Petrona que ella tambien iria con su hija como le parecia natural y justo en su entender. Con esta idea se recreaba interiormente, y llegó á tal punto su credulidad muy disculpable, que hablaba ya con Rosalia del viaje, y de la Habana, relatandole todo lo que habia de ver y admirar en esta ciudad; sus muchas casas, sus iglesias, su mucha gente, sus muchos carruages &^{a} &^{a}. La po-

bre Petrona hacia malisimas cuentas, porque la voluntad de la Señora no era lo que ella imaginaba con tanta candidéz, sino el llevarse unicamente á Rosalia, sin que entrase, no en su pensamiento sino en su corazon, el considerar que cometia una injusticia ó una maldad el separar por puro capricho vanidoso de ama, una hija del lado de su madre. Sorprendida Petrona con esta novedad cruel, sintió vivamente que le arrancasen la suya, único consuelo que tenia en aquel presidio los domingos ó en los breves momentos de descanso. Sentia ademas, quedarse en el ingenio, que detestaba con toda su alma, y llena de estas ideas que le traian en perpetua congoja, buscó una ocasion favorable para hablar á Dn. Antonio ántes que partiese la familia pa la Habana. Encontrólo en efecto á las 5 de la tarde de aquel dia (vispera del viage) en un *guarda raya* montado á caballo, y arrodillandose delante de él le dijo con una voz triste y humilde.

Mi amo, por el amor de Dios, lléveme sumerced con Rosalia á la Habana: dígale sumerced á la Señora que ya estoy bastante castigada con 13 años que llevo aquí de trabajos y penas. Míreme sumerced las espaldas como las tengo: mire sumerced mis pies y mis manos; estas manos que han cosido ropa para sumerced, para el niño Fernandito y para la Señora. Sumerced sabe que yo.....

Basta, le interrumpió Dn. Antonio, adivinando lo que iba á decir, ve á donde está tu ama y hasle presente eso mismo: yo doy por bien hecho lo que ella disponga en el particular.

Pero mi amo, si mandando sumerced que yo vaya con Rosalia, la señora no dirá nada.

Te parece á tí que no dirá, le contestó Dn. Antonio: la Señora tiene un genio muy fuerte como tu sabes, y yo no quiero tragédias. Ve tú, y háblale, y se hará lo que ella disponga.

Diciendo esto echó á andar el caballo al apremio de las espuelas, y la infeliz Petrona se quedó inmóvil y llorando sus desdichas, fijos los ojos en su amo que se alejaba, y no pensando en hacer lo que le habia prevenido, pues conocia sobrado bien el carácter imperioso y poco condescendiente de Da Concepcion.

Ah! que hombre, díos mio, esclamó Petrona, y siguió andando por la *guarda-raya* con el corazon desesperado.

Al siguiente dia salieron del ingenio dos trios con toda la familia para la Habana, llevandose á Rosalia, la cual no pudo ménos de llorar la separacion de su madre de la que le fue imposible despedirse por hallarse trabajando en el campo muy distante de la casa de vivienda.

Pablo, dijo Rosalia á uno de los esclavos de la finca, ya montada en una mula, hasme el favor de decirle á *máma* que me voy y que ádios, y que no se olvide de mí.

Lacónica y singular despedida; pero tan natural como tierna y afectuosa en la boca de una muchacha, atendidas las circunstancias de su poca edad y triste condicion. Tambien sentia dejar la *mayorala* que la habia criado, y a sus compañeros de servidumbre con quien^{s}. habia vivido y sufrido desde que vió la luz en aquella mansion de sangre y de muerte. Iba pues por el camino de la Habana con el natural disgusto de quien abandona su patria que era p^{a} ella el ingenio Sta. Lucia, y tantos otros objetos queridos á su corazon.

Llegados al fin á la Capital, la Señora dispuso al siguiente dia comprarle ropa y zapatos, pero ropa fina si se compara con el saco de rusia que traia puesto Rosalia desde el ingenio y que era su vestido de costumbre. Provisionalm^{te}. le hizo poner un *camison* de platilla y un *túnico* de listado que le compró hechos y le puso ademas una argollas de oro, sus zapatos de mahon pintado, y un pañuelito de gaza amarilla de su propio uso que tenia guardado entre los desechos de su ropa. Ataviada de esta manera, Rosalia pareció mucho mas interesante de lo que era con sus *cañamazos;* y la Señora misma, sin embargo de su adusto carácter p^{a} con los esclavos y gente de color, se sonrió un momento, cuidando que no lo advirtiese Rosalia, al ver su agraciado semblante sus hermosos ojos, y su gallardo cuerpo. Ninguna coqueteria ni desemboltura en sus movimientos fáciles y seductores. Rosalia ignoraba estas artes de la corrupcion y del egémplo de la sociedad: todo en ella era obra de la naturaleza, y si para algo puso el hombre su mano en esta obra, no fue seguramente p^{a} embellecerla y perfeccionarla, sino para degradarla y destruirla: la mano ruda de un amo ó de un *mayoral,* no es mano de un pedagogo ó de un mentor. No hay para que decir

que todo cuanto rodeaba á Rosalia era un objeto de sorpresa y curiosidad pª sus sentidos, acostumbrada desde que nació hasta el momento en que la sacaron del ingenio, á ver solamente dilatados *cañaverales*, bueyes, mulas, y negros desnudos, y todo cuanto encerraban las cercas de la finca. Esta nueva situacion en que se encontraba, produjo en su espíritu juvenil, un placer inesplicable, comparandola con la vida que habia llevado 13 años en el ingenio Sta. Lucia. Mas este mismo placer tan natural, le traia, como una consecuencia necesaria, el triste recuerdo de su madre, las desdichas y trabajos que estaba sufriendo, y este melancólico recuerdo, le oprimia fuertemente el corazon, y sus ojos se llenaban de lágrimas: quisiera Rosalia que su madre participase de lo que ella con todo el candor de la inocencia y la ignorancia, llamaba su *felicidad.*

Pobre *máma*, decia algunas veces en la cocina á los otros esclavos despues de quitada la mesa. Yo comiendo aquí tantas cosas buenas, y tan descansada, y ella comiendo en el ingenio á toda prisa un pedazo de *tasajo brujo,* y un poco de *funche* en una *jícara:* quien pudiera mandarle ahora este platico de *carne compuesta,* pª que se lo comiera á mi nombre.

Que aguante, le dijo otro esclavo: esa es su suerte: quien la mandó ser enamorada.

Bueno, contestó Rosalia, bastante aguanta la pobre; pero yo bien se que á *máma la engañaron.*

¿Y para que fue boba que se dejó engañar? le replicó el mismo esclavo.

Porque la pobre es esclava como tú y yo, y cogió miedo que la castigaran.

¿Y á quien le cogió miedo? ¿A tu padre seria? ¿Y quien es tu padre?, le pregutaron á un tiempo varios esclavos con cierta curiosidad.

Yo no se nada, contestó Rosalia y guardó un profundo silencio sobre la materia.

Disfrutando pues de sus ilusiones pasaron dos años, en los cuales aprendió á coser desde el género mas gordo hasta el olan batista, sin que le hubiese costado á la Señora ningun trabajo enseñarla. En este tiempo se hizo una cumplida costurera apren-

diendo á cortar p^{a} hombre y muger y otros primores de la aguja. El mismo oficio parece que la hizo aseada y cuidadosa p^{r}. estremo hasta rayar con cierta presuncion. Trenzado su pelo (que se lo hizo crecer con el permiso de la Señora) como se lo trenzan las de su color, resaltaba infinito el donaire de su cara y sus ojos. Y mucho mas interesante se hacia, cuando se sentaba en su *banquetica* de coser muy limpia y modesta al lado de su ama que le daba labor, y donde permanecia hasta que iba á ocuparse en el servicio de la mesa. Aquí era vista de las personas que visitaban la casa, y todos fijaban los ojos en Rosalia involuntariam^{te}., sin atreverse ella á levantar los suyos p^{a} ver á nadie.

El truhan de D^{n}. Fernando, poco respetuoso con su madre, y poco mirado en lo que se debia á si mismo, como amo y á Rolia como esclava suya, se propasaba con frecuencia á cogerle la cara y á decirle bestialm^{te}. palabras de requiebro ó indecencias. Advirtiéndolo una vez D^{a} Concepcion que estaba cosiendo en la sala con Rosalia, no pudo ménos de reprenderlo, pero de reprenderlo á su manera: tal vez esta Sra. temia que á D^{n}. Fernando con los 24 años de edad le diese la alferecia.

¿Que acciones son esas Fernandito? le dijo, al reparar sus libertades con la criada.

D^{n}. Fernando se echó á reir con cierto aire desfachatado, sin contestarle una palabra.

Supongo que sumerced irá esta noche á la ópera, preguntó á su madre.

No lo sé todavia.

Pues yo no la pierdo. (Y al decir esto se acostaba, no se sentaba en una poltrona) Elisa y Cláudio es mi ópera favorita: aquella conclusion de la Pedrotti del último acto es divina es *matona*.

Y se ponia él con su voz desentonada y desabrida, á cantarla y luego a silvarla, y nunca le salia bien porque tenia el oído como una tapia. Mientras cantaba, le daba vueltas a un junquito que tenia en la mano, y en una de las vueltas, se le cayó cerca de los pies.

Mulata, dijo a Rosalia, *cégeme* este *palito*.

La criada se levantó y cogió el junquito, y al entregárselo,

repitió D^{n}. Fernando la indecencia de cogerle la cara: Rosalia se retiró avergonzada y se volvió á su lugar.

Vaya que la has cogido con la mulata, le dijo D^{a} Concepcion algo incómoda.

Y esta *perra* estará muy creida, que es bonita, le interrumpió D^{n}. Fernando, dirigiendose á la criada: pues no lo creas, porque no lo eres.

Ya empiezas con tus boberias le dijo D^{a} Concepcion. Mejor será que te vayas á afeitar que estás muy barbudo.

Si tengo una *galvana* (echando la pierna derecha sobre el brazo de la poltrona) que daria cualquier cosa porque me afeitasen aquí mismo así como estoy.

Pues manda a buscar un barbero.

Es que yo quisiera que me afeitasen sin moverme de aquí, sin mojarme la cara, sin sentirlo.

Pues hijo esas son muchas cotufas.

A este tiempo, que seria la una de la tarde, entraron en la sala D^{n}. Antonio con D^{n}. Lucas González, médico de la familia, el D^{or}. Pastrana canónigo racionero, y el marques de Casanueva.

Conchita á los pies de V., dijo este.

Sor. Marques, bien venido; bien venidos caballeros dijo á los otros. Siéntense Vstedes.

¿Con que anoche estuvo V. feliz?, preguntó el marques a D^{a} Concepcion.

Vaya por la *sal* de antenoche.

Guájete por guájete. ¿Y cuanta fue la ganancia limpia?

Cuarenta onzas.

Pues yo salí en paz, dijo D^{n}. Fernando, contando con las 4 onzas de la *carañuela* que me hizo Teresita.

¿Quien? ¿La hija del Coronel Rivas? preguntó el marques.

La misma que viste y calza.

Que accion tan fea.

Amigo, dijo la Sra. que quiere V., eso consiste en que no hay educacion. Estaria cuando ménos *arrancada* su madre, y se valió de la confianaza que tiene con Fernando p^{a} cogerle las 4 onzas.

Buen provecho le hagan á la pobre dijo este, levantandose p^{s} irse á afeitar.

En la mesa de juego añadió el D^{or}. Pastrana, es donde se conocen las personas que tienen principios: es regla que no falla.

Pues mire V., repuso D^{a} Concepcion: Teresita es una muchacha por otra parte muy apreciable; pero no hay cosa mas tentadora que el dinero.

Hablando de otra cosa, interrumpió D^{n}. Antonio la conservacion de la *carañuela,* y dirigiendose al marques, ¿Sabe V. *camarada* que Sta. Lucia está haciendo un *blanco brillante* de primera calidad? Cosa superior. Solo siento que me falta tiempo para moler toda la caña que tengo en el campo.

Pues *camarada,* la Paila me deja este año sus 2.000 cajitas limpias de polvo y paja: el año que viene me parece que salgo de deudas.

¿Y á como están los negros? preguntó D^{a} Concepcion.

Los *piezas,* á 24 onzas, y los *muleques* á 18, contestó el marques. Yo he comprado 20 *macúaes* en la misma playa: hermosisimos negros.

Yo por ahora dijo D^{n}. Antonio, no puedo comprar ninguno, sin embargo de que me hacen bastante falta pues tengo en la enfermeria 30 de los mejores, con llagas y *bubas:* los demas son negros *matungos.*

Le Roy con ellos, dijo D^{n}. Lucas: p^{a} los negros, Le Roy, está visto.

V. D^{n}. Lucas, le dijo el canónigo Pastrana, todo lo quiere componer con el Le Roy, y el Le Roy lo que ha hecho ha sido matar mucha gente.

Distingo, contestó D. Lucas. Si no se sigue puntualmente el método curativo del autor, convengo en lo que V. dice; pero si se sigue al pie de la letra, el Le Roy es una medicina admirable.

En fin de nuestros enemigos los ménos repuso el canónigo. Si el Le Roy ha de matar, que sea á los *toties* y no á nosortos.

Poco á poco *camarada,* dijo D^{n}. Antonio, que esos *toties* hacen falta para hacer azúcar.

Ya me hago cargo, continuó el canónigo; pero digame V., entre

Fernandito y un negro de Sta. Lucia á quien daria V. el Le Roy sin escrúpulo de conciencia.

Yo, al negro, contestó D^{n}. Antonio.

Al llegar aquí entró una esclava en la sala, y dijo á la Señora que ya estaba la sopa en la mesa.

Santa palabra, contestó D^{a} Concepcion. Y todos se levantaron y se dirigieron al comedor donde los esperaba D^{n}. Fernando.

Acabada la comida como á las 5 de la tarde, se quedaron de sobremesa tomando unas copitas de Jerez y charlando por los codos, ellos y dos amigos mas que habian venido á tomar el café. D^{n}. Fernando que estaba sobremanera alegre y hablador propuso una *manigua* de á doblon el apunte.

Escelente idea, (dijeron á un tiempo D^{n}. Antonio y el marques) y se trajeron las barajas y el paño verde de costumbre p^{a} poner sobre la mesa.

Tallaban los dos referidos con un fondo que puso el primero de veinte onzas. La suerte estuvo equilibrada al principio entre los apuntes y el banco, y todos por esta circunstancia se mantenian de buen humor. Al cabo de una hora, se levantó D^{n}. Fernando, como si le hubiese ocurrido alguna cosa que hacer en su cuarto, y llamó á Rosalía fingiendo tener necesidad de su servicio. Fue la criada inmediatamente y luego que estubo dentro del cuarto de su amo le dijo este.

Mira, ¿tu quieres á Petrona?

Si señor.

¿Y quieres verla?

Si señor.

¿Y tu quieres á tu amo?

Si señor.

Pues bien, yo voy a tratar de que venga tu madre á la Habana. En diciendoselo yo á *mamita,* basta. Ya tu sabes que ella hace todo cuanto yo quiero..... conque asi.

Dios se lo pague á sumerced *niño.*

Pero es menester que me quieras, ya lo oyes?

Si señor, yo lo quiero á sumerced mucho.

Pues escucha.....

Niño... yo no Señor... yo no; (tratando de salir del cuarto)

Advirtiendolo D^{n}. Fernando la cogió por el brazo con violencia y le dijo.

Mira, como te andes con *chiquitas,* le digo á la Sra. que te mande al ingenio.

Pero *niño* por qué?: yo soy una pobre esclava.

Pero ven acá mentecata, ¿que te va á suceder? ¿te voy yo acaso á matar?

Yo no *niño Fernando;* y echó á correr para fuera dirigiendose á la cocina.

D^{n}. Fernando se quedó irritadisimo con esta conducta de una esclava suya, y por lo mismo se empeñó fuertemente en llevar á cabo su criminal idea. Tranquilisado un poco, volvió á la mesa del juego donde encontró dos jugadores mas que habian entrado durante su ausencia. El apunte que se habia estipulado á doblon, era ya de 4 y 6 onzas; todos eran enemigos en aquel momento, y todos estaban sofocados y encendidas las caras, no solo por el calor del tiempo y estar apiñados al rededor de la mesa, sino por las copitas de Jerez y champagna que se menudeaban, teniendo las botellas á la mano sobre un soberbio aparador: (serian las 7 de la noche.)

Que traigan *belas,* dijo D^{n} Antonio.

Si añadió su muger, y que vayan á buscar helados que estoy derretida: vaya un calor.

D^{n}. Fernando que habia hecho ya ciertas cuentas, se valió de esta espresion de su madre, y dijo en alta voz á los jugadores.

Señores á la ópera, á la alameda de paula que aquí nos abrazamos de calor.

Si, si, dijeron los que ganaban, á la ópera, á la alameda.

Y tomando sus sombreros se fueron despidiendo de D^{a} Concepcion y D^{n}. Antonio.

Los que habian perdido maldigeron de D^{n}. Fernando y su ópera; pero no tuvieron otro recurso que conformarse con lo dispuesto por la mayoria que fue la afortunada en aquella *sesion.*

A las 8 de la noche, la casa toda quedó en profundo silencio. D^{n}. Antonio y D^{a} Concepcion habian ido al teatro en su quitrin y D^{n}. Fernando en el suyo. Como á las nueve regresó este á su casa no esperando por aquella vez el final del último acto de la

ópera que tanto le gustaba segun decia. Entra en su cuarto y llama á Rosalía para que le lleve luz. La criada fue á servirlo pero llena de miedo, temerosa de que se repitiese la escena de poco ántes.

Oye, le dijo D^n. Fernando, luego que puso la luz sobre la mesa: esta tarde me has incomodado con tu falta de respeto, y esto no es regular. Lo dicho, dicho; y ademas aqui tienes un doblon de á cuatro para que te compres un *túnico.*

La situacion en que se vió Petrona 14 años ántes fue la misma en que se vió su hija despues, y el mismo el resultado que tuvo como veremos al fin de nuestro cuento.

Consumada la iniquidad, esperaba Rosalia que D^n. Fernando le cumpliese la palabra de interceder por su madre como se lo habia prometido, y la idea de verla y abrazarla le aliviaba del peso que constantemente le oprimia el corazon.

Niño Fernando, le dijo un dia (y eran ya corridos tres meses.) Cuando le habla sumerced á la Sra. p^a que venga *máma* del ingenio.

Un dia de estos, le respondió con desprecio D^n. Fernando. Y nunca le habló ni pensó en ello.

No era posible que Rosalia ocultase su falta á los ojos perspicaces de la Sra. estando constantemente á su lado. Muy pronto en efecto la advirtió, y fué p^a ella causa de un insulto que le arrebató toda la sangre á la cabeza. Faltas de esta clase las castigaba con el mayor rigor, segun hemos visto con Petrona, mas no era este rigor efecto de una virtud inflexible como pudiera creér alguno, sino de una triste comparacion que hacia la Señora de su propia esterilidad con la fecundidad de sus esclavas. D^a Concepcion habia tenido un hijo nada mas á los siete años de casada, y este hijo era D^n. Fernando; mas como veremos mas adelante el placer de la maternidad se lo proporcionó, y en esto hay un misterio, su casamiento con D^n. Antonio.

Airada pues con Rosalia, desde el momento que sospechó su embarazo, resolvió averiguarlo de un modo satisfactorio, por los medios violentos que le sugerian su autoridad y su poder, y no por los medios suaves de la prudencia. Al siguiente dia por la mañana muy temprano, llamó á Rosalia, y se fue con ella á un

cuarto retirado de la casa donde se encerraron las dos: escusado es decir el vuelco que le dió el corazon á la esclava y el temblor que se apoderó de todo su cuerpo con esta novedad.

Desnúdate, le dijo la Señora armada de un látigo.

Mi Señora p^{r}. el amor de Dios, le dijo Rosalía puesta de rodillas, no me castigue sumerced.

Desnúdate, te he dicho, si no quieres, que llame á Lorenzo para que te amarre en el *horcon* de alla abajo y te pele viva con la *cuarta:* desnúdate.

Rosalia temblando y llorando en silencio se empezó á desnudar hasta quedar enteramente como quería su ama.

Dime, le preguntó entónces D^{a} Concepcion, quien te ha hecho esa barriga.

Mi señora... yo... pobre de mi... Esta vacilacion tan natural irritando á la Señora que queria saberlo en el acto sin guardarle fueros al pudor, le hizo levantar el brazo y descargarle sobre la misma barriga y sobre la cara, horrorozos y crueles latigazos que hacian poner en el cielo los gritos de la victima.

Quien te ha hecho esa barriga, le preguntó nuevamente el ama, dejando descansar el brazo y fatigada sobremanera.

Yo se lo diré á Sumerced mi señora; pero no me pegue sumerced mas, perdoneme sumerced.

Vamos, di, quien te ha hecho esa barriga.

Yo se lo diré á sumerced... Pobre de mi...dios mio... yo me resistí mi señora... pero el niño Fernando...

A infame, le interrumpió D^{a} Concepcion ¿Con tu amo?

Y volviendo á levantar el látigo con mayor brio, le dió tanto y tan ciegam^{te}. furiosa, que todo el cuerpo de la esclava estaba ensangrentado y lleno de verdugones. Cansada de castigarla, abrió la puerta y mandó á otra esclava que inmediatam^{te}. le cortase los *moños* hasta dejarla bien rapada, y le quitó los zapatos y el *túnico* dejándola solo con el *camison*. Acto contínuo dispuso que la encerrasen en un cuarto de abajo inmediato á la caballeriza, y que le pusiesen una *tarima* para dormir.

En este calabozo la dejaremos por ahora para referir sucesos de otra naturaleza que sobrevinieron en la casa despues del castigo.

III

Duró este un cuarto de hora, y serian como las 8 de la mañana, cuando Dª Concepcion volvió á su aposento de recogerse, y encontró roncando á su marido. Acercóse á la cama pª despertarlo y volvió á salir a la sala donde se sentó á descansar del violento agercicio en que habia estado, y á esperar una tasa de café. Salió igualmente D^{n}. Fernando de su cuarto, y llamó á Rosalía para que le tragese tambien cafe. Su madre, a quien él suponia durmiendo, le gritó desde la sala y le dijo que la mulata estaba ocupada. D^{n}. Fernando estrañó la voz de su madre á tales horas, y se dirigió á donde estaba y sin preceder los buenos dias ni la *bendicion,* le dijo con cierta sorpresa viendola levantada tan temprano.

Que significa este *madrugon?*

Nada le respondió la Señora con la cara muy séria.

Advirtiendolo D^{n}. Fernando

¿Que tiene sumerced? le preguntó con cierta curiosidad, sentándose á su lado.

Nada.

Como la veo a sumerced tan séria.

Motivos tengo pª estarlo, y pª estar sobre todo muy incómoda con un hijo que yo creia que tuviese vergüenza.

¿Y que es lo que yo he hecho?

Nada. Parece que te gustan las negras.

¿A mi?

Si, á ti; y si no que lo diga Rosalia: bien temprano te has levantado á pedirle café.

¿Y que tiene eso de particular?

Nada tiene de particular, pero si tiene mucho de particular q^{e}. un jóven que se llama un caballero, un jóven de tu clase, tenga hijos con una esclava suya, con una mulata que es lo peor de la desvergüenza.

¿Quien, yo?

Tú, pues quien iba á ser, cuando ella misma lo ha confesado.

¿Quien, Rosalia?

Rosalia, si señor, á pero así la ha llevado de mi mano.

D^{n}. Fernando riendose le dijo.

Pero *mamita,* esas son cosas de los hombres que no las podemos remediar: cosas que por mas que uno hace para evitarlas, al fin se cáe en el lazo... y luego... ya se ve, le sale á uno á la cara, y....

Quitate sin vergüenza...; pero no tengas cuidado, que la mulata ha de morir en Santa Lucia: te lo juro p^{r}. quien soy, le dijo la Señora bastante incómoda.

Eso mismo era lo que yo iba á proponer á sumerced, y con eso quedaba todo remediado: mandarla al ingenio, sin necesidad de que papá sepa nada de lo que ha ocurrido.

A todas estas D^{n}. Antonio no salia del aposento, y D^{a} Concepcion suponia que se habia quedado roncando. Fue pues al cuarto dormitorio para volverle á despertar y le encontró sentado en una silla y en pernetas quejándose de un dolor en la garganta.

¿Que tienes? le preguntó su muger.

Un fuerte dolor de garganta que no me deja ni tragar la saliva.

Pues acuéstate otra vez, añadió D^{a} Concepcion y llamaremos á D^{n}. Lucas.

Con efecto, D^{n}. Antonio fue atacado violentamente de anginas en aquella mañana, y el médico le dispuso entre otras cosas, la pildora de Ugarte y una docena de sanguijuelas. A las 5 de la tarde habia crecido la fiebre y el enfermo apénas podia hablar: la noche fue angustiosa, y D^{n}. Fernando y su madre y todos los criados de la casa la pasaron en vela. Al siguiente dia hubo junta de facultativos, y todos declararon que D^{n}. Antonio estaba de mucha gravedad y que debia disponerse. Nuevos remedios se le aplicaban de hora en hora, y la enfermedad en lugar de ceder, le aumentaba visiblemente. En tales circunstancias, dispuso D^{a} Concepcion que su marido hiciese testamento y se le administrase, y ámbas cosas se verificaron al tercer dia. Al cuarto hubo un alivio momentaneo, y todos concibieron esperanzas; mas esta retirada de la gravedad del mal fue una retirada engañosa, pues al quinto dia por la mañana acometió al paciente con tal furia, que á las dos de la tarde entregó su alma al criador. Apénas se supo la noticia en la casa que era de verse la multitud de esclavos de ambos sexos que corria á ver el cadáver de D^{n}. An-

tonio, dando gritos agudos en muestra de dolor y sentimiento, como si aquellos miserables hubiesen perdido un bienhechor ó un padre, lo cual no era cierto. Hipocresia de esclavos que cumplian con la obligacion en aquel momento de gemir ó gritar, porque el caso lo demandaba, asi como hubieran reido en el caso contrario ó en el mismo que acabamos de referir, si se les hubiese exigido.

A las 8 de la noche ya estaba Dn. Antonio de cuerpo presente en una magnifica tumba que se levantó en la sala rodeada de lucientes blandones. La concurrencia de las personas de amistad al *velorio* fue numerosa y brillante y cualquiera diria, si no viese un hombre muerto en la sala que se trataba de alguna boda ó de un sarao. Insensiblemente se formó un estrado en el espacioso comedor de la entrada de señoras y caballeros, donde discurrian sobre diferentes materias en voz baja; resultando de estas medias voces reunidas una especie de zumbido desapacible no mal comparado tal vez al que forman un millon de moscas engolosinadas en el cadáver de algun animal muerto. Dª Concepcion y Dn. Fernando estaban en un cuarto retirado con el marques de Casanueva, y el canónigo Pastrana, y dos señoras amigas intimas de la primera. Todos estaban callados y mustios, cruzados los brazos, diciendose de vez en cuando algunos monosílabos.

A las 10 de la noche se sirvió cerveza y cidra y se chiflaron algunas docenas de botellas los aficionados y aficionadas. Mientras que se disponia la cena, que fue á las 12 de la noche, hubo casos de galanteria, murmuraciones de Dª Concepcion y su difunto marido que aun no se habia enterrado; disputas sobre la ópera italiana, disputas sobre la inmortalidad del alma considerando algunos con ojos irreligiosos al muerto que estaba presente como una mera maquina que se habia desorganizado; y otros como la morada que fue de un espiritu que volvió al seno de la eternidad. Asi pasaron las dos horas que faltaban para la cena, la cual fue abundante y espléndida y á satisfacion de algunos gastrónomos que habia entre los concurrentes.

Que hombre hemos perdido en D^{n}. Antonio, decia uno de estos á otro compañero que tenia á su lado,

...*y empezó á devorar.*

Lo que es la vida, añadió el compañero; unos al hoyo y otros á las tajadas. Mañana seguiremos nosotros á nuestro amigo, y otros se festejarán á nuestra costa.

Deje V. ahora de esas consideraciones melancólicas que no son del momento y vamos pensando en la que tenemos delante: de esta vida no se saca otra cosa sino los buenos bocados.

Y sabe V. *camarada* que nuestro D. Antonio no se trataba mal en cuanto á la *bucólica.*

Por supuesto que no: ya se ve, tenia talento y gusto, y se regalaba como á cuerpo de rey: el pobre; dios le haya perdonado.

Caballeros, dijo á este tiempo uno tercero, interrumpiendo la conversacion de los dos gastrónomos, ¿Y el marques de Casanueva porque no habrá venido á la mesa?

Estará consolando á mi Señora D^{a} Concepcion, contestó otro concurrente con cierta sonrisa maliciosa.

O estará desganado tal vez del sentimiento, añadió un gastrónomo con la misma ironia, porque él apreciaba sobremanera al difunto...

Caridad caballeros, caridad, que todavia el hombre está tendido en la sala, interrumpió uno de los que escuchaba, comprendiendo toda la malicia de la conversacion.

A la una y media se concluyó la cena y muchos se quedaron charlando de sobre mesa de diferentes asuntos; otros se volvieron al corredor donde durmieron y roncaron hasta el dia, recostados en taburetes ó en poltronas; y otros se paseaban de prisa p^{r}. todas partes para hacer con mas facilidad la digestion, segun decian: estos eran los gastrónomos.

A las nueve de la mañana siguiente se hizo el entierro ó se hicieron los funerales en la iglesia de S^{n}. Agustin, con toda la solemnidad debida á tan distinguido personage. Ya se supone que no faltó en los papeles públicos el correspondiente ar-

ticulo *necrológico* escrito por el marques de Casanueva, en el cual se dijo como ley necesaria de todas las necrologias, que D^{n}. Antonio Malpica y Lozano, ademas de su calificada nobleza y lealtad al rey, habia sido un buen padre de familia, un tierno esposo, un fiel amigo, y un bondadoso amo; cumplido sugeto aparecia en todo el articulo el difunto.

D^{a} Concepcion y D^{n}. Fernando permanecieron una semana encerrados y tristes, como era natural; pero pasando dias y viniendo dias se calmó ó se disipó enteramente su pena. A los dos meses no cumplidos ya no se hablaba de D^{n}. Antonio, y solo se trató de él y como si digeramos de oficio, cuando la viuda encargó á D^{n}. Fernando de la administracion de los bienes.

Vamos Fernandito, le dijo una mañana, ven á hacerte cargo de los papeles de tu padre, y á ponerlos en órden.

Cuando sumerced quiera, le contestó el hijo.

En seguida pasaron al cuarto de escritorio de D^{n}. Antonio, donde abrió la viuda la papelera y empezaron los dos á sacar legajos de todos tamaños, y á éxaminarlos uno p^{r}. uno. Al cabo de media hora de escrutinio, reparó D^{a} Concepcion en el fondo de una gavetica un papel suelto y como arrinconado, y sin que le moviese la curiosidad este papel mas que los otros, lo cogió para ver lo que contenia y colocarlo en su lugar correspodiente, ó romperlo si era inútil; mas figúrese el lector cual seria la sorpresa de la viuda cuando leyó la siguiente carta.

S. D. Antonio Malpica y Lozano.

Mi estimado amigo: segun lo que V. me manifestó anoche en casa de nuestro canónigo, los 12 papelitos que dispuse p^{a} Petrona, no han producido el efecto deseado. Pensaba llevarle á V. yo mismo otros mas eficaces; pero estoy con un fuerte catarro que no me permite salir y se los remito con mi practicante, debiendo V. administrarselos segun las instrucciones que él le dará. Ojalá que V. logre lo que desea, y cuente amigo con no meterse en lo sucesivo con esclavas. Su fino amigo Q. S. M. B.

L^{do}. Lucas González.

Un movimiento involuntario de ira y de zelos sintió D^{a} Concepcion al acabar la lectura de esta carta; y reflexionando un

poco en las cosas pasadas, se horrorizó de la criminal accion de Dn. Fernando con Rosalia hija ya declarada, como acabamos de ver, de Dn. Antonio y de Petrona. Sin embargo se tranquilizó sobre este punto, recordando con cierta satisfacción, ménos por lo que disminuia el horror de aquella accion, que por el desagravio de la infidelidad que habia descubierto de su marido, que no era Dn. Fernando hijo de Dn. Antonio sino del marques de Casanueva.

Yo estoy vengada, dijo para si, y guardó el papel.

Cometió con efecto el difunto Malpica la debilidad ó el delito de seducir y engañar á su propia esclava, y espantado con la idea de tener un hijo mulato, y que Da Concepcion descubriese su infidelidad vergonsoza, discurrió inutilmente valerse de los medios criminales que hemos visto, esplicados en la carta ó en la receta de Dn. Lucas.

Poseyendola Da Concepcion, le vino el pensamiento de sacar partido de ella empleandola pa Rosalia, y ver si lograba libertar á Dn. Fernando de tener un hijo de color, y ella un nieto: semejante idea la hacia estremecer de bochorno. Mas habia la dificultad de que Da Concepcion ignoraba que clase de papelillos eran aquellos de que hablaba Dn. Lucas, en su carta. Para vencerla, discurrió con poca delicadeza hacia ella misma hablar en secreto al facultativo, y á este propósito á los dos ó tres dias, le mandó un recado con un negro, diciendole que tenia que hablarle con presicion. Dn. Lucas se presentó en el instante, y no habiendo á la sazon de su llegada visitas, que estorbaran, la viuda lo hizo sentar á su lado y pasó entre los dos el diálogo siguiente.

Da Concepcion sacando un papel de su ridiculo

¿Conoce V. esta letra D. Lucas?

Dn. Lucas calandose los anteojos y tomando la carta.

Con efecto mi firma es. Pero que carta es esta, y empezó á leerla con sorpresa. Vaya un Dn. Antonio, esclamó al acabarla. Señora, carta y firma todo es mio; pero estas son flaquezas de los hombres inevitables. Yo no pude prescindir de servir a un amigo en aquellas circunstancias; sobre todo que era una esclava suya la que mediaba, y no creo por esta razon haber gravado mi

conciencia, tratandose de salvar el comprometido honor de nuestro D^{n}. Antonio.

D^{a} Concepcion.

Sea lo que V. dice D^{n}. Lucas, y dejémos en paz las cenizas de mi marido. Yo ahora lo que deseo y para lo que he llamado á V., es para que me haga el mismo servicio que pensó hacer entónces á Antonio facilitandome lo que se dice en esta carta.

D^{n}. Lucas mirando sorprendido á D^{a} Concepcion.

¡Conchita!... ¿para quien?... Será posible.

D^{a} Concepcion poniendose algo colorada.

Es V. muy malioso D. Lucas.

D^{n}. Lucas.

No señora, y V. debe hablarme con toda la franqueza de nuestra antigua amistad. Yo se lo que son las pasiones y la natural fragilidad de las mugeres. ¿Y que tiempo tendra V. poco mas o ménos? Porque será preciso saber ántes los meses corridos para arreglar la receta.

D^{a} Concepcion.

Vuelvo á repetir D^{n}. Lucas que lleva V. sus malicias mas allá de lo regular. No se trata aquí de lo que V. imagina, tal vez con fundamento, pero que no es eso. Trátase de otra persona indiferente, y si V. me quiere hacer el favor que le pido, se lo agradeceré; si V. no quiere ocurriremos a otro facultativo.

Nada de eso Conchita, y cuente V. con lo que desea. Yo espero que V. me dispensará el juicio que formé al principio con equivocacion en este asunto.

Diciendo esto D^{n}. Lucas, se levantó y se despidió de D^{a} Concepcion, y al siguiente dia le trajo en persona lo que le habia pedido y además una instruccion para su uso.

Pasemos ahora á Rosalia que permaneció todo este tiempo en su calabozo ya cicatrizadas las heridas del castigo que sufrió. En vano habia querido varias veces, interponer la influencia de D^{n}. Fernando para ablandar el corazon de la Señora y que la perdonase y volviese á su gracia.

"Lorenzo, le decía al calezero, hasme el favor de decir al *niño* Fernando que le hable á la Señora p^{a} que me perdone y me saque de aqui." Lorenzo movido á lástima se lo decia con interes

á su amo, pero este no acordandose que estaba Rosalia en la casa, pues no la veia, le contestaba con desprecio y hasta con enfado.

Dile que está bien que yo le hablaré. Y en lo que menos pensaba era en dar este paso que pudiera parecer sospechoso á su madre y disgustarla: fuera de que, él no sentia ninguna compasion p^r. su victima.

Una mañana temprano dispuso la Señora que la trageran á un cuarto de arriba, y la pusieron precisamente en aquel donde sufrió los azotes.

Virgen santisima esclamó Rosalia. . ¿Si querrá la Señora castigarme otra vez?

Mas no era esto lo que se preparaba á la infeliz, sino la prueba de la receta, la cual produjo el mismo efecto que en Petrona, es decir que la naturaleza se burló entónces de la medicina como se burló ántes y que no se cometió un crímen que se habia intentado dos veces.

Desengañada D^a Concepcion, y adelantandose en meses Rosalia, dispuso que á la vuelta del arriero se marchase al ingenio y asi sucedió a los 8 dias, sin que hubiesen bastado á impedirlo todos los ruegos y lágrimas de la esclava, dirigiendose unas veces a D^n. Fernando y otras a la señora, p^a moverlos á compasion.

Diez y ocho años contaba aquella cuando volvió á su presidio, á sus antiguos cañaverales, á su miserable bohio donde vió la luz. Aquí encontró á su madre postrada en una *tarima* cubierta de llagas y lacéria, y ya esenta por inútil de todo trabajo de la finca. Luego que Rosalia la vió en esta situación, sus ojos se llenaron de lágrimas, y abrazandola y llorando las dos sus mútuas desdichas, le dijo Petrona advirtiendola embarazada.

¿Que es esto Rosalia?

Máma no me pregunte nada por el amor de dios.

Habrá sido capaz el amo con su misma hija...

Máma, lo que sucedió á Vsted, me ha sucedido a mi.

¿Es posible? Y ese hombre se llama cristiano, se llama caballero, se llama hombre blanco? ¿Despues que ha hecho conmigo lo que ha hecho, se atreve á cometer un pecado como este?

El no ha sido *máma*.

¿Pues quien ha sido?

El *niño* Fernando.

¿Es posible? ¿Y la Señora ha sabido que el fué?

Yo se lo dije, porque me castigó p^{a} que se lo dijera y si no se lo digo me mata.

¿Y el niño Fernando no te ha defendido, no te ha dado siquiera los 25 p^{s}. p^{a} libertar á su hijo?

Máma, Vsted es muy buena. ¿El amo D^{n}. Antonio la defendió á V. acaso ni le dió los 25 p^{s}. p^{a} libertarme á mi? Ni siquiera un doblon de á cuatro que me ofreció el *niño* Fernando para un *túnico*, lo han visto mis ojos.

Que hombres tan perversos esclamó Petrona; si tienen el corazon como una piedra: dios los perdone. Ten paciencia Rosalia y ofrécele tus trabajos al Señor. Lo que siento es que pronto me moriré y q^{e}. te dejo en este *condenado* ingenio.

Así decia Petrona, llorando y abrazada con su hija.

No llore *máma* le contestaba Rosalia, que yo se sufrir trabajos, quien sabe si dios quiere que me muera cuando vaya á parir.

Aquí llegaba el diálogo cuando se oyó el chasquido del látigo del *mayoral* junto al bohio, y el grito ronco de "*mulata sal p^{a}. afuera.*" Rosalia salió temblando y llorando por que se figuraba que la iban á castigar, y el señor Pantaleon notando su mucho miedo y timidez, se echó á reir á carcajadas y le dió dos fuertes *cuerazos* arreandola p^{a} el campo.

Camina á trabajar cachorra y menea esas patas.

A los 15 dias, murió Petrona y a los tres meses Rosalia y su hijo de resultas del parto, en el mismo bohio de la primera.

Comunicadas estas noticias por el *mayoral* á D^{a} Concepcion y á su hijo.

Paciencia, dijeron los dos, se han perdido *mil pesos!*

F. M. T.

[FÉLIX M. TANCO.]

[Matanzas, 1838.]

El señor Félix Manuel Tanco y Bosmeniel, autor de este interesante trabajo, nació en Bogotá (Colombia) en 1797, habiendo venido a Cuba, con su familia, a la edad de doce años. En 1828 fué nombrado Administrador de Correos de Matanzas, ciudad en

la que fué miembro de la Diputación Patriótica que allí estableció la Sociedad Económica de Amigos del País, de La Habana, y Director del periódico *La Aurora* (1829), viéndose complicado por esta época en la conspiración del Águila Negra. Tomó parte activa en las tertulias literarias que durante los años de 1834 a 1836 se celebraron en la casa particular de su íntimo amigo Don Domingo del Monte, quien, al regresar a La Habana, sostuvo con el escritor colombiano una valiosa correspondencia, que se conserva aún y constituye el primer tomo del *Centón* del distinguido humanista. En sus cartas habla Tanco y Bosmeniel de la novela que por primera vez se publica en este número de CUBA CONTEMPORÁNEA, y de otras varias que han quedado inéditas. En las *Rimas Americanas* (1833) dió a conocer algunas de sus poesías; tomó parte (1839-40) en la famosa polémica sobre el eclecticismo de Cousin, mostrándose contrario a las ideas sustentadas por Don José de la Luz y Caballero; imprimió en Madrid dos folletos—sin su firma—combatiendo el gobierno del General Tacón, y publicó otras obras, entre las que merecen citarse la *Refutación al "Viaje a la Habana" por la Condesa de Merlín* (1844); *Representación a la Reina de España sobre la abolición de la esclavitud* y *Los Jesuítas en la Habana* (Filadelfia, 1862); y su último folleto, *Probable y definitivo porvenir de Cuba* (Key West, 1870), en el que abogó por la anexión de esta isla a los Estados Unidos y por la abolición de la esclavitud. Dejó de existir este distinguido escritor, en Nueva York, el día 31 de octubre de 1871. A CUBA CONTEMPORÁNEA cabe la satisfacción de dar a conocer—ochenta y siete años después de escrito—uno de los varios trabajos suyos que hasta ahora han permanecido inéditos.

JOSE MARIA DE HEREDIA (*)

(Elogio hecho por Maurice Barrès en la Academia Francesa, a la cual pertenecía el autor de "Los Trofeos", con motivo de su fallecimiento, ocurrido el año de 1907.)

Traducción del Dr. Julio Villoldo.

JOSÉ María de Heredia nació en Cuba en 1842, en la hacienda *La Fortuna,* próxima a Santiago. No se naturalizó como francés sino después de haber cumplido los cincuenta años, cuando esta Corporación, al siguiente día del éxito triunfal de *Les Trophées,* expresó sus deseos de que formara parte de ella. Su familia es oriunda de España. Fué un noble aragonés, el famoso antepasado Pedro de Heredia, quien partió a bordo de una de las carabelas de Bartolomé, hermano de Cristóbal Colón, y fundó Cartagena [de Indias]. La que fué floreciente ciudad no es ya más que un desierto, en cuya bahía la onda malsana balancea tres míseras barcas pescadoras, al pie de los bastiones en ruinas y bajo la mirada de grandes y taciturnos pelícanos. Pero con el mismo gesto que el viejo capitán fundó la ciudad, puso más sólidamente, si cabe, los cimientos del genio épico de vuestro cofrade. Estoy convencido de que José María de Heredia al meditar en lo heroico de

(*) Con motivo de haberse inaugurado en París, recientemente (véase la Nota editorial que se publica en este mismo número), la estatua del gran poeta José María de Heredia, nacido en esta República, Cuba Contemporánea se complace en publicar, traducido por uno de sus redactores, el notable estudio crítico de su obra literaria, hecho por Maurice Barrès en la Academia Francesa, y que ha sido insertado, con ocasión de dicho homenaje, en el número de la revista parisiense *L'Amérique Latine* correspondiente al día 18 de octubre último.

su origen, ha emancipado su naturaleza dándole preponderancia, en los versos que ha escrito, a la altivez guerrera. Recordad los cuatro sonetos que dedicó a la memoria de su antepasado y a la mortecina ciudad de hoy. Composición al gusto del esmalte suntuoso donde Claudio Popelin, confundiendo al abuelo con el nieto, ha cubierto al poeta con un casco con cimera de conquistador.

Durante los siglos diez y siete y diez y ocho, los Heredia fueron colonos de Santo Domingo, donde eran dueños de la provincia de Bani. Arruinados por la gran revuelta de los negros, se trasladaron a Cuba. En el día de hoy un árbol—se me dice que un *mapú*—crece junto a los escombros del viejo palacio. El padre del poeta desmontó, y sembró luego, con sus propias manos, las plantaciones de *La Fortuna*. Murió joven. Su esposa era una francesa, nacida Gérard d'Ouville y nieta de un Presidente *(à mortier)* del Parlamento de Ruán. La joven aprendió latín y leía a los poetas. Esta digna hija de la gran raza normanda tuvo valor para sustraer al pequeño José María de las influencias españolas. Cuando se trató de enviar al adolescente a Madrid, a una escuela de cadetes, prefirió seguir el consejo de un tal M. Fauvel, de Senlis, en el Oise, quien se brindó a llevarlo a un colegio de la pequeña ciudad.

José María contaba nueve años cuando ingresó, en 1851, en la clase octava del Colegio *San Vicente*, en donde clérigos seglares le dieron, durante ocho años, una excelente instrucción en humanidades.

El otoño envuelve a Senlis en una dulzura y en una tristeza incomparables. Cuando los bosques comienzan a perder sus hojas y las campanas resuenan por entre la bruma de octubre, los cantones de Chantilly, de Compiègne y de Ermonille exhalan una melancolía tierna y cantante, la misma que ha recogido Gérard de Nerval en su divina Sylvia. Las baladas que este delicioso loco nos ha hecho gustar son las voces más expresivas, los suspiros de las campiñas de Valois. Estos antiguos aires, de un francés tan puro, avivan la potencialidad de las ilusiones que nos han transmitido nuestros padres. Una inquietud desconocida hace presa de nosotros, una necesidad de tierna amistad y de impere-

cedero amor, un deseo de morir por la que nos ama, la certidumbre de que ella es un hada. Estas encantadoras inspiraciones, mezcla de lo místico, lo épico y lo amoroso, y que palpitan semimuertas en los antiguos lugares de fiestas, es todo el ideal melancólico y altivo de los terratenientes franceses. Ideal en la actualidad velado, remembranza semiensoñada de nuestra religión y de nuestra caballerosidad.

El joven cubano que acababa de terminar sus estudios de humanidades en el plantel de los clérigos de Senlis, no había nacido para escuchar los cantos de Sylvia en los bosques de Châalis o de Pontarmé. ¿Qué influencia podían tener en el descendiente del conquistador, estos versos rimados musicalmente para enternecer corazones franceses? Si fuera cuestión de abordar las islas de Valois, sombreadas de álamos y de tilos, y que sirvieron de modelo a Watteau cuando pintó el *Viaje de Citeresa* de nada sirve haber fundado Cartagena de Indias, nada dispensa de una larga preparación de la sensibilidad. El joven Heredia no ha escuchado, de padre a hijos, el tañido de las campanas francesas, ni admirado los pájaros bordados en las capas pluviales, ni contemplado la divina dulzura de los cirios parpadeantes a plena luz del día en nuestros entierros campesinos. Él necesita de los diáfanos colores y de las canciones típicas de Cuba...

Cuando Heredia se recibió de bachiller, regresó a la isla nativa. Es de lamentar que una extrema preocupación del arte impersonal le haya impedido describirnos el goce de tener veinte años en las Antillas. Se acaba, no obstante, de subsanar esta omisión. Prodigio encantador: una devota hija suya ha recopilado las remembranzas y visiones abandonadas por el padre, mezclándolas a sus propios ensueños. Para conocer la emoción de un criollo que al regresar de París, encuentra de nuevo el ambiente natal, las bulliciosas multitudes, el calor vivificante, las claras tonalidades de los vestidos femeninos, todas las dulzuras, en fin, del clima en donde transcurrió su infancia, basta leer una novelita en la cual Gérard d'Ouville, so pretexto de contarnos una aventura amorosa en Nueva Orleans, nos da a conocer, según me dicen, las memorias del joven Heredia... Mas el poeta contaba entre sus abuelos españoles una señorita de Mieses,

procedente de una familia cuya era esta divisa: "Cosecha de amor y cosecha de honor".

Todos los atractivos de las islas no pudieron retenerlo allí. Y regresó con su madre para establecerse en París, donde asistió a la Escuela de Derecho y a la de Archiveros *(chartes)*, y comenzó a trabar amistad con los artistas.

*

Sus primeros versos se imprimieron en 1861. Se nota en ellos la influencia de Lamartine, de Víctor Hugo y, sobre todo, de Musset; pero en 1863, un soneto que le dedica a Leconte de Lisle, nos muestra la entrada del poeta en la vía real. *Artémis* y *La Chasse*, publicados en el primer Parnaso de 1866, lo dan a conocer. Es a las *Bucoliques* de André Chénier (del cual admiraba *Le Combat des Centaures* más que ningún otro poema del mundo), a quien le debe la idea de la corta composición que Chénier llama *un quadro*, y hasta su muerte ha compuesto los *quadri*, dedicados a la gloria del divino André...

Tres de vosotros, señores, podéis decirnos la seduccón que el joven español ejercía en los poetas del Parnaso. Francisco Coppée, al recibir aquí a su amigo, ha recordado sus andanzas de juventud antes del éxito. Él os ha contado el intenso placer que experimentaban estos neo-románticos al pronunciar un nombre exótico y sonoro que hubiera encajado con tanta propiedad en las relaciones blasonadas de Ruy-Blas o de Hernani. Descendientes todos ellos de un origen menos elevado, se regocijaban de que hubiese uno que contase entre sus antepasados a Conquistadores del Nuevo Mundo y Grandes Inquisidores. A este respecto, escucho a los de más edad, si evocan al principiante; yo no puedo hablaros más que del maestro.

*

Fué en casa de Leconte de Lisle, hace de eso veinticuatro años, que vi a Heredia por vez primera. La vivienda en la cual el Senado alojaba al glorioso sub-bliotecario, un decente primer piso de la Escuela de Minas, con frente al bulevar de St. Michel, nos parecía una cumbre temible, uno de los lugares consagrados de

París. Aun me complazco en recorrer a veces este barrio apartado, para evocar los sentimientos con que a los veinte años, llegaba, el sábado por la tarde, a un salón presidido por un vaciado del Moisés de Miguel Ángel.

El lugar ejercía en nosotros el sentimiento de la jerarquía. He visto a los poetas jóvenes prosternarse ante Heredia, que se inclinaba ante Leconte de Lisle, quien lo hacía a presencia de Hugo, que no rendía homenaje más que a la democracia.

Para comprender la razón por la cual se sometían a Leconte de Lisle maestros como Heredia, es preciso representarse su salón, tal como lo vi, hacia el año 1883, en oposición a cenáculos rivales. Era la época en que Zola, poseedor de muchos méritos profesionales, pero a quien una incurable vulgaridad condenaba a rangos subalternos, hacía proezas para convertir en gloria de las letras, éxitos de librería. Era la época en la cual el robusto prosador Vallès, irritado contra la cultura superior, a la que hacía responsable de sus decepciones, pues él hubiese sido naturalmente afortunado en el cultivo de los campos de Auvernia, predicaba el incendio de los museos y bibliotecas. Aun era el tiempo en que Verlaine, verdadero poeta y a veces gran poeta, mezclaba a los emocionantes suspiros los hipos más atroces, y llegaba a hacernos olvidar la importancia que tiene para el artista un constante perfeccionamiento del alma.

Leconte de Lisle creía en la elevada dignidad del poeta. Aparte de todas las intrigas, describía su concepto de la vida, que fué siempre enérgica, seria y casta. Nada ha concedido a los semiletrados, a los espíritus secundarios; ni siquiera ha lisonjeado la juventud de las escuelas. No confundía la notoriedad con la gloria. Era una especie de sacerdote que denunciaba al siglo en nombre de lo Bello eternal.

Como hallaba en las regiones del pasado la satisfacción de sus necesidades morales, y como sacaba toda su inspiración de la poesía antigua, jamás se decidió a no vivir sino en tiempos de Homero. Descontento de la vida excesivamente ruda, pone en entredicho la época moderna, toda la cristiandad, y no se pregunta jamás si el cristianismo, cualquiera que sea la opinión que se sustente de su verdad histórica, no sería la fuente en la cual

abrevamos el sentido del honor y del sacrificio. No es sin cierta grandeza que vuelve a ponerse en contacto, por encima de los románticos, con las escuelas artísticas que en los comienzos del siglo diez y nueve se inspiraron en el gusto greco-romano y en la filosofía de los enciclopedistas, pero se percibe en su paganismo algo que trasciende a paradoja de taller. Hay en este noble poeta ciertos estallidos, tales truculencias, capaces de asombrar al filisteo. Heredia sobresalía en poner las cosas en su lugar. En ocasiones, después de parrafadas de una pintoresca ferocidad contra la fácil literatura o contra la religión, ante el pasmo de todos nosotros, el autor de los *Poemas trágicos* se encontraba con la mirada jovial del autor de *Los Trofeos,* y cesando de "profetizar", reíase como un *boulevardier.*

La amistad entre Leconte de Lisle y Heredia introducía en este salón una nota de la más humana verdad. Ambos se estimaban profesionalmente, primera condición en la amistad entre hombres; después, se conocían desde largo tiempo atrás. Nunca dejaban de hablarse, con cierta alegría infantil, de sus islas nativas y de los negros. Por último, la joven familia de Heredia, radiante de gracia, le concedía al viejo poeta un puesto de abuelo.

*

La amistad que Leconte de Lisle dispensaba a Heredia, se la devolvía éste en demasía con una especie de voluptuosidad. Su persona exhalaba el atractivo de estas islas indolentes en las cuales los criollos nacen dotados de agradables modales y con el espíritu lleno de infinita dulzura. Era superior a un hombre hábil: obtenía todo lo que deseaba por su cálida y efusiva cortesía. Si es admisible que los pequeños medios sirven para alcanzar las más elevadas posiciones, es preciso hacer notar, como una de las causas del éxito que obtuvo, su extremada complacencia para con los jóvenes escritores.

En los comienzos de su vida literaria, Heredia fué presentado a Baudelaire quien se limitó a decirle: "No me gusta la gente joven". Él, en cambio, vivía gustoso en su compañía, y no se fatigaba en descifrarle sus primeros ansayos, y aun en indicarle las

más adecuadas y convenientes correcciones. Este proceder se debía, en gran parte, a lo bondadoso que era:

Trato siempre—decía, al referirse a los jóvenes—de darme cuenta de lo que han querido escribir y, por poco que el esfuerzo se aproxime al resultado, se los tengo en cuenta.

Todos los domingos les abría su puerta. Las reuniones de los últimos años tuvieron un marco perfecto: el antiguo edificio del Arsenal en donde Nodier agrupó a los primeros románticos y que muestra en sus amplias salas, de blanca entabladura, la más completa serie que existe de los poetas del Renacimiento, encuadernada en rojo marroquí, con las armas de los arzobispos o de las reales concubinas.

A todos los que iban entrando, Heredia los acogía con amplio gesto y sonora voz, con una magnificencia mezclada de sencillez. Y desde el principio, a la llegada, les presentaba la caja de tabacos. Cuando se trataba de un rimador de fuste, sacaba del bolsillo la petaca y se la presentaba. No siempre sabía el nombre de sus huéspedes, pero todos eran poetas, gente que tiene el privilegio de tutear a los reyes...

¡Oh buen maestro! Admiro en él la vitalidad, el optimismo, las heroicas cualidades. Sí, pues es una heroicidad hacer convivivir todas las semanas, durante largas horas, a jóvenes rivales, encogidos, recelosos y ávidos todos de ser tenidos como los primeros. Heredia, para lograrlo, encontraba procedimientos sublimes. Se cuenta que un día, en su casa, dos jóvenes poetas, a propósito del verso libre, sostuvieron agria polémica. Heredia tomó un libro, el primero que halló a mano, un ejemplar de *La leyenda de los siglos,* y llenándolo todo con la sonoridad de su voz, leyó *Ruth et Booz;* después del verso trigésimo, dijo: "¡Bueno! se acabó, ¿no es verdad?"

*

Heredia, en cada uno de los sonetos de *Los Trofeos* ha concentrado, agotado, el asunto de sesenta volúmenes bien escogidos. Meditaba largamente el tema hasta encontrar una imagen, un trazo, un verso, otro después, que anotaba. En alta voz paseán-

dose, no se cansaba de recitarlos, para probar el sonido. Poco a poco, el cuadro aparecía. Diez años le fueron necesarios para hallar el segundo terceto de *Vitrail.* Y luego de estos hallazgos, llegaba el momento de los arreglos inacabables: retoques de ritmos, escrúpulos de propiedad, busca de harmonías:

El hombre,—decía—ya que no es eterno, puede al menos ser paciente. El amor y la paciencia unidos son bien fuertes.

Cada uno de sus poemitas, que él ha escrito y coloreado con tanto esmero, parece una piedra milenaria levantada en cada etapa de la humanidad. Su marcha triunfal nos enseña la ruta de la civilización. Es una epopeya que ha sido escrita para hombres que han renunciado a la esperanza de convertirse en contemporáneos de todos los pueblos...

El genio de este varonil Heredia se une a las intensas pasiones que, derivadas de la propia naturaleza, se encuentran en todos los siglos. Deja que todo resbale, salvo lo esencial; no conserva más que los hechos constantes. Escucha, desde lo más profundo de las edades, el cántico de nuestros abuelos, sin cesar castigados por las mismas necesidades. Habiendo visto a los argonautas y a los conquistadores, reconoce a Jasón en Cortés, y so pretexto de describir a estos buscadores de oro, pinta el ardor aventurero y el atractivo del peligro, tan antiguos como la humanidad. Aun en el momento mismo que se aventura en la época moderna, mantiene el contacto con las formas primitivas. En la Bretaña, a orillas del mar, descubre un centauro en un aldeano que baña su caballo. Lo que le emociona, es el hombre inmóvil en presencia de la cosa inmutable, Dejanira sonríe siempre entre los brazos del más fuerte, y nada cansa al Sátiro de acechar al grupo de las Ninfas. Hoy, como ayer, si la anarquía amenaza, es a Hércules, el gran Belial, que se le espera en el Horizonte, para defender el orden contra el asalto de las semi-bestias emergentes.

Tal sensibilidad nada tiene que ver con la vana piedad en donde muchos espíritus quieren buscar la poesía. Heredia encuentra, como el héroe, el gran placer moral en una hazaña guerrera o en el orden. Al exponer a plena luz las fermentaciones del de-

seo y de la muerte, mató las pasiones insensatas. En la mujer, ama la dulzura y la sumisión. Sus asuntos preferidos son: la espada, el lecho, el hogar, el templo, y a continuación los dioses, los héroes, los padres y los muertos. Estas encumbradas figuras, las contempla tranquilamente. Son sus eternos compañeros. Es él, poeta o sacerdote, quien da un sentido divino a las necesidades inmutables. Las reúne en trofeos, a cuyos pies es dable experimentar un sentimiento religioso.

Algunos de sus poemas antiguos y familiares—tales como *La Jeune Morte, Le Naufragé, l'Esclave et les Priapes,* por los que tardíamente demostró predilección—con los catorces versos tan completos, tan graves, tan solemnes, conceden una voz de aliento al hombre a quien atormenta el instinto de admirar, de dar gracias, de pensar con tristeza y—¿por qué buscar otras palabras?—la necesidad de elevar preces. Estos poemas nos llevan de nuevo a los caminos tradicionales y allí nos muestran la verdadera grandeza, la que consiste en aceptar las leyes de la vida. Bendito sea el poeta, cuando arroja, al través de la máscara de bronce, los acentos que funden nuestros corazones sin afeminarnos.

Cierto que existen otros ritmos. Hay versos que son más bien llamas; allí se consumiría la vida. Sus cadencias atormentan; nos fuerzan a escuchar los latidos de nuestros corazones agitados. Bajo la llamada de sus ritmos insistentes, emergen de lo más profundo de nuestras almas locos y velados pensamientos. ¡Oh música con exceso perfumada! Nos conviertes en enamorados de lo que no puede existir. Por mi parte, si fuere poeta, en la multitud de ensueños que me asaltaran, no mantendría más que las formas ciertas y puras, las más apropiadas para conservar la calma.

Los poemas de Heredia nos ponen frente a frente de un alma simple y viril. Nos predisponen a encontrar el placer en las sensaciones sanas y en las acciones razonables. No es que nos moralicen; pero al acabar de sentirlos o de meditar en ellos, nos hallamos purificados de lo romancesco y deletéreo, y llevados a vivir la vida como lo quiere la razón. Percibo en sus ritmos el

acento dórico que los griegos guardaban para la educación de los jóvenes que pensaban convertir en héroes.

Los griegos sabían que existen dos clases de músicas que ejercen en el alma influencias contrarias. La primera nos lleva a la piedad, al terror, a todos los transportes. A tantos desórdenes, de los cuales la segunda nos purifica, predisponiéndonos a juzgar con calma de las cosas: lo que para un griego constituye la virtud. La lucha entre estos dos artes, es eterna. Bossuet la denuncia, cuando contrapone a los himnos de Sión los cánticos de Babilonia. Y Racine, en su divina *Atalia,* quiere poner término a los endemoniados suspiros de Fedra. Hoy, señores, una numerosa juventud tiene conciencia de lo que existe allí de malsano y que afloja los resortes de nuestra voluntad con ciertos acentos que parecían irresistibles. Ella mantiene las obras románticas, sobre todo las que Europa nos devuelve, por un peligroso fermento propio para sublevar los instintos, pues el problema es siempre de disciplinar. La historia literaria tomará nota de que el autor de *Los Trofeos* ha revivido una concepción artística que habían querido destruir los maestros románticos, de quienes él mismo es un heredero.

*

Señores, he creído que a este hombre ilustre debía mostrarlo ante ustedes tal como su modestia, o más bien su legítima confianza, lo persuadió a él de cómo debía presentarse ante la posteridad: con un único libro en la mano. Yo hubiera podido alabar con toda justicia la traducción suya que lleva por título *Historia verídica de Bernal Díaz,* en la que empleó un lenguaje sabiamente escogido para producirnos la ilusión del castellano antiguo, y el prefacio que trata de España en el cual se encuentran páginas que turban a los jóvenes:

Las bailadoras andaluzas no habían degenerado en nada desde la época de Marcial.

Tampoco me olvido del murmullo de admiración que recorrió todo París, el día en que nuestro cofrade, al ser recibido entre vosotros, declamó, cantó, por así decirlo, el elogio del sublime La-

martine. En fin, reclamo, en unión de todos los demás literatos, que se recopilen el discurso que pronunció en honor de Maupassant, otro en que se refirió a Du Bellay y la docena de artículos que se dejó arrancar con tanta dificultad. Pero sobre esta prosa perfecta, la muerte nos prohibe que distraigamos nuestras miradas. Por muy hermosas que sean las perspectivas, la luz debe caer por entero sobre el monumento de *Los Trofeos*.

Fué la ambición de Heredia que sus poemitas aparecieran unidos ante la posteridad con los sonetos de Ronsard y de Du Bellay, con las fábulas de La Fontaine, con las elegías de Chénier en el hilo de perlas que, de padres a hijos, nos hemos transmitido.

¿Es posible que la duda haya atravesado un día el espíritu del maestro? En una carta liminar a Leconte de Lisle, le pregunta si se verá en su obra algo "de la noble ordenación con que había soñado..." ¿Temía haberle dado un espacio demasiado reducido a las grandes edades católicas? Es verdad que su universo se cirscunscribe al horizonte que abarca la mirada de un humanista. Está casi encerrado en las civilizaciones clásicas: la griega, la romana y el Renacimiento. Y algunos sienten la desazón de no encontrar en su obra los afectos locales, las viejas raíces francesas de la poesía. Pero que se tranquilicen: él ha sido felizmente advertido por su instinto. No había nacido para remedar a un Mistral que labora y hace florecer la tierra francesa. Este extranjero, para bien suyo y nuestro, ha cumplido su destino. Entre los dos padrinos que ha escogido: Ronsard o Chénier, ha venido a ofrecernos las Españas que llevaba consigo. Nosotros, en cambio, le pagamos con gloria y con cariño.

*

En 1900, el poeta fué a Ruán a presidir la inauguración del busto erigido en memoria de Maupassant; Alberto Sorel lo acompañaba; Sorel, este bello normando, tan erudito, de tan noble corazón, orgulloso de la pequeña patria como lo estaba de la grande, a las que ha servido con tanta devoción. Sorel nos ha contado, en distintas ocasiones, lo emocionante del viaje. Durante el

trayecto, Heredia se refirió a su abuelo materno, al Presidente de Ouville.

Pues bien,—dijo Sorel—mi abuelo materno ha debido informar ante el vuestro en el Parlamento de Normandía.

Esta coincidencia los emocionó, pues ni el uno ni el otro eran ya jóvenes. Conversaron fraternalmente sobre cosas del pasado. Y el poeta, por lo general muy sobrio en detalles íntimos, le contó que había consagrado los lazos normandos levantándole una tumba a la memoria de su madre en esta misma colina del Buen Socorro, en la cual iban a honrar a Maupassant.

Comprendí entonces—ha contado Sorel—que en aquel día, en las alturas donde flota eternamente una gasa de bruma, Heredia quería contemplar las sombras del pasado y buscar la luz del más allá.

¡Qué simpáticas resultan las figuras de estos dos peregrinos en quienes los honores oficiales no ahogan los corazones de poetas y que, casi olvidándose de ellos mismos, se complacen en hablar en voz queda de sus muertos queridos!

Al llegar, ambos cumplen la misión oficial que les está encomendada. Heredia pronuncia con su habitual magnificencia, el elogio de Maupassant y de la región normanda. Luego de concluído el acto y dispersa la concurrencia, los dos académicos abandonan al novelista, hermano en la raza y en la gloria; se alejan de aquel a quien han rendido pleitesía, homenaje que ellos mismos no tardarán en recibir. Juntos ascienden las avenidas del pequeño cementerio que se extiende y pende en la ladera de la piadosa colina. Heredia se prosterna ante la tumba de su madre. Se recoge en pensamientos de veneración, que es dable suponer:

El alma que he recibido de los míos y que he transmitido a mis hijas, ¿he sabido mostrarla en mis poemas, noble, altiva y digna de mi estirpe española? ¿Encontrará, después de mi muerte, una duradera hospitalidad en las memorias francesas? Si tuviera esta doble seguridad, me iría a unir, con el corazón tranquilo, con mi madre en la bendita tierra normanda.

De este modo meditaba, según creo, vuestro cofrade, en una fría mañana de primavera, en lo alto de la colina del Buen Soco-

rro, "en donde los muertos queridos están más próximos al cielo". Y ahora duerme junto a aquella que lo preparó, con tanto esmero, para que nos amara y nos sirviera. El descendiente de los conquistadores reposa bajo el cielo en donde el viento dispersó las cenizas de Juana de Arco. Esta tumba acrecienta mas la espiritualidad de Ruán, en donde el autor de *El Cid* enseñó el arte poético a Jacqueline Pascal. La sangre y la imaginación de los nobles Heredia están definitivamente incorporados a Francia. José María nos deja una obra maestra inmortal y toda una familia de artistas, en la cual, en los rasgos de una joven viviente, todos creemos ver la poesía.

COMO NACE EL AMOR (*)

El sentimiento amoroso.—La personalidad sentimental.—La necesidad de amar.—El flechazo.—El miedo de amar.—La intoxicación sentimental.—El deseo es breve; el amor es largo.

I

EL SENTIMIENTO AMOROSO



OR qué, chica alegre, amaneces triste un día de primavera, y tú, gárrulo joven, te apartas de tus compañeros festivos? El cielo no ha empañado su tranquilo azul, la brisa trae los blandos murmullos de siempre, el sol pone su beso de luz en las corolas del jardín; nada ha cambiado en torno. Sin embargo, todo lo que ayer encelaba vuestra curiosidad y vuestro interés, se ha vuelto fastidioso. Tú, tierna Eloísa, descuidas el bordado; tú, audaz Abelardo, cierras los libros. El cariño del hogar, la cháchara de los amigos, el perfume de las flores, todo os tedia y entristece, sin que oséis avanzar una èxplicación de vuestra melancolía. Vano fuera preguntaros el misterioso por qué; lo sentís hondamente, pero tanta es su vaguedad que no sabríais definirlo con palabras. Es fiebre de la

(*) En homenaje a la memoria del ilustre escritor y sociólogo argentino Dr. José Ingenieros, fallecido hace un mes, CUBA CONTEMPORÁNEA recoge en sus páginas esta muy bella y amena conferencia suya, que, con otras varias, formó parte de un curso sobre psicología de los sentimientos, dado en 1910 en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, permanciendo inédita durante varios años, hasta que su autor se decidió a publicarla en la *Revista de Filosofía*, por él fundada y dirigida, y de la cual ha sido tomada, en la seguridad de que ella ha de interesar vivamente a los lectores de CUBA CONTEMPORÁNEA, cuyas páginas se honraron más de una vez con la colaboración del Dr. Ingenieros.

imaginación, secreta inquietud, ansiedad indefinida en que alternan el deseo y la desesperanza... Vuestra madre—sólo ella—os leyó en las ojeras que no habéis dormido y sospecha la causa de vuestro repentino aturdimiento; también ella ha sufrido, en días lejanos, esa primera congoja del corazón inexperto, y os comprende. Calla porque sería imprudente complicar vuestro estado; si es tierna y sensible, aparta sus ojos de los vuestros para que no le veáis brillar entre las pestañas su lágrima mejor, y después, sin una pregunta, cómplice muda, acaso os besa la atormentada frente... ¡Madre! ¡Quién puede, como ella, adivinar cuando nace por vez primera el amor en el corazón de sus hijos!...

Cómo nace ¿quién lo puede prever? Nace de mil maneras, según el temperamento, según la experiencia sentimental, según la oportunidad. Ora de pronto, audaz, como la mariposa que sale volando del capullo donde el instinto fortaleciera sus alas; ora lentamente, tímido, como pichoncito de alondra que necesita alimento y calor antes que pueda volar. Y cuando no es el primero, el amor renace más alado y sereno de vez en vez, perfeccionando otros amores ya sentidos, aprovechando la pasada experiencia para aumentar la belleza de los nuevos amores. Pues no es creíble que la eclosión primera del sentimiento sea la más intensa, aunque es seguro que el primer amante no se olvida jamás.

Con repetir que el amor es tan antiguo como la humanidad no se explica cómo nace en las personas que se enamoran. Sabemos que es diversamente sentido y pensado por cada uno; no existe "un amor", sino "tantos modos de amar" como personas. Los que disertan sobre "el amor" abstraen en un puro concepto los atributos comunes a los sentimientos de todos los que aman; los "enamorados", distintos por su temperamento y por su educación, son la única realidad que interesa a los psicólogos. El sentimiento amoroso es una experiencia individual, formada sobre tendencias instintivas. Sus grados y aspectos son variables en todas las personas; tibio en éste, en aquél vehemente; en uno corre en lágrimas, en otro asoma en sonrisas. Ora a flor de piel, ora incisivo y hondo, dentro de la unidad del género cada amor que nace tiene una individualidad inconfundible. No hay

amor, sino amantes; y en cada uno de éstos los amores que pueden sucederse son distintos.

Andaríamos errados, por ende, si supusiéramos que el amor apareció alguna vez en la humanidad ornado ya por los atributos con que nace en cada uno de nosotros; ni es siquiera admisible que el hombre primitivo fuera capaz de amar con tanta nobleza y refinamiento como los hombres cultos de los tiempos modernos.

*

Bastaría para ello comparar tres leyendas, cada una de las cuales nos muestre el amor en una etapa distinta de la civilización. En la primera es un puro accidente físico, en la segunda un clamor de los sentidos, en la tercera un suplicio de la imaginación.

Escuchad de qué manera la Santa Biblia relata la primera "unión libre" que se efectuó en la humanidad; aunque simbólica, no carece de picardía. En un huerto que en el Edén formara el complaciente Jehová, paseaban Eva y Adán, inocentes, sin avergonzarse de su casta desnudez; comían los frutos de todos los árboles, menos de uno, que no podían saborear sin castigo de muerte. La astuta serpiente dijo, empero, a la mujer: "no moriréis' y "en el día que de él comiéreis serán abiertos vuestros ojos; y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal". La tentación no pudo ser más sencilla; "y vió la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era deseable a los ojos, y árbol de codicia para entender; y tomó del fruto, y comió, y dió también a su marido, y comió con ella". En realidad no podríamos decir que en Eva y Adán nació amor, ni sentimiento alguno; seríamos injustos si los culpáramos de ligereza, ya que el Señor había dispuesto que la serpiente administrara a su modo el sacramento del matrimonio.

No ignoráis lo que pasó: "Y fueron abiertos los ojos de ellos ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera e hicieron delantales". Respetaban por intuición, las buenas costumbres; como Eva hubiera aprendido a coser, siendo costilla, fácil les fué conducirse como jóvenes circunspec-

tos y pudorosos. Muy luego Jehová interpeló al hombre y el verecundo Adán se excusó, alarmado: "La mujer que diste para estar conmigo, ella me dió del árbol, y comí". Jehová, que aun no sabía todas las cosas, preguntó a Eva: "¿Qué es esto que hiciste?". Y la mujer, sin dar muestra alguna de arrepentimiento, sólo dijo: "La serpiente me engañó y comí". (Génesis, Cap. III.). Se trata, como veis, de un simple accidente corporal, en que no interviene el sentimiento amoroso; llamadle pecado, llamadle caída original, pero nada nos dicen los sagrados textos sobre la ternura de la primera mirada, el estremecimiento de la primera caricia, el hervor del primer deseo, la angustia de la primera duda. Y nada, tampoco, del tempestuoso ajetreo de la pasión, como si la simbólica pareja primitiva ignorase, antes y después, la tortura de la voluptuosidad y el martirio del aburrimiento.

El pecado original aparece cometido sin amor, sin deseo siquiera. No hay en él esa emoción de placer que perturba a *Dafnis y Cloe* en la inmortal novela que todos admiramos sin saber quién fué su autor. En Cloe nace el amor mirando a Dafnis en el baño y hallándole hermoso; aumenta cuando le escucha tocar la flauta ante sus mansas cabras.

Insistió la muchacha para que de nuevo se bañara Dafnis, y mientras tomara su baño, lo veía ella en su desnudez, y no podía impedirse mirarlo y tocarlo. Y luego por la noche, ya de regreso a su casa, estuvo pensando en Dafnis desnudo, y este pensamiento era un comienzo de amor. No tardó en no interesarse por nada, ni en no pensar en algo que no fuese Dafnis, y ya no habló más que de él. Lo que sentía, no hubiera podido ella decirlo, por no ser sino una pobre campesina que jamás había visto nada y que ni siquiera había oído pronunciar la palabra amor. Mas sentía como una angustia, y a pesar suyo se llenaban de lágrimas sus ojos. Se pasaba los días sin tomar alimento, las noches sin conciliar el sueño; tan pronto se reía como lloraba. Si alguna vez llegaba a dormirse, pronto despertaba sobresaltada. A veces palidecía, y de repente se empurpuraba su rostro.

Es una página de psicología, como veis. El amor nace por los sentidos, pero llega a la imaginación. Y el senclilo Dafnis procedió cuerdamente al aceptar de Licenión, mujer joven y be-

lia, y fina además aquella primera lección de amor que ningún joven puede leer sin escalofríos.

Comparad esas dos leyendas, sin embargo, con la apasionada de Manón y Des Grieux, dos amantes modernos. ¿Por qué la han cantado cien poetas y la han melodizado los músicos? Porque narra un amor doblemente humano por la imaginación y por la sensibilidad de quienes lo sienten, tan lleno de sinceridad que ningún Catón le rehusa piadosa simpatía, ni niega perdón a sus debilidades y desdichas. El azar los junta, es cierto, pero Manón y Des Grieux tienen ya los mismos ensueños, las mismas quimeras. La chicuela soñadora ha dejado el hogar cuando sus padres, para substraerla a los peligros del mundo, la creían madura para enterrarla viva en un convento; y Des Grieux es un chicuelo también y prefiere como ella los encantos de París a los rezongos de pelucones envejecidos. Su amor nace a la ligera, es verdad, pero nace por una coincidencia de ideales. El joven caballero bebe con toda la sed de sus años la dulce miel en los labios de la fresca moza, tan fresca que parece estar su corazón en un perpetuo alboroto de primavera. Pero ¡ay! no es el comienzo de un idilio sereno; viva llama enciende sus corazones y con llamarada tan fuerte que les impedirá detenerse en mitad de su camino de tormento. Llegan horas tristes y ruedan los dos por innobles senderos. En vano luchan por separarse; la sed de amar los junta de nuevo, una vez, otra vez, y cada derrota moral del uno es una apasionada victoria del otro. Manón desafía todos los riesgos, holla todas los prejuicios. Cuando él busca refugio en brazos de la fe, Manón lucha contra Dios mismo, le disputa su amante, se lo quita; y a la vez que le cierra para siempre las puertas del paraíso en el cielo le abre de par en par las del infierno en la tierra. En cada momento de sus vidas hay algo misterioso que presagia un mañana más incierto; tropiezan con cien obstáculos, afrontan mil pruebas, en un *crescendo* terrible que mezcla en su pasión la ternura de lo patético y el terror de lo fatal. Nada, en la vida, logra entibiar el fuego que los devora; separación, miseria, vergüenza, traición, cárcel, destierro, nada, nada puede contener la avalancha en que pare-

cen rodar sus corazones. La muerte, sólo la muerte detiene lo que nada en la vida pudo extinguir y amenguar...

Llamadle pecado, si queréis, como al bíblico; pero observad que aquí lo insignificante es el accidente físico y lo esencial el sentimiento amoroso. ¿No os parece que la experiencia sentimental de infinitas generaciones hace nacer al hombre moderno con un instinto en que se resume y perfecciona la capacidad de amar de todos los antepasados? Por ésto el amor nace diversamente en cada época y en cada pueblo; todas las personas no muerden con la misma sencillez la clásica manzana, la vez primera.

II

LA PERSONALIDAD SENTIMENTAL

Decía Menandro que todo es misterio en el amor y se preguntaba: "¿de dónde viene? ¿cómo nace?". Algunos filósofos de aquel tiempo pretendían descifrar el enigma de su origen, mientras daban los poetas en cantar sus delicias y sus penas; ninguno, empero, hallaba respuesta satisfactoria a la pregunta: ¿cómo nace? De la *admiración a la belleza,* creían algunos; del *placer de la posesión,* argüían otros. Los refutaba Plutarco diciendo que no nacía por la vista ni por el deseo; que si naciera por la vista amarían todos a la misma mujer, la más bella; y si del placer de la posesión, no se explicaría cómo, de dos hombres que han poseído la misma mujer, el uno la huye y el otro la adora.

En esos términos, el problema estaba mal planteado, era insoluble. Así como no hay amor, sino enamorados, psicológicamente no hay belleza ni placer, sino cosas bellas para el que las admira y placeres para el que los siente. Es lógico pensar que la semejanza de herencia y de educación puede formar en cada sociedad un concepto abstracto de la belleza y del placer, más o menos común a todos los individuos; pero sólo por accidente podría esa semejanza ser absoluta. Cada persona tiene su canon de belleza y de placer, que puede no coincidir con el de los demás. En cada hombre, en cada mujer, el sentimiento amoroso

suele ser despertado por excitantes diversos y desarrollar en variadas formas las desiguales inclinaciones instintivas.

Esas inclinaciones, educadas por la experiencia, constituyen en el individuo su particular *personalidad sentimental;* de acuerdo con ésta nace el amor y es infinitamente varia la situación de cada persona frente a las posibles manifestaciones de su sentimiento amoroso.

Cuando esa personalidad está definida, el hombre o la mujer tienen ya un ideal, están en sazón para enamorarse de cierto modo y de ningún otro. Esa *capacidad de amar,* aunque algunas veces no es consciente, muéstrase con frecuencia ardorosa, manifestándose por la *necesidad de amar.* Quien tiene un ideal formado posee confianza en sí mismo, está seguro de que en el momento de peligro no sentirá miedo de amar. Una palabra, una mirada, un gesto, si provienen de una persona que responde al propio ideal, bastarán para despertar el sentimiento amoroso; el corazón favorablemente predispuesto no opondrá resistencia a quien llega donde le esperan. Esta es la explicación menos improbable de ese "amor que repentinamente se inspira o se concibe", según define la Academia el *flechazo;* los franceses del siglo galante le llaman "coup de foudre".

Mientras la personalidad sentimental no está formada se carece de ideal. El corazón anda a tientas, no sabe lo que espera, duda cuando una dulce palabra apresura sus latidos; ignora de quién preferiría enamorarse, ¿de Don Juan o de Werther? ¿de Manón o de Susana? La *incapacidad de amar,* acompañada por falta de confianza en sí mismo, impide que se manifieste con plenitud la necesidad de amar. Toda insinuación levanta resistencias y dificultades en las personas que carecen de ideal; nunca saben si el que llega es el esperado y siempre es más fuerte en ellos la duda que la esperanza. Tienen *miedo de amar,* se defienden de lo desconocido; y ese legítimo temor sólo puede ser vencido provocando la formación del ideal ausente, después de angustiosos conflictos entre la esperanza y la duda. Requiere, como veremos, una larga autosugestión imaginativa, comparable con los envenenamientos que suele sufrir el organismo, lo que le vale el nombre de *intoxicación sentimental.*

En dos situaciones distintas pueden, en suma, encontrarse las personas frente a la oportunidad de amar. En las que tienen ideal definido, plena capacidad, nace el amor sonriente y jubiloso, con la misma espontaneidad con que cantan los pájaros saludando un risueño amanecer. Acuden presurosas al unísono llamado de la imaginación y de los sentidos; la *necesidad de amar* las guía y ellas se dejan arrastrar confiadamente, porque el amor lleva implícito el deseo de complementación y de reciprocidad. En las personas que no tienen ideal definido ni capacidad de amar, las más insignificantes circunstancias conviértense en trabas para que nazca el amor; las domina el *miedo de amar*.

Recuérdese que hemos distinguido el sentimiento amoroso del puro deseo instintivo. El proceso íntimo del amor que nace consiste en un trabajo imaginativo encaminado a modificar la imagen del ser amado para acercarla al ideal preexistente, si hay flechazo, para adaptarla al que se va formando, si hay intoxicación. El análisis psicológico de ese proceso fué admirablemente realizado por Stendhal, que lo llamó "cristalización", defiriendo a una feliz analogía que ciertamente conocéis; no hizo, empero, un distingo necesario entre la cristalización en el flechazo y en la intoxicación.

Cuando el ideal está formado y hay necesidad de amar, la cristalización es rápida e inmediata, pues la imaginación sólo necesita adaptar la persona real al ideal que preexiste. En cambio, si no existe ideal y predomina el miedo de amar, la cristalización es lenta y agitada, tocando a la imaginación elaborar el ideal ausente.

El sentimiento que nos proponemos analizar nada tiene de común con el amor propio egotista o egolátrico; necesita complementación, exige reciprocidad. Se ama porque se desea ser amado; a todo el que da un beso le gustaría recibir tres.

Si dos personas tienen un ideal semejante, el amor nace en ellas al mismo tiempo, se produce el doble flechazo; si la una tiene ideal y la otra no, puede haber flechazo en aquélla e intoxicación en ésta, obrando la una activamente para despertar en la otra la formación del ideal que le falta; el amor puede ir na-

ciendo en los que carecen de ideal sobre la base de otro sentimiento común, y en muchos casos a la sordina, por simple fuerza de la costumbre, por gratitud, por complicidad en el placer. La comunión de los espíritus despierta los sentidos desde la imaginación; la comunión de los cuerpos despierta la imaginación desde los sentidos.

III

LA NECESIDAD DE AMAR

Santas palabras, tres veces santas por su elocuencia, mil veces santas por su sinceridad, las que escribió Teresa de Jesús, la erótica pitonisa del misticismo sentimental: "No temo el infierno por sus penas, sino porque es un sitio donde no se ama". Para admirar la intimidad perfecta de la imaginación con los sentidos, es necesario leer las páginas de esta dulce Safo cristiana, más mujer que Eloísa por la voluptuosidad, más mujer que Manón por el sentimiento. En ella todo es emoción profunda, sensibilidad refinada; por eso no la comprenden las niñas que sólo tienen ojeras cuando beben vinagre, ni las que necesitan morderse los anémicos labios para empurpurarlos de vida.

La necesidad de amar no es amor todavía; prepara su aparición, es capacidad de amar. Se forma sobre las tendencias heredadas, que componen el temperamento, por obra de la experiencia; aparece cuando el sér entra a la plenitud de su desarrollo.

Es una tensión compleja de todo el organismo, concebida por los fisiólogos con una variante de las funciones nutritivas y subordinada a modificaciones orgánicas particulares. Es un estado de actividad especial que influye sobre todo el sér, reflejándose en los centros nerviosos más evolucionados y despertando en ellos sentimientos extraños.

Esos síntomas, que todo hombre o mujer normal recuerda haber sentido, limítanse a anunciar la representación psicológica de esa función nueva, cuyo objeto esencial es la conservación de la especie. Aparece inesperadamente. Suele revelarse por una inquietud vaga, perturbadora, cuya causa no se adivina y cuya fina-

lidad no se presiente. Provoca estados afectivos indecisos, turbaciones indefinidas, malestar, intranquilidades. Es, ya, madurez para el amor. Domina toda la psicología de los jóvenes, poniendo cierta melancolía en los espíritus propicios al ensueño; la juventud que viene parece entristecerse por la niñez que se va. Se pierde la noción de lo real, germinan romanticismos, se busca la soledad y la penumbra, las noches se alargan por la imaginación exaltada e insomne, ocurren imprevistas oscilaciones del humor, del gusto y del carácter.

En su hora oportuna esos movimientos orgánicos y sensaciones internas repercuten sobre la conciencia, traduciéndose por una emotividad especial en presencia de los individuos del sexo opuesto. Nace incomprensible y veleidosa, mezcla de enigma y de quimera, sin más razón aparente que su propia sinrazón; después se organiza, define sus contornos, impone actitudes y orienta la conducta. En el hombre llega a precisarse como deseo de conquista y en la mujer como pudor defensivo. Voluntaria o involuntariamente, el organismo dispone sus elementos para la elección afectiva que encauzará sus nuevas funciones: fórmase un ideal en cada sujeto, tendiendo a sintetizar inconscientemente en él las cualidades complementarias más aptas para la procreación de seres biológicamente superiores.

Ese ideal, por su tendencia a la acción, se convierte poco a poco en idea-fuerza y se manifiesta como *necesidad de amar.*

La formación del ideal es un proceso previo, obra exclusiva de la imaginación; su resultado es definir anticipadamente un concepto abstracto de la persona que podrá provocar el amor; el que tiene un ideal sabe ya lo que amará, está listo para amar. No se crea que esa formación del ideal pueda ser obra pura de las tendencias instintivas, como podría suponerse interpretando mal la leyenda bíblica; no basta, generalmente, que la astuta sierpe ofrezca la manzana para que Eva la muerda impulsada por el instinto. La personalidad se forma por la convergencia de todos los sentimientos adquiridos en el curso de la existencia, predominando algunas veces los estéticos, otras los morales, otras los intelectuales, o bien alguna predilección particular, de las mil que complican nuestra conducta. En unos la ternura o la simpatía

preside a la constitución del ideal, en otros un concepto imprevisor y romántico de la vida, en éstos la admiración por la belleza plástica, en aquéllos la misteriosa atracción de la harmonía física, o el respeto por las virtudes firmes, o la admiración por la excelencia intelectual. Hay también bajos ideales, fruto de una malsana educación, que desvían el amor de sus nobles objetivos y subordinan la capacidad de amar a venales convenciones del matrimonio.

En cualquiera de esos casos, puesto que un ideal preexiste, el sentimiento puede nacer de pronto en presencia de una persona que lo satisface. Es el *flechazo,* el "coup de foudre".

IV

EL FLECHAZO

En una hora, en un minuto, puede jugarse el destino de vuestro corazón. Cuando la personalidad sentimental está madura y definido el ideal, es imposible defenderse del que llega y parece concordar con él; no quedan resquicios de razón para criticar sus otras cualidades. La necesidad de amar es tan poderosa que excluye el miedo de amar, de cuyo contraste dependería la posibilidad de la defensa. Sin ese miedo, no cabe prudencia y parece inútil defenderse; si el que llega es, precisamente, el esperado, ¿para qué resistirle? El proceso es de impulso y de confianza; el flechazo se acepta como una dulce fatalidad. No teme el dolor ni la desilusión el que cree llevar en sí suficientes fuerzas para vencerlos.

El canon de belleza es una opinión personal y consideramos bello todo lo que nos causa placer. No sólo es belleza la que percibimos por la vista, sino la que entra por cualquiera de los sentidos, y aun la que impresiona gratamente nuestros sentimientos o nuestra imaginación. Una dulce voz puede dar a éste más placer que un bello rostro; el otro preferirá una inteligencia aguda a una torneada cadera; y los hay más sensibles al tacto de una suave caricia, a la contemplación de una firme virtud. Cada persona siente el placer de acuerdo con sus medios de percepción;

y como éstos varían, todos no ven igual belleza en las mismas cosas. Cuéntase que un día, a un tonto que negó beldad a la Helena de Zeuxis, le respondió Nicomaco: "Toma mis ojos y te parecerá una Diosa". Lo mismo podría decir el enamorado de una mujer que a los demás parezca fea.

La posibilidad del flechazo depende especialmente de la primera impresión; toda promesa de placer despierta una proporcional emoción de belleza. Para Don Juan, en cuyo amor predominan los sentidos, es bella de primera impresión la mujer que alienta con una sonrisa los pequeños riesgos de la conversación, que piensa en los placeres físicos y lo deja transparentar en su mirada cuando se habla de ellos. Werther, que siente el amor de imaginación, encontrará más belleza en la vaga melancolía, en el pudor tímido, en la falta de plasticidad, en todo lo que desmaterializa la persona real y la esfuma hacia su ensueño.

Generalmente es necesario que la fealdad física o moral no sea mayor que la cualidad atrayente, pues la desproporción estorbaría el flechazo; pero, aun así, la cualidad única, si es excelente, puede triunfar de sus contrarias. Hay dotes morales e intelectuales que suplen con creces a la fealdad y la hacen invisible; y de las cualidades físicas no puede decirse que la belleza del rostro sea por todos la más apreciada, pues hay quien prefiere la del cuerpo. Suele estimarse mucho más la expresiva sensibilidad de una Afrodita imperfecta que el mudo encanto de una helada Vestal.

El flechazo puede ser unilateral; muchas veces el enamorado no es correspondido de inmediato, porque él no satisface el ideal de la persona a quien ama, o porque ésta no conoce aún su propio ideal. En el primer caso es inútil luchar contra imposibles, por más que diga el poeta: *Amor che a nullo amato amar perdona;* en el segundo queda la esperanza de provocar en la persona amada una intoxicación sentimental, haciendo que surja en ella un ideal adaptado a la realidad que se le ofrece. No existe más "arte de hacerse amar" que las pocas páginas preciosas incluídas en el clásico *Arte de Amar* de Ovidio.

Prodúcese el doble flechazo cuando se encuentran dos personas que son, cada una, el ideal de la otra. No es raro, en seres

de inteligencia aguda y de fresca espontaneidad sentimental, máxime si distinguimos el sentimiento amoroso del contrato matrimonial. El deseo de casarse es independiente de la necesidad de amar; personas hay que se casan sin tener ideal y otras que por casarse lo sacrifican. Alguien ha dicho que es más moral pertenecer a una persona a quien se adora desde hace tres años, que sacrificarse a otra desagradable después de escuchar tres latines ante un altar.

*

El flechazo doble nos permite comprender el nacimiento repentino del amor en el primer acto de *La Bohéme,* cuyo libreto de ópera aventaja en emoción a las traviesas escenas originales de Henry Murger. En la novela Mimí aparece por accidente y no sabemos cómo se enamoran ella y Rodolfo; en la ópera, la mitad final del acto primero está consagrada a mostrarnos cómo nace el amor en dos corazones que lo esperan conforme a un mismo ideal.

Mientras Rodolfo, el poeta, escribe, llaman a su puerta. Es Mimí, su vecina; viene a pedirle luz, pues el viento helado apagó su candil en la escalera. Tose por la fatiga, palidece, un vahido la turba; Rodolfo la consuela, le ofrece calor de su fuego y cordial de su copa, admirando su belleza. Ella reenciende su luz, agradece y se retira dejando a Rodolfo impresionado... Apenas traspone la puerta, vuelve; ha perdido la llave. El viento, cómplice, apaga en tanto su luz y después la de Rodolfo, quedando a obscuras. Rodolfo cierra la puerta y los dos se ponen a buscar la llave, a tientas; él la encuentra y la oculta; siguen buscando, buscando, hasta que sus manos tropiezan como blancas mariposas ciegas.

Rodolfo la ase, un ¡ah! de sorpresa de ella, y él, sintiendo la manecilla tan fría, le pide permiso para calentarla entre las suyas. Es inútil seguir buscando en la oscuridad, suerte que es noche de luna y que la luna está vecina de quienes moran cerca de los tejados. Mientras esperan, Rodolfo le dice quién es, qué hace, cómo vive. Poeta, escribe y vive pobremente, con la riqueza de sus rimas de amor, llenando su alma de ensueños y qui-

meras; a veces dos ojos ladrones vienen a saquear su cofre; esta vez han entrado con Mimí, pero una dulce esperanza le consuela del robo... ¿Ella? La llaman Mimí aunque su nombre es Lucía. Borda flores, cose, vive sola y feliz en su buhardilla, haciendo lirios y rosas. La encantan todas las cosas que tienen dulce imán, que hablan de amor, de ensueños, de quimeras, todo lo que embriaga con perfume de poesía. Al llegar la primavera que funde las nieves, allí recibe el primer sol, y cuando en abril se abre una rosa, ella aspira con ansia el aroma de sus pétalos, porque las flores que sus manos bordan no tienen perfume...

¿Qué más? Rodolfo descubre en el rostro encantador de su dulce vecina el sueño que querría siempre soñar, siente su alma turbada por suprema embriaguez y advierte que en su boca palpita ya el amor; Mimí nota que las tiernas palabras han penetrado dulcemente en su corazón, donde el amor es dueño único y solo. Se besan; se pretenecen ya. Salen juntos del brazo; se aman, ¡amor, amor!

Dejadme deciros que tenía veinte años cuando escuché por vez primera la ópera de Puccini; la he oído cien veces, después, y nunca sin que la garganta se me anudara al terminar el acto tercero, nunca sin que una lágrima turbase mis pestañas en el final del acto cuarto. Mis gustos musicales son otros; pero es tanta la poesía del libreto, tanta la expresiva riqueza emocional de la música, que puede pronosticarse a la obra el privilegio de no morir con su autor.

*

Digamos, sin reserva, nuestra admiración por el finísimo análisis del nacimiento del amor, en que revela Stendhal una agudeza psicológica no común. En *De l'Amour* le consagra el segundo capítulo y distingue en él varios movimientos o períodos: la admiración, el deseo, la esperanza, la aparición, período inicial de la cristalización, la duda, segunda cristalización.

Es visible que las primeras etapas constituyen un proceso único: la admiración provoca el deseo y éste despierta el sentimiento amoroso si le acompaña la esperanza; en desear lo que se admira y en tener esperanza de alcanzarlo está la clave del

amor que nace. Todo ello, hasta la primera cristalización, se sucede en brevísimo intervalo en el flechazo; el proceso termina allí cuando la necesidad de amar es más fuerte que el miedo de amar. Las etapas finales señaladas por Stendhal, la duda y la segunda cristalización, solamente se observan en el lento proceso de la intoxicación sentimental.

Sin restar méritos al fino análisis stendhaliano, fundamos esa distinción en un hecho sencillo. En el flechazo los períodos de duda y cristalización son previos, han servido a la formación del ideal; el amor preexiste virtualmente y sólo espera la ocasión de nacer, convirtiéndose de virtual en real. En la intoxicación el ideal se forma después del deseo y de la esperanza, pasando por la duda y por los trabajos de la segunda cristalización. El flechazo es la coincidencia de las circunstancias con un ideal; la intoxicación es la formación de un ideal en torno de las circunstancias.

La primera impresión la produce la vista, el tacto, el olfato, el oído: bellos ojos, formas puras, perfumes gratos, voz seductora. Cualquiera de esas sensaciones despierta una emoción agradable y contiene una promesa de placer; la persona impresionada juzga la cualidad impresionante como una forma de belleza. Ayudan a ello la sorpresa y la receptividad del que se enamora, circunstancias acentuadas por la edad en que despierta la necesidad de amar. Mil pequeñeces favorecen la admiración, y ésta, si es viva, estimula el deseo de la posesión y alienta la esperanza de satisfacerlo.

No siempre sigue el deseo a la primera impresión. Se puede admirar sin desear; el deseo se funda en la posibilidad de provocar un sentimiento recíproco. Hay casos en que se juzga imposible; el anciano que ve pasar una linda moza, la admira pero no llega a desearla. Otras veces se entrevé la posibilidad de ser correspondido; entonces el deseo puede ser seguido por la esperanza.

El deseo lleva implícito un juicio de posibilidad; la esperanza, en cambio, es un cálculo subconsciente de probabilidades. La mente se entretiene en medir las perfecciones que atribuye al ser amado, comparándolas con los propios méritos; ¿lo merez-

co?, ¿no lo merezco?, son las preguntas que se formula con inquietud. Ese es el momento más fervoroso y el más pequeño grado de esperanza basta para el nacimiento del amor. No importa que ella falte después de pocos días; si el amor ha nacido, persiste.

En las personas que tienen necesidad de amar es muy fácil el nacimiento de la esperanza, sobre todo si no han tenido contrastes que disminuyan su fe optimista. En cambio, los incapaces de amar, llenos de miedo, desconfiados, son más difíciles al nacimiento de la esperanza y sólo llegan a tenerla después de dificultades que inician el proceso de la cristalización. De todas maneras, en cuanto la esperanza se define, el amor por flechazo ha nacido; si no se define, el miedo de amar inicia la lucha terrible entre la duda y la esperanza, que se resuelve por la intoxicación sentimental.

V

EL MIEDO DE AMAR

Cuando se les presenta la oportunidad de amar, no todos los hombres se embelesan como Rodolfo, ni todas las mujeres se rinden como Mimí. Muchos no pueden sentir el flechazo porque aún no tienen ideal; les falta ese grado de madurez que constituye la capacidad de amar; ignoran la vehemente expectativa de la imaginación y de los sentidos que en la hora oportuna convierte en sentimiento efectivo la virtual necesidad de amar. Sus corazones a nadie esperan, no saben si alguien vendrá; la duda y la desconfianza los asaltan ante la oportunidad, provocando una resistencia defensiva: *el miedo de amar.*

La primera impresión puede en ellos engendrar el deseo; pero la esperanza, contrastada por la duda, no llega a definirse; vacila y tiembla, se apaga y renace, sin cesar. ¡La duda! ¿Tiene mayor enemiga la esperanza? El corazón se inclina a juzgar con pesimismo las razones que ayer le daban alas. En vano busca refugio, en nada halla consuelo.

Si el tímido es un tierno Werther, ningún placer le distraerá de su sufrimiento; su misma incapacidad de amar le apartará de

ctras mujeres, prefiriendo creer que la esquiva le amará un día a recibir los placeres que cien le ofrecen.

Tras dos horas de congoja puede tener un minuto de reposo y de esperanza, en que cree ser amado; y entonces, entre alternativas deliciosas y desgarradoras, se contrae a descubrir nuevos encantos en la persona amada, y se convence de que ninguna mujer podría ofrecerle tanta felicidad.

*

La esperanza puede morir en esta lucha, si la incapacidad de amar es tal que impide la formación de un ideal conforme a la oportunidad. Otras veces se afirma; el análisis de los méritos propios y ajenos va tornándose favorable, la desconfianza se disipa y la representación imaginativa del amador se embellece gradualmente. Y poco a poco, sin anunciarse, puede nacer el amor.

Muchas veces la *torpeza de la imaginación* impide que la admiración y el deseo se orienten hacia la esperanza; el que no tiene un ideal formado no sabe lo que puede provocar su amor, no está listo para amar. Las inclinaciones instintivas permanecen en equilibrio instable, poco propicio al nacer del sentimiento amoroso; en este caso la incapacidad de amar no se debe a atonía de los sentidos, sino a la torpeza de la imaginación.

Ello suele ocurrir a las mujeres inexpertas, compelidas al placer por los sentidos, antes de que la imaginación haya formado su ideal; no saben lo que desean y quedan cautivas del primer Don Juan que las aprisiona con una palabra o con un gesto. Se dan, pero no aman; sienten la embriaguez de los sentidos y creen, desdichadas, que eso es todo el amor; sorpréndense a veces si su amante se harta de abastecer su voracidad, y no es raro que en ese momento empiecen a creer que son ellas las que se sacrifican. Se dan una vez, y otra vez, pero cada caída es una desilusión.

Nunca llega a sentir la dulce embriaguez sentimental quien la busca guiado por la voluptuosidad. Pensad en el calavera vulgar que muere mariposeando en todas las corolas sin cerrar sus alas sobre ninguna; pensad en la joven aburrida que escucha al primer tentador que rompe la monotonía de su vida. ¿Recordáis

la triste víctima de Roberto Greslou, en *Le Disciple*, de Paul Bourget?

El miedo de amar, en esos casos, depende de la incapacidad de formarse un ideal. El sentimiento no puede nacer mientras un ideal no se vaya formando en torno del ser amado, mediante el proceso lento de la intoxicación.

*

Los amantes platónicos aman, aunque de un amor incompleto. Los místicos sentimentales no aman, divagan. Son dos grupos de un mismo género, sin embargo; los dos miran el amor como un agradable peligro y viven oponiendo a su imaginación la *atonía de los sentidos*. El miedo nace de la falta de sensibilidad; el deseo es, apenas, una coquetería.

En cualquier momento puede el miedo de amar vencer al deseo y entonces el amor no nace, muere en germen. En esos desdichados el deseo es vacilante; hoy avanza, mañana retrocede. Por momentos la imaginación vuela, pero los sentidos no caminan. Hombres apasionados de cabeza, flaquean y se detienen cuando su victoria está más próxima; no se atreven a amar del todo, después de haber principiado a amar. Les falta la confianza en sí mismos, no saben con certeza cuál es su ideal.

En la joven tierna, se explica una cierta ineptitud de la sensibilidad por falta de experiencia; la de quince años no puede amar con tan bella plenitud como la de treinta. La falta de ideal y la ausencia de criterio crítico, hace suponer a las novicias que el primer deseo fugaz es una pasión y creen que cada festejante encarna su ideal; en todo ello no hay amor, sino juego. Poco a poco, a medida que los sentidos le anuncien la seriedad del juego, templará su imaginación con desconfianza; amará con menos prisa después, pero con más fuego; el temor le impedirá dar el sí mientras no esté segura de lo que hace; será menos risueña, pero más apasionada.

No tiene, en cambio, disculpa la atonía de los sentidos que aleja a ciertos hombres de la posesión, convirtiendo el amor en solitario deleite de la fantasía o en inocente pasatiempo de vagabundo. Las mujeres desprecian a los hombres de sangre fría y

nada las humilla tanto como el recuerdo de un amor incompleto; el que hurta un beso a su novia debe jurar que no lo hará más, pero su novia le despreciará como a un miserable si cumple su juramento. Sobre este punto hay un convenio tácito que data de siglos; hombres y mujeres están contestes en que lo más caballeresco es violar los juramentos.

¡Guay de los miedosos, guay de los cobardes! Ya lo decía Ovidio: "El que acepta besos y deja lo demás, no merece lo que se le ha dado; después de los besos ¿qué falta para integrar el deseo? Dejarlo no es pudor, es necedad." Dura es, por cierto, la palabra del poeta. Digamos, simplemente, que esta incapacidad de amar por atonía de los sentidos es tan grave como la que en otros depende de la torpeza de imaginación.

*

Hay quien tiene imaginación viva y sentidos exquisitos, y sin embargo resiste al flechazo; la admiración y el deseo no bastan para confirmar tan hondamente la esperanza que desaparezca el temor de la desilusión. ¿La oportunidad concuerda con el ideal? ¿Cómo responder a esa pregunta? El miedo de amar, aparece entonces como una prudente actitud provisoria, como una defensa, ante el peligro de equivocarse. Hombre o mujer, si sólo miran el amor como un puente hacia el matrimonio, se espantan ante lo indisoluble, pues lo es ante la sanción social aun cuando las leyes permitan librarse de su yugo. Si se ama por el amor, sin segundas vistas de conveniencia, la situación difiere para cada sexo. El enamorado sólo anhela saber si agradará; la enamorada pretende seguridades de que la aman, además de desearla. Las pruebas que el hombre puede dar son relativas, siendo la más intensa exponerse al ridículo o comprometer su reputación; las que se piden a la mujer son más seguras, pues no bastan palabras ni caricias. Ella sólo puede dar una prueba, la que después de dada no deja nada por dar; y hay grave injusticia natural en esa desigualdad ante la prueba decisiva, única que puede hacer la felicidad del que la pide, suficiente para hacer la infelicidad de quien la da. ¿Cómo sorprendernos de que en ellas nazca el amor más tímido, menos expresivo? Exceptua-

dos los casos en que se explica el flechazo, justo es que ellas reflexionen y no se entreguen ciegamente a la dicha de amar; a su primer movimiento de admiración y de deseo, ellas deben resistir bruscamente, para ponerse en estado de defensa y detener el impulso de la primera impresión. Eso mismo es una garantía de que el sí contendrá una promesa de mayor constancia, pues será difícil apartarse de una decisión tomada después de una larga cristalización.

El caso no es raro. Después de la admiración, del deseo, de la esperanza, no ha habido flechazo ni primera cristalización; el amor no ha nacido por falta de ideal previamente formado. La persona que provoca el amor es admirada porque se le reconoce belleza, el deseo asoma porque su posesión no es imposible, la esperanza surge del cálculo de probabilidades; no se la ama, sin embargo, porque no hay confianza de que sea la persona que debe ser amada, no se sabe si ella corresponde al ideal. Puede que sí, puede que no... Comienza entonces el proceso de la duda. Después que algunos signos han confirmado la esperanza, el enamorado vuelve sobre su creencia, la desmenuza, acabando por aumentar la importancia de las dificultades. Algunas mujeres, asustadas por las consecuencias de sus primeras condescendencias, resuelven oponer al avance la frialdad o la ira. ¿Es prudencia, pudor, astucia, coquetería, temor de las consecuencias? Sea cualquiera de esas causas, el resultado es que el miedo de amar se torna más fuerte que la necesidad de amar.

El miedo de amar no presume la castidad. Muchas veces, después de la intimidad, sienten las personas un arrepentimiento legítimo; ello es muy común en las que se aconsejaron de sus sentidos más bien que de su corazón. Tal mujer que hasta ayer creía ciegamente en la sinceridad de su galán, hoy, cuando ya nada tiene que rehusarle, tiembla de él y le sospecha de falsía; su imaginación trabaja para justificar el paso de que no puede ya volver atrás; sus nervios aumentan la inquietud, esos nervios agitados por nuevas emociones saboreadas a hurtadillas; si antes pensaba diez horas en su amante, después pensará veinticuatro. Momento habrá en que reconstruya los instantes deliciosos, prolijamente, minuciosamente; pero en otros se planteará

la duda aterradora, siempre la misma: ¿no habrá entregado su mejor tesoro al capricho de un inconstante?

Basta suponer que ese drama se ha planteado una vez en el corazón de una mujer, para no sorprenderse de que guarde para siempre algún miedo de amar. Pero, si amó de veras, no dudéis que vencerá al miedo mismo y amará otra vez. Y como el primer amor es la infancia del segundo, éste será hermoseado por la experiencia de aquél. Cada amante tiene algo que agradecer a sus predecesores.

VI

LA INTOXICACIÓN SENTIMENTAL

No desespere el amador ante las dudas de su amada. Su esperanza debe empujarle a insistir con firmeza; piense, si ama de veras, que esa larga inquietud que le humilia suele ser la única gloria de la mujer. Será más amado y mejor amado, en premio a su constancia; venza con amables artes las resistencias, destruya con su fidelidad las creencias adversas, estimule en su amada la formación del ideal que no existe o tuerza en su favor el que ya existía y motivaba su desventura.

Este proceso de intoxicación sentimental corresponde al que Stendhal llamó la "segunda cristalización", consecutiva a la duda. Difiere profundamente de la que corona el flechazo; no se trata aquí de elevar al sér amado hasta un ideal preexistente, sino de formar un ideal nuevo en torno de las cualidades del sér que no amamos todavía. Este modo lento de nacer el amor es habitual en las personas apáticas, prudentes, calculadoras, de edad madura; en ellas la esperanza necesita ser tan grande que resista a la duda. Ocurre lo mismo en las personas que han tenido ya desilusiones dolorosas; no se resuelven a amar, por falta de confianza.

Pero es también el modo de enamorarse contra la propia voluntad de no amar, de ser *seducido,* en la acepción rigurosa del término. Los que resisten, los que se desesperan, luchan contra una realidad que no concuerda con su ideal. ¿Qué importa si

esa realidad es capaz de torcer el ideal? Al que ama la belleza física llega a intoxicarlo una fea; al que ama la virtud, una biltrotera; al que ama el ingenio, una maritornes. En vano se aborrecen los grandes vicios opuestos al propio ideal; hay en la persona temida una pequeña virtud, una chispa de placer, que tienta y atrae. En torno de ese núcleo puede efectuarse la cristalización de un nuevo ideal, capaz de substituir al precedente, convirtiendo en objeto de amor lo que antes fuéralo de odio. Y, por fin, la fuerza de la costumbre; la imaginación se intoxica gradualmente, como el organismo por la morfina.

*

Daudet nos ha descrito con mano maestra la lucha contra el miedo de amar, en *Sapho*. El héroe de la novela, Juan Gaussin, siente el deseo de posesión y cae en brazos de una mujer que no estima. Carece él de ideal, pero comprende que nunca podrá serlo esa satánica criatura, indigna de ser su compañera. Gusta de ella, pero no la ama; y como sigue deseándola después de poseerla, teme llegar a amarla, aborreciéndola en los momentos raros de reflexión serena. La ha aceptado como instrumento de placer, pero se niega a entregarle su corazón. Poco a poco se acostumbra a necesitar su presencia, hasta considerarla indispensable; más tarde los hábitos físicos y mentales acaban por torcer definitivamente su personalidad y su carácter: la ama. En vano otros sentimientos egoístas y sociales pujan en su espíritu para vencer el hábito adquirido; en vano la desprecia y se desprecia a sí mismo, sumando cada día una nueva querella a sus motivos de angustia. La intoxicación prosigue, lenta, segura, remachando un eslabón tras otro de la cadena que al principio miró como un oprobio; poco a poco la realidad va construyendo en la imaginación de la víctima un ideal definitivo, haciéndole desear lo que temía, amar lo que le horrorizaba. Él no podría ya vivir sin ella y por tener junto a sus labios la copa que envenenará su existencia se torna capaz de los mayores envilecimientos.

La victoria de Safo nos muestra la derrota de las personas sin ideal, expuestas primero a obedecer a sus sentidos y más tar-

de a intoxicar su imaginación, mirando como una razón de vivir lo que antes les pareciera más absurdo.

VII

EL DESEO ES BREVE; EL AMOR ES LARGO

¿Amor que pronto nace dura poco? No es cierto, ved a Manón y a Mimí que siguen amando hasta la muerte. Los que piensan lo contrario confunden el amor, que es un sentimiento elaborado por la imaginación, con el simple deseo vulgar de los sentidos; éste, sí, dura poco, y en general desaparece en cuanto es satisfecho. No es lícito llamar amor al deseo, mientras no es seguido de una cristalización. En el flechazo la imaginación trabaja para adaptar la persona real a la imagen ideal preexistente; este proceso es rápido, pero existe. El flechado orna de inmediato con mil perfecciones a la persona que desea; por muy seguro que esté de ser amado, se complace infinitamente en aumentar con la imaginación esa felicidad, descubriendo sin cesar en ella nuevas perfecciones. Este proceso es desconocido en el hombre primitivo, en quien predomina el instinto; aumenta a medida que se refina la cultura humana.

El deseo que no dura es el que ha correspondido a un error del ideal; en la persona que se equivoca la decepción sobreviene en seguida de satisfecho el deseo. Eso ocurre a menudo con hombres y mujeres cuyos atractivos físicos son superiores a las cualidades de su espíritu; despiertan fácilmente un brusco deseo que por su vehemencia puede parecer concordancia con el ideal; pero después de la posesión, el flechazo, libre de la perturbación de los sentidos, recapacita y advierte que ese no es su ideal, que se ha equivocado. ¡Cuántos hombres se apartan de la mujer amada al oír que de su linda boca salen palabras tontas, como si desenvainaran una espada de plomo de una vaina de pedrería! Este es, sin duda, el mayor consuelo de las poco agraciadas, que cuidan más del ingenio y de la gracia, sus armas naturales; las bellas suelen descuidarlas y viven pavoneándose como si ya poseyeran todos los talismanes para cautivar corazones. Las be-

llas despiertan más deseos en los hombres, pero son menos amadas; el deseo se harta más pronto que el sentimiento. Y es por esto que las feas, si llegan a ser amadas, no dudan del refrán corriente que no necesitamos repetir.

El flechazo más duradero no suele ser el que entra por los ojos, sino el que se insinúa por la inteligencia o por el corazón. Acaso por eso las mujeres bonitas resisten al ruego de los hombres que ellas flechan, comprendiendo que la primera impresión puede no coincidir con el ideal; por eso resisten más, aparte de la natural vanidad que les hace poner sus pretensiones o su ambición mucho más altas que todos sus adoradores. Las de pobre físico, en cambio, se inclinan a sobreponer la emoción a la razón, pues creen que si han gustado, a pesar de su poca gracia, es por cualidades de su espíritu que exponen menos a la desilusión.

Las personas que se quejan de la ingratitud de sus amantes, debieran reflexionar si no son ellas mismas las culpables de que el amor no haya sobrevivido al deseo. Creyéronse dignas de ser amadas cuando sólo merecían ser deseadas. Y no es culpa del ingrato si luego faltaron las cualidades que pudieran alimentar la llama encendida en la primera impresión; ellas se han equivocado al creer que podrían satisfacer el ideal de una persona cuya imaginación exigía más de lo que se le da. Quien sólo tiene miel, no se queje si la inquieta mariposa alza el vuelo después de haber libado.

José Ingenieros.

EL TORO (*)

(NOVELA)

TRADUCCIÓN DEL SR. FRANCISCO LÓPEZ LEIVA

(Concluye)

CAPITULO III


ERDADERAMENTE valemos muy poco, Benjamín.

—Sí, Gilberto, poca cosa. Cuando estuviste aquí hace...

—Cinco meses, Benjamín. La vida corre.

—Entonces a ese hombre se le aclamaba...

—Y el *Verdun* zarpaba en su primer viaje.

—La vida se escurre; tienes razón, Gilberto.

—Entonces tu Villard me pareció enorme, suntuoso. Me puso de patitas en la calle con tal autoridad que aquella impresión se reflejó en mi artículo. Fuí un entusiasta suyo.

—Esta tarde, si quieres, te recibirá.

—El periódico no tiene ya interés en publicar nada acerca de él. Es público que Villard se acabó.

—¿Que acabó? ¡Ca! Pronto probaremos que estamos...

—Ponderas, querido. Acabas de decirme...

—No he dicho nada. Cuando Deschanel estaba en la Malmaison...

(*) Véase el número 155 (noviembre, 1925) de CUBA CONTEMPORÁNEA.

—No prosigas, Benjamín; echemos un velo piadoso sobre esas chocheces.

—¡Echémosle! Si yo pudiera mostrarte ahora a Gerónimo, tú sólo verías a un hombre que sufre. Ya no es el mismo de antes; no puede dormir...

—¡Pobre tipo!

—Se pasa las horas observándose el corazón...

—¿Su corazón?

—Teme que de un momento a otro cese de latir.

—¡Sería una gran pérdida para Francia!

—Ciertamente; hemos trabajado mucho, amigo mío.

—Se les premiará a ustedes, Benjamín; y cuando yo regrese de mi viaje oficial a Washington, pediré la cruz por ti. El ministro no puede negarme nada.

—Gracias; yo no tengo ambición. Quisiera irme con Gerónimo. Éste ha sido una fuerza, Gilberto, una fuerza, a veces mal dirigida por una inteligencia menos que mediana.

—¿Se desespera de salvarlo?

—Se le viene alargando la vida. Su mujer se ha consagrado a él admirablemente.

—¿Y quién le sucederá? Porque, en fin, los Schreiner y Malan y Fraub le habían entregado la dirección efectiva...

—Su hijo Mauricio, ayudado por mis consejos. Esteban está ocupado en la sucursal de Nueva York. Esta mañana ha vuelto Mauricio de su viaje de bodas. ¿Conoces a su mujer?

—Yo, no.

—Sí, hombre. La taquígrafa aquella que nos presentaron el día del primer viaje del *Verdun*.

—¡Ah, vamos! Linda joven, por cierto.

—¡Peligrosa! Mauricio Villard es un mozo hecho todo de una pieza que yo podría guiar fácilmente; ¿pero ella?... te lo repito, ¡peligrosa!

*

Brilla en todo su esplendor el sol de agosto.

—Ayúdeme usted, Benjamín. Este sillón es tan pesado...

—Pero si yo puedo ayudarte, María; todavía soy capaz...

—Gerónimo, hijo mío, te lo prohibo.

—Bueno; anda tú, coleóptero.

—No te excites, Gerónimo; ayudaré a tu mujer y te colocaremos...

—Eres un buen amigo.

—Soy el amigo que jamás te ha abandonado y al que has desconocido con frecuencia. ¡No vaya usted tan de prisa, María! El sillón...

—Es usted muy torpe, Benjamín.

—Gerónimo me ha dirigido ese mismo reproche durante treinta años ¿y cuál ha sido el resultado?

—Que tú te sostienes sobre tus piernas y yo estoy desjarretado.

—Ciertamente que yo aún estoy en pie, pero tú no estás desjarretado.

—Y yo...

—Tú tienes que obedecernos.

—Obedezco y me siento.

—Gracias a Dios. Mira la campiña y la playa en pleno sol. Sé feliz, ¡qué diablos!

—Soy feliz; ustedes son muy buenos.

—Amor mío, deja que coloque este cojín bajo tu cabeza.

—Eres una excelente mujer, María. ¿No es verdad, Benjamín?

—Una mujer como no se encontrará otra.

—Y la que jamás he merecido...

Entonces, la señora Villard inclinándose, murmuró al oído de su esposo:

—No digas eso delante de extraños.

Gerónimo le puso la mano en la nuca diciendo:

—Te amo, sí, te amo.

—Ella le besó dulcemente, casi maternal, aunque todavía enamorada, en el ángulo de la quijada, en su rincón donde aún quedaba un resto de belleza.

—Coleóptero ¿cuál es el nombre más bello que puede llevar una mujer?

—No quisiera enojarte, pero me provocas con tu "coleóptero"...

—Y así te llamaré hasta que me muera. Resígnate, pues, y contesta: ¿Conoces tú algún nombre más bello que el de María?

—Déjale, Gerónimo; no porfíes más con él.

—¿Qué importa, amiga mía? Porfía conmigo, Gerónimo. ¿Qué no daría yo por ver la alegría en tus ojos?

—¿Tengo acaso los ojos tristes?

—Tristes, enternecidos...

—No, no por cierto—apresuróse a rectificar la señora Villard.—Tienen el color del mar, como en otro tiempo, Gerónimo.

—Y la misma malicia—agregó Benjamín.—No has cambiado, eres el mismo. La prueba está en que a cada paso me armas camorra.

—¿Que te armo camorra, ingrato? El día que te bauticé con el nombre de "coleóptero" hace treinta años, me contestate: "Muchas gracias, "toro". Los dos reímos como locos porque aquellos apodos nos venían muy bien. El *toro* y el *coleóptero*.. Ahora...

—No nos canses más con tu "ahora"—replicó Benjamín Tronchet.—Piensa menos en ti y algo más en los negocios. Ya ni siquiera te enteras de la correspondencia.

—Como tú abres todas las cartas y me reemplazas...

—¿Que yo te reemplazo? No exageres: desde mañana tu hijo...

—¿Dónde está Mauricio?

—Alina y él están en su habitación deshaciendo las maletas—contestó la señora Villard.

—Benjamín, mi viejo Benjamín, estarás contento: ya no te llamaré más "coleóptero". Será necesario que ayudes a ese muchacho. Él tiene buena voluntad, pero le falta...

—Perspicacia, sí; le ayudaré. Además, su mujer ha sido colaboradora tuya y está bastante al corriente...

—Ella es buena, inteligente, avisada.

—En su casa será ella la que lleve los pantalones.

—Nunca los he deseado; el papel de la mujer en el hogar...

—Chist, María, no hagas profesión de fe; tú has sido...

—He sido muy feliz y lo soy aún.

—¿Ves como mientes? Tú no podrás ser feliz en lo adelante; yo me voy, sí, me voy... Amigos míos, estoy fatigado de sentir como late...

—Trata de distraerte, Gerónimo. Adivina la visita que acabo de recibir.

—¿Recibistes visita?

—Sí, la de Gilberto Dutillet.

—El corresponsal de *La Ofensiva,* aquel infeliz marica a quien puse de patitas en la calle?

—Se embarca esta tarde en el *Verdun.* Lleva una misión a Washington.

—¿A bordo del *Verdun?* Verdad; esta tarde el *Verdun* se hace a la mar una vez más. ¿Por qué no me avisaste la presencia del señor Dutillet? Hubiera tenido mucho gusto en facilitarle algunas recomendaciones.

—Eso te habría fatigado y como conozco tu horror a las *interviews*...

—¡Ah! coleóptero, tú andas siempre de través, como los cangrejos; no comprendes nada de nada. Al punto que yo he llegado, se totaliza, se hace el balance y el comprobador de cuentas siempre es bien recibido.

—A Dutillet le habría complacido mucho eso. Si yo hubiera sospechado que las vanidades de la prensa...

—Eres un bestia, Benjamín; yo he trabajado mucho y no quiero que se me olvide.

—Nadie te olvida, Gerónimo—afirmó la señora Villard.—Cada día recibo nuevas pruebas, en testimonio...

—¿De los que están en acecho, no? Cuando yo muera, María, recibirás muchos más durante una semana o dos. Después...

—Gerónimo, tú puedes ser muy bien el *toro* y yo el *coleóptero,* pero te aseguro que no tienes derecho a estar hablando constantemente de tu muerte.

—Antes de morir me gustaría que se dijese cuánto hice de útil en vida.

—¿En un libro con cubierta ilustrada? Tienes tiempo de pensarlo.

—Sí, eso me horripila. El doctor Lechantre pretende que se puede vivir, como estoy viviendo yo, por algunos meses...

—Lechantre asegura, esposo mío, que puedes curarte.

—También asegura que puedo caer bruscamente si la bestia cesa de latir.

—También puede dejar de latir en mi pecho, Gerónimo. Si cada persona se pusiera a escuchar el ruido de su corazón...

—Todas esas personas estarían igual que estoy yo y tal vez con menos valor. Mas ustedes no lo entienden; tienen en él una confianza estúpida.

*

—¿Es acaso en mí en quien tú tienes una confianza estúpida, Villard?—preguntó el doctor Lechantre entrando en el escritorio a saltitos, iluminado por los rayos del sol poniente.

—¡Ah! Llegas a tiempo, mediquillo. Hazme respirar o te acogoto.

—Pero si respiras como un angelote, como el angelote que eres.

—Pon la cabeza aquí, ¡escúchale!

—Silencio.

Y se hizo silencio en la habitación. Contra el pecho de Gerónimo Villard apoyó el médico la cabeza de bola, su frente calva, y sus grandes gafas montadas en aros de concha. Detrás del sillón del enfermo, la ventana; más allá, oro y azul. A la izquierda, aquella mujer que había llorado tanto; a la derecha, Benjamín con su mirada puntiaguda Cada uno espiaba los latidos de su propio corazón, hasta los que nunca lo habían escuchado.

Cuando la mujer, al igual de las bestias, sea cual fuere la ilusión que se forje en sus ensueños, ha recibido la simiente, el misterio de la fecundación se realiza en el santuario del vientre y es el ruído del corazón el que descubre la presencia del hijo. El médico se inclina, oye, y al erguirse declara: "Señora, que sea para bien: ya usted es madre." El corazón que ha creado el deseo, ha dado principio a su tarea hasta que otros deseos lo dejen exhausto.

*

—¡Resiste, viejo mío, él resiste! Ya te darás cuenta. Puedo asegurarte que no lo hubiera creído. ¡Pero qué colodrillo, qué pecho! ¡Si pareces tallado en mármol, gladiador!

—Doctor, anoche se plantó. Parece que tenía sueño.

—¿Tuviste náuseas?

—Se plantó, te digo. Yo me iba.

—¡Ah, el muy ruín! Vigilaremos eso.—¿Fueron verdaderas náuseas? ¿Tuviste?...

—Vómitos.

—No tiene importancia, puesto que él siguió latiendo.

—Si no hubiera vuelto a latir, entonces habrían venido los cirios.

Las gafas de aros de concha rozaron la cara de Gerónimo Villard:

—Calla, que te oye tu mujer...

—Gracias, viejo.

Y Gerónimo, recogiendo en sus ojos toda la luz del sol, murmuró:

—¡Lo pillé! Ha vuelto a latir.

—Y lo conservarás latiendo por años, todo el tiempo que quieras. Nuestro corazón nos pertenece, querida señora, y podemos hacer de él cuanto querramos.

—La dificultad está en querer,—expuso Villard.—Tanto cuanto la voluntad sea más poderosa, el corazón será tanto más fuerte... a menos que suceda lo contrario.

—Al corazón y la voluntad, querido, les llamo yo el flúido vital;—observó el doctor.

—¿Eres discípulo de Ibsen?

—Flúido vital, o sea el deseo de vivir.

—Eso es exactamente lo que he perdido. Soy como el toro castrado, carne buena para el matadero.

Lechantre le tocó el hombro y con un guiño de ojo le indicó a la señora Villard, que por su parte no prestaba atención al diálogo. Entonces, Villard dijo al doctor:

—Yo he vivido sólo por *eso*. ¿Se acabó *eso*? Pues me muero.

—Lechantre en voz baja y haciendo bailar las gafas sobre su nariz, respondió:

—Si todos aquellos que ya no pueden muriesen de un golpe, la República no podría constituir un Consejo de Ancianos.

Villard se dirigió entonces a Benjamín sonriendo:

—Benjamín, tú puedes todavía, tú?...

—No he seguido vuestra conversación.

—Acércate.

Acércase el hombrecillo prematuramente envejecido, y al inclinarse sobre el sillón donde reposaba el enfermo, oyóse un murmullo y en seguida una respuesta:

—No lo he intentado.

El sol acentuaba las sombras sobre el rostro de la señora Villard, que discretamente se mantenía apartada. Una carcajada del doctor Lechantre la hizo volverse.

—¿Ríe usted doctor? ¡Cuánto me alegra esa risa!

Pero, de nuevo, Gerónimo se había sentido presa de la angustia.

*

Jamás se había quejado aquel corazón. No se ocupaban de él. Cuando en el transporte amoroso la lámpara se extinguía, solía fallar en tanto que los amantes dormían. Latía algo menos de prisa, menos fuerte, buscaba reposo; sin embargo, continuaba su tarea, velaba, de igual modo que había nutrido los más altos pensamientos... Ya no puede más, aunque trabaje todavía. Ahora se le acusa de traidor, se le concede importancia. Eso es nuestro corazón: cuando se detenga, vendrán los cirios.

—¡Vamos, Villard, vamos, vuelve en ti!—decía el doctor Lechantre, sacudiendo a Gerónimo con todas sus fuerzas.

—No pegues tan fuerte doctor.

—Gerónimo, ¡amor mío!

Benjamín Tronchet volvió a tapar el frasco de éter. La alarma había pasado.

*

El *Verdun* salía del canal y el corazón que latía en su má-

quina lanzó un grito ronco que las tuberías de las sirenas trasmitieron al cielo, al puerto, y al horizonte, el grito de partida.

El corazón del bajel gritó otra vez, grito pleno de alegría y de contento.

—¡Cuánto lo echo de menos!—murmuró Gerónimo Villard.

Nadie entendió lo que quiso decir.

Él dejó caer la cabeza y siguió escuchando su corazón.

*

—¿Y Gerónimo, doctor? Dígame usted la verdad.

—Esta tarde, mañana, dentro de seis meses. Más valdría que fuese esta tarde. ¿Es usted alpinista, señor Tronchet?

—En mi juventud hice algunas ascensiones.

—Entonces usted me entenderá. Suponga que ha subido algo demasiado alto, que le han faltado las fuerzas, que ha resbalado y que usted se ha asido a un puñado de yerbas, a un espino. La yerba se desarraiga, el espino se quiebra; usted enloquece, mi amigo, enloquece por completo. Ninguna esperanza de salvación y mientras más se prolonga la agonía, más sufre... ¿He hablado claro, señor Tronchet?

—Quiero mucho a Gerónimo, doctor.

*

—¿Te agrada este lugar, padre? ¿Respiras mejor?

—¿Dónde está tu mujer?

—En nuestro cuarto. Me puso en la puerta porque yo le estorbaba para arreglar...

—Sí, ella tiene el genio de la clasificación.

—Creo que ella me ayudará en esta obra tan pesada...

—¿La que te he legado? Sí, te ayudará. ¿No estáis cansados del viaje?

—Alina es como un muelle de acero, papá.

—¡Bravo!

—Somos muy felices.

—¡Bravo! ¿Por qué no se detuvieron en París? Tenían miedo de llegar aquí demasiado tarde? Tu madre ha telegrafiado...

—Nos escribió que te sentías...

—¿Por qué miras hacia la puerta? ¿Aguardas a que tu mujer venga a soplarte lo que tienes que decirme?

—¡Oh, no, padre! La espero para que sea ella misma quien te diga...

—En fin ¿son ustedes felices? Si es así, estoy satisfecho.

—¡Ella te está tan agradecida!

—¿Te ha hablado de mí?

—Con profunda ternura; se ha dado cuenta de lo bueno que eres.

—Os amáis, y esto me complace. Trata de hacerla sufrir menos de lo que yo he hecho sufrir a tu madre.

—¿Tú has hecho sufrir a mamá, tú?...

—Sí, y si no te has dado cuenta de ello, es porque eres un buen hijo, Mauricio.

—¿Respiras mal, padre?

—El corazón, lo estoy oyendo.

—¡Has cambiado de color! ¿Qué quieres que te dé?

—¡La paz, muchacho, la paz!

Y después de un corto silencio, Gerónimo agregó:

—Es valiente este corazón; ha vuelto a latir.

*

El drama en el pecho, el drama secreto. Comparados con él, los amores felices y los amores desgraciados, las grandes alegrías y las grandes desesperaciones, son nada. Ese corazón que no puede más, que se detiene, que torna al combate, es como el guerrero que no se resigna a la derrota. Créese que todo ha terminado, cuéntanse los segundos, y el guerrero vuelve a la carga. Tu corazón, lector, algún día será ese mismo corazón.

Y Gerónimo Villard con la voz enronquecida prosiguió:

—Así pues, Mauricio, habéis sido felices por allá. ¿Se paseaban ustedes de tarde por el lago?

—Casi todas las tardes. ¿Pero te sientes mal, padre?

—No te ocupes de mí... ¡Los lagos de Italia! Cuando me casé con tu madre, estuvimos en Bellagio.

—Nosotros fuimos a Pellanza.

—¿Muchas *lucciolas* en el jardín?

—Nos seguían hasta la orilla.

—Sí, la felicidad.

—¿Sufres, padre?

—Tú naciste aquel año. En seguida, al trabajo. Demasiado pronto; no me imites, muchacho. No vayas tan aprisa, detente un poco.

—No sientas pesar por ello, padre; yo quisiera tener la seguridad de vivir como has vivido tú.

—Te engañas; me pesa. Es preciso detenerse con frecuencia, porque al punto en que hoy me encuentro, sólo se acuerda uno de las horas inútiles; Bellagio, las *lucciolas*... No me imites, Mauricio; yo he derribado séres y cosas, he trabajado demasiado. Y tu madre ¡era tan bella, tan dulce!... Tú no sabes muchacho... Procura que tu mujer tenga esa misma paciencia, o mejor, no le des motivo de tener semejante paciencia. Por otra parte, Alina no la tendría.

—¡Padre, ella quiere que yo trabaje; es mi asociada.

—Ella no tendría la paciencia de tu mamá, la conozco bien. No aceptaría... Si tu mamá me hubiese abandonado, dejándome solo, ¿de qué iba yo a acordarme esta tarde, te pregunto? ¿De qué? Cuando uno llega adonde estoy yo en este momento, las luchas, las victorias, la obra, todo eso no es nada, muchacho; todo eso se desprende de uno, nos abandona antes que llegue la muerte.

—Te fatigas papá, no hables más.

—Me acuerdo cuando ella me decía: "Sea lo que fuere lo que tú hagas, no te abandonaré." Ella no me ha abandonado; por consiguiente, yo mismo me absuelvo, pensando que, después de todo, no he sido demasiado malo. Yo me perdono.

—Alina tiene razón, padre: tú abres las ventanas de par en par.

—Sí, por cierto. ¿Ha sido ella quien te ha dicho que yo abría las ventanas?

—Desde luego, mas no he comprendido lo que quiso expresar. Pero creo que ella también abre las ventanas. Suele decir de repente unas palabras...

—Que agrandan la vida. ¿No es cierto? Tu mujer es muy despejada. ¿Bajará ahora?

—¿Quieres que la llame para que se apresure?

—No. Antes que baje es necesario... ¡Ay, Dios mío!

—¡Padre, padre!...

—Aquí estoy.

—Déjame llamar a Alina o a mamá.

—¿Tienes miedo? Con frecuencia he notado que los hombres tienen menos valor que las mujeres a la cabecera de un enfermo.

—¿Quieres que cierre las persianas? El sol...

—¿Estás loco? Dame aire.

—Yo he cuidado a uno de mis compañeros de armas con un balón de oxígeno.

—Déjate de balones. Toma esta llave, la de la Caja; ábrela: la cifra de la combinación es 344 J. V. Sobre el tercer entrepaño, a la izquierda, hay unas cartas que deseo que las quemes.

—Alina me ha hablado de esas cartas.

—¡Despacha!

—Soy algo torpe.

Mauricio se obstina en abrir la caja y el sol, alargando el cuadrado de la ventana, alumbra todo el gabinete de trabajo.

—¿Dices que ella te ha hablado de esas cartas? ¿Cómo me juzga?

—Ella no te juzga en ningún sentido. Nosotros somos tus hijos.

—Bien contestado. Veo que ella ha abierto tus ventanas; es muy avisada.

—No hay secreto entre nosotros.

—Un día vendrá, mal día por cierto, en que tú tengas secretos para ella. Es preciso que duermas en su cama, Mauricio, a fin de que tu mujer pueda oír hasta tus pesadillas.

—Padre, ¿dijiste el 344 J. V.?

—¿Quieres que te ayude?

Pero la puerta de la caja cedió bruscamente y el duro acero golpeó la frente del rubio mocetón.

—Aquí tienes las cartas, padre.

—¡Dámelas! ¡Pobres seres!...

—¿Quieres esta libreta?

—¿La libreta de las direcciones? Guárdala. Cuando yo haya partido, tú les escribirás diciendo que me reemplazas. Ellas siempre nesecitan dinero.

—Papá te prometo...

—Tú las socorrerás, ocultándolo a tu madre. No seas demasiado generoso. Alina te lo explicará todo.

*

Gerónimo desató las cintas y sus manos dejaban caer las cartas. Mauricio se inclinaba para recogerlas. El sol deslumbraba.

—Aquélla, una desarrapada,—murmuraba Villard.—Ésta, una infeliz...

Abrióse la puerta y apareció Benjamín Tronchet.

—¿Les interrumpo?—preguntó.

Gerónimo volvió hacia él su rostro de pómulos marmóreos.

—¿Todavía tú?...

Los ojillos del intruso trataron de unirse más, heridos por el sol.

—Te traía a tu nuera, Gerónimo.

—Que entre, la necesito. Mas tú, viejo amigo, espera que termine con mis hijos. Te quiero mucho; te llamaré, te mandaré a buscar.

Y dejando sobre sus rodillas las cartas desparramadas, tendió las manos a la joven, sonriente.

—Más rubia que nunca—dijo—; el sol le sienta a usted muy bien.

En la oscuridad del pecho, el corazón redoblaba su valor, como si los rayos del sol le hubiesen envuelto, o bien, como si el recuerdo de un deseo le enviara todavía por mediación de la memoria, un poco de fuerza.

—Sí, respiro mejor; Mauricio me contaba vuestra mutua felicidad y yo, ya usted lo ve, me preparaba a quemar estas cartas. Las he releído y no siento pesar alguno.

—¿Por qué quemarlas, padre?—preguntó Alina.

—Para que Benjamín no las utilice.

—¡Oh! ¡él es incapaz!

—¡Que ingenua! Benjamín me ha querido mucho para renunciar a la venganza. Enciende fuego en la chimenea, Mauricio; la caja de madera está llena de periódicos viejos.

—No tengo cerillas, padre. Ya no fumo; Alina me ha corregido ese defecto.

—¡Ah! ¿usted le corrige sus defectos, niña?

—Trato de hacerlo.

—Ha caído en buenas manos ¿eh?

—Me obedece para complacerme.

—Es un deber. Pero les ruego de nuevo quemen esas cartas con los periódicos que están en la caja de madera; estoy seguro de que me obedecerán para complacerme. En el cajón de mi buró debe haber cerillas.

—Antes las había, señor.

—Me llama usted señor, Alina?

—La costumbre...

—Es una chica muy gentil. Anda, Mauricio.

—Aquí están las cerillas, padre. ¿Quieres quemar todas estas cartas?

—Tu mujer las ha leído. Pregúntale si esos papeles merecen sobrevivirme.

—Muchas son conmovedoras, padre.

—Enviaréis cheques, hijos míos, a las más conmovedoras.

—Sin embargo, esas mujeres que le han amado a usted...

—La mujer que me ha amado no debe quedar expuesta a una indiscreción. Obedéceme, Mauricio.

—Trataré de ello, papá. La cerillas no se encienden.

—La caja es vieja; desde hace tres meses se me ha prohibido que fume.

—Dame la caja, Mauricio; yo podré...

—Dale la caja, pequeño; ella sabe.

—¿Se burla usted, padre? ¡Mire!

—Dije que usted sabría encender las cerillas, niña. Nunca he dudado de usted... Aquí están las cartas, las flores secas, las cintas...

—¡Hermosa llama!

—¿Está usted contenta?

—Alina, vas a quemar la chimenea. Coje la tenaza.

—No se nesecita, ya acabamos.

—¿Tan pronto, hija?

—Te he dicho, querida, que cojas la tenaza. Las cenizas vuelan.

—¡Insinuante eres!

—Se acabó, Mauricio. No queda de todo eso más que la libreta que tienes en la mano. A ésta, trescientos francos mensuales; a aquélla, veinticinco luises; a la tercera... Tu mujer sabe leer mis geroglíficos.

—Mauricio, te ruego que dejes esa tenaza; estás llenando de humo la habitación y tu padre...

—Obedece, hijo mío, y hazme el favor de telefonear a París, al viejo Schreiner, diciéndole que deseo verle lo más pronto posible; así, lo más pronto posible, porque no sé cuántos días me quedan para esquivar el golpe.

*

—¿Te fastidia tu marido, Alina?

—¡Mi marido!... ¡Su hijo!

—¿Te fastidia mi hijo, niña?

—No sea usted malo...

—Ser malo, sería de mal gusto en el etado en que me encuentro. Al envejecer quizás me haya permitido el lujo de serlo. Porque la maldad es un lujo, Alina.

—No aliente usted así, padre... No hable.

—Un ¡placer costoso verdad, pero un placer. Se escoge el sitio donde clavar el dardo, se apunta, y se ve sufrir. Pero la víctima se venga. Yo he atropellado, he anonadado ¡los séres, he ocupado su lugar y no les he visto salir de mi oficina con una sonrisa que indicase propósitos de venganza. Cuando he tenido un adversario, me he cuidado bien de que no pudiera levantarse; he matado sin ser perverso; jamás he tenido la perversidad de las palabras, la ironía.

—No, no creo que usted la haya tenido nunca. Tiene usted buen corazón.

—Mi corazón se lo agradece, este pobre corazón necesitado

de amigos. Está fatigado, Alina, muy fatigado, mucho... Acabó.

—¡Padre, padre!...

—Aquí estoy, todavía vivo. El corazón volvió a latir.

—¿Llamo?

—Venga usted a sentarse cerca de mí; más cerca. Deme sus dos manecitas; son lindas, inteligentes, hábiles... El pensamiento ajeno no ha pasado por estas manos; *tac, tac, tac* sonaba la máquina y la señorita Dufresne ponía toda su atención en el trabajo.

—La esposa de Mauricio Villard la pondrá también.

—Pero la máquina no sonará más *tac, tac, tac.* Otra mujer de la que usted estará celosa...

—Yo no soy celosa.

—¿Le fastidia a usted su marido?

—Usted permitió que yo me casase con él; yo le amo.

—¿Le ha contado usted?...

—He sido leal.

—No es para defenderme de Benjamín por lo que hice quemar esas cartas; más bien por defenderla a usted.

—Comprendo, pero ha sido demasiado tarde. La víspera de nuestra boda, Benjamín Tronchet le contó...

—¿Qué?...

—El diván.

—¡Ah! ¿y Benjamín no encontró más que eso para vengarse?

—Nada más que eso.

—¡Pobre diván que usted desdeñó!...

—No he tenido por qué desdeñarlo. No se haga usted aparecer más malo de lo que es.

—Efectivamente; no es el momento. Yo la había adivinado a usted.

—Y Mauricio me ha comprendido.

—Entonces está usted segura de que yo la había adivinado.

—Sí, yo no soy una de esas desgraciadas...

—¿Conque mi hijo Enrique murió con la cabeza apoyada en sus rodillas? Han tenido mejor muerte que la que a mí me espera, esos tres hijos míos; murieron con el corazón rebosando orgullo.

*

Cuando nuestro corazón se siente entusiasmado, en el campo de batalla, en plena juventud, da grandes y sonoros golpes dentro del pecho que se unen a los ruidos del asalto; después, aceptado el peligro, detiénese bruscamente. Mas si le ha hecho trabajar en demasía, entonces, cuando aparezcan todas las enfermedades de la vejez, ese corazón estará inservible. A veces, su rebelión desesperada priva del sueño al que ha abusado del generoso trabajador. Contra la membrana del tímpano bate la arteria y el hombre pierde la razón.

*

—Mejor muerte que la me espera, niña; murieron a la edad en que morir es glorioso.

—Nada más glorioso que una noble vejez.

—No diga eso, estúpida niña. La vejez es la usura... Si yo te hubiera conocido hace diez años...

—Mis cartas habrían ardido hoy en la chimenea.

—¿Puede asegurarse eso?

—Yo lo sé. Aquella primera tarde, en tanto trataba yo de desviarle, hablándole de la muerte de sus hijos, usted no me hacía caso.

—Yo la tenía a usted en mi poder y si hubiera querido...

—¡Calle usted, padre!

—Ya la había yo levantado en alto...

—Usted se fué a su mesa diciéndome: "Dispénseme, señorita: la llamaré en seguida".

—¡Ah!, ¿se acuerda usted de eso? Yo lo he estado recordando durante los tres meses en que hemos sido, usted triunfadora y yo el pobre hombre avergonzado.

—¿Acaso he abusado yo de mi victoria?

—Usted se ha casado con mi hijo.

—¿Me lo echa usted en cara?

—A mí me lo echo en cara. Diez años antes usted no habría podido... Me siento algo celoso.

Y cogiendo entre sus manos, a las cuales no llegaba la emoción de su corazón, la frente de la joven, agregó:

—Desde aquella tarde soy un cadáver.

—¿Desde aquella tarde?

—Sí, desde que la dejé libre.

—¡Y yo que le he quedado tan reconocida!

—¡Mentirosilla!

—¿No le he dado pruebas de mi afecto después de lo ocurrido?

—¡Pardiez! Yo estaba enamorado.

—No olvidaré nunca esos días. Ha sido usted tan afectuoso, tan dulce...

—Yo tenía miedo y me amparaba de tu juventud... A veces, cuando te sujetaba por los hombros...

—A veces usted se portaba mal.

—Quería y no podía...

—Yo era ya su hija: le admiraba, le escuchaba...

—Sí, me admiraba y me escuchaba usted y cuando Mauricio volvió de Marsella, él la perseguía en el jardín y usted que no le admiraba ni le escuchaba, se dejaba agarrar por él.

—Y usted permitió que nos casáramos.

—¿Acaso es ese un reproche?

Alina bajó la cabeza sin contestar.

—Alina, Alina; sólo a dos mujeres amamos los hombres en la vida.

—No, no quiero que usted diga...

—La mujer que nos ha acompañado siempre y aquella que no hemos poseído...

—¿En el diván?—preguntó ella a media voz.

—La mujer a quien no hemos poseído y a quien amábamos.

—¿De cuál mujer habla usted?

—¡Ah, qué mujer es usted! Coqueta ante un moribundo.

—¿Yo coqueta? Me conoce usted mal. Cuando yo era enfermera...

—¿Coqueteaba usted ante los lechos de muerte?

—Trataba de reemplazar cerca de ellos...

—¿A la prometida, a la querida?

—A la madre.

—¡Mentirosilla!...

—No miento; usted no entiende eso porque no piensa más que en el amor.

—Y al decir "amor", es usted indulgente. En toda mi vida no he pensado...

—Suélteme usted las manos, padre; usted las tiene verdaderamente aprisionadas.

—Ahí están; son libres. ¿Qué llegarán a ser esas manecitas?

—Cumplirán su deber, serán honradas.

—Ponga sobre mi frente esas honradas manos, hija mía, voy a morir. Mi corazón no es otra cosa que un gamo herido corriendo al remate.

—¡Padre!

—La he amado a usted en verdad. Esas manos arden sobre mi frente. No las retire, no. Vamos, valor, enfermera. Ahora reemplazará usted a la ambulancia, a la prometida y a la querida.

—Soy su hija, señor; en esta casa su esposa ruega por usted.

—Sí, tienes razón; llámala. ¡Ah! ¿Estás un poco celosa? ¿Por qué retiras tus manos? Déjalas; esas manos se posaron sobre la frente de mi hijo moribundo. Cuéntame...

—Enrique era muy hermoso...

—Sí, muy hermoso; las facciones de su madre y el vigor que yo he tenido. Cuando marchó a la guerra, creí en la victoria.

—Mis hermanas y yo llorábamos...

—Cuenta.

—No sufrió nada.

—Tú le habrías amado.

—Padre mío, no me tutee usted de ese modo, siento vergüenza.

—Llama a mi mujer. Despacha. Nosotros...

—Todas las cartas quemadas en la chimenea y sin embargo...

*

El corazón suplica, diciendo a cuantos nervios le rodean: "Probaré, no me turbéis." Y como conoce bien la labor de las emociones agrega: "Hago mi tarea, dejadme en reposo; cuando yo cese de latir, vosotros os habréis adelantado." Pero la imaginación, esa dama vestida en traje de corte, desdeña al humilde artesano. Agita su abanico y vedla haciendo carantoñas frente al espejo. Para halagarla, el pensamiento, escoltado de las palabras, organiza el baile de las frases, con auxilio de los recuerdos,

que son unos inválidos, a veces suntuosos. Y los nervios trasmiten mensaje tras mensaje. Él les responde: "Seguiré así tanto tiempo como pueda". Abre sus válvulas, las cierra, se dilata, se contrae, recibe la sangre negra de las venas, la sangre roja del pulmón. Se le avisa: "¡Que los pies se hinchan, que las manos engordan!" El corazón contesta: "Vamos, pues"—y sigue latiendo, inquieto, pensando que pudiera pedírsele un acrecentamiento de trabajo.

¿Ríe usted, lector? ¿Que es eso cómico? Tenga por seguro que esa comedia se representará en su pecho algunas horas ante de que enciendan los cirios.

*

—Alina...

—Señor...

—¿Me ha perdonado usted, hija mía?

—Con todo mi corazón.

—Corazón indulgente, corazón vigoroso.

—¿Quiere usted que llame a mamá?

—Llama a mamá y ve a reunirte con tu marido.

—¡Oh, mi marido!...

—Llama a mamá y ponte en vela con Mauricio; siento que apenas me quedan fuerzas... No quiero ver a nadie, ni siquiera a Benjamín, sobre todo a Benjamín, que cuando me mira con sus ojos bizcos, creo que me va a hacer maleficio.

—Nos pondremos en vela.

—Alina...

—¿Padre?

—Eres muy bonita.

Ella le miró por encima del hombro.

Él repitió:

—Sí, muy bonita.

Alina salió sonriendo.

*

Así que la joven hubo desaparecido, Gerónimo se recostó en la butaca, echó la cabeza hacia atrás y presentó los párpados ce-

rrados a los rayos del sol. Su corazón fatigado esperaba el reposo, latiendo dulcemente, sin un golpe, como el corredor que ya sin resuello marcha poco a poco, renunciando al premio. No hacía ruido... cada diez segundos se detenía; al duodécimo, volvía a emprender la marcha, dulcemente, dulcísimamente, tímido... Entonces Gerónimo Villard lanzaba un suspiro que tampoco hacía ruido alguno. Los pies, que tenían frío, se frotaban uno contra otro, bajo el cobertor que le cubría las piernas. Las manos, frías también, se acariciaban mutuamente. La espalda sentía frío a su vez bajo el chal, y el escalofrío que salía de los riñones, llegaba a la nuca, a las mejillas, a los labios... Las quijadas temblaban un poco; pero el corazón continuaba haciendo su caminito como podía...

*

—¡Gerónimo, querido mío!...

—Sé dulce.

—¡Mírame!

—Me fatiga abrir los ojos. Te estoy viendo en Bellagio. Eras bella.

—¿Quieres tomar la poción? Ya es hora.

—Eras muy bella.

—El doctor Lechantre dijo...

—¿Has sido muy desgraciada?

—He sido feliz, te lo juro.

—¿A pesar de todo?

—¡Eres tan bueno!

—Habla más bajo; en Bellagio tenías una voz incomparable...

—Mi voz no ha cambiado.

—Todo cambia, María. Y todo se vuelve a encontrar en el momento en que totalizamos la vida.

—No te comprendo, nunca te he comprendido; pero te amo.

—Cuando me casé contigo...

—Eras tan valiente...

—Yo no tenía dinero ni familia.

—Tú eras tú y yo tenía confianza en ti.

—Tu padre no tenía esa confianza en mí. Cuando te rapté...

—Nos persiguieron...

—Y nos atraparon...

—Y yo dije que estaba en cinta...

—¿Mentiste entonces?

—Hubiera querido mentir ¿qué no habría hecho yo por quedar en tus brazos?

—Entonces fuimos a la iglesia; tu padre no fué, pero tu mamá sí; lloraba...

—¿Te acuerdas, Gerónimo, de aquel paquete que ella me deslizó en la mano?

—Me acuerdo. Cuando lo abrimos, tenía cuatro billetes de mil francos y sus joyas de soltera.

—Guardamos las joyas; todavía las conservo.

—Sí, tú eras la depositaria.

El corazón seguía haciendo su caminito. Los pulmones recibían con algún retraso la sangre que debía limpiarlos; se irritaban y respiraban dificultosamente.

—Si yo no te hubiera tenido a mi lado, María...

—No alientes de ese modo, Gerónimo.

—Si yo no te hubiera tenido, yo habría...

—Te habrías casado con una americana millonaria. Me lo has dicho algunas veces, cuando tú no eras tú...

—Los días del whiskey, los malos días. Si yo no te hubiera tenido, María, yo no me querría esta tarde...

—Esa es mi recompensa.

—Hija de notario... Mujer de aventurero... ¡Admirable!

—Tú no eres un aventurero.

—Ya no soy nada; he sido.

—Tú eres mi bien amado y el padre de mis hijos.

—¿Dónde encuentras tú esas palabras?

—No te burles: yo te amo.

—Yo no quisiera morir.

—Y no morirás, porque te amo.

—¿Dónde encuentras tú esas palabras?

—Gerónimo, tú no puedes abandonarme...

—Yo te he hecho sufrir tantas veces...

—¿Tú?

—María, te pido que me perdones.

—Sí he sido feliz, te juro que he sido feliz.

—Di que me perdonas...

—He sido feliz; yo soy la que te pido perdón. ¡Son tan estúpidos los celos!...

—¿Cómo has podido tú ser celosa?

—He sido celosa, sí, pero me quedé a tu lado.

—Y estás aquí esta tarde...

—Esa es mi recompensa.

—Yo no he amado a nadie más que a ti... Las otras...

—No quiero saber nada.

—Si no lo supieras, volverías a estar celosa después de mi muerte. Las otras, eran...

Los nervios vibraban en torno del corazón que sufría sobresaltos: Se exigía demasiado de él. A veces, daba grandes golpes, como si hubiera recobrado sus fuerzas; a veces tomaba un ritmo de saltarín... No podía permanecer tranquilo.

—Las otras no han existido, querido mío.

—Eso es, no han existido.

—Se enamoraban de ti porque eras muy fuerte.

—No han existido. Yo trabajaba...

—Para mí y para tus hijos.

—Para ti y para nuestros hijos. He trabajado mucho.

—Es necesario que descanses. Mauricio es un buen muchacho...

—Puedes tener confianza en él. Y en su mujer. Es muy seria.

—Y en mí, Gerónimo.

—Tú, tú eres María. No te ocupes de negocios.

—Sin embargo...

—No te ocupes de negocios. La pequeña es lista.

—La ves con ojos indulgentes...

—¿Es acaso de ella de la que has estado celosa?

—Sí, ella te recordaba...

—¿A nuestro hijo?... Lo conoció moribundo, María.

—Tienes razón.

—Tú siempre me das la razón.

—Tal vez hubiera debido advertirte...

—No habría aceptado la advertencia. Yo marchaba adelante, sin reflexionar; imaginando siempre, sin pensar nunca.

—Has subido tan alto, Gerónimo...

—Tan alto que no he podido acumular nada. ¡Pobre mujer mía!

—¿Qué importa? Yo te admiro...

—Nuestros hijos cuidarán de que nada te falte.

—Si tu me dejas, no nececitaré nada.

—María. ¿Por qué me amas tanto?

—No lo sé; soy tuya. Cuando tú volvías a casa...

—Sí, nada me echabas en cara; tú eras mía.

—No quiero que te mueras, Gerónimo; no lo quiero...

—Tú eras mía. Oye: esta tarde no me acuerdo más que de nosotros dos.

—No te acuerdes de nada, espera mañana.

—Me acuerdo... Tú te dormías sobre mi pecho; cuando éramos muy pobres, y la cama muy estrecha, te apretabas contra mí. ¿Cuántas noches hemos dormido juntos?

—Muchas veces tenías pesadillas...

—Y hablaba dormido, decía cosas que tú no debías oír.

—Yo no escuchaba. Me apretaba más contra ti.

—Al despertar, te encontraba sonriente...

—Y me besabas. ¡Cuánto me gustaba aquel beso!... Gerónimo, tú no puedes morir.

El corazón se agitaba. Cada recuerdo del pasado le forzaba a latir desordenadamente. Él se acordaba también de aquellas mañanas en el lecho conyugal; había trabajado con alegría; amaba a aquella mujer. Las otras...

—Yo no quisiera morir, primero, por ti, después por el sol...

Y abrió los ojos como si los párpados hubieran sido separados por los rayos del poniente.

Ella arrodillándose, dijo:

—Hijo mío...

Gerónimo le puso la mano sobre la cabeza murmurando:

—He amado tanto la vida...

El sol brillaba sobre el mar.

—Gerónimo ¿por qué te pones de pie?

—No puedo respirar: ayúdame.

María le ayudó. Él se apoyó en el montante de la ventana, acodándose sobre la barra. El corazón tuvo un instante de alegría.

—No te acerques tanto, María. Necesito aire.

María se colocó al lado opuesto de la ventana, encogiéndose cuanto pudo. En su pequeño rostro se reflejaba el brillo de una mirada inquieta.

Entre sus dos cuerpos, caía la tarde.

Gerónimo empezó de nuevo.

—Cuando yo tenía veinte años...

Cayó el chal que le cubría la espalda; tenía los labios blancos, las mejillas marmóreas. Abría la boca, obedeciendo al corazón que le gritaba:

"Esto no puede durar, esto no puede durar. ¡Socorro!"

La alegría del sol volvió a reflejarse en el mar.

—He hecho todo lo que he querido...

La mano pesada, golpeaba la barra.

—Todo...

Tendió la mano a María, la mano temblorosa:

—Gracias.

Alumbrados por los rayos del sol de la tarde, ambos se tenían asidos por las manos.

El corazón de Gerónimo pedía socorro.

—Todo lo que he querido. Cuanto yo deseaba...

El corazón sigue pidiendo socorro.

—Mujer, tú me entiendes, las otras...

—Sí, Gerónimo, todo lo que tú has querido.

—No he amado el dinero...

—No, no has amado el dinero.

—Vencer: he ahí todo; nada más.

—Te amo, Gerónimo, te amo.

—Vencer, ser el señor...

—¡Pobrecito mío!...

Entre las fibras de sus paredes, el corazón había pulverizado un cuajarón de sangre negra. Otro cuajarón penetró, como por fractura, en el ventrículo y al grito de alarma de los nervios, el

músculo respondió violento. En otros tiempos, el corazón triunfaba de esos espasmos, porque era un corazón sólido, un corazón de toro, una mujer cada día... Aquella tarde era ya un corazón gastado, de válvulas obstruídas, y la sangre negra y la sangre roja se mezclaban.

—¡Ah, María, todo acabó!

Y el toro cae desplomado.

BINET VALMER.

NOTAS EDITORIALES

HONOR EXCEPCIONAL CONFERIDO A UN JURISCONSULTO CUBANO

En el mes de noviembre último se ha tenido conocimiento en esta ciudad, por haberlo hecho público la prensa diaria, del honor excepcional que la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación de España, en sesión celebrada el día 6 de julio del año en curso, ha otorgado al eminente jurisconsulto Dr. José A. del Cueto, nombrándolo Académico honorario de dicha prestigiosa Corporación.

Tan extraordinaria distinción, que por primera vez se concede a un jurista cubano, es prueba palmaria del altísimo concepto que justificadamente se tiene en el extranjero, del ilustre civilista, ex Presidente de nuestro Tribunal Supremo de Justicia, actual Decano de la Facultad de Derecho y maestro de dos generaciones de abogados, entre los cuales se cuentan algunos de los que más han sobresalido, dentro y fuera de Cuba, por sus vastos conocimientos en la ciencia del Derecho.

Cuba Contemporánea, que procura siempre hacerse eco de los honores conferidos a nuestros compatriotas, cuando ellos son merecidos, recoge en sus páginas, con gran complacencia, la noticia del nombramiento recaído en la persona de su insigne colaborador, el Dr. Cueto, a quien hace llegar por tal motivo su felicitación sincera y calurosa.

LA INAUGURACION DEL MONUMENTO A JOSE MARIA DE HEREDIA, EN PARIS

El día 17 de octubre último, a las once de la mañana, quedó inaugurado con gran solemnidad el monumento que, por suscripción popular, se ha erigido en París a José María de Heredia, el insigne cubano autor de *Los Trofeos,* cuya memoria había sido honrada anteriormente al dársele su nombre a una de las calles de la capital francesa.

El monumento—obra del escultor Ségoffin y del arquitecto Chrétien-Lalanne—se compone de un busto, en bronce, situado entre dos columnas de mármol rosa, adosadas a un fondo de verde follaje, y ha sido emplazado en el Jardín de Luxemburgo, a corta distancia de los de Sainte Beuve, Verlaine, Leconte de Lisle y Jorge Sand.

Al acto de la inauguración concurrieron: la Viuda del poeta; su hija María de Heredia (Gérard d'Houville), esposa del ilustre Henri de Régnier; una distinguida representación de la Academia Francesa, integrada por los señores Jean Richepin, Pierre de Nolhac y Joseph Bédier; los Representantes Diplomáticos de casi todas las Repúblicas latinoamericanas (México, Guatemala, Costa Rica, Panamá, Ecuador, Colombia y Perú); nuestro Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en París, con todo el alto personal de la Legación; los ilustres literatos Alfonso Reyes, Francisco y Ventura García Calderón, Gonzalo Zaldumbide, Alberto Zerega Fombona, Charles Lesca, de la Dirección de la *Revue de l'Amérique Latine,* y otros muchos escritores, poetas y periodistas que con su presencia contribuyeron a la mayor brillantez del acto, en el cual hicieron uso de la palabra, para enaltecer la memoria de nuestro insigne compatriota, M. Jean Richepin, Presidente del Comité a cuya gestión se debe el monumento; Georges Lecomte, en nombre de la *Societé des Gens des Lettres;* Sebastián C. Lecomte, Presidente de la Sociedad de Poetas Franceses; el Ministro de Cuba en Francia, Dr. Rafael Martínez Ortiz; M. Coville, Director de Enseñanza Superior, quien leyó el discurso del Ministro de Instrucción Pública, ausente ese día de París; y, finalmente, Madame Weber, notable artista de la Come-

dia Francesa, que leyó unos magistrales versos, en francés, dedicados a José María de Heredia por nuestro compatriota el poeta Armando Godoy, factor principalísimo en los trabajos de cooperación material y espiritual que han permitido la realización de este proyecto, iniciado en época anterior a la Gran Guerra y coronado por el éxito a los dos años de reanudadas las labores necesarias para la erección del monumento. A Godoy se debe, además, el proyecto de donar una réplica de dicho monumento a Santiago de Cuba, la ciudad natal de Heredia.

Cuba Contemporánea consigna con júbilo estos datos relativos a la inauguración de la obra escultórica que ha de perpetuar en París la memoria del cincelador de *Los Trofeos,* y, deseosa de sumarse al homenaje rendido a nuestro insigne compatriota, publica en este mismo número, traducido al castellano, el notabilísimo elogio hecho en la Academia Francesa por Maurice Barrès el día en que reemplazó a José María de Heredia, ocupando el sillón que quedó vacante por su fallecimiento.

UN DUELO DE AMERICA: INGENIEROS

Extraordinaria sorpresa y dolor profundo causó en Cuba, como lo ha producido en todo el Continente colombiano, la noticia trasmitida por el cable, de haber fallecido en Buenos Aires, el día 31 de octubre último, uno de los hombres más eminentes que ha producido nuestra América: el Dr. José Ingenieros, de quien se ha podido afirmar con justicia, a propósito de su reciente desaparición, que ninguna de las grandes figuras contemporáneas de este hemisferio "ha aportado al intelecto americano una más vasta documentación científica ni ha presentado un frente intelectual más amplio que el autor de *La simulación en la lucha por la vida* y *El hombre mediocre*."

No es tarea fácil—ha dicho nuestro compañero de Redacción, Max Henríquez Ureña—la de ponderar en su justo valor la significación de Ingenieros en la vida intelectual hispanoamericana. Fué un sembrador de ideas que tuvo la dicha de verlas difundirse, y de alcanzar la popularidad a que todo sembrador de ideas aspira para que su obra

sea útil y fecunda. No tuvo el prurito de la originalidad, ni la preocupación del estilo, sino el afán de cumplir una misión sagrada.

Acaso no fué un gran pensador, pero sí un espíritu maravillosamente cultivado y selecto, un asombroso expositor, y un incansable propagador de las grandes ideas de nuestro tiempo. Fué el tipo genuino del verdadero apóstol de la cultura. Estos últimos años de su vida—los que consagró a decir apresuradamente su última palabra, porque la muerte lo aguardaba—nos lo presentan como un evangelista de las más atrevidas concepciones del pensamiento social. Además, fué un ardiente defensor de la unidad continental hispanoamericana frente a la absorción capitalista del Norte, que se traduce tarde o temprano en hegemonía política.

Su obra abarca diversos aspectos. Sólo en su juventud publicó trabajos de índole literaria, impresiones de arte, crónicas de viaje. La especialidad médica a que se dedicó le hizo producir obras como *Histeria y sugestión, Criminología* y *Simulación de la locura.* Más tarde se consagró principalmente a trabajos de sociología, como *Sociología argentina, El hombre mediocre* y *La evolución de las ideas argentinas;* de filosofía, como *Principios de psicología, Hacia una moral sin dogmas, Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía* y su reciente libro sobre Emile Boutroux; y de crítica científica, como *Las doctrinas de Ameghino.* Al mismo tiempo, fundó la *Revista de Filosofía* y organizó la publicación de la biblioteca *La Cultura Argentina,* la cual ha dado a la estampa cerca de doscientos volúmenes que resumen la más importante producción intelectual argentina de todas las épocas.

Además de las obras anteriormente mencionadas, completan la producción bibliográfica de Ingenieros las que llevan por título *La psicopatología en el arte, Crónicas de viaje, La locura en la Argentina, El lenguaje musical y sus trastornos histéricos,* y la ya citada sobre *La evolución de las ideas argentinas,* de la que sólo pudo publicar dos volúmenes (I, *La revolución* y II, *La restauración*), quedando sin terminar el tercero, sobre *La organización.* Otras dos obras ha dejado también inéditas: una acerca de *Las fuerzas morales,* y la otra sobre *El amor.*

En la imposibilidad de reflejar en estas breves líneas, consagradas al gran escritor argentino cuya muerte deploran a la vez la Ciencia y las Letras, una impresión exacta acerca de su personalidad y de su obra, merecedoras de un detenido estudio crítico, CUBA CONTEMPORÁNEA recoge en sus páginas los siguientes sentidísimos párrafos, escritos—el mismo día 31 de octubre, momentos después de expirar el ilustre sociólogo—, por su gran ami-

go el Dr. Aníbal Ponce, Codirector de la *Revista de Filosofía,* de Buenos Aires, los cuales aparecen entre orlas de luto al frente del número de noviembre de dicha publicación. Dicen así, refiriéndose a Ingenieros:

Acabo de dejarlo, tibio aún, en su pieza de estudiante, entre sus bibliotecas y sus obras, después de haber espiado en el ritmo de su pulso, segundo por segundo, el instante definitivo de la despedida.

La noble cabeza conserva una serenidad admirable, como que la rapidez de la agonía no ha podido mancharla con la huella de dolor o del agotamiento. En páginas inolvidables había confesado su horror por la vejez innoble, con sus pasiones mezquinas y sus temores indignos. El destino, sorprendiéndole de pronto en la plenitud de su fuerza, le ha dejado morir tal como había vivido: en un perpetuo reverdecer de juventud, sin una contradicción en el pensamiento, sin una inconsecuencia en la conducta.

No en vano los jóvenes de América lo habían proclamado su maestro. Su obra—que constituye, sin disputa, la más alta contribución americana a la cultura del mundo—hubiera conquistado por sí sola, la admiración y el respeto de los jóvenes. Pero había en su persona y en su vida, una tal irradiación de dignidad moral, que no era posible aproximársele sin agregar al respeto, la simpatía del corazón.

La generación que fué modelada entre sus manos, dará muy pronto a América, las más altas horas de su historia.

Cuba Contemporánea, que frecuentemente recibió del Dr. Ingenieros inequívocas pruebas del aprecio que hizo de muchos trabajos suyos, al ser reproducidos por él en su *Revista de Filosofía,* corresponde a esa señalada distinción, altamente honrosa para esta Revista,—haciendo una excepción en el propósito, siempre mantenido, de dar cabida en sus páginas sólo a trabajos inéditos—, al transcribir en este mismo número uno de los más bellos e interesantes estudios hechos por el fundador de la citada *Revista de Filosofía:* el que lleva por título *Cómo nace el amor,* cuya lectura ha de deleitar seguramente a cuantos disfruten de ella.

TRABAJOS DE "CUBA CONTEMPORANEA" ULTIMAMENTE COMENTADOS Y REPRODUCIDOS

Motivo de legítima satisfacción ha sido para CUBA CONTEMPORÁNEA haber visto reproducidos y traducidos, en unos casos, y favorablemente comentados en otros, durante el año de 1925, que en este mes finaliza, muchos de los trabajos publicados en sus páginas, a los cuales han dispensado favorable acogida importantes periódicos, nacionales y extranjeros, pudiendo citar entre ellos el notable artículo titulado *Diógnes; El Atleta de la Voluntad,* del señor Carlos Brandt, comentado por el diario *El Comercio,* de Quito (Ecuador), en su edición del 29 de diciembre del año último; la Nota editorial sobre *La estatua de Heredia en París,* reproducida en parte por la revista *El Eco,* de Garden City, Nueva York, en su número de 1º de enero del corriente año; el estudio del doctor Federico Henríquez y Carvajal sobre *El Mapa de Colón,* traducido al inglés por la revista *Inter-América,* de Nueva York, en su edidición del mes de febrero; el muy interesante trabajo de nuestro compañero el doctor Emilio Roig de Leuchsenring, titulado *La Colonia Superviva; Cuba a los veintidós años de República,* reproducido en gran parte, con comentarios, por el periódico *The Living Age,* de Boston, en su número del día 7 de marzo; y extensamente comentado por el importante diario *The Washington Post,* en sus editoriales correspondientes a los días 23 de marzo y 7 de abril, siendo reproducido este último al día siguiente, también con extensos comentarios, por *The Havana Post;* el estudio sobre *Rubén Darío,* del señor Raoul Maestri y Arredondo, traducido al inglés y reproducido por la ya citada revista *Inter-América,* de Nueva York, en su edición del propio mes de abril; la Nota editorial referente al *Homenaje a Sanguily y Varona,* reproducida por el diario *l'Atlántique,* que se publica diariamente a bordo de los vapores de la *Compagnie Générale Trasatlantique,* y que el Director de CUBA CONTEMPORÁNEA tuvo el gusto de leer viniendo de Europa en el vapor *Espagne,* en la edición de dicho diario correspondiente al 25 de junio de este año; el trabajo de otro compañero nuestro, el doctor Enrique Gay Calbó, titulado *Cuba no es un Estado cliente,* que comentó con justos elogios el

mencionado diario *El Comercio,* de Quito (Ecuador), en su número del 14 de septiembre último; el magnífico estudio crítico del doctor José María Chacón sobre *Manuel de la Cruz,* que también tradujo al inglés y reprodujo la citada revista *Inter-América,* en su número del mes de octubre; el notabilísimo estudio del doctor José Agustín Martínez *Frente a la Pena de Muerte,* favorablemente comentado por el *Diario de la Marina,* de esta ciudad, en editorial del día 5 de noviembre próximo pasado; y, finalmente, el brillante estudio del señor Jorge Mañach acerca de *La Pintura en Cuba,* vertido al inglés y reproducido íntegramente, no obstante su gran extensión, por la ya nombrada revista *Inter-América,* de Nueva York, en su edición correspondiente al actual mes de diciembre.

Cuba Contemporánea se siente con razón jubilosa al comprobar el gran aprecio que suele hacerse de los trabajos insertos en sus páginas, especialmente en el extranjero, hasta el punto de ser la única publicación cubana que logra alcanzar, con extraordinaria frecuencia, los honores—siempre gratos—de la reproducción y el comentario de sus artículos, fuera de Cuba. Y al anotar este hecho, verdaderamente confortante y alentador, felicita a los autores de todos los trabajos anteriormente mencionados, por el éxito de los mismos.

INDICE DEL TOMO TRIGESIMONOVENO

(SEPTIEMBRE-DICIEMBRE, 1925)

POR MATERIAS

POR AUTORES

Imp. "El Siglo XX", República del Brasil 27, La Habana.


UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00041848420